GUERRAS CIVILES

UNA CLAVE PARA ENTENDER LA EUROPA DE LOS SIGLOS XIX Y XX

ESTUDIOS REUNIDOS POR JORDI CANAL
Y EDUARDO GONZÁLEZ CALLEJA

CASA DE VELÁZQVEZ

GUERRAS CIVILES
UNA CLAVE PARA ENTENDER LA EUROPA

DE LOS SIGLOS XIX Y XX

ESTUDIOS REUNIDOS POR
JORDI C ANAL Y EDUARDO GONZÁLEZ C ALLE J A

CASA DE VELÁZQVEZ

MADRID 2012

Directeur des publications : Jean-Pierre Étienvre
Responsable du service des publications : Marie-Pierre Salès
Secrétariat d'édition, mise en pages et couverture : Carlos Sánchez García
Maquette originale de couverture : Manigua

En couverture : Partie centrale de la façade de la Casa de Velázquez, détruite en 1936
© Casa de Velázquez

ISBN : 978-84-96820-79-1. ISSN : 1132-7340
© Casa de Velázquez 2012 pour la présente édition

Casa de Velázquez, c/ de Paul Guinard, 3. Ciudad Universitaria 28040 Madrid España
Tél. : (34) 91 455 15 80. Fax : (34) 91 549 72 50. Site Internet : www.casadevelazquez.org

En application du Code de la propriété intellectuelle, il est interdit de reproduire intégralement ou partiellement, par photocopie ou tout autre moyen, le présent ouvrage sans autorisation du Centre français d'exploitation du droit de copie (20, rue des Grands-Augustins, 75006 Paris).

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Le catalogue des publications de la Casa de Velázquez peut être consulté
sur le site Internet de l'établissement ou expédié sur demande

ÍNDICE

Presentación por *Eduardo González Calleja* y *Jordi Canal* 1

Eduardo González Calleja
La problemática de la guerra civil según las ciencias sociales: un estado de la cuestión 7

Jori Canal
Guerras civiles en Europa en el siglo xix o guerra civil europea 25

Pedro Rújula
La guerra civil en la España del siglo xix: usos políticos de una idea 39

Eugenio di Rienzo
¿Historia de un crimen? El 2 de dicembre de Luis Bonaparte entre golpe de Estado y guerra civil 59

François Godicheau
La guerra civil, figura del desorden público.
El concepto de guerra civil y la definición del orden político 75

José Luis Ledesma Vera
¿Cuchillos afilados? De violencias, guerra civil

y culturas bélicas en la España del primer siglo xx 89

Francisco Sevillano Calero
La imagen del enemigo en la Guerra Civil española 105

Angelo Ventrone
Hombre, animal, cosa, polvo. La violencia contra el enemigo político en perspectiva histórica 119

Stéphane Audoin-Rouzeau
París, mayo-junio de 1968: ¿una guerra civil mimética? 135

Bibliografía 149

PRESENTACIÓN

La historia contemporánea de España y Francia y otro países europeos resulta inexplicable sin tener en cuenta los enfrentamientos fratricidas, esto es, las guerras civiles, vinculadas a fenómenos tan diversos como la revolución, la con- trarrevolución, la insurrección o la resistencia armada frente al invasor foráneo. Algunos temas han recibido ya una notable atención por parte de los historiado- res, como, por ejemplo, la guerra civil en la Revolución francesa —los trabajos de Jean-Clément Martin son de consulta indispensable— o en la Resistencia
—Claudio Pavone abrió, en este punto, a partir del caso italiano, fecundas vías de exploración— o, entre otros, la guerra civil europea de 1914-1945, un plan- teamiento polémico que ha dado lugar a una inmensa bibliografía, desde Ernst Nolte hasta Enzo Traverso. Otros muchos temas, en cambio, resultan todavía mal o insuficientemente tratados. Para profundizar en estas cuestiones, siempre pensadas en relación con lo ocurrido en otros países europeos y americanos, tuvo lugar los días 25 y 26 de mayo de 2009, en la Casa de Velázquez de Madrid, el coloquio internacional *Guerras civiles en la Europa contemporánea. Una visión desde España y Francia*. El encuentro estuvo dividido en cuatro partes: perspec- tivas teóricas y metodológicas, los conflictos civiles en el siglo xix, los conflictos civiles del siglo xx y, por último, el enfrentamiento fratricida y la imagen del enemigo. La obra

que el lector tiene en sus manos constituye el resultado de aquella reunión científica.

En la primera parte del Coloquio se discutió sobre la pluralidad y pertinencia

del concepto de guerra civil, y se planteó la necesidad de llegar a una definición operativa tanto para las ciencias sociales como para la historia. La contribución de Eduardo González Calleja constata la escasa capacidad heurística de los análisis regresivos multifactoriales propios de la sociología empírica, y reivindica la importancia de dos rasgos principales que han sido relegados o incluso obvia- dos por los análisis sociopolíticos al uso: la historicidad del concepto (centrada en su instrumentalización política bajo la forma de su confrontación con los conceptos de orden político y orden social), y la necesidad de prestar atención a los usos discursivos del mismo. Se reconoció que la categoría «guerra civil»

—cuyo rechazo o relegación corrientes en el léxico político es una muestra cabal

J. Canal y E. González Calleja (eds.) *Guerras civiles. Una clave para entender la Europa de los siglos xix y xx*, Collection de la Casa de Velázquez (130), Madrid, 2012, pp. 1-5.

de su rango negativo hasta el límite del tabú— forma parte de una lógica sim- plificadora que resulta característica de este tipo de conflictos armados donde el esfuerzo combatiente y la concentración del poder tiende a simplificar causas, lógicas y procesos de carácter multifactorial. Muchos participantes reiteraron la necesidad de abordar un análisis minucioso del modo en que los coetáneos emplearon el concepto y ampliaron o restringieron su campo semántico anejo. En su contribución, centrada en la relación entre el concepto de guerra civil y los de orden público y político en torno a los sucesos de mayo de 1937 en Barcelona, François Godicheau destaca la necesidad de incorporar factores culturales a la construcción política de este tipo de conflicto como portador de significados siempre cambiantes, como generador de identidades colectivas confrontadas (la imagen propia y la de enemigo irreductible, asunto que también se abordó en las sesiones tercera y cuarta) y como forjador de nuevas interpretaciones del orden establecido o del cambio político-social no pautado a través de su vínculo orgánico con los procesos revolucionarios y contrarrevolucionarios. Observa que el concepto de guerra civil difícilmente se puede separar su valor político y moral, al remitir a una escala de la revolución, el orden y del desorden, y que el conflicto sobre la naturaleza de la guerra es uno de los motores de la guerra misma, y posteriormente de las identidades fundamentadas en las diferentes interpretaciones del conflicto fratricida.

En la segunda sesión, dedicada al análisis histórico de las guerras civiles del siglo xix, el concepto se confrontó a otras categorías básicas de la dinámica de la confrontación política e ideológica como la revolución, la contrarrevolución o el golpe de Estado. En ese último aspecto, la valoración que Eugenio di Rienzo hace del golpe de Estado de 2 de Diciembre de 1851 resulta llamativa por su originalidad, ya que, mientras que las ciencias sociales suelen asignar a este tipo de procedimientos no pautados y frecuentemente violentos de transferencia del poder político el rango de precipitantes de las guerras civiles, el ponente lo interpretó en un sentido absolutamente inverso como maniobra para prevenir el germen de una guerra civil sembrado por

las tentativas subversivas proceden- tes de la extrema izquierda y derecha, y garantizar la gobernabilidad mediante el incremento de la representatividad política y la autonomización y reforzamiento autoritario del Estado. Los trabajos de Pedro Rújula y Jordi Canal llaman la atención sobre la centralidad del fenómeno de la guerra civil como ámbito de explicitación preferente del afrontamiento dialéctico entre revolución liberal y contrarrevolución legitimista, fenómeno característico de, al menos, los tres pri- meros cuartos del siglo xix. Esta dimensión conflictual de máxima intensidad no ha sido sólo un elemento íntimamente vinculado al proceso de construcción de algunos estados nacionales, sino que ha afectado a amplias áreas geográficas de la Europa del Sur, e incluso podría caracterizar parcialmente la facies histó- rica del conjunto del continente en esa centuria. Estas guerras civiles en Europa podrían formar parte, según Canal, de una auténtica guerra civil europea.

Sobre los conflictos civiles del siglo xx, que fueron objeto de debate y análisis

en la tercera sesión, se advirtió que toda interpretación del fenómeno en tér- minos de excepcionalidad debía ser considerada con cierta cautela, ya que en el

caso concreto de la Guerra Civil española se observaban desarrollos violentos muy similares a los producidos durante los dos conflictos mundiales. Contra los riesgos de una explicación puramente *événementielle*, José Luis Ledesma llama la atención sobre la complejidad de los factores estructurales o coyunturales (elementos de contexto, de organización o de cultura que incidieron en el desa- rrollo de los conflictos armados) que se manifiestan en la fase previa y en el transcurso de las guerras civiles. Este autor propone un análisis más vasto desde el punto de vista temporal, basado en la incidencia de las experiencias bélicas que afectaron a España durante la época contemporánea y el impacto de los conflictos políticos que tuvieron lugar en la Europa de entreguerras. También se plantea si el grado de movilización y destructividad de la guerra civil fue producto de las transformaciones tecnológicas ligadas a las guerras *totales*, o si se vio alimentado por factores de índole cultural arraigados en esas sociedades. Sin embargo, repensar la historia española y europea de esa época en términos de «brutalización», «cultura de guerra», déficit de «cultura cívica» o «guerra- civilismo» no siempre resulta esclarecedor, pues queda por resolver el modo en que lo cultural se integra entre los desequilibrios de las estructuras sociales, económicas y políticas y las estrategias deliberadas de los diversos actores en lucha. Lo que no cabe ninguna duda es que la experiencia del propio conflicto armado produjo y expandió unas culturas de la violencia (sobre todo de la vio- lencia represiva) que en ocasiones se prolongaron hasta más allá del declive y liquidación de la dictadura franquista.

La cuarta sesión trató de forma casi monográfica de la elaboración de la imagen del enemigo como parte indisociable de los discursos guerracivilis- tas, cuando el objetivo explícito es impulsar a la comunidad a la unidad y a la relegación de cualquier divergencia para afrontar un peligro común. La lucha política e ideológica contemporánea —en particular durante el siglo xx, que no por casualidad ha sido definido como el «siglo de los extremos»— ha estado caracterizada por el predominio de esta lógica dicotómica: autoritarismo con- tra democracia, fascismo contra antifascismo, totalitarismo contra

democracia, comunismo contra anticomunismo, comunismo contra capitalismo, naciona- lismo contra internacionalismo, clericalismo contra anticlericalismo. De este modo, la figura del enemigo político, o mejor dicho, del adversario político per- cibido como enemigo, ha ocupado inevitablemente una situación central en la política occidental. La construcción de una imagen estereotipada, y por tanto inmutable, del adversario, además de confirmar su eterna peligrosidad, sirve para acrecentar los motivos de turbación, de preocupación y por tanto de movi- lización. Pero también se ha dirigido a justificar el ostracismo, la persecución, la erradicación y por último la eliminación física. Las acusaciones varían con las épocas, pero tienden a concentrarse sobre el peligro de que la llegada o la victoria del enemigo puedan destruir las bases fundamentales de la sociedad. Por ello, el enemigo político es acusado sobre todo de querer destruir el orden cultural, los fundamentos de la comunidad agredida, y pretender instaurar un dominio donde se violen todos los tabúes, con la eliminación de las autoridades supremas políticas y religiosas, la perpetración de crímenes bestiales como el

infanticidio, los más feroces delitos sexuales (estupro, homosexualidad) o crí- menes de carácter religioso a través de la profanación y la destrucción de lugares sacros.

Tomando como ejemplo la identificación del pueblo con la República en el conflicto español de 1936-39 (en el trabajo de Francisco Sevillano Calero), se ha destacado que las estrategias de construcción esencialista de la identidad política propia como una comunidad perfecta, legitimada por la Historia y amenazada por peligros internos o exteriores, resultan tan relevantes como las estrategias de deconstrucción/deshumanización de la figura paradigmática del enemigo. Angelo Ventrone destaca el carácter de representación social de estas construcciones culturales, que siempre quedan definidas por las angustias y los miedos que dominan a una sociedad en crisis. La demonización del otro se ha expresado tradicionalmente a través de su recreación como un ser con rasgos monstruosos o con un comportamiento peligroso, capaz de poner en riesgo la existencia misma de la comunidad. La identificación entre enemigo y criminal es una de las patologías políticas que se han agravado en el siglo xx. La abso- lutización de los fines mediante el empleo de cualquier medio ha conducido a que los enfrentamientos militares —especialmente en los conflictos civiles— se transformen en «operaciones de policía» en el sentido literal del término, donde se elimina con propósito «higiénico» no sólo el cuerpo, sino incluso el recuerdo del enemigo. La utilización de este lenguaje pseudocientífico de cirugía y profilaxis en pro de la «salud pública» ha tratado de ocultar una importante transformación en las formas de combate político, donde la imposición de un sistema paranoico de designación y eliminación del enemigo ha incrementado los niveles de agresividad destructiva.

Quedan por resolver algunas perplejidades, como la similitud de la dinámica

guerracivilista con la propia y privativa de los procesos revolucionarios. A ese respecto, se debatió ampliamente sobre la situación de guerra civil y la presunta salida o desenlace ineluctable de la misma a través de una transferencia signi- ficativa del poder político.

Stéphane Audoin-Rouzeau nos habla de algunas conmociones internas que, como la crisis francesa de mayo de 1968, son inter- pretadas por los actores coetáneos como auténticas guerras civiles miméticas, y para ello analiza nueve secuencias de confrontación (con sus víctimas y batallas) desde el prisma de la construcción de un auténtico relato de la confrontación bélica. Todo ello debe obligar a los analistas de las crisis políticas a ser más cui- dadosos en la caracterización de dos fenómenos que no son necesariamente convergentes. Pero también cabría plantearse si es útil separar de forma tajante las estrategias no pautadas de conquista del poder político (como la insurrec- ción, la revolución o el golpe de Estado) con otras de coste máximo (en recursos materiales y humanos que se emplean, en capacidad destructiva, objetivos per- seguidos y resultados alcanzados) como son las guerras civiles, que acostumbran además a contener en su seno un rico elenco de manifestaciones del conflicto armado. Las ciencias sociales coinciden en las características generales de las guerras civiles, entendidas como una violencia en gran escala entre dos o más grupos dentro de un Estado reconocido que lucha por el control del gobierno

o la extensión de su jurisdicción. Pero las concepciones de la guerra civil como un modo particular de violencia o como un factor específico de cambio socio- político (vinculado a procesos revolucionarios o contrarrevolucionarios) son, en nuestra opinión, demasiado limitadas para dar cuenta de la complejidad del fenómeno.

No hay duda de que se debatirá por mucho tiempo sobre la capacidad transformadora de la realidad política, social y cultural que tienen las guerras civiles, al igual que se discutirá sobre la naturaleza política de sus protagonis- tas (¿necesariamente actores estatales o paraestatales?) o sobre su ámbito de incidencia espacial (¿un territorio nacional o regiones más amplias?). Quizás el reto que debieran abordar las ciencias sociales (y la historia entre ellas) en un futuro inmediato sea restituir a las guerras civiles su significado de proceso de lucha extrema por el poder político, sea éste detentado o no en exclusiva por un Estado. En ese sentido, su conceptuación como estrategia concebida racionalmente para tal fin nos proporcionaría un marco teórico adecuado a la diversidad de factores expuestos: la forja de identidades e intereses comu- nes, el despliegue de (sub)culturas combatientes, el desarrollo de estructuras específicas de movilización, la incidencia de la estructura de oportunidades políticas establecida tanto por los grupos beligerantes (estados, paraestados o entes de otro tipo) como la misma sociedad, y, sobre todo, la aplicación de estos recursos simbólicos y de ejecución a los fines perseguidos mediante estrategias de acción colectiva necesariamente fluidas y cambiantes pero siempre insertas en un contexto histórico definido. Como ha señalado Stathis

N. Kalyvas, el cambio es el mejor sinónimo que podemos encontrar de lo

que es una guerra civil.

Eduardo González y Jordi Canal

LA PROBLEMÁTICA DE LA GUERRA CIVIL SEGÚN LAS CIENCIAS SOCIALES

un estado de la cuestión

Eduardo González Calleja
Universidad Carlos III de Madrid

Las discordias civiles han atraído la atención de los eruditos occidentales desde hace casi dos milenios y medio[1]. Tucídides fue testigo de la crisis interior o *stasis* (ıIJЋıȚȣ) que condujo al conflicto entre las ciudades griegas que se llamó guerra del Peloponeso (431-404 a.C.), interpretada por el estratega en clave de guerra doméstica. Desde la narración de los *erga* (acontecimientos) de este pri- mer conflicto fratricida narrado en la historia occidental hasta la disección que hizo Thomas Hobbes de sus consecuencias genéricas (pasando por los comenta- rios sobre la *Bellum Civile* —entre conciudadanos—abordados por César en el siglo i a.C. o Apiano en el siglo ii d.C.), la guerra civil fue adquiriendo su carac- terización canónica de hecho injusto, anárquico, aleatorio y caótico: la *bellum erga omnes* (que el filósofo de Malmesbury relacionaba con su medrosa expe- riencia de la guerra civil inglesa de 1642-51) propia del «estado de naturaleza», contrapuesto a la paz social que debe ser garantizada con el monopolio del uso de la fuerza por parte del Estado.

I. — UN INTERÉS TEÓRICO DISCONTINUO Y SUBORDINADO

Durante los siglos xvi a xviii, las guerras intestinas donde se jugaba el predo- minio político, la herencia dinástica o la imposición religiosa fueron objeto de una valoración negativa que les asignaba el rango de calamidad pública por anto- nomasia. Los ilustrados franceses fueron separando los conceptos de revolución (valiosa en si misma, merced a su función a la vez civilizadora, racionalizadora y redentora) y guerra civil, que se siguió condenando a la luz de la lucha de fac- ciones inspirada por el fanatismo religioso del siglo xvi[2]. Sin embargo, durante

[1] Este trabajo ha sido realizado gracias a las condiciones y ayudas proporcionadas por el proyecto
«La España del Frente Popular: políticas unitarias, conflictividad sociolaboral y orden público en la crisis de la primavera de 1936» (Ref. HAR2008-00066/HIST), financiado por Ministerio de Ciencia e Innovación.

[2] «Criteri storici del moderno concetto di rivoluzione», en R. Kosellek, *Futuro passato*, pp. 61-62.

el periodo de conmociones múltiples que transcurrió de 1789 a 1858, el confuso entrelazamiento entre revolución, guerra civil y guerra interestatal permitió una relativización del fenómeno guerracivilista y su rehabilitación parcial como acto de ruptura repentina y saludable con el Antiguo Régimen[3]. Con todo, la guerra civil se siguió interpretando de forma dominante —al menos hasta la mitad del siglo xix— como un flagelo y una regresión en el proceso de la civilización. La violencia contra miembros de una misma comunidad política era un hecho antinatural; de ahí la gran avalancha de consideraciones de familiarismo moral (con ejemplos señeros como la admonición de Abraham Lincoln sobre la *house divided* lanzada en junio de 1858 o el lamento y la execración ulterior de la
«guerra fratricida») que describen el conflicto civil como una gran calamidad en función de la proximidad espacial y la fuerte implicación emocional entre verdugos y víctimas.

Durante las décadas finales del siglo xix y las iniciales del xx, la progresiva regulación de las guerras entre estados por la vía del Derecho internacional relegó a las guerras civiles a la categoría de casos excepcionales en tanto que manifestaciones de conflicto político difícilmente regulables en normas de obligado cumplimiento. Pero el marxismo, sobre todo en su variante leninista, al preconizar la estrecha relación de necesidad entre guerra civil y revolución como fases secuenciales de la lucha entre burguesía y proletariado[4], rehabilitó parcialmente el concepto y lo integró por primera vez en un programa cohe- rente de explicación histórica del conflicto socioeconómico. La aparición de la Unión Soviética y de los nacionalismos extremistas con vocación totalizante durante el período de entreguerras ayudó a ocultar aún más los procesos de guerra civil en la maraña tejida por la revolución y/o la contrarrevolución que solían ser su precedente o corolario. La guerra civil entró a formar parte de estos esquemas, ubicada entre la técnica y los costes de la revolución, como situación límite creada por la tensión ideológica[5].

En la segunda posguerra mundial, los fascistas derrotados continuaron

hablando de guerra civil para cultivar el equívoco de la equiparación entre los bandos en lucha[6]. En esos años de transformaciones radicales en la escena internacional aumentó la incidencia de las guerras civiles con la aparición de nuevos estados independientes fragilizados por la imposición de gobier- nos débiles, la presencia de formaciones disidentes y la manipulación de las superpotencias. Durante la Guerra Fría, los historiadores, sociólogos y otros científicos sociales iniciaron el estudio sistemático del fenómeno de la guerra civil, pero durante casi medio siglo su análisis quedó subsumido y en parte escamoteado por la lógica de la política de bloques. El final del sistema bipolar

[3] Un buen ejemplo los tenemos en España en el empleo historiográfico conjunto de los términos «revolución» y «guerra» para designar las discordias civiles del siglo xix (E. Ucelay, «Prefigurazione e storia» pp. 212-213).

[4] Véase sobre la Comuna de 1871 la obra clásica de K. Marx, *La guerra civil en Francia*.

[5] P. Viola, «Rivoluzione e guerra civile», p. 22.

[6] C. Pavone, *Una guerra civile* y «La seconda guerra mondiale», p. 128.

dominante en la Guerra Fría desenmascaró algunas guerras revolucionarias y de liberación nacional que eran, pura y simplemente, guerras civiles[7]. El derrumbamiento del imperio soviético expuso a las guerras internas a la vista del mundo desarrollado, ya que la desaparición de las fuentes externas de legi- timación y de financiamiento proporcionadas por las superpotencias dejó al desnudo la naturaleza doméstica de conflictos que se habían presentado como disputas entre ideologías globalizantes.

La guerra civil se ha ido convirtiendo en una preocupación central para los estudiosos de las relaciones internacionales porque desde fines del siglo xx se fue erigiendo en el modo más común de conflicto armado de alta intensi- dad. Según James Fearon y David Laitin, la importancia que adquirieron las guerras civiles en los años 90 no se debió al final de la Guerra Fría, sino que su nivel máximo de incidencia se alcanzó a mediados de la década anterior, y fue el resultado de la acumulación gradual de conflictos que se produjo tras el final de la Segunda Guerra Mundial. Las guerras civiles sin intervención extranjera habían ido aumentando de forma irregular pero relevante desde los años 50. De las 195 guerras computadas entre 1945 y 1995, el 75% han sido guerras civiles, que han causado entre 16 y 35 millones de víctimas, y la proporción entre víctimas civiles y militares en estos conflictos se ha inver- tido espectacularmente[8]. Entre 1945-99 se desarrollaron 127 conflagraciones intestinas que costaron la vida como mínimo a mil personas en 75 estados diferentes, causando en total 16,2 millones de muertes, esto es, alrededor de cinco veces más que las guerras interestatales[9]. Mientras que las guerras internas han supuesto más del 80% de las guerras y de las muertes desde el final de la Segunda Guerra Mundial, esta preponderancia ha llegado a ser incluso más llamativa desde el final de la Guerra Fría: desde 1989 a 1996 ha habido noventa y seis conflictos armados, de los cuales solamente cinco han sido de carácter interestatal. El salto cualitativo en el análisis sistemático de los conflictos bélicos internos fue impulsado en buena medida por el interés mostrado por los economistas del Banco Mundial especializados en África en interpretar las guerras civiles de ese

continente como un obstáculo mayor al desarrollo económico, por la virtual desaparición de guerras interestatales y por el resurgimiento del conflicto étnico en la posguerra fría, donde actúan la fragmentación y el antagonismo étnico, alentados desde el Estado o los grupos secesionistas[10].

[7] H. M. Enzensberger, *Perspectivas de guerra civil*, p. 16.

[8] Según M. Kaldor, *Las nuevas guerras*, p. 23, al principio del siglo xx la proporción entre bajas civiles y militares era de 8:1, y en los 90 era de 1:8.

[9] J. D. Fearon y D. D. Laitin, «Ethnicity, Insurgency, and Civil War», pp. 75 y 77.

[10] En marzo de 2000, el World Bank Research Department y la Princeton University's Center for International Studies organizaron una conferencia sobre «La economía de las guerras civiles», parte de cuyos resultados, integrados en un proyecto de investigación sufragado por esta institución internacional, fueron editados por Paul Collier y Nicholas Sambanis en una edición especial del *Journal of Conflict Resolution*, 46, 1, febrero 2002. Información sobre el Proyecto y sus publicaciones anejas, en http:// www.worldbank.org/research/conflict/index.htm.

II. — UNA DEFINICIÓN PROBLEMÁTICA

La descripción de un enfrentamiento armado como guerra civil tiene induda- bles implicaciones políticas y simbólicas, ya que confiere o arrebata legitimidad a los bandos en conflicto. El empleo del término forma parte del mismo proceso de lucha; de ahí el uso deliberado por parte del gobierno de eufemismos como «con- flicto», «disturbios» (*troubles*), «situación de emergencia», «estado de excepción», «proceso», etc., donde los rebeldes son definidos como bandidos e incluso como terroristas antes que como combatientes con derecho a acogerse al *ius in bello*. Las ciencias sociales coinciden en las características generales de las guerras civiles, entendidas como un proceso de violencia en gran escala que enfrenta a dos o más grupos dentro de un Estado reconocido que lucha por el control del gobierno o la extensión de su jurisdicción[11]. Pero para llegar a este consenso se tuvo que explorar previamente la capacidad heurística de otros conceptos. En los años 60 se prefería hablar de *guerra interna*, que Harry Eckstein definió como «todo intento de cambio, por la violencia o la amenaza de la violencia, de la política, titulares u organización de un gobierno»[12]. Era un término que se consideraba especialmente operativo, ya que al englobar a diferentes tipos de violencia (como la guerrilla, el terrorismo, las insurrecciones o los golpes de Estado), buscaba superar las limi- taciones que se encontraban los especialistas en el estudio comparativo de los procesos revolucionarios. Sin embargo, la guerra interna ha sido una categoría analítica poco utilizada por los científicos sociales europeos, precisamente por- que que engloba sin mayores distinciones un cúmulo muy diverso de situaciones violentas, que van desde las formas más sangrientas (guerras civiles, grandes revo- luciones, genocidios) hasta modalidades violentas menos intensas y sistemáticas, como los golpes de Estado, los asesinatos políticos esporádicos, el terrorismo, las huelgas insurreccionales, los motines o los disturbios civiles.

La mayor parte de las investigaciones que se han emprendido en los últimos

quince años han tendido a detectar, mediante el análisis multifactorial y la deter- minación de índices de recurrencia, las variables evaluables del fenómeno de la guerra civil basándose en el Correlates of War Project (COW), un repositorio de información estadística creado en 1963 por J. David Singer, politólogo de la Uni- versidad de Michigan, para acumular conocimiento científico sistemático sobre las guerras desde la época de Napoleón, y que proporciona listas de conflictos con datos generales de los países afectados[13]. En esa línea tan característica de la socio- logía empírica anglosajona, David Singer y Melvin Small publicaron en 1972 la obra *The Wages of War*, que estableció una definición canónica de guerra civil que ha guiado la investigación de cientos de especialistas[14]. En su perspectiva, una gue- rra civil es «cualquier conflicto armado que implica: a) una acción militar interna

[11] B. F. Walter, «Civil Wars», p. 102.

[12] «Introduction: Toward the Theoretical Study of Internal War», en H. ECKSTEIN (ed.), *Internal War*, p. 1 nota y «On the Etiology of Internal Wars», p. 133.

[13] El conjunto del proyecto puede consultarse en http://www.correlatesofwar.org/

[14] J. D. Singer y M. Small, *The Wages of War*.

en la metrópoli, b) una activa participación del gobierno nacional, y c) una resis- tencia efectiva por ambas partes», que se evalúa cuando el bando más fuerte sufre al menos el 5% de las bajas del lado más débil, lo que permite distinguir situacio- nes bélicas genuinas de las masacres, pogromos o purga[15]. La definición de Singer y Small se basa en cuatro premisas básicas: 1) uno de los agentes primarios debe ser el gobierno nacional que está en el poder cuando las hostilidades comienzan;
2) ambos bandos deben tener capacidad de infligir muerte al otro; 3) debe ocurrir algún tipo de acción militar significativa, lo que implica una tasa de letalidad de, al menos, mil muertes civiles o militares en batalla por año, y 4) la guerra debe ser interna al país, ocurrir dentro de las fronteras de un Estado, y sus antagonis- tas principales serán los ciudadanos del mismo. En suma, la diferencia principal entre la guerra civil (interna o intraestatal) y la guerra interestatal o extraestatal (colonial o imperial) es la internalidad de la guerra en el territorio de un Estado soberano y la participación del gobierno como una de las fuerzas combatientes. La guerra civil se distingue de otras formas de conflicto armado interno por el requisito de que la violencia estatal debe ser sostenida y recíproca, y por el hecho de que debe superar un cierto umbral de muertes, que se cifra en más de 1.000 anuales. Esta definición tan descriptiva incluiría las revoluciones (guerra para el control del aparato central del Estado, sin importar el grado de transformación social que se busque) y las guerras de la secesión, que requieren de un mínimo de violencia y de organización política, pero excluye manifestaciones menores de violencia como los motines, las huelgas, las demostraciones violentas y la violen- cia desorganizada y espontánea, que estaban integradas dentro del concepto de guerra interna.

Una definición tan estricta conduce, ciertamente, a algunas incongruencias

graves que derivan en importantes vacíos analíticos y no menos llamativas exclu- siones. En el campo del análisis cuantitativo, los desacuerdos han girado en torno a la inclusión de cifras de víctimas absolutas o relativas (*per capita*), si son acumu- lativas en el tiempo o

anuales, si las muertes incluyen únicamente las producidas en el campo de batalla o sólo las muertes civiles (o ambas), y cuál sería el criterio aceptable de distribución de víctimas entre los bandos en lucha. Para otros autores, el umbral acumulativo de muertes resulta más defendible que las cifras absolutas, si se combina con el criterio de una actividad militar sostenida por la duración del conflicto. En esa línea, Sarkees y Singer etiquetan como guerra civil cualquier conflicto que causa 25 muertes por año durante más de 40 años; Fearon y Lai- tin establecen el promedio de cien muertes al año[16], y Sambanis propone que una guerra comienza en el año en que se cuentan de 100 a 500 muertes, y cuando se computan más de mil muertes en total a los tres años de su inicio. Además, se deberían establecer magnitudes relativas de muertes *per capita*[17], y contar a los refu- giados y desplazados internos como parte decisiva del coste humano de la guerra.

[15] M. Small y J. D. Singer, *Resort to Arms*, pp. 210 y 214-215.

[16] M. R. Sarkees y J. D. Singer, «The Correlates of War Datasets»; J. D. Fearon y D. D. Laitin, «Ethnicity, Insurgency, and Civil War», p. 76.

[17] N. Sambanis, «What Is a Civil War?», p. 821.

Otros problemas que presenta esta definición tienen que ver con la territo- rialidad y la identidad de los actores. Las guerras libradas entre una metrópoli colonial y sus territorios dependientes no son clasificadas por Singer y Small como guerras civiles, sino como una subcategoría de las guerras internacionales llamadas «extrasistémicas», a pesar de librarse enteramente dentro de las fronte- ras nacionales e implicar a naturales del país en ambos bandos. A veces es difícil distinguir entre las guerras civiles y las guerras extraestatales (periféricas al cen- tro de gobierno, como las coloniales) o intraestatales (caso de la guerra rusa en Chechenia en los años 90), y determinar qué grado de organización se requiere de las partes para distinguir una guerra civil de la violencia unilateral desple- gada por el Estado. Puesto que la violencia en una guerra civil acostumbra a ser intermitente, resulta difícil determinar cuándo una guerra termina o cuándo se inicia, y separarla de un período de politicidio, terrorismo u otra forma de violencia[18]. A veces es muy difícil (como fue el caso de Camboya durante la dominación de khmer rojo entre 1975 y 1978) separar las masacres del inicio o el fin de las guerras civiles.

Al emplearse como un elemento auxiliar del cálculo estadístico multifacto-
rial antes que como un instrumento de análisis cualitativo, toda esta compleja casuística es en buena parte autoreferencial, y apenas entra a juzgar las causas del conflicto civil y sus más relevantes manifestaciones, como son la fragmentación del poder político o la contestación brutal y extensa al monopolio de la violen- cia por parte del Estado. Para Charles Tilly, el término «guerra civil» se aplica a cualquier conflicto que satisfaga los tres criterios siguientes: 1) algunos líderes influyentes deben sentirse preocupados por tener que vivir en la misma uni- dad política con sus enemigos actuales después de haber terminado la matanza, y esta preocupación debe ser lo bastante importante como para influenciar el tipo de acuerdo que los bandos rivales están dispuestos a aceptar; 2) debe des- plegarse la violencia en gran escala, y 3) debe existir una situación de soberanía múltiple, definida por Tilly como la situación de la población en un área que

obedece a más de una institución[19]. La guerra civil tiene lugar cuando dos o más organizaciones militares distintas, una de las cuales al menos está vinculada al gobierno previamente existente, luchan entre sí por el control de medios guber- namentales relevantes dentro de un régimen político determinado.

III. — DIFICULTADES DE CLASIFICACIÓN: ¿GUERRAS CIVILES «CLÁSICAS» Y «NUEVAS»?

Una guerra civil puede clasificarse en función de los fines perseguidos por los combatientes, del tipo de estrategia militar que emplean, de las caracterísi- cas formales de los bandos en lucha o del resultado del conflicto: la victoria, el acuerdo o el logro de importantes cambios políticos y sociales. De este modo,

[18] *Ibid*., p. 816.
[19] Ch. Tilly, *From Mobilization to Revolution*, p. 192.

se pueden enumerar diversas modalidades de guerra civil: las guerras revolucio- narias, las secesiones, los conflictos étnicos, la guerra de guerrillas, etc. Muchas de ellas se libran por medio de la guerra irregular antes que por medios más convencionales. Algunas guerras civiles mezclan la guerra irregular y la con- vencional (casos de Rusia, Irlanda, China o Vietnam), mientras que un número muy pequeño se lucha completa o predominantemente a través del combate convencional (casos de España o Estados Unidos). La guerra civil se origina en un contexto de grave enfrentamiento doméstico, que puede adquirir una impronta religiosa (como las guerras europeas entre católicos y protestantes de 1550 a 1649, o la guerra «cristera» que asoló México entre 1926 y 1929), político-ideológica (como la guerra civil inglesa de 1641 a 1651, la guerra de secesión norteamericana de 1861 a 1865 o la guerra civil española de 1936-1939), social (como las guerras campesinas alemanas del siglo xvi, la rebelión zapatista de 1911-1919 o la guerra civil rusa de 1918-1921), étnica (como la que sacudió a la ex-Yugoslavia entre 1991 y 1995) o de otro tipo, aunque las más cruentas y duraderas presentan un combi- nado muy diverso de fracturas internas. Éste es, por ejemplo, el caso de las guerras de liberación nacional, donde entran en juego componentes violentos de carácter patriótico (lucha contra el dominio extranjero), socioeconómico (conflictos de clase), político (lucha partidista por el control del Estado), cultural (reivindica- ción de la identidad autóctona y denuncia del proceso «civilizador» de la potencia colonial), etc.

Waldmann y Reinares distinguen las guerras que tienen como finalidad la caída

del gobierno establecido y un cambio profundo en el orden socioeconómico (las guerras insurgentes por motivos revolucionarios o contrarrevolucionarios), las guerras de secesión, las guerras internacionales entre estados por posiciones hegemónicas y las guerras de descolonización, dirigidas a sustraer un territo- rio de la soberanía de una metrópoli[20]. A veces se manifiestan unidas distintas expresiones de conflictividad violenta (guerrilla, terrorismo, represión esta- tal, «vigilantismo») sin que se pueda hablar de guerra civil según los

criterios formalistas de la duración o el número de víctimas. Para ser merecedor de tal etiqueta, es preciso que el conflicto adquiera una alta intensidad, pero ¿cómo se mide la intensidad del conflicto? ¿Por la duración temporal, el grado de con- trol del territorio, el nivel de movilización de los contendientes o el número de víctimas? Waldmann asevera que no existe un solo prototipo de guerra civil, y apuesta por una definición abierta y no dogmática del término, vinculándolo con otros conflictos violentos, como la guerra insurreccional, la guerrilla o el terrorismo.

Si las guerras civiles son una variante específica del fenómeno general de la

guerra, ¿existe un modelo «clásico» de guerra civil? Si las guerras civiles moder- nas aparecen vinculadas al ascenso y expansión mundial del Estado nacional como principio reconocido de ordenación del espacio político, los casos de Estados Unidos en 1861-65 o de España en 1833-40, 1872-76 y 1936-39 se pre- sentarían como las guerras fratricidas por antonomasia, al mostrar un diseño

[20] Introducción a P. Waldmann y F. Reinares (comps.), *Sociedades en guerra civil*, pp. 14-15.

bélico muy próximo al de la guerra internacional: dos Estados, dos sociedades, dos ejércitos regulares y un territorio nacional común que representa el escena- rio bélico. La guerra civil es, pues, la culminación de la estrategia subversiva del
«doble poder», que precisa de varios elementos para configurarse: la existencia de minorías organizadas que preparen la situación bélica con disturbios y elaboren una ideología de la rebeldía y de la justificación de la violencia; la constitución de un instrumento complejo y poderoso de coerción (por ejemplo, una milicia o un ejército revolucionario) que esté en condiciones de competir en pie de igualdad con los mecanismos represivos del régimen, y el establecimiento en parte del terri- torio de un verdadero contrapoder alternativo que cuente con un apoyo popular, institucional e internacional equiparables al del gobierno instituido. En suma, la guerra civil «clásica» puede darse por iniciada cuando los rebeldes obtienen *de facto* el control sobre una parte del territorio, y organizan un gobierno, un aparato militar y una burocracia, es decir, un Estado paralelo. Por contra, los «paraestados» (mafias, milicias, órdenes, sectas) nunca podrían orquestar una guerra civil de estas características, ya que no controlan efectivamente ningún tipo de territorio, que es la facultad esencial de la soberanía y del derecho de beligerancia según el ordenamiento legal internacional.

Pero la experiencia histórica de los conflictos internos sitúa a estos ejemplos
de guerra civil «clásica» o «convencional» como una excepción a la falta absoluta de regla. Una observación empírica común en la moderna literatura sobre las guerras civiles es que la mayor parte de ellas son libradas con medios de guerra irregular (guerrilla) más que con los recursos de la guerra convencional. Si asu- mimos la diferenciación establecida por Balcells y Kalyvas entre guerras civiles convencionales (las combatidas por agentes armados igualmente poderosos), guerras irregulares (las libradas por actores armados caracterizados por una asimetría extensa de poder) y guerras simétricas no convencionales (las libra- das por actores igualmente débiles[21]), se podría formular la siguiente conjetura: la guerra civil convencional emerge o bien de los

golpes militares fallidos (caso de España en 1936) o de las tentativas de secesión en Estados federales o cuasi- federales (caso de los Estados Unidos en 1861); la guerra civil irregular brota de insurrecciones rurales periféricas (que pueden ser o no intentos secesionistas), y la guerra simétrica no convencional ocurre en las guerras civiles «primitivas» o «criminales» que acompañan a procesos de implosión del Estado, como en Líbano en 1975-1990 o Liberia en 1987-2003[22]. El primer tipo de conflicto civil exhibe líneas de frente definidas, ejércitos desplegados regularmente y batallas formalizadas; el segundo implica un conflicto entre un ejército regular y otro irregular en ausencia de líneas de demarcación, y el tercer tipo está caracteri- zado por agentes irregulares en ambos lados y la presencia de vagas líneas de separación.

Constatando toda esta compleja realidad, autores como Reinares y Waldmann proponen un tratamiento más flexible del fenómeno guerracivilista, en

[21] L. Balcells y S. N. Kalyvas, «Warfare in Civil Wars», p. 2.

[22] S. N. Kalyvas, «Civil Wars», p. 428.

la medida en que se han ido desdibujando sus contornos en las últimas décadas, al adoptar cualidades pre o extraestatales al hilo del declive de la idea del Estado nacional como principio universalmente aceptado de ordenamiento jurídico y político[23]. Las actuales *low intensity wars* se dan cuando la lucha armada no está supeditada a la razón de Estado, ahora casi irreconocible o virtualmente inexis- tente, sino a otros fines —materiales, religiosos, étnicos—, donde los militares dictan la lógica bélica a los políticos, y en la que los bandos en lucha priorizan el saqueo y la extorsión de la población civil fuera de las normas internacionales sobre conducta de guerra; todo lo cual no parece ajustarse al modelo histórico de guerra civil «convencional»[24].

Con estos precedentes, durante los años 80 y 90 del siglo xx se desarrolló un nuevo tipo de violencia organizada, especialmente en África y Europa del Este, calificada de «nueva guerra», que implicaba un desdibujamiento de las caracte- rísticas de la guerra convencional entre Estados o entes políticos organizados, y la presencia del crimen organizado y de violaciones a gran escala de los derechos humanos[25]. Según Mary Kaldor, «las nuevas guerras tienen objetivos políticos. La meta es la movilización política basada en la identidad. La estrategia militar para lograrlo es el desplazamiento de la población y la desestabilización, con el fin de deshacerse de aquellos cuya identidad es distinta y fomentar el odio y el miedo»[26]. Otros autores designan a este fenómeno con el nombre de guerras privatizadas e informales[27], guerras «posmodernas»[28] o guerras «degeneradas», en un intento de mostrar su continuidad con el carácter genocida de las gue- rras totales del siglo xx[29]. Estas consideraciones nos conducen a presumir que no existe un solo arquetipo de guerra civil, ni en su origen, ni en su desarrollo ni en sus objetivos, aunque la mayor parte se debe a fracturas de la identidad nacional (de tipo étnico, cultural, religioso, nacionalista, etc.), a la pérdida grave de legi- timidad del sistema político o al desmoronamiento del Estado.

IV. — SOBRE EL ORIGEN, DURACIÓN Y RECURRENCIA DE LAS GUERRAS CIVILES

Con el final de la Guerra Fría apareció en el seno de la teoría de las rela- ciones internacionales una nueva literatura que echó mano del neo-realismo para hacer comprensible los procesos de guerra interna[30]. Los autores adscritos a este paradigma destacan que, como en la escena internacional, la anarquía y

[23] Introducción a P. Waldmann y F. Reinares (comps.), *Sociedades en guerra civil*, p. 17.
[24] M. Van Creveld, *The Transformations of War*, pp. 2-20, 57-64 y 123-130.
[25] M. Kaldor, *Las nuevas guerras*, pp.15-16.
[26] *Ibid*., p. 142.
[27] D. Keen, «When war itself is privatized». [28] M. Ignatieff, *El honor del guerrero*, p. 11. [29] M. Shaw, «War and Globality».
[30] S. R. David, «Internal War», p. 556.

la incapacidad de imponer el orden (el colapso de la autoridad y el aumento de las suspicacias entre actores que interpretan el reforzamiento de la seguridad del otro como amenaza bajo la premisas del «dilema de la seguridad»[31]) son las causas eminentes de las guerras civiles, que acostumbran a presentarse en comunidades donde las instituciones políticas son incapaces de refrenar a una minoría con predisposición a la violencia ni pueden hacer cumplir las preferen- cias de la mayoría por la paz. Los antagonismos étnicos ayudan a alimentar el conflicto, pero no habrían conducido a la guerra sin el derrumbamiento de la autoridad central.

Las explicaciones y predicciones procedentes del neo-realismo parten de la asunción de que la anarquía a nivel doméstico es equivalente a la anarquía en la escena internacional. Por otra parte, el mayor número guerras inter- nas han ocurrido donde los gobiernos continúan ejerciendo un cierto grado de control; es decir, no tienen lugar en el ambiente de anarquía vaticinado por el neo-realismo, como lo demuestran los casos de Rusia, o Yugoslavia. Los conflictos domésticos se suelen originar cuando gobiernos poderosos tra- tan de destruir a los presuntos insurgentes y a los insurgentes que desafían al gobierno. La recomendación neo-realista de que los estados establezcan gobiernos fuertes para disuadir del empleo de la guerra interna por los grupos disidentes no toma en consideración el hecho de que el mismo el acto de crear una autoridad central potente requiere a menudo del empleo de la guerra, que es especialmente probable en los países que comienzan el proceso de cons- trucción del Estado[32].

Las teorías económicas de Paul Collier y Anke Hoeffler y de James Fearon y
David Laitin han dirigido su interés a la cuestión de las causas de las guerras civiles[33]. Los trabajos firmados por estos autores aseveran que este tipo de con- flictos no son motivados por los problemas económicos, la división étnica o los agravios políticos, sino por la estructura de oportunidades para la organización de la rebelión o la insurrección. Collier y Hoeffler contemplan la guerra civil como el resultado de un cálculo de utilidades: dados sus agravios, los rebeldes potenciales

evalúan las ganancias previstas en la guerra, y las comparan con las pérdidas previstas, que incluyen el coste de oportunidad del trabajo del rebelde y de la interrupción a la actividad económica productiva causada por la gue- rra. Sostienen que las guerras civiles están motivadas por la codicia *(greed),* o deseo de ganancia económica privada, y por los agravios *(grievances)* que se pueden generar entre la población cuando un régimen político incrementa las

[31] Este dilema se basa en el comportamiento previsible en situaciones competitivas de alto riesgo: cuando una comunidad hace frente a la desconfianza de sus interlocutores, cualquier acción encaminada a aumentar la propia seguridad se percibe como una amenaza a la seguridad de los otros, incrementando el potencial global de conflicto. Véanse R. Jervis, «Cooperation under the Security Dilemma»; B. Posen, «The Security Dilemma and Ethnic Conflict»; P. Roe, «The Intras- tate Security Dilemma».

[32] S. R. David, «Internal War», p. 571.

[33] P. Collier y A. Hoeffler, «Greed and Grievance in Civil Wars»; J. D. Fearon y D. D. Laitin, «Ethnicity, Insurgency, and Civil War».

divisiones, dificulta la articulación pacífica de las demandas sociales y permite la proliferación de grupos en conflicto. Para Collier y Hoeffler, la exposición de agravios es simple retórica empleada para legitimar la decisión tomada por una persona de implicarse en la apropiación de bienes por la violencia antes que en la producción de los mismos. La causa instrumental de la guerra civil es la disponibilidad del botín, combinada con la oportunidad de organizar una insu- rrección. Pero, como señala Martin Van Creveld, la guerra es una prueba de que los hombres no son egoístas, ya que ningún cálculo utilitario e individualista puede justificar el hecho de arriesgarse a morir[34].

El paradigma de la acción colectiva, al que se adscriben estos estudios, ha sido dominante en los análisis de las motivaciones de la guerra civil, porque los espe- cialistas han tendido a sobreestimar los riesgos para los combatientes rebeldes y a subestimar los riesgos afrontados por los no participantes. Kalyvas y Kocher se preguntan por qué el alto riesgo individual no disuade de la participación en la rebelión, y señalan que en las dinámicas insurgentes los no combatientes también incrementan su riesgo relativo. Cuando el *free riding* es casi tan costoso como la participación en la lucha, los rebeldes no se enfrentan a un problema de acción colectiva reclutando a seguidores, ya que el riesgo indivi- dual de participación se acerca al de la no participación[35]. Más que a establecer una dicotomía entre la codicia y el agravio, Kalyvas señala a la interacción entre las identidades políticas y privadas y las acciones coactivas como los elementos determinantes del comportamiento individual en este tipo de situaciones límite. Las guerras civiles son no conflictos duales, sino procesos complejos y ambiguos que fomentan la acción en común de actores locales y supralocales, civiles y ejércitos, cuya alianza da lugar a violencias de muy diverso tipo.

Fearon y Laitin consideran el desarrollo económico como elemento esencial

para calibrar el coste de oportunidad para la rebelión y el nivel de capacidad relativa del Estado. Tras evaluar los datos de 127 guerras civiles desarrolladas entre 1945 y 1999, estos autores confirmaron la relación directa con el riesgo de guerra civil que tenían factores como

la baja renta *per capita*, el aumento de la población total, el terreno montañoso, la exportación de materias primas como el petróleo, la presencia de un Estado constituido recientemente y la inestabi- lidad de las formas de gobierno[36]. También señalaron que la guerra civil tendía a ocurrir cuando los costes de oportunidad económicos eran bajos, y que la carencia de democracia o la fragmentación étnica eran correlatos no significati- vos de este tipo de conflictos internos.

Parece que los estados más desarrollados, maduros y escasamente milita- rizados muestran una menor predisposición a la guerra civil. Por contra, no hay relación entre la diversidad cultural de un Estado y su tendencia a sufrir una guerra civil, pero sí en caso de que haya polarización religiosa, lingüística o racial. Los estados democráticos o muy autoritarios no tienden a experimen-

[34] M. Van Creveld, *The Transformations of War*, pp. 155-156.
[35] S. N. Kalyvas y M. A. Kocher, «How “Free” Is Free Riding in Civil Wars?», p. 179.
[36] J. D. Fearon y D. D. Laitin, «Ethnicity, Insurgency, and Civil War», p. 84.

tar guerras civiles, pero sí las sufren los países en proceso de democratización. Los regímenes sometidos a fuertes cambios están más predispuestos a la guerra civil que los regímenes estables de naturaleza democrática o autoritaria, incluso cuando han tenido tiempo de estabilizarse tras ese período transitorio. A largo plazo, la democracia consolidada y luego la autocracia estable son los regímenes menos vulnerables a las guerras civiles[37].

Una de los grandes debates planteados sobre la etiología de las guerras civiles es la incidencia de la heterogeneidad étnica. En la aplicación de los resultados de su estudio sobre la recurrencia y duración de las guerras civiles en África de 1960-92, Collier y Hoeffler ratificaron que la relación entre las guerras civiles y la diversidad étnica no era directa: las sociedades altamente fragmentadas no tienen mayor riesgo de experimentar una guerra civil que las homogéneas[38]. La relación entre el riesgo de guerra y el fraccionamiento étnico no es directa: hay mayor amenaza de guerra en sociedades étnicamente polarizadas que en sociedades étnicamente más homogéneas o diversas[39].

Es una regularidad empírica que el riesgo de repetición de la guerra en socie- dades de posguerra es más alto que el riesgo del inicio de una nueva guerra en países que no tienen una historia previa de enfrentamientos fratricidas. Las guerras civiles generan una «trampa del conflicto»: el odio y otros recursos cumulados durante la guerra hacen más probable el desencadenamiento de enfrentamientos en el futuro[40].

Los análisis estadísticos multivariantes demuestran que la duración de los conflictos civiles está relacionada sistemáticamente con las condiciones estruc- turales que prevalecen antes de los mismos, y con las circunstancias que se producen durante su transcurso. Las características estructurales dominantes que alargan el conflicto son la baja renta *per capita,* la alta desigualdad y un grado moderado de división étnica, aunque para algunos autores las rebeliones socialmente diversas suelen ser más breves por las dificultades de movilización y organización de los bandos contendientes. Las guerras civiles producto de ten- tativas del golpe y revoluciones populares son generalmente

bastante breves. Las guerras civiles que implican la secesión de una región no contigua a la capital del Estado también suelen cortas, aunque algo menos que la primera categoría. Las guerras civiles que presentan como beligerante a una guerrilla rural que opera cerca de las fronteras del Estado tienen, con algunas excepciones inte- resantes, muchas más dificultades para terminar. Las guerras sobre territorios discontinuos tienden a ser relativamente breves (guerras anticoloniales), y las guerras protagonizadas por minorías étnicas situadas en la periferia del Estado tienden a durar más que la media de los conflictos civiles.

[37] H. Hegre, T. Ellingsen, S. Gates y N.P. Gleditsch, «Toward a Democratic Civil Peace?»; E. N. Muller y E. Weede, «Cross-National Variation in Political Violence».

[38] N. Sambanis, «What Is a Civil War?», pp. 855-856.

[39] P. Collier y A. Hoeffler, «On Economic Causes of Civil War».

[40] P. Collier y N. Sambanis, «Understading Civil War», p. 5.

V. — LAS DINÁMICAS DE LA VIOLENCIA EN LAS GUERRAS CIVILES

La investigación reciente sobre la guerra civil se está desarrollando con rela- tiva rapidez, pero sus indagaciones se dirigen en primer término a buscar los determinantes del estallido, duración y terminación de estos conflictos y a sus efectos, antes que a indagar sobre el desarrollo de la guerra en si misma. Un ele- mento esencial de los conflictos civiles es la intensidad, extensión y complejidad de la violencia desplegada por los diferentes actores.

Hay una cierta discusión sobre si la guerra civil es un fenómeno indepen- diente o una simple muestra o etapa del fenómeno más amplio de la violencia política. No cabe duda de que, para muchos países atrapados en la trampa de un conflicto, la guerra civil es una fase en un ciclo más amplio de violencia[41]. La guerra civil suele convivir con otros tipos de violencia extensiva, como el terro- rismo a gran escala, la guerra de guerrillas, el golpe de Estado o la insurrección. Kalyvas propone una visión más instrumental que culturalista, y sugiere que incluso las formas extremas de agresión tienen un uso estratégico[42]. La produc- ción, dinámica e intensidad de violencia dependen de la intersección entre los incentivos (previo cálculo de costes y beneficios) de los grupos armados y la pre- disposición de los civiles a colaborar también en un marco de cálculo racional, que puede variar en función de variables como la *incertidumbre* respecto a los comportamientos del adversario real o potencial y la *polarización* sociopolítica (a más polarización, mayor violencia). Estos dos factores (incertidumbre y equi- librio de fuerzas) están en realidad en la base de todo tipo de violencia política. Hay una extensa evidencia empírica que sugiere que la violencia indiscrimi- nada aplicada en las guerras civiles está informada por la lógica del terrorismo, que se usa para la eliminación y la disuasión —léase intimidación— del adver- sario real o potencial. La violencia es *selectiva o discriminante* cuando los individuos son señalados con base a una información personalizada sobre sus acciones, y es *indiscriminada* cuando los individuos son señalados sólo en base a su calidad de miembros de un

grupo percibido como vinculado a la oposi- ción, independientemente de sus acciones individuales[43]. Dado un equilibrio de poder entre los actores en conflicto, la violencia indiscriminada es más probable en épocas tempranas que en las últimas etapas del conflicto.

La guerra civil es un tipo de violencia total entre segmentos de una misma población, que persigue como objetivo prioritario el aniquilamiento o someti- miento sin condiciones del adversario, el derrocamiento del régimen imperante
o la disolución de un Estado[44]. Los contrincantes en las guerras civiles se apro- vechan de la desaparición del control estatal para adoptar comportamientos excepcionalmente violentos, que transforman al contrincante más próximo en

[41] N. Sambanis, «Using Case Studies to Expand Economic Models of Civil War», p. 268.
[42] S.N. Kalyvas, «The Urban Bias in Research on Civil Wars», p. 27.
[43] Id., «The Paradox of Terrorism in Civil Wars», p. 101.
[44] Ch. TILLY, *From Mobilization to Revolution*, p. 198.

enemigo deshumanizado sobre el cual se ejerce el poder por excelencia de vida o muerte[45]. A mayor homogeneidad social, mayor necesidad de separar a los grupos enfrentados a través del fomento del odio y la violencia. Como seña- laba a Kaldor un liberal independiente yugoslavo: «La guerra tenia que ser muy sangrienta, porque los lazos que nos unían eran muy fuertes»[46]. En todo caso, la guerra civil se «totaliza» al involucrar violencia, cultura, política y econo- mía en el control o eventual exterminio de la población, convertido en objetivo estratégico de tipo militar. Como advierte Huntington, «la guerra insurreccional es casi siempre total. Ningún bando busca reconocer la legitimidad del otro, o las negociaciones y acuerdos que implican ese reconocimiento. Los armisticios y los tratados de paz son posibles entre gobiernos, pero raramente entre gobiernos y anti-gobiernos»[47].

Kalyvas se centra en la violencia cometida intencionalmente contra los no

combatientes, y para ello realiza un estudio sistemático al nivel micro. Separa la violencia en las guerras civiles del conflicto en sí mismo y establece una teoría micofundacional de la violencia indiscriminada y selectiva. Las interacciones están informadas de las demandas de la guerra irregular, la lógica de la infor- mación simétrica y las dinámicas de rivalidades locales. Los actores políticos tratan de asumir el control (soberanía) tratando de obtener control popular (o colaboración) y disuadiendo de la colaboración con el enemigo (defección). A medida que el conflicto madura, el control esta cada vez más vinculado a la colaboración, porque los actores combatientes que ocupan importantes porcio- nes de territorio deben proteger a los civiles. El control territorial requiere de la colaboración de los civiles, que maximizan los beneficios sujetos a requeri- mientos de supervivencia: se colabora con el actor político que mejor garantice su supervivencia, pero la colaboración es más incierta en áreas de soberanía fragmentada donde ambos actores están presentes, porque emplearán la vio- lencia para consolidar su control. La violencia selectiva requiere de la obtención de información privada, que está asimétricamente distribuida entre los actores políticos y los civiles, y es el resultado de transacciones entre los

actores polí- ticos y los individuos. Los individuos sólo denunciarán en circunstancias de seguridad, cuando sus víctimas no tengan acceso al otro actor rival (esto es, a hacer contradenuncias), y con el objeto de alcanzar todo tipo de beneficios. La predicción es que la violencia tiene a ocurrir donde un actor armado es casi hegemónico, no donde un actor tiene el pleno control o donde está siendo desafiado. La violencia tiende a aparecer donde la solicitud de información se encuentra con la disposición individual a proporcionarla[48].

En la guerra civil no se reconoce a los no beligerantes ni se tolera la neutra-

lidad, pero siempre hay una extensa zona gris de personas renuentes a la lucha. La investigación de nivel macrosocial ha tendido a asumir que la interacción

[45] «Introduction» a J.-C. Martin (dir.), *La guerre civile, entre histoire et mémoire*, p. 12.
[46] M. Kaldor, *Las nuevas guerras*, p. 62.
[47] S. P. Huntington, «Patterns of Violence in World Politics», p. 21.
[48] S. N. Kalyvas, *The Logic of Violence in Civil War*, p. 13.

estratégica entre los agentes rivales, y entre éstos y la población, influye poco en la evolución de la guerra. Se asegura que, una vez que una guerra ha estallado, nada cambia en términos de las preferencias la población. Para Kalyvas, tales asunciones son incorrectas: muchos individuos se incorporan la guerra bastante después de que haya comenzado, empujados por los incentivos y por los apre- mios que son producto de la guerra y el resultado de las estrategias innovadoras y adaptativas ideadas por los agentes rivales en el curso del conflicto. Kalyvas señala que las guerras civiles están informadas por divisiones sociales fluidas, cambiantes y a menudo locales marcadas por las motivaciones personales antes que por los grandes discursos ideológicos impersonales[49]. Las lealtades indivi- duales son maleables, probablemente porque las cualidades ideológicas son más fáciles de adquirir que las étnicas. Ni las organizaciones ni las preferencias se dan de antemano ni son fijas durante de la guerra. El cambio es sinónimo de guerra[50]. Con todo ello se quiere destacar que las razones individuales o el contexto en que se mueven los pequeños grupos locales resultan esenciales para entender la dinámica de la violencia en las guerras civiles. Para entender la interacción entre el nivel micro y el nivel macro en la explicación de las guerras civiles, debemos primero establecer y medir las diferencias entre las diferentes las formas de violencia política e identificar la «ontología» de este fenómeno, que no es especial, sino una fase en un ciclo de violencia[51]. Si no logramos comprender por qué estallan guerras civiles en vez de otras formas organizadas de violencia política, no comprenderemos la naturaleza misma de la guerra civil[52].

VI. — ALTERNATIVAS DE RESOLUCIÓN DE LOS CONFLICTOS CIVILES: LAS INTERVENCIONES EXTERIORES Y LOS PROBLEMAS DE LA PACIFICACIÓN

La guerra civil reduce de forma significativa la soberanía e impenetrabili- dad de los estados, haciéndolos vulnerables a intromisiones externas de carácter belicista o pacificador. La prolongación o intensificación de las guerras civiles acentúan el riesgo de intervención externa y unilateral de los gobiernos extran- jeros, que pueden verse tentados de ayudar militar, y/o económicamente a alguno de los bandos en lucha. El COW Project estimaba que el 20% de las guerras civiles que han estallado desde 1816 experimentaron intervenciones militares de otros países, y para el período de la segunda posguerra mundial el porcentaje se ha elevado al 25%[53]. Se pueden distinguir tres tipos de interven- ción: la unilateral (implicación de un Estado en los asuntos de otro, como la intervención armada de los Estados Unidos en República Dominicana en 1965),

[49] Id., «"Nuevas" y "viejas" guerras civiles», p. 37.

[50] I_D., «Ethnic Defection in Civil War», p. 1.063.

[51] N. Sambanis, «Using Case Studies to Expand Economic Models of Civil War», p. 272.

[52] *Ibid*., p. 259.

[53] B. Dunér, *Military Intervention in Civil Wars*, p. 62.

la multilateral cooperativa (o al menos no competitiva entre potencias, como la intervención aliada en Murmansk y Ankangelsk contra los bolcheviques en el verano de 1918) y la competitiva (conflicto entre poderes rivales, para tratar de conservar o revisar el sistema internacional afectado por el Estado some- tido a una guerra civil, como la intervención de ingleses y rusos en la guerra civil griega o la de nazis y soviéticos en la española[54]). En otros casos, la inter- vención se dirige a limitar la posibilidad de una deriva bélica internacional de conflicto, como pretendió el Comité de No Intervención establecido en Londres en septiembre de 1936 para evitar la intervención extranjera en la guerra civil española, es decir, el desencadenamiento de una intervención competitiva que derivase en una guerra mundial.

Los gobiernos extranjeros intervienen en las guerras civiles porque este tipo de conflictos les brinda oportunidades alterar o incluso destruir completamente las configuraciones de poder y conflicto existentes dentro del sistema interna- cional[55]. La confrontación internacional es susceptible de generar o enconar una guerra civil, pero es difícil mostrar el camino contrario, esto es, procesos de hostilidad internacional cuyo origen inmediato o fundamental haya sido una guerra civil.

Se entiende por pacificación de las guerras civiles no sólo su finalización, materializada en el cese de las hostilidades, sino sobre todo un acuerdo sobre las estructuras y los principios de un régimen de paz, que incluya las normas para el arreglo pacífico del conflicto que motivó el enfrentamiento armado[56]. Los datos históricos sugieren que muchas guerras civiles han finalizado con vic- torias militares, pero que los acuerdos negociados han sido fenómenos bastante regulares, si bien mucho menos frecuentes que los acuerdos negociados para las guerras internacionales: entre 1940 y 1990 sólo un 20% de las guerras civiles fueron resueltas a través de negociaciones, en comparación con el 55% de las guerras interestatales[57]. Las guerras civiles han acostumbrado a terminar con el exterminio, la expulsión o la capitulación del bando perdedor antes que en una mesa de negociaciones.

Las posibilidades de negociación se pueden evaluar según criterios econó-
micos de evaluación de costes y beneficios para lograr la victoria o aceptar un acuerdo negociado. La duración y la magnitud de las guerras afectan al desarro- llo de las negociaciones, y un empate militar influye para que esas negociaciones tengan éxito. Si otras naciones intervienen militarmente en favor de un bando, la probabilidad de un acuerdo negociado disminuye. Por último, la probabilidad de un acuerdo negociado suele ser mayor en conflictos separatistas que en gue- rras revolucionarias, y menor en las revoluciones basadas en criterios étnicos[58].

[54] E. M. Forman, «Civil War as a Source of International Violence», p. 1.118.

[55] *Ibid*., p. 1.112.

[56] H.-W. Krumwiede, «Posibilidades de pacificación de las guerras civiles», p. 109.

[57] R. Licklider, «The Consequences of Negotiated Settlements in Civil Wars», p. 681; B.F. Walter, «The Critical Barrier to Civil War Settlement», p. 335.

[58] D. Mason y P. Fett, «How Civil Wars End».

Toda hipótesis sobre los costes y los beneficios para la terminación de las guerras debe tener en cuenta el ya aludido «dilema de la seguridad»: los comba- tientes en una guerra civil no son proclives a negociar porque piensan que ello les conduce a debilitar sus defensas, haciéndoles más vulnerables frente a un Estado no neutral ni legitimado para impulsar la paz. En este tipo de trances, los actores tienden a luchar hasta el final, a menos que un poder exterior garan- tice un tratado de paz. Sólo cuando un poder externo garantiza los términos del acuerdo, se infunde a los beligerantes la confianza imprescindible para la desmovilización, el desarme y la eventual integración en la nueva comunidad política.

VII. — CONCLUSIONES

El estudio sistemático de las guerras civiles apenas acaba de dar sus primeros pasos. El interés de la ciencia social por este tipo de fenómenos se incrementó notablemente con la oleada de conflictos étnicos que estallaron en las últimas décadas del siglo xx, de modo que los análisis pecan inevitablemente de un excesivo presentismo, centrados en estudios de caso típicamente descriptivos, y centrados en dinámicas descritas a un nivel macrosocial. Aunque el COW Project gestiona un importante despliegue de datos que a veces arrancan de 1816, no ha sido nada frecuente la comparación de los conflictos fratricidas de la historia reciente con los casos más «clásicos» o «convencionales» de la modernidad tardía, la primera contemporaneidad o el período de entreguerras. Por otro lado, la búsqueda de variables correlacionales al riesgo, duración, pre- valencia o recurrencia de las guerras civiles no tiene un gran alcance heurístico: pueden advertir de las situaciones objetivas de riesgo (eso es lo que interesa a instituciones internacionales como el Banco Mundial), pero no dan cuenta de los factores desencadenantes del conflicto, que son fruto de la opción deliberada de los actores y de una serie de imponderables estratégicos de orden coyuntural. Además, como

observa Kalyvas, estas teorías no nos dicen nada acerca de la violencia como factor intrínseco de la guerra civil, y la tratan como una manifestación automática de la misma[59]. Nadie puede, pues, predecir el estallido de una guerra, y contra ese paradigma estructuralista de su inevitabilidad se han erigido estudios parciales que han analizado de forma preferente las razones de los actores y la estructura de oportunidades políticas. Sin embargo, la concen- tración en los móviles egoístas y en los agravios individuales y colectivos (*greed and grievances*) en el primer caso, y en la mayor o menor apertura y capacidad del Estado en el segundo, desembocan en una visión de la guerra civil dema- siado estática y dual.

Como todo proceso de conflicto, en este caso de grado máximo en organiza-

ción, fines y movilización de recursos (coactivos o no), las guerras civiles deben estudiarse de modo dinámico, y por esa vía van las investigaciones de auto-

[59] S. N. Kalyvas, *The Logic of Violence in Civil War*, p. 389.

res como Kalyvas, que opina que las guerras civiles son esencialmente procesos
«endógenos», donde las preferencias, las estrategias, los valores, y las identidades colectivas e individuales se forman y se reforman continuamente, mientras que la guerra en sí misma añade todo tipo de fracturas, desde la más ideológica a la más local.

No existe un consenso académico sobre la naturaleza última de la guerra civil:
¿es un conflicto en si o la manifestación de conflicto a través de la violencia desbocada y de alta intensidad? En nuestra opinión, la esencia de la naturaleza histórico-política de la guerra civil no radica en sus manifestaciones violentas
—por lo demás, enormemente heterogéneas—, sino en su carácter de conflicto político en gran escala, de lucha en máximo grado para conservar o conquis- tar el poder de un Estado. En definitiva, como arquetipo máximo de conflicto violento instalado en el seno de una comunidad política, la guerra civil ha de ser analizada como una estrategia de alto coste dirigida a obtener resultados máximos, se llamen éstos conquista del poder, revolución, contrarrevolución o eliminación del adversario. Waldmann y Reinares señalan que basarse en un concepto demasiado estrecho y dogmático de guerra civil carece de todo sentido[60]. En efecto, las guerras civiles tienen orígenes, formas y desarrollos múl- tiples, que deben ser evaluados convenientemente. La ambigüedad es y será el rasgo definitorio de las guerras civiles[61].

[60] Introducción a P. Waldmann y F. Reinares (comps.), *Sociedades en guerra civil*, pp. 12-13
[61] S. N. Kalyvas, «The Ontology of Political Violence», p. 476.

GUERRAS CIVILES EN EUROPA EN EL SIGLO XIX O GUERRA CIVIL EUROPEA

Jordi Canal
École d'Hautes Études en Sciences Sociales, París

I

La guerra civil se encuentra en la base de la génesis o formación de buen número de estados y naciones contemporáneos, tanto en Europa como en otros conti- nentes. Lo que no significa, evidentemente, que cumpla en este sentido funciones históricas, ni necesarias ni modélicas[1]. Una porción notable de los conflictos bau- tizados como guerras de independencia o de liberación nacional, revoluciones o resistencias, contienen e integran —y ocultan, está claro—, global o parcialmente, guerras civiles. Las contiendas y la resistencia contra el enemigo exterior no resultan necesariamente incompatibles con las luchas entre nacionales. Claudio Pavone lo mostró con claridad, para el caso de la Resistencia italiana, en una obra muy importante: *Una guerra civile. Saggio storico sulla moralità nella Resistenza* (1991)[2]. Tampoco la revolución excluye, aunque el grado de confusión haya sido muy elevado desde siempre, el componente fratricida[3]. Todas las grandes revo- luciones de la historia contemporánea, desde la francesa a la china pasando por la rusa y la mexicana, resultan incomprensibles sin la guerra civil. En referencia a la Revolución francesa, Jean-Clément

Martin ha propuesto con tino, a efectos prácticos y de análisis científico, abandonar los juicios de valor según los cuales mientras la guerra civil era el colmo de la ignominia, la revolución constituía en ella misma un valor[4]. Cierto es que, utilizando algunas definiciones y tipologías clásicas, podría argumentarse que no en todas las fases se enfrentaron dos ejér- citos o que no siempre el conflicto tuvo un carácter masivo, pero, basarse en un concepto de guerra demasiado estrecho y dogmático carece de todo sentido. Las guerras civiles poseen, al fin y al cabo, orígenes, formas y desarrollos múltiples[5].

[1] Véase P. Waldmann, «Guerra civil».

[2] C. Pavone, *Una guerra civile*.

[3] Véase R. Schnur, *Rivoluzione e guerra civile*; R. Koselleck, *Futuro pasado*; P. Viola, «Rivoluzione e guerra civile»; A. J. Mayer, *The Furies*; S. G. Payne, *La Europa revolucionaria*.

[4] J.-C. Martin, «Rivoluzione francese e guerra civile», pp. 27-28.

[5] Véase P. Waldmann y F. Reinares (comp.), *Sociedades en guerra civil*, pp. 11-23; E. González Calleja, *La violencia en la política*, pp. 524-536; J.-P. Derriennic, *Les guerres civiles*.

J. Canal y E. González Calleja (eds.) *Guerras civiles. Una clave para entender la Europa de los siglos xix y xx*, Collection de la Casa de Velázquez (130), Madrid, 2012, pp. 25-38.

A pesar de su presencia e importancia en la historia contemporánea se ha producido una clara ocultación de la guerra civil. Las guerras civiles, fraternas, entre hermanos, se han convertido en las malas guerras. No siempre ha sido de esta manera, pero sí en el siglo XX[6]. Ni tan siquiera las horribles masacres de la Segunda Guerra Mundial han cambiado esta percepción, que condiciona de manera nítida las lecturas y los análisis históricos del pasado[7]. Los fenóme- nos fratricidas, como tales, han generado poco interés. Gabriele Ranzato ha aportado, en un interesante trabajo sobre las guerras civiles en la época contem- poránea, algunas explicaciones sobre esta insuficiente atención:

> *Le ragioni di questa scarsezza di riflessione sulla guerra civile sono mol- teplici, ma tutte, in definitiva, riconducibili a una difficoltà a riconoscerla, alla quale concorrono, in forma complementare, da un lato, il bisogno di nobilitare i conflitti, o comunque di riassumerli in una motivazione nobilitante, dall'altro l'orrore che la guerra civile suscita e che induce a rimuoverla, negarla o ridimensionarla a fenomeno parziale di più grandi eventi*[8].

En los últimos tiempos, las cosas parecen haber cambiado un poco y la gue- rra civil se ha convertido en un objeto normal y habitual de historia. Trabajos relativamente recientes como *The Furies. Violence and Terror in the French and Russian Revolutions* (2000), de Arno J. Mayer; *The Logic of Violence in Civil War* (2006), de Stathis N. Kalyvas, o *Frères de sang. La guerre civile en France au XIXe siècle* (2009), de Jean-Claude Caron, entre algunos pocos más, permiten respal- dar adecuadamente esta aseveración[9].

La historia del siglo XIX, en concreto, se convierte en incomprensible sin la guerra civil. Ello resulta evidente en la Europa occidental o del sur, tanto en Francia como en España, Portugal o Italia. En estos países se vivió y se sufrió a lo largo de la centuria una importante y larga guerra civil, estructurada en torno al eje revolución-contrarrevolución. Evidentemente, como no podía ser de otra manera, en cada uno de los estados-nación ésta adquirió tintes específicos, tanto por lo que se refiere a la cronología y la intensidad, como a sus implicacio- nes, características y repercusiones. Estas consideraciones podrían ampliarse, sin duda alguna, con los matices pertinentes, a otros países vecinos y a algu- nos otros más alejados. En una buena parte de

América Latina, en palabras de François-Xavier Guerra, tuvo lugar en el siglo XIX «une guerre civile longue et destructrice»[10]. Las investigaciones de las dos últimas décadas lo han con-

[6] Véase el primer apartado del artículo de J. Canal, «Guerra civil y contrarrevolución».

[7] Véase G. Ranzato, «Guerra civil y guerra total». Véase, asimismo, el importante libro de G. Ranzato (ed.), *Guerre fratricide*.

[8] G. Ranzato, «Un evento antico», p. 10. Cf. también, del mismo autor, «Évidence et invisibilité».

[9] A. Mayer, *The Furies*; S.N. Kalyvas, *The Logic of Violence*; J.-C. Caron, *Frères de sang*.

[10] F.-X. Guerra «Editorial».

firmado[11]. El historiador colombiano Marco Palacios acuñó, en este marco, la sugerente fórmula del «fratricidio como fuente de nacionalidad»[12]. En un exce- lente ensayo publicado en 2010, *Elegía criolla. Una reinterpretación de las guerras de independencia hispanoamericanas*, Tomás Pérez Vejo nos ofrece, siguiendo las sendas historiográficas abiertas por François-Xavier Guerra y Jaime E. Rodríguez, una nueva interpretación general de las denominadas guerras de independencia americanas, evitando las proyecciones a posteriori y reforzando la complejidad interpretativa. Estamos, nos recuerda el autor con pertinencia, ante uno de los episodios más destacados en el alumbramiento del mundo con- temporáneo: el paso de la Monarquía católica a una veintena de nuevos naciones y estados, España incluida. Las llamadas guerras de independencia constituye- ron, esencialmente, luchas por la legitimidad del poder. No fueron, como se ha interpretado frecuentemente desde la misma época, ni luchas entre criollos y peninsulares, ni guerras entre naciones ni, finalmente, simples conflictos de independencia o revoluciones. Constituyeron, ante todo, luchas entre america- nos, de criollos contra criollos. Asimismo, las naciones surgieron de las guerras, pero no las provocaron, puesto que a principios del siglo XIX estas supuestas naciones no existían. La propia evolución de las guerras definió límites nacio- nales en el continente americano y forjó naciones. Por último, estamos ante auténticas guerras civiles, no demasiado distintas de las que en la misma época ensangrentaron España, Francia o Portugal. Las revoluciones, en cualquier caso, fueron consecuencia del desarrollo de las guerras. En los antiguos territorios de la Monarquía católica, a un lado y otro del Atlántico, tuvieron lugar, entre 1808 y mediados de la centuria, unas largas e intermitentes guerras fratricidas; unos enfrentamientos, en definitiva, entre visiones del mundo contrapuestas[13]. Las reflexiones de Pérez Vejo resultan de gran trascendencia, no solamente para la historia de América, sino también para la de Europa occidental[14].

La introducción de la idea de la existencia en distintos países de Europa occi- dental —o, igualmente, de América Latina—, en el siglo XIX, de una larga guerra civil no significa de modo alguno sugerir

anormalidades o excepcionalidades en la historia, ni muchos menos formular juicios de valor o imágenes condenatorias o denigrantes del pasado nacional. Una interpretación del siglo XIX que subraye el componente fratricida de los afrontamientos no implica ningún tipo de valo- ración en clave positiva o negativa de la historia. El uso de la categoría «guerra civil» debe restar al margen de las consideraciones y los prejuicios morales que suscita su aprehensión —y, está claro, su aprensión— en la realidad. Se trata, en esencia, de un objeto de historia. Muy útil, en cualquier caso, a fin de interpretar

[11] Entre una abundante bibliografía, véanse A. Lempérière, «Revolución, guerra civil»; M.-D. Demélas, «La notion de guerre civile»; A. Annino y F.-X. Guerra (coords.), *Inventando la nación*; M.-D. Demélas, *L'invention politique*; V. Hébrard, *Le Venezuela indépendant*; C. Thibaut, *Repúblicas en armas*; T. Pérez Vejo, *España en el debate*.

[12] M. Palacios, *De populistas, mandarines*, pp. 161-195.

[13] T. PÉREZ VEJO, *Elegía criolla*.

[14] Véase J. CANAL, «Introducción».

y comprender la historia del siglo XIX y la génesis de la contemporaneidad. En aquella centuria, como veremos en las páginas siguientes a partir de un enfoque en el que se privilegia la actuación contrarrevolucionaria, se produjeron guerras civiles en Europa occidental —Francia, España, Portugal, Italia, los cuatro países en los que se centra este trabajo— e, incluso, posiblemente, una auténtica guerra civil europea.

II

En Francia, la guerra civil formó parte integrante del proceso revoluciona- rio abierto en 1789. Los conflictos de la Vendée y la *chouannerie* constituyen los ejemplos más claros del fraternal fratricidio, del enfrentamiento entre revo- lución y contrarrevolución[15]. Se trata de la guerra entre «blancos» y «azules», novelada magistralmente, entre otros, por Honoré de Balzac en *Les chouans* (1829), Jules Barbey d'Aurevilly en *L'ensorcelée* (1852) o por Alexandre Dumas en *Les Blancs et les Bleus* (1867-1868). El conflicto marca el fondo o el ambiente, o bien muestra toda su cruel presencia, en tanto que «terrible jeu d'échecs»[16]. Pero ni la revolución ni la contrarrevolución, ni tampoco sus confrontaciones, terminaron realmente en 1799 o 1815, sino mucho más adelante, en los inicios de la Tercera República. Ya Jacques Godechot advirtió de la necesidad de exten- der el fenómeno contrarrevolucionario, como el revolucionario, hasta mediados del siglo XIX, tanto en Francia como en buena parte del mundo occidental; en un importante trabajo reciente, Jean-Clément Martin parece inclinarse por un marco cronológico revolucionario entre 1770 y las décadas de 1830-1840[17]. Como quiera que sea, más adecuado me parece aún alargar el proceso de con- frontación entre revolución y contrarrevolución en Francia hasta la década de 1880, adoptando la cronología propuesta en una de sus obras por François Furet[18]. No otra cosa hizo Alain Corbin al abordar la cuestión de las masacres en las guerras civiles francesas, entre 1789 y 1871[19]. En esta línea, Yan Guerrin ha mostrado, por ejemplo, la persistencia de la guerra civil en la primera mitad del siglo XIX en Haute-Bretagne, y Jean-Clément Martin ha aludido

a la existen- cia de Vendées tardías[20]. Los exilios fueron, como en otros países, frecuentes[21]. Cambios de régimen e inestabilidad constitucional, sin olvidar episodios revo-

[15] Véase J.-C. Martin, «Rivoluzione francese e guerra civile». Del mismo autor, véase *La Vendée et la France*.

[16] H. de Balzac, *Les chouans*; J. Barbey D'Aurevilly, *L'ensorcelée*; A. Dumas, *Les Blancs et les Bleus*. La cita pertenece a esta última obra, en p. 129. Sobre novela y contrarrevolución en Francia, véase sobre todo C. Bernard, *Le chouan romanesque*; S. Luzzatto, *Ombre rosse*; *Vendée, Chouannerie, Littérature*; J. Canal, (ed.), «Letteratura e politica».

[17] J. Godechot, *La contre-révolution*, p. 2 ; J.-C. Martin (dir.), *La Révolution à l'œuvre*, pp. 18-19.

[18] F. Furet, *La Révolution 1770-1880*. Véase J. Canal, «Repensar la historia».

[19] A. Corbin, «I massacri nelle guerre».

[20] Y. Guerrin, «Mémoires, mentalités et guerre civile»; J.-C. Martin, «Le forme di politicizzazione». Véase también H. Multon, «Géographies et mémoires».

[21] Véase S. Aprile, *Le siècle des exilés*.

lucionarios como 1830, 1848 o la Comuna —la famosa «guerra civil» del texto de Karl Marx, *Der Bürgerkrieng in Frankreich* (1871)[22], jalonaron esta etapa.

En la obra *Frères de sang. La guerre civile en France au XIXe siècle*, ya citada, Jean-Claude Caron afirma, en referencia al caso francés, que «la guerre civile ne semble guère exister aux yeux des historiens travaillant sur le XIXe siècle, à l'exception des événements qui sont officiellement qualifiés ainsi, comme la Commune de Paris». Y, acto seguido, añade:

> *C'est pourtant à travers ce prisme que le xixe siècle mérite d'être inter- rogé, afin de comprendre la persistance d'une contradiction majeure entre la violence d'exclusion et «l'impératif d'inclusion» qui est au cœur du discours politique depuis la Révolution française. Cependant, depuis les travaux initiés dans les années 1990 par Jean-Clément Martin ou par Gabriele Ran- zato, les historiens ont commencé à prendre en considération la notion de guerre civile comme propre à éclairer la compréhension de l'histoire contem- poraine de la France et de l'Europe. Si l'on dépasse telle ou telle séquence chronologique pour généraliser le propos, on observe que cette réticence partiellement vaincue tient à l'histoire même de la France, au rôle d'une mémoire encore présente, voire obsédante et périodiquement réactivée, de conflits internes, de déchirements humains enfouis au plus profond de la communauté nationale. Cette guerre de proximité où le voisin tue le voi- sin représente la négation même de la mythologie nationale. Jugée à la fois infamante et réductrice, la notion de guerre civile semble stigmatiser une époque, un pays, une population. Pourtant, pourrait-on dire sans provoca- tion aucune, la France contemporaine n'est-elle pas née d'une guerre civile appelée Révolution française?* [23].

Para hacer referencia a este estado de conflictividad permanente en la Fran- cia contemporánea, algunos autores han utilizado la denominación «guerras franco-francesas». Jean-Pierre Azéma, Jean-Pierre Rioux y Henry Rousso escriben, en este sentido, las palabras que siguen: «Depuis près de deux cents ans, des crises majeures fracturent périodiquement l'unité nationale, plon- geant la France dans une guerre civile plus ou moins violente, plus ou moins ouverte»[24]. No pienso que debamos distinguir netamente, como propuso hace años Maurice Agulhon, entre guerra civil, *stricto sensu*, y guerra civil en sentido figurado o como guerra civil moral[25]. Las fronteras entre una y otra resultan, a la hora de la verdad, demasiado permeables e indefinibles y

los espacios de intersección excesivamente abundantes. En este mismo sentido, tampoco me parece acertado el rígido planteamiento que Olivier Wieviorka propone en un artículo publicado en francés en 2005 y en español al año siguiente, en el que niega la pertinencia del concepto de guerra civil aplicado a los años de Vichy,

[22] K. Marx, *La Guerra Civil en Francia*.

[23] J.-C. Caron, *Frères de sang*, pp. 11-12.

[24] J.-P. Azéma, J.-P. Rioux y H. Rousso, «Les guerres franco-françaises», p. 3. Asimismo, véase H. Rousso, *Le syndrome de Vichy*.

[25] M. Agulhon, «Pour une conclusion».

argumentando que los conflictos de aquel momento fueron sensiblemente diferentes a las «verdaderas» guerras civiles, esto es la española de 1936-1939 o la griega; insistiendo más en los años 1940-1942 que en 1942-1945, y, por último, contraponiendo a unos franceses que tenían ante ellos modelos de concordia y unos españoles «habitués aux luttes intestines».[26] Ninguna de las tres razones —o prejuicios, en alguna ocasión— resulta totalmente convin- cente, ya que los puntos de partida podrían ser, sin demasiada complicación, otros distintos, e, incluso, justamente los contrarios. Ni existen guerras civiles modélicas, ni tampoco, como bien apuntó Norberto Bobbio, guerras civiles en estado puro[27]. Por otro lado, la negación del fratricidio no redime necesariamente a nuestros antepasados, pero sí crea, en cambio, con demasiada frecuencia, engorrosos filtros para la comprensión de sus actitudes y sus accio- nes. La existencia de una guerra civil francesa, que tendría sus orígenes en el episodio revolucionario de 1789, resulta, como asegura acertadamente Jean- Clément Martin, innegable[28].

III

La guerra civil, abierta o en estado latente, constituyó, asimismo, la espina dorsal del siglo XIX español. En este país se vivió durante la mayor parte de la centuria los efectos de una larga guerra civil, discontinua pero persistente, en la que se alternaban periodos de combate abierto, conatos insurreccionales, exilios y etapas de tranquilidad más aparentes que reales. En todo momento, como escribiera Miguel de Unamuno, era posible «sentir la paz como fundamento de la guerra y la guerra como fundamento de la paz»[29]. Revolución y contrarrevolución, revolucionarios y contrarrevolucionarios en resumidas cuentas, mantuvieron en España un enfrentamiento permanente, que puede ser fácilmente reconstruido entre 1808 y 1876. Conflictos de alta, mediana y baja intensidad se sucedieron entonces. Ha existido, sin embargo, una cierta tendencia al olvido o disimulo del carácter fratricida de buena parte de los afrontamientos armados de aquella centuria, tanto en la historiografía

como a nivel general. No se ha prestado a estos conflictos la atención que, sin lugar a dudas, merecen, reservando casi exclusivamente la denominación «guerra civil» a la Guerra Civil española de 1936-1939. Casi lo mismo podría afirmarse con respecto a los abundantes procesos de emigración política del siglo XIX y el gran exilio de 1939[30]. Como quiera que sea, la guerra civil debe ser erigida como ele- mento clave de la historia española en el siglo XIX.

[26] O. Wieviorka, «Guerre civile à la française? ». La cita, en p. 19. También en O. Wieviorka, «¿Guerra civil a la francesa?».

[27] N. Bobbio, «Guerra civile?», p. 300.

[28] J.-C. Martin, «La Révolution française», p. 70.

[29] M. de Unamuno, «Paz en la Guerra», *Ahora*, 25 abril 1933, citado en J.M. de Azaola, *Unamuno y sus guerras*, p. 17.

[30] Véase J. Canal, «Guerra civil y contrarrevolución», y del mismo autor, «Los exilios en la historia».

La guerra de la Independencia constituyó la antesala de las querellas hispano- españolas del siglo XIX. En 1836, en *De la guerra civil de España*, Evaristo San Miguel hacía ya referencia a un conflicto abierto en 1808, que aún no había con- cluido[31]. Años más tarde, el novelista Benito Pérez Galdós escribió, en el primer volumen de la segunda serie de los Episodios Nacionales, titulado *El equipaje del rey José* (1875) y ambientado en los últimos momentos de la guerra de la Inde- pendencia: «La actual guerra civil, por sus cruentos horrores, por los terribles casos de lucha entre hermanos, y aun por el fanatismo de las mujeres, que en algunos lugares han afilado sonriendo el puñal de los hombres, presenta cuadros ante cuyas encendidas y cercanas tintas palidecerán, tal vez, los que reproduce el narrador de cosas de antaño. El primer lance de este gran drama español, que todavía se está representando a tiros, es lo que me ha tocado referir en éste, que, más que libro, es el prefacio de un libro. Sí; al mismo tiempo que expiraba la gran lucha internacional, daba sus primeros vagidos la guerra civil; del majes- tuoso seno ensangrentado y destrozado de la una, salió la otra, cual si de él naciera. Como Hércules, empezó a hacer atrocidades desde la cuna»[32]. Fue, no obstante, en el Trienio Liberal (1820-1823) cuando estas querellas —de blancos contra negros, en una terminología muy habitual en la época[33] — adquirieron amplias proporciones. El carlismo es la principal expresión de los movimientos contrarrevolucionarios españoles contemporáneos. La dialéctica carlismo-libe- ralismo iba a presidir el siglo XIX [34]. No fue, sin embargo, la única modalidad de contrarrevolución desarrollada en España —el realismo del Trienio Liberal o el partido Renovación Española en la Segunda República, constituyen otros posibles ejemplos de variada naturaleza—, aunque sí, sin ningún lugar a dudas, la más importante en todos los sentidos[35]. De ahí que, en la historia de España, especialmente para el siglo XIX, se haya convertido en algunas ocasiones en sinó- nimos carlismo y contrarrevolución.

Las guerras carlistas, que reciben también el nombre de «carlistadas», cons- tituyeron la principal expresión de las querellas intra hispánicas del siglo XIX. El carlismo, un movimiento sociopolítico

de carácter antiliberal y antirrevolucio- nario, surgió en las postrimerías del Antiguo régimen y pervive todavía, aunque en una posición de franca marginalidad, en nuestros días[36]. Las voces «carlismo» y «carlista», aparecidas durante la segunda restauración absolutista de Fernando VII, entre 1823 y 1833, derivaban del nombre del infante Carlos María Isidro de Borbón —el que iba a convertirse en el rey Carlos V de los legitimistas— y desig- naban la forma evolucionada de unas corrientes preexistentes, cuya principal

[31] E. San Miguel, *De la guerra civil de España*. Véase P. Rújula, «La guerra como aprendizaje político».

[32] B. Pérez Galdós, *El equipaje del rey José*, p. 142.

[33] Véase J. Canal, «Matar negros, hacer blancos».

[34] Véase J. Aróstegui, «El carlismo en la dinámica», pp. 225-239. Este artículo fue revisado y completado por el autor en J. Canal (ed.), *El carlisme*, pp. 51-77.

[35] Véase P. Rújula, *Contrarrevolución*.

[36] Para una historia del carlismo en la época contemporánea, véase J. Canal, *El carlismo*.

materialización había sido el realismo[37]. La causa carlista expresaba el mante- nimiento de la tradición y el combate con el liberalismo y todo aquello que éste significaba y comportaba, tanto en la realidad como a nivel abstracto. Dios, Patria y Rey, con el añadido tardío de Fueros, constituían los pilares sobre los que se alzaba un ideario que contenía un notable grado de inconcreción[38]. El territorio carlista por excelencia fue el norte peninsular, especialmente afectado a princi- pios del siglo XIX por amplios procesos de transformación económica, social y, sin duda, también cultural. Con el tiempo, la movilización carlista se concentraría en zonas concretas —destacando, entre todas, Navarra—, convertidas en guetos de enraizada cultura política carlista en permanente reproducción[39].

La etapa delimitada por los años 1833 y 1876 constituye la de mayor presen- cia e importancia del carlismo en España. A lo largo de cuatro décadas y media, como consecuencia del enfrentamiento permanente entre carlistas y liberales, se sucedieron insurrecciones, asonadas y un total de tres guerras, que moviliza- ron a millares de hombres e implicaron a otras tantas familias. Tanto la Primera Guerra Carlista o guerra de los Siete Años (1833-1840) como la Segunda Guerra Carlista (1872-1876) se desarrollaron en momentos muy críticos, perceptibles como potencial o efectivamente revolucionarios: una, durante la regencia de María Cristina de Nápoles, viuda de Fernando VII, en pleno proceso terminal de crisis del Antiguo régimen y de despliegue de la Revolución liberal —los vínculos de la primera carlistada con las luchas de los realistas en el Trienio Liberal y de los agraviados en 1827 resultan, en este marco, más que obvios—; la otra, en el Sexenio Democrático (1868-1874), un turbulento periodo que empieza con el destronamiento de Isabel II y que comprende la monarquía de Amadeo I —com- batido con saña por los carlistas, como enemigo del Papado, por la actuación de la casa de Saboya durante la unificación italiana— y la corta experiencia de la Primera República. Ambas contiendas tuvieron su campo de operación fun- damental en la España septentrional, llegándose a crear en el País Vasco y en Navarra, en algunas fases, verdaderos Estados carlistas[40]. Estas carlistadas conclu-

yeron con importantes movimientos de éxodo político. Entre las guerras de los años treinta y de los setenta, aparte de múltiples y variados intentos insurreccio- nales —en 1855 o en 1860, durante el reinado de Isabel II; en 1869 o en 1870, en los inicios del Sexenio Democrático, por sólo citar los más distinguidos—, tuvo lugar la guerra de los Matiners (1846-1849), que solamente afectó a Cataluña[41]. La derrota en la Segunda Guerra Carlista significó el final del carlismo bélico, si descontamos, evidentemente, el movimiento aislado de octubre de 1900 —la denominada «Octubrada»— y la destacable participación carlista en el bando

[37] Véase J. Canal, «El Rey de los carlistas».

[38] Véase J. Ugarte, *La nueva Covadonga insurgente*, p. 420. J. Canal, «La longue survivance du Carlisme», pp. 297-299.

[39] J. Millán, «Una reconsideración del carlismo». Véase, asimismo, F. J. Caspistegui, «"Spain's Vendée"», y del mismo autor, «¿Carlismo en Navarra o Navarra carlista?».

[40] Véanse V. Garmendia, *La Segunda Guerra Carlista*; J. Montero, *El Estado Carlista* y F. Molina,
La tierra del martirio español.

[41] Sobre la guerra de los Matiners, véase R. Vallverdú i Martí, *La guerra dels Matiners*.

sublevado en julio de 1936[42]. Los gobernantes de la Restauración (1875-1923) dedicaron innumerables esfuerzos en dar fin al largo ciclo de violencias políti- cas iniciado en 1808, que había presidido la construcción del Estado liberal en España o, en palabras de Mari Cruz Romeo, la ruta hacia la modernidad política[43]. Este régimen ofreció un periodo de estabilidad, aunque en algunos momentos pudiera parecer frágil, extraordinario a todas luces en la España contemporánea.

IV

Puede que el caso portugués sea, en este sentido, el más próximo al español. Pese a estar en el fondo de acuerdo con Hipólito de la Torre sobre las diferencias observables en la época contemporánea entre los dos países peninsulares —una cierta precocidad portuguesa en el despliegue liberal y unos grados menores de violencia y mayores de civilismo en Portugal[44]—, no me resisto a hablar de historias paralelas, e incluso cruzadas, en la primera mitad del siglo XIX, sobre todo en el periodo de tiempo que va de las invasiones francesas de 1807 a la *Regeneraçâo* portuguesa de 1851. Como en España, las tensiones entre revolu- ción y contrarrevolución marcaron el trienio de 1820-1823 y abocaron, años después, a una guerra civil, entre 1828 y 1834 —y, muy especialmente, entre 1832 y 1834—, que enfrentó a miguelistas y liberales. En la novela *Mário* (1868), de António de Oliveira Silva Gaio, la etapa 1820-1834, en conjunto, es carac- terizada como la de las «lutas civis portuguesas» o de «a nossa guerra civil»[45]. Resulta interesante constatar, como hizo ya hace algunos años Miriam Halpern Pereira, que la guerra civil portuguesa de 1832-1834 sigue siendo bastante mal conocida, consideración que puede extenderse sin demasiadas matizaciones a todo el reinado de Dom Miguel[46].

El triunfo de los liberales frente a los partidarios del absolutismo miguelista, que condujo a muchos de ellos al exilio, no significó el final de este movimiento contrarrevolucionario que tenía como lema *Deus, Patria, Rei*[47]. En Portugal, como en España, también prosiguieron después de la guerra los conflictos de baja y mediana intensidad, mezcla

de guerrilla y bandolerismo, hasta el esta- llido en la segunda mitad de la década de 1840 de las revueltas de Maria da Fonte y Patuleia[48]. A ello deberíamos añadir la inestabilidad política del propio

[42] Véase J. Canal, *Banderas blancas*, pp. 19-46.

[43] M. C. Romeo, «Las guerras civiles en el siglo xix», p. 107.

[44] H. de la Torre Gómez, «Portugal y España», pp. 135-141. Del mismo autor, véase «Unidad y dualismo peninsular».

[45] A. de O. Silva Gaio, *Mário*, p. XXIV.

[46] M.H. Pereira, *Das Revoluçôes Liberais*, pp. 235-236.

[47] Véanse M. A. Lousada, *O Miguelismo*; A. B. M. da Silva, *Miguelismo*; M. F. S. e M. Ferreira, «"Vencidos, pero no convencidos"», y de la misma autora, «La Controrivoluzione in Portogallo»; M. A. Lousada y M. F. S. e M. Ferreira, *D. Miguel*, y A.M.M. Cardoso, *A Revoluçâo Liberal*.

[48] Véanse M. F. S. e M. Ferreira, *Rebeldes e Insubmissos*; M. T. Mónica, *Errâncias miguelistas*; J. Brissos, *A insurreiçâo miguelista*; J. V. Capela, *A Revoluçâo do Minho*; M. F. Bonifacio, *História da Guerra Civil*. Asimismo, véase *Congresso da Maria da Fonte*.

campo liberal, que ha llevado a la historiadora Maria de Fátima Bonifácio a definir el periodo 1834-1851 como «guerra de todos contra todos»[49]. El narra- dor de *A Brazileira de Prazins* (1882), una interesante novela de Camilo Castelo Branco, hace referencia en las primeras páginas de la obra a Maria da Fonte como una de las «guerras civis» —en plural, significativamente— de «a minha pátria»[50]. La *Regeneraçâo* de 1851 puso fin a este largo periodo de enfrentamien- tos, revueltas y luchas civiles en Portugal[51]. Entre los elementos que permiten explicar el final del miguelismo —aunque no puedan olvidarse los lazos con el Integralismo Lusitano y con las agitaciones contra la I República, ya en el siglo XX, que hicieron que algunos temieran la vuelta de la guerra civil[52]—, prematuro si lo ponemos en relación con el carlismo, destaca la experiencia de gobierno y de control del Estado por parte de Dom Miguel, en 1828-1834, que hacía extremadamente difícil la elaboración de un mito de raíz victimizante creíble y perdurable.

V

En el caso de Francia, así pues, como en los de España o de Portugal, la idea de una larga guerra civil en el siglo XIX, con características propias y específi- cas; combinación de episodios de distinta intensidad; coexistencia de etapas de paz en la guerra y de guerra en la paz, para decirlo como el ya citado Miguel de Unamuno, y cruce de realidades e imaginarios, se nos aparece como total- mente pertinente. Y asimismo lo es para Italia. Este caso no resulta demasiado distinto de los otros, aunque, es cierto, un par de elementos lo alejan de forma aparente. Primeramente, el tema del Estado, pues en el caso italiano no se pro- duce un conflicto entre miembros de un Estado por el control de este Estado
—o de Estados y no-Estados, como ha planteado Charles Tilly[53]—, sino un enfrentamiento en el mismo proceso de construcción del Estado a partir de entidades estatales o pre-estatales. Como ha recordado Reinhart Koselleck, Estado y guerra civil son conceptos aparentemente

opuestos[54]. No debiéramos, sin embargo, confundir los Estados de Antiguo régimen con los de la época liberal, que tienen poco que ver, hasta el punto que algunos autores niegan la existencia de los primeros[55]. El argumento, a veces utilizado para negar el fratricidio en la Italia del siglo XIX, según el cual ésta no sería posible, puesto que no existió un Estado italiano hasta bien avanzada la segunda mitad de la centuria, se me antoja débil. En segundo lugar, la dificultad por parte de los propios historiadores, sobre todo italianos pero también no italianos, en

[49] M. F. Bonifacio, *Apología da história política*, pp. 160-181.
[50] C. Castelo Branco, *A Brasileira de Prazins*, p. 679.
[51] Véase J.M. Sardica, *A Regeneraçâo*.
[52] H. Neves, *Guerra Civil*.
[53] Ch. Tilly, *Grandes estructuras, procesos amplios*.
[54] R. Koselleck, *Futuro pasado*, p. 73.
[55] Véase, por ejemplo, J.-F. Schaub, «L'histoire politique sans l'état».

reconocer que en la Italia del siglo XIX tuvo lugar una guerra civil. El mito del Risorgimento y de la unificación frente al extranjero siguen pesando en dema- sía. Adriano Sofri se refirió, en 2000, al tabú de la guerra civil[56]. Resulta más que evidente, sin embargo, como Claudio Pavone, Virgilio Ilari y otros autores mostraron ya para el siglo XX[57], que el fratricidio, la lucha entre italianos, entre revolucionarios y contrarrevolucionarios, se encuentra en los fundamentos de la construcción del Estado liberal contemporáneo. Eso no significa, en ningún caso, impugnar la entidad del Risorgimento, para expresarlo en los términos de Alberto M. Banti, «come movimento politico-culturale centrale nella vicenda dell'Italia contemporanea»[58].

Movimientos como los Viva Maria o las distintas *insorgenze*, así como las

resistencias a la unificación —en especial en el reino de Nápoles, con los Bor- bones a la cabeza—, forman parte de un conflicto largo y abierto, integrado por distintas fases[59]. Risorgimento, unificación, guerra de independencia o *bri- gantaggio* son términos no neutros, sino cargados de significaciones y carga ideológica. Posiblemente sea en el caso del sur de Italia —aunque no sea posible olvidar las expresiones como «Vendées toscanas»[60] o las resistencias en ducados como Parma o Módena— en donde el conflicto aparezca con mayor nitidez. En palabras del historiador legitimista Giacinto de Sivo, en *I Napoletani al cospetto delle nazioni civili* (1861), escritas tras la unidad italiana:

> *Le nazioni civili che mirano lo svolgimento di questo gran dramma ita- liano, iniziato a nome della civiltà e del progresso, saran per fermo stupefatte al mirar la rea lotta che spezialmente nel reame delle Sicilie procede cruenta ed atrocissima fra Italiani ed Italiani. Dopo tante lamentazioni contro lo straniero, non è già contro lo straniero che aguzza e brandisce le arme quella fazione che vuol parere d'esser la italica nazione. Pervenuta ad abbrancare la potestà, ella non assale già il Tedesco, né il Franco, né l'Anglo, che tengono soggetta tanta parte d'Italia; ma versa torrenti di sangue dal seno stesso della patria, per farla povera e serva. Ella grida l'unità e la forza; e frattanto ogni possibilità d'unione fa svanire, con la creazione di odii civili inestinguibili; e distrugge la sua stessa forza in cotesta guerra fratricida e nefanda, che la parte più viva e generosa della italiana famiglia va sperperando ed estin- guendo. L'Italia combatte l'Italia. Gli stranieri potentissimi e formidabili sogghignano e preparano le arme; in mentre le persone, le industrie, il com- mercio,*

le arti italiane e ogni forza va in fondo, fra gli spogli, le fucilazioni, gl'incendi e le ruine. L'Italia subissa l'Italia[61].

[56] A. Sofri, «Il tabù della guerra civile», *La Repubblica*, 25-XI-2000.

[57] C. Pavone, *Una guerra civile*, y V. Ilari, *Guerra civile*.

[58] A.M. Banti, *Il Risorgimento italiano*, p. VIII.

[59] Entre otros, véanse G. Turi, *Viva Maria*; A. M. Rao, *Folle controrivoluzionarie*; A. de Francesco, «Insorgenze e identità italiana», y del mismo autor, «Nazione e controrivoluzione»; M. Viglione, *Le insorgenze*; F. Leoni, *Storia della controrivoluzione*; P. Macry (ed.), *Quando crolla lo Stato*; G. Belardelli, L. Cafagna, E. Galli Della Loggia y G. Sabbatucci, *Miti e storia dell'Italia*.

[60] Véase G. Pécout, «La mobilisation patriotique», pp. 120-121.

[61] Citado por P. Pezzino, «Risorgimento e guerra civile», p. 56.

Lucha entre italianos, guerra fratricida, Italia combatiendo contra Italia: ésta es la visión que ofrecían algunos de los perdedores de la unidad, como De Sivo. El «grande duello contro Franceschiello Dio Guardi», que Tancredi anuncia a su tío, el príncipe de Salina, antes de irse a las montañas, en *Il Gattopardo* (1958), es, en el fondo, una imagen del fratricidio[62]. Los trabajos de historiado- res como Paolo Pezzino o Eugenio di Rienzo aportan numerosos argumentos en este sentido[63]. No trato, en ningún caso, de hacer afirmaciones contundentes y provocadoras, sino más bien ofrecer algunos elementos útiles para generar una discusión científica.

VI

Para la Europa occidental del siglo XIX, la idea una guerra civil —o unas gue- rras civiles— en la guerra civil, a la manera que algunos autores la han aplicado al siglo XX, puede resultarnos útil en nuestros análisis[64]. No se trata simplemente de intentar trasladar la «guerra civil europea» entre fascismo y comunismo a la centuria anterior, sino de sugerir que para muchos contemporáneos se estaba librando en distintos países de Europa un gran conflicto entre revolucionarios y contrarrevolucionarios, que era siempre el mismo aunque en distintos escena- rios[65]. Una auténtica guerra civil europea, a fin de cuentas. Jean-Clément Martin ya había hecho referencia, en esta línea, a una guerra civil mundial y a una pri- mera guerra internacional ideológica para los años 1790[66]. Charles Garnier, en un libro dedicado al carlista español José Borges y a sus combates en tierras italianas, escribía, en 1861: «Les légitimistes s'aperçoivent en fin que les révolu- tionnaires de tous les pays font cause commune, et qu'il faut opposer solidarité à solidarité»[67]. Y Francisco Tristany, otro carlista español que luchó en el sur de Italia, le explicaba a su hermano, también en 1861:

> Ya sabes cuántos sacrificios hemos hecho hasta aquí; sólo anhelábamos continuarlos hasta dar la vida, si hubiera sido menester, en defensa de la causa de nuestro Rey. La espada que empuñábamos en España, volve- remos a tomarla para combatir por la legitimidad en donde convenga: los revolucionarios son en todas partes los mismos, y sus planes siempre inicuos. La usurpación cometida contra el

augusto Rey de Nápoles pide una justa venganza, y tendremos en grande honor el cooperar por nuestra parte a ella[68].

[62] G. T. Di Lampedusa, *Il Gattopardo*, p. 40.

[63] P. Pezzino, «Risorgimento e guerra civile», y E. Di Rienzo, «Le due rivoluzioni».

[64] Véase A. Beevor, *La Guerra Civil*.

[65] Sobre la guerra civil europea en el siglo xx, véanse, entre una amplia bibliografía, E. Nolte, *La guerra civil europea*; G. E. Rusconi, *Se cessiamo di essere una nazione*; C. Pavone, «La seconda guerra mondiale»; P. Preston, «La guerra civil europea»; E. Traverso, *À feu et à sang*.

[66] J.-C. Martin, *Contre-Révolution, Révolution*, pp. 128-137.

[67] Ch. Garnier, *Le Général Borges*, p. 29.

[68] Citado por S. Sarlin, *La mobilisation européenne*, p. 82. También en S. Sarlin, «Los carlistas en Italia», pp. 231-232.

En una obra titulada *Campagnes et aventures d'un volontaire royaliste en Espagne* (1869), el autor, un oficial de origen vandeano, que firmaba con las iniciales M.A.T., afirmaba, a fin de justificar su incorporación a las tropas del pretendiente carlista: «On se battait au delà des Pyrénées, et la cause qui enflam- mait le cœur de ces loyaux Espagnols, était celle de la légitimité dans tous les pays. Dès lors, tout mon désir fut de passer la frontière et de me joindre à eux»[69]. La lucha contra el liberalismo y la revolución, así como la defensa de la legitimidad y el catolicismo, unía a esas personas por encima de sus respectivas naciones. En la guerra civil europea del siglo XIX se estaban enfrentando dos grandes visiones del mundo y dos grandes proyectos, con múltiples declinacio- nes internas, para la construcción de la sociedad contemporánea. Las mismas afirmaciones antes citadas podemos encontrarlas en la boca o en la pluma de insignes o anónimos liberales.

No resulta posible hacer una historia de la revolución o de la contrarre- volución en el siglo XIX encerrada en el exclusivo marco nacional. La historia del carlismo, pongamos por caso, no es una historia exclusivamente española. Constituye, asimismo, una historia francesa, como bien ha mostrado Emmanuel Tronco, y, por extensión, europea[70]. El escritor Pierre Benoit, en su novela *Pour Don Carlos*, de 1920, lo comprendió perfectamente a la hora de narrar las aventuras de Olivier de Préneste[71]. Las conexiones entre unos movimientos contrarrevolucionarios y otros fueron permanentes en tierras europeas, poniendo las bases para la existencia informal, en las décadas centrales del Ochocientos, de una internacional blanca. Hombres y mujeres, dinero y armas, prácticas políti- cas e ideas —Alexandre Dupont ha puesto de relieve, por ejemplo, los intensos contactos e influencias mutuas entre Louis Veuillot y el grupo de *L'Univers* y los neo-católicos españoles[72]— circularon de manera permanente en Europa occi- dental. Y, asimismo, más allá, como muestra la participación de carlistas y de liberales españoles en la guerra de Secesión —o guerra civil— americana, a principios de la década de 1860[73], o en distintos movimientos políticos en América Latina. Bastantes fueron las ayudas económicas recibidas y

varios los legitimistas extranjeros que lucharon en el bando carlista durante la guerra de los Siete Años o en la Segunda Guerra Carlista. Lo mismo podría decirse con respecto a la guerra civil miguelista en Portugal Muchos contrarrevolucionarios franceses, españo- les, belgas, alemanes, portugueses y otros se movilizaron, personalmente o a través de donativos y propaganda, a favor del rey de Nápoles y la causa que simbolizaba, de manera paralela a la amplia adhesión recibida por garibaldinos y unitarios liberales en general. Los zuavos pontificios no suponen, en este marco, una experiencia excepcional. El conde francés Henri de Cathelineau, en particu- lar, constituye un excelente ejemplo de la movilidad blanca. Descendiente de una

[69] Citado por L. Blanchard Rubio, «Le carlisme au filtre de la mémoire», p. 91.
[70] E. Tronco, *Les Carlistes espagnols*.
[71] P. Benoit, *Pour Don Carlos*.
[72] A. Dupont, «Louis Veuillot».
[73] Véase R. Cancio, *Carlistas y confederados*.

de las principales familias vandeanas que combatieron al jacobinismo, participó en su juventud en la sublevación de la duquesa de Berry, en 1832, incorporándose al cabo de poco tiempo a las filas miguelistas en Portugal y, después, a las carlis- tas en España. Años más tarde, en 1860, estaba en Roma organizando un cuerpo autónomo de legitimistas extranjeros, y en 1861 se encontraba al servicio de los Borbones napolitanos; en 1872, finalmente, podemos localizarlo en la frontera franco-española, colaborando en los preparativos del alzamiento que daría paso a la Segunda Guerra Carlista[74]. Parece posible y lógico, en definitiva y como conclu- sión de este texto, interrogarse seriamente sobre si las distintas guerras civiles que enfrentaron, a lo largo del siglo XIX, a revolucionarios y a contrarrevolucionarios en los estados-nación en construcción de Europa occidental pueden ser consideradas como piezas de una guerra civil europea.

[74] Véanse A. Albònico, *La mobilitazione legittimista*; S. Sarlin, *Le gouvernement des Bourbons*; J. Guénel, *La dernière guerre*.

LA GUERRA CIVIL EN LA ESPAÑA DEL SIGLO XIX: USOS POLÍTICOS DE UNA IDEA

Pedro Rújula
Universidad de Zaragoza

La Revolución Francesa impuso una profunda revisión de las cuestiones rela- tivas a la violencia colectiva y a la legitimidad de la insurrección contra el poder establecido. El propio concepto de guerra —vinculado hasta entonces a los ejércitos de las monarquías— amplió sus límites, contemplando conflictos protagonizados por ciudadanos-soldados que habían interiorizado el ideario de la confronta- ción y que combatían con voluntad de extender los principios revolucionarios[1]. Al mismo tiempo que este vector de cambios iba transformando la sociedad del Antiguo Régimen se reveló también la existencia de importantes fuerzas resisten- tes al proceso dispuestas a defender su posición, e incluso a reconquistarla, si era posible, en aquel tiempo indefinido en el que se tambaleaban los pilares que hasta entonces habían sostenido el viejo mundo. Será la espiral generada por la acción revolucionaria y las resistencias a la revolución las que harán de la guerra civil una presencia constante en la Europa del siglo xix[2]. Contrarrevolución y guerra civil aparecen como dos realidades que andarán de la mano en el marco en aque- lla Europa donde se fraguaban los cimientos del mundo contemporáneo, porque el proceso revolucionario entraba necesariamente en colisión con intereses muy sólidos vinculados a la pervivencia del Antiguo Régimen[3].

I. — LA GUERRA CIVIL EN LA ÓRBITA DE LA REVOLUCIÓN FRANCESA

La dimensión de conflicto interior que conllevaba la revolución fue rápida- mente percibida fuera de las fronteras francesas desde posiciones defensivas del

[1] J. A. Lynn, «Naciones en armas 1763-1815», pp. 201-203; J.-P. Derriennic, *Les guerres civiles*, pp. 36-38. Este trabajo se encuentra enmarcado en los proyectos HAR2009-08615 «Ideología y práctica en la consolidación del pensamiento contrarrevolucionario (1808-1840)» y HAR2009-12080 «La cultura nacional española: culturas políticas, políticas del pasado e historiografía en la España contemporánea». [2] Véanse J.-C. Martin, *La Vendée et la Révolution*, p. 110; J.-C. Caron, *Frères de sang*, pp. 12 y 22.

[3] Sobre la continuidad de la guerra civil en clave contrarrevolucionaria véase J. Canal, «Guerra civil y contrarrevolución en la Europa del sur», pp. 45-46.

J. Canal y E. González Calleja (eds.) *Guerras civiles. Una clave para entender la Europa de los siglos xix y xx*, Collection de la Casa de Velázquez (130), Madrid, 2012, pp. 39-58.

orden establecido donde podía temerse que el proyecto revolucionario fuera tomado como un ejemplo. Joaquín Lorenzo Villanueva, en su *Catecismo del Estado según los principios de la Religión*, publicado en 1793, con el telón de fondo de la Guerra contra la Convención, ya consideraba la rebelión contra el poder público como una auténtica guerra civil que carecía de toda legitimidad:

> La rebelión es una guerra civil que el pueblo hace contra la pública potestad. La guerra no puede emprenderse ni proseguirse sin autoridad, y sin autoridad suprema, porque en ella mueren hombres, y para poner a los hombres en ese peligro nadie tiene poder sino el que posee el derecho de la vida y de la muerte. Pues este derecho […] solo le tiene la potestad esta- blecida, y los que administran justicia en su nombre. De manera que los que se rebelan contra el Príncipe, por solo el hecho de no residir en ellos la autoridad suprema, ni ser legados del que la posee, cometen otros tantos homicidios como personas mueren por causa de la guerra civil; pues los exponen a la muerte sin legítima potestad, y contra el orden de Dios[4].

No obstante, durante la última década del siglo xviii, España estaba lejos de verse envuelta en una guerra revolucionaria que desencadenara un conflicto civil. La guerra contra la República francesa entre 1793 y 1795 tuvo como resultado, muy al contrario, un reforzamiento de la relación entre monarquía y pueblo en sentido contrarrevolucionario, lo que estranguló durante bastante tiempo las posibilidades de desarrollo de movimientos de inspiración revolucionaria[5]. De hecho, no fue en el exterior, sino en el propio seno de la monarquía hispánica donde, a partir de la articulación de intereses políticos cortesanos, se fueron for- mando dos grupos que, con el tiempo, terminarían disputándose el poder[6].

La potencialidad de que esta tensión terminase derivando en un conflicto civil no empezó a concretarse hasta entrado ya el siglo xix. En ese contexto, con un Godoy, cuya acumulación personal de poder empezaba a ser contes- tada desde diversos sectores de la monarquía, y con la formación en torno al Príncipe de Asturias de un grupo que contaba con valerse del hijo de Carlos IV para frenar las ambiciones del favorito y acceder al poder, los términos del enfrentamiento fueron cobrando forma[7]. Desde 1807, primero con el proceso de El Escorial, y más tarde, en la primavera de 1808, con el Motín de Aranjuez y el acceso al trono de Fernando VII, resultó evidente que en la partida estaban en

juego apuestas muy elevadas. Napoleón contaba para ambos bandos —uno había firmado con él el tratado de Fontainebleau y el otro aspiraba a emparentar con la familia del emperador—, lo que le permitió sentir el peso de las decisio- nes de Francia en el ámbito de la política española. Fue en ese contexto en el que Bonaparte tomó conciencia de que podía intervenir directamente sobre el des-

[4] J. Lorenzo Villanueva, *Catecismo del estado*, pp. 192-193.

[5] J.-R. Aymes (ed.), *España y la Revolución Francesa*, y *La guerra de España contra la Revolución Francesa*; Ll. Roura i Aulinas, *Guerra Gran a la ratlla de França*.

[6] E. La Parra López, «De la disputa cortesana a la crisis de la monarquía».

[7] Id., *Manuel Godoy*, pp. 348-372M; A. Fugier, *Napoleón y España*, pp. 621-630.

tino de la monarquía española. El padre Rafael Vélez consideraba que la guerra civil era el instrumento del que se había servido Bonaparte para hacerse con el trono de España. Según él, a través de Godoy fue labrando el desprestigio de la monarquía de Carlos IV y, al mismo tiempo, se encargó de socavar la imagen de un príncipe Fernando capaz de atentar contra su padre por alcanzar el poder. Su estrategia consistía en «Valerse de estas disensiones para dividir España, intro- ducir la guerra civil en sus pueblos, hacerse él mediador, y bajo este título, entrar sus ejércitos en la Península, alzándose con sus dominios»[8].

Tal vez sea en el escenario de Bayona, en los primeros días de mayo de 1808, durante las abdicaciones que terminaron entregando el trono a José Bonaparte, cuando resultó evidente que ambos bandos en disputa, godoyistas y fernandi- nos, asumían que para alcanzar sus aspiraciones estaban asumiendo el riesgo de desencadenar una guerra civil. Habían tenido ya lugar los sucesos de Aranjuez, durante los cuales una multitud airada había dirigido su ira contra Godoy y forzado la abdicación del rey Carlos IV en su hijo Fernando. La renuncia a la corona efectuada por Fernando VII en Bayona, en su apartado tercero, no deja lugar a dudas sobre este punto. Los motivos que le llevan a aceptar son: «el amor que tengo a mis vasallos, y el deseo de corresponder al que me profesan, procu- rándoles la tranquilidad, y redimiéndoles de los horrores de una guerra civil por medio de una renuncia dirigida a que V. M. vuelva a empuñar el cetro y a regir unos vasallos dignos de su amor y protección»[9].

Pero no es el único. También en el otro lado, Carlos IV, en respuesta a la

anterior, pone de manifiesto su creencia de que el enfrentamiento civil está en el horizonte: «He reinado para la felicidad de mis vasallos, y no quiero dejarles la guerra civil, los motines, las juntas populares y la revolución. Todo debe hacerse para el pueblo, y nada por él. Olvidar esta máxima es hacerse cómplice de todos los delitos que le son consiguientes»[10]. Y, finalmente, la guerra civil volverá a aparecer como argumento definitivo para que el trono español quede en manos de la

familia Bonaparte que podía disolver el riesgo de un conflicto de este tipo. Las razones que justificaban la renuncia decían literalmente así:

> …animados de igual deseo de poner un pronto término a la anar- quía a que está entregada la España, y libertar esta nación valerosa de las agitaciones de las facciones; queriendo asimismo evitarle todas las con- vulsiones de la guerra civil y extranjera, y colocarla sin sacudimientos políticos en la única situación que atendida la circunstancia extraordina- ria en que se halla puede mantener su integridad, afianzarle las colonias y ponerla en estado de reunir todos sus recursos con los de la Francia, a efecto de alcanzar la paz marítima…[11]

[8] R. de Vélez, *Preservativo contra la irreligión*, p. 64

[9] Bayona, 1 de mayo de 1808. El documento está reproducido en Á. Flórez Estrada, *Introduc- ción para la historia de la revolución de España*, p. 155.

[10] Bayona, 2 de mayo de 1808 (Toreno, *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*, t. I, doc. nº 23, p. 460).

[11] Bayona, 5 de mayo de 1808 (*ibid*., doc. nº 26, pp. 463-464).

Resulta interesante el uso de la expresión «guerra civil» en todos estos textos. Cabría preguntarse a qué se están refiriendo realmente con ella. En este último caso, confrontada a la guerra extranjera, la idea de lucha interna entre los parti- darios de dos cabezas políticas, las de la familia real, parece claro. Pero, también, cuando se argumenta a favor de hacer todo por el pueblo pero sin dejar que este sea protagonista, se está mostrando otra dimensión de la guerra civil, la de una guerra amplia y popular donde entren en combate las gentes comunes, una participación política de la sociedad a través de las armas considerada nada conveniente por un monarca absoluto como Carlos IV.

II. — LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA ¿UNA GUERRA CIVIL?

A pesar de los deseos de Carlos IV, la decisión de renunciar al trono a favor de José Bonaparte no libró a España de la guerra civil ni de la extranjera. Afirma Claude Morange en un reciente artículo que la persistencia de los mitos fun- dadores del liberalismo, situados en la guerra de la Independencia, ha hecho que ésta no se haya revisado convenientemente, o se haya hecho de forma muy limitada, hasta la actualidad. Entre los puntos donde prevalece una lectura sen- timental del período y en los que no se ha producido la necesaria revisión señala la relativización del heroísmo, la necesidad de abordar el lado oscuro de las gue- rrillas o la conveniencia de estudiar «la dimensión de guerra civil del conflicto»[12]. El planteamiento es válido en líneas generales, aunque en la actualidad muchos de los historiadores del período consideran necesario introducir el factor guerra civil como elemento que permita comprender en toda su complejidad el tiempo de la Guerra de la Independencia[13].

El levantamiento contra las autoridades provocado por las abdicaciones de

Bayona abrió paso a un enfrentamiento que tenía una doble dirección: contra los ejércitos extranjeros, como había sucedido en la guerra contra la República francesa de 1793, y contra los españoles que habían

entrado al servicio de la nueva autoridad monárquica. Godoy tenía muy claro que aquella era una guerra civil, de un partido contra otro, bastante diferente de la que les había enfrentado con los franceses una década atrás. «No fue en 93 un partido quien aprobó la guerra, sino la nación entera —escribió en sus *Memorias*— […] Jamás la España

[12] C. Morange, «Sur la "révolution" de 1808-1814», p. 156.

[13] Entre los que han utilizado el concepto guerra civil para referirse a la Guerra de la Independencia están Jean-René Aymes, «La "Guerra gran" (1793-1795) como prefiguración de la "Guerra del francés" (1808-1814)», en J. R. Aymes, *España y la Revolución Francesa*, p. 316;
J. Álvarez Junco, «La invención de la Guerra de la Independencia» y «¿Hacer ciencia o hacer patria?», p. 4; X. M. Núñez Seixas, «La memoria de la guerra de la Independencia», p. 386; E. de Diego, *España, el infierno de Napoleón*, p. 23; A. Gil Novales, «La guerrilla de los afrancesados: la primera guerra civil», pp. 67-70; P. Rújula, «La guerra como aprendizaje político». A. Moliner Prada la denomina una «guerra civil encubierta» en «Partidas, guerrillas y bandolerismo», p. 23. También en el ámbito de la América hispana el tratamiento del enfrentamiento en clave de guerra civil es reconocido tanto por A. Lempériere, «Revolución, guerra civil, guerra de independencia en el mundo hispánico 1808-1825», p. 35; C. Thibaud, *Républiques en armes*, p. 20.

mostró una decisión más pronunciada, más solícita, más activa, más universal, más hemenciosa entre todas las clases del estado», argumentaba subrayando la división de expectativas que se produjo entre la población española durante la Guerra de la Independencia[14]. Y es que godoyistas y afrancesados fueron quienes mejor percibieron el componente de enfrentamiento interior que abrió la ins- tauración de la dinastía Bonaparte en España. Para uno de estos afrancesados, el obispo Félix Amat, la guerra civil podía evitarse sometiéndose a la voluntad de Dios y aceptando el nuevo poder:

> Desechemos, pues, con el mayor horror toda especie que pueda dirigirse a la insubordinación […] No permita la Divina Providencia que tenga que sufrir ahora la España los horrores de las guerras civiles, las quemas, talas y mortandades que padeció en la introducción de aquella dinastía, o en la traslación de la corona desde la casa de Austria a la de Borbón[15].

Por su parte, otro afrancesado, Juan Antonio Llorente, ahondando en la natu- raleza del enfrentamiento entre españoles, consideraba que la guerra civil había sido provocada por la llamada a defender a Fernando VII, donde situaba el ori- gen de todas las conmociones vividas en España durante seis años:

> Aseguro, pues, y sostendré aun a costa de mi sangre, y de mi vida, que no creo crimen de *infidencia* en ninguna persona de los dos partidos, sino que cada una pensó servir a la patria mejor en el que ha seguido, y el errar o acertar no es mérito ni delito; pero caso de haber *infidencia* en algún español, no pudo ser sino en quien movió la guerra civil, y produjo la ruina de los pueblos, la pobreza de los habitantes, y la pérdida de las Américas[16].

En definitiva, los afrancesados, percibieron con especial claridad la Guerra de la Independencia en su dimensión de guerra civil, porque tener que luchar contra sus compatriotas hacía mucho más difícil su condición de colaboradores con la nueva dinastía y las tropas extranjeras. Sin embargo, en la justificación, desarrollaron los argumentos de respeto al orden establecido y acusaron a los que se rebelaron contra este de ser los responsables de haber desencadenado la guerra[17].

Frente a ellos se encontraban gentes como el padre Alvarado que, desde posi- ciones contrarrevolucionarias, respondía a las acusaciones de ser los causantes del enfrentamiento en estos términos:

> Podrá ser que tomen medidas más serias, o por decir mejor, que quieran hacer valer las que ya han tomado, tratándonos de sediciosos,

[14] M. Godoy, *Memorias*, pp. 184-185.

[15] Félix Amat (San Ildefonso, 3 de junio de 1808), reproducido en F. Torres Amat, *Vida del Excmo. señor don Félix Amat*, pp. 174-175.

[16] J. A. Llorente, *Noticia biográfica de D. Juan Antonio Llorente*, p. 227.

[17] Reinoso se lamentaba de que se les acusase a los afrancesados de haber encendido la guerra civil siendo que habían actuado movidos por la responsabilidad (F. J. Reinoso, *Examen de los delitos de infidelidad a la patria*, 2ª, p. 382).

> porque no subscribimos a la sedición; de traidores, porque estamos con nuestro Dios y con nuestro Rey; de que dividimos la nación, porque no nos ponemos de acuerdo con los que la dividen; y de otras iguales cositas de aquellas, que todos los tunantes han usado desde que el mundo es mundo. Pero ¿qué hemos de hacer? ¿Será bueno que por no incomo- darnos, o porque no nos incomoden, los dejemos blasfemar y seducir?
> ¿Consentiremos que envuelvan á la nación en la sangre, en el ateismo? No lo permita Dios. Revuelto como está el mundo, es un disparate pre- tender en medio de sus revoluciones el sosiego; y quien lo pretende, tendrá que llorar su descuido cuando se vea con el gato colgado de las barbas[18].

Lo interesante de la posición de Alvarado es que no consideraba negativa la guerra civil, si era para defender la causa de la Religión y del Rey, y preci- samente en este orden. Para él la guerra civil sería un instrumento lícito para mantener el orden de la monarquía tradicional. Su posición nace de una con- cepción del momento en clave netamente contrarrevolucionaria que atribuye a los agentes de la revolución la responsabilidad de haber «variado el sistema de la monarquía» y, por ello, la responsabilidad del conflicto interno que pudiera desencadenarse[19].

III. — LA RUPTURA DEL ESPACIO POLÍTICO NACIONAL

Siguiendo esta línea argumental, los liberales de las Cortes de Cádiz, en la medida en que bebían de las ideas revolucionarias, no tardarán en ser considera- dos también como lo habían sido los afrancesados. En realidad, mientras estuvo abierta la guerra contra el ejército napoleónico, el enfrentamiento entre liberales y serviles, aunque muy duro, se mantuvo en el plano dialéctico[20]. El interés com- partido de mantener la cohesión para ganar la guerra propició las llamadas a la unidad de los españoles y las denuncias de que la guerra civil era el instrumento del que se valía el enemigo para debilitar sus fuerzas[21]. Sin embargo los términos del enfrentamiento entre posiciones revolucionarias y contrarrevolucionarias en el seno de las Cortes de Cádiz se fueron definiendo con nitidez durante los debates y a través del

espacio abierto por la prensa. La libre expresión de las ideas fue denunciada por los defensores del viejo orden por ser, según su cri-

[18] F. Alvarado, t. III («Carta XXVI. Continúan las Reflexiones sobre la intentada reforma de Regulares»), pp. 39 y 40.

[19] *Ibid*, t. IV («Carta XLVII. Segunda parte de dicha Constitución filosófica»), p. 452.

[20] M. Artola se refería más directamente a «la guerra civil iniciada en Cádiz entre estamentalistas y clasistas» en *Los orígenes de la España contemporánea*, t. I, p. 723.

[21] La necesidad de unidad fundamental en la guerra internacional había sido un argumento constante desde el comienzo de la guerra. Véase, por ejemplo, el manifiesto dado por la Junta Superior de Aragón, Teruel, 30 de mayo de 1809 y reproducido por H. Lafoz, «La Junta Superior de Aragón y Parte de Castilla», p. 50. Lo corrobora J. J. Colón cuando enumera las estrategias napoleónicas para vencer en España en *España vindicada*, 2ª, p. 1.

terio, el vehículo a través del cual se abría un nuevo cisma dentro del bando patriota. Decía el diputado Vera y Pantoja:

> No son menos funestas las consecuencias que ha producido el abuso de la libertad de escribir. Los tiros de la maledicencia contra la buena opinión de muchos honrados españoles y el necio empeño en combatir de frente las preocupaciones más arraigadas han encendido una guerra civil entre todos los ciudadanos, fomentado casi universalmente un cisma general, sembrando la desconfianza y la desunión, arma favorita del tirano, y a la cual debe los triunfos de los reinos que ha usurpado y el único apoyo de su esperanza para esclavizar la heroica España[22].

La libertad de imprenta provocaba, pues, la guerra civil debilitando al país en su resistencia contra el invasor, lo que convertía la libre expresión de las ideas en un acto contra la patria.

Así es cómo la actitud de aquellos que, como Rafael Vélez, siempre pen- saron que la Inquisición había evitado en España «la diversidad de creencias [que] llevó siempre la oposición, el odio, la guerra civil contra los de contraria opinión»[23] comenzaron a pensar en las condiciones que podían permitir restau- rar la unidad política en España. Por eso lo sucedido en 1814 tiene una especial relevancia. Porque, con el golpe absolutista de Fernando VII contra las Cortes, se cerraba una guerra internacional que —como los afrancesados habían experi- mentado en sus propias carnes— contenía un poderoso componente de guerra civil, asentando las bases de una guerra civil dentro del bando patriota entre las fuerzas del altar y del trono y los partidarios de la Constitución. Lo anunciaba el manifiesto presentado por 68 diputados serviles a Fernando VII el 12 de abril donde se equiparaba la obra de los liberales de Cádiz con la que había llevado a cabo Napoleón en España —«amargas persecuciones de la iglesia», «los regu- lares virtualmente extinguidos», «abandonado el cuidado de los ejércitos» y «el sistema de hacienda […] desconcertado»— y se denunciaba la Constitución como «traslado de la que dictó la tiranía en Bayona, y de la que ató las manos a Luis XVI en Francia, principio del trastorno universal de Europa». Aquellos españoles que no «desdeñaron de imitar ciegamente los [pasos] de la revolución francesa» habían fraguado un proyecto que era «mayor ataque, que el que aca- baban de

sufrir de las bayonetas francesas»[24]. A partir de ahí, siendo los liberales peores que los franceses, quedaba justificada cualquier actuación en defensa de la autoridad del monarca.

1814 es el momento en el que se actualizan los enfrentamientos internos que

habían tenido lugar en España desde el comienzo de la Guerra de la Indepen- dencia. Entonces cobran sentido muchas de las actitudes políticas que habían permanecido sumergidas bajo las aguas de la causa nacional. También se hará

[22] Sesión del 29 de diciembre de 1811, intervención del diputado Vera y Pantoja, *Diario de las discusiones y actas de las cortes*, Cádiz, Imprenta Real, 1812, t. XI, p. 23.

[23] R. de Vélez, *Apología del altar y del trono*, p. 222.

[24] J. M. J., *Representación y manifiesto*, arts. 31 (p. 12), 79 (p. 29), 90 (p. 34) y 97 (p. 38).

evidente que, por debajo del conflicto contra el extranjero, y en un recorrido de mucha mayor duración, circulaba un conflicto contra la revolución encabe- zado por la Religión y la Monarquía como principales valedores. Si la guerra de la Independencia había servido para expulsar de la comunidad nacional a los godoyistas y afrancesados como si fueran franceses —ya lo decía una copla en catalán en estos términos: «Godoystas y gabaitgs, / como si tots fóssem lleons,
/ envestim-los y acabem-los, / no vàlgan excepcions»[25]—, el final de la guerra y la vuelta al trono de Fernando VII iba a ser la oportunidad para acabar también con los liberales.

Fuera los franceses del horizonte, los términos esenciales del enfrenta- miento revolución/contrarrevolución quedan ahora en la superficie. Si la propuesta revolucionaria había quedado simbolizada por el texto de la Cons- titución de 1812, que iba a inspirar durante varias décadas los movimientos liberales, en el lado de la contrarrevolución será la figura del rey la que con- centre simbólicamente la idea de orden y de permanencia de los principios del Antiguo Régimen[26]. La guerra civil surge de la colisión que se produjo entre ambos mundos, el del rey frente al de la Constitución, el realismo frente al liberalismo, en definitiva, la independencia del poder real o su someti- miento a instituciones que canalizaban políticamente la participación de los ciudadanos.

La importancia que tiene la forma rígida e implacable en que se restauró el absolutismo en España tras la Guerra de la Independencia es que puso de mani- fiesto la imposibilidad de transacción entre los dos proyectos, el absolutista y el liberal, y que el primero estaba dispuesto a imponerse en bloque sin tener en cuenta las experiencias de la guerra contra los franceses y de las Cortes de Cádiz. Este comportamiento político suponía interpretar todo lo acontecido durante los seis años anteriores como una cruzada contrarrevolucionaria, pre- tendiendo que las cosas volvieran, por obra de la voluntad real, a la situación de 1808. Perseguidos, encarcelados o en el exilio, los liberales se vieron desplazados por completo del espacio político español, lo que *de facto* les llevaba al terreno de la fuerza confiando sus opciones de alcanzar el

poder al éxito de un movi- miento revolucionario. Miguel Artola, cuando aborda el momento del regreso de Fernando VII a España en *Los orígenes de la España Contemporánea* no tuvo demasiadas dudas de ello y tituló el epígrafe de su obra con rotundidad: «Prelu- dios de la guerra civil»[27].

[25] «Segonas coblas de lo fins ara succehit», recogida en M. Cahner, *Literatura de la revolució i la contrarevolució*, p. 66.

[26] C. Reyero, *Alegoría, nación y libertad*, pp. 65-73.

[27] «A partir de los meses de finales de 1813, todo el mundo prevé la proximidad de una prueba de fuerza, y de aquí la abundancia de exhortaciones para recurrir a la violencia, exhortaciones que proceden indistintamente de uno y otro partido […] El absolutismo, por su parte, manifestaba un paralelo deslizamiento hacia la fuerza como última ratio, contribuyendo con una parte alícuota a la creación del clima de guerra civil que descubre la prensa española de 1814. […] El país vive en una situación de equilibrio aparente e inestable» (M. Artola, *Los orígenes de la España contemporánea*, t. I, pp. 707-708).

IV. — GUERRA CIVIL CONTRA LA CONSTITUCIÓN

El triunfo de la revolución en 1820, después de varios pronunciamientos fracasados, puso de manifiesto que la lógica excluyente en que se había insta- lado la política española iba a introducir la violencia y el uso de las armas como una fórmula habitual en la lucha por el poder. El eje revolución/contrarrevo- lución se imponía. Con la Constitución de Cádiz restaurada, ahora iba a ser el monarca, y con él todos los intereses vinculados a la pervivencia del Antiguo Régimen, quien debía someterse a la lógica del proyecto liberal. Ante esta situa- ción, las actitudes contrarrevolucionarias no tardarán en aparecer en escena, aunque el enfrentamiento solo alcanzará la condición de guerra civil abierta ya entrado el año 1822. Fue entonces cuando se desataron viejos discursos y viejos comportamientos para movilizar contra la constitución a los antiguos combatientes absolutistas de la Guerra de la Independencia. Se levantaron par- tidas realistas en buena parte del país y la conflictividad arraigó en algunas comarcas del tercio nororiental de la península[28]. La justicia de la causa y su popularidad entre la población justificaba para el líder realista catalán, el Barón de Eroles, el recurso a las armas, aunque no estaba dispuesto a asumir que con su acción abría el camino hacia un conflicto civil: «Nadie entienda, decía, que, ciego de ambición, trato de promover una guerra civil, sino de sostener y ani- mar una causa justa y reconocida espontáneamente como tal por casi todos los catalanes»[29].

De hecho, la publicística contrarrevolucionaria no dudó en responsabilizar

de la guerra civil a los liberales, al considerar que la Constitución era la verda- dera causante del enfrentamiento. Argumentaba en este sentido el padre Vélez, terminado ya el conflicto, que con el juramento de algunos artículos de la Cons- titución «se perdía la *paz interior y exterior de la España* […] La guerra interior nos ha devorado los tres años y medios que ellos han regido. ¡Ójala que ya fué- semos todos unos!». Y justificaba la invasión de los Cien Mil Hijos de San Luis, como haría Chateaubriand unos años más tarde[30], diciendo que «la guerra exte- rior

en que nos hemos visto, ha sido el resultado inmediato de la interior que nos consumía»[31]. En esto seguía fielmente al jurista suizo Haller que, traducido también por aquellas fechas, se expresaba así:

> Guardaos de la palabra *Constitución*: es un veneno en las monarquías, porque deriva de la suposición de una base democrática, excita la guerra civil y crea dos partidos opuestos que se hacen una guerra a muerte. ¿Y quien os pide estas constituciones? Nadie, sino los jacobinos para fijar pri- meramente su principio fundamental, del cual más adelante saldrán sus

[28] P. Rújula, *Constitución o Muerte*; R. Arnabat, *Visca el rei i la religió!*

[29] Cuartel General de Urgel, 15 de agosto de 1822, en Miraflores, *Documentos*, t. II, p. 90.

[30] Dando una imagen desproporcionada y apocalíptica de la insurrección realista, Chateaubriand se permitía justificar la invasión francesa para restaurar al rey en *Congrès de Vérone*, t. I, p. 244.

[31] R. de Vélez, *Apéndices a las apologías del altar y del trono*, p. 129.

> consecuencias, y después para aspirar a la soberanía bajo el velo de que son los partidarios de la Constitución y los que quieren conservarla. Al contrario el pueblo no pide constituciones, sino solo amparo y justicia[32].

Un discurso contrarrevolucionario que venía a justificar la guerra civil como reacción defensiva de la sociedad frente a quienes querían cambiar sus funda- mentos: «En el hecho solo de que esa reforma total y simultánea debe chocar con los intereses de muchos particulares y aun de clases muy poderosas, ¿no es evidente que con solo intentarla se arrojará en cada nación una tea de discordia que por mucho tiempo ha de abrasarla en guerras civiles, cuyo término sea, no la regeneración, sino la ruina de aquel país desventurado en que se quiera ensa- yar esa curación radical?»[33].

El Trienio liberal demostraría que las armas y los discursos empleados por los absolutistas contra los franceses bien podían ser utilizados también con- tra los liberales sin apenas variar su condición de lucha contrarrevolucionaria. La insurrección realista adquiere así mayor relevancia de la que sus limitadas dimensiones geográficas y militares pudieran llevar a pensar, porque dará forma a una modalidad de insurrección de enorme importancia en el futuro y, al mismo tiempo, porque opera como nexo necesario entre la experiencia armada de Guerra de la Independencia y la de las guerras carlistas[34]. Además, y es impor- tante tomar esto en consideración, las partidas absolutistas que combatieron al régimen constitucional durante el trienio, acuñaron una forma de lucha con- trarrevolucionaria en España en rebelión contra el poder establecido que, desde entonces, se identificará con la defensa del Altar y del Trono. Era el modelo, sin franceses a la vista, de cómo debía combatirse a la revolución representada por liberalismo en el poder. En el futuro, todos los defensores del absolutismo supieron muy bien como debía actuarse en estos casos, cual era la jerarquía y cual era el discurso movilizador. La guerra civil creaba sus prácticas y estrechaba los lazos del grupo que se comprometía en la insurrección[35].

La guerra civil no acabó con la experiencia constitucional, aunque sí lo hicie-

ron las fuerzas de un legitimismo internacional que temían por la extensión del ejemplo liberal español a otras monarquías europeas[36]. Restaurado el abso- lutismo en 1823 los movimientos armados continuaron, pero no en el ámbito del liberalismo, como temía el entorno de la Corona, sino en el del ultraab-

[32] K.L. von Haller, *De la Constitución de las Cortes de España*, p. 68. La primera parte fue escrita en 1814 y el texto finalizado en 1820. Su publicación en 1823 coincide con la caída del régimen constitucional.

[33] J. Gómez Hermosilla, *El jacobinismo*, t. I. p. 168.

[34] P. Rújula, «La guerra como aprendizaje político».

[35] S.N. Kalyvas señala cómo la guerra civil refuerza las divisiones, politiza diferencias y forja identidades políticas que no existían antes del conflicto (*La lógica de la violencia en la guerra civil*, pp. 120-121).

[36] R. Sánchez Mantero, *Los Cien Mil Hijos de San Luis*; G. Butrón Prida, *La ocupación francesa de España*; E. La Parra López, *Los Cien Mil Hijos de San Luis*; P. Rújula (ed.), *1823. Los Cien Mil Hijos de San Luis*.

solutismo, poniendo de manifiesto su propensión a solucionar los problemas políticos recurriendo al uso de las armas[37]. El conjunto de tensiones que tuvie- ron lugar durante los años 20 en el seno del absolutismo determinó que, hacia el final del reinado de Fernando VII, las expectativas de los sectores *ultras* para hacerse con el poder se depositaran en el acceso al trono del infante don Car- los, y no en la hija del rey. El juego de intrigas que tuvieron lugar al abrirse la cuestión de la sucesión, puso de manifiesto a los ojos de todos que tanto María Cristina como don Carlos estaban dispuestos a llevar muy lejos su voluntad de hacerse con el poder a la muerte del rey. La cuestión dinástica, poco tras- cendente como justificación última de un enfrentamiento que, como hemos visto, venía desarrollándose desde bastante tiempo atrás, introdujo una rigidez añadida que dificultaba mucho la transacción, abocando de nuevo al conflicto como consecuencia del planteamiento excluyente del problema[38].

V. — EL CARLISMO: LA GUERRA CIVIL COMO ARGUMENTO POLÍTICO

La guerra civil como baza política clave no tardaría en aparecer sobre el tapete. Durante los acontecimientos que tuvieron lugar en La Granja en el verano de 1832, la renuncia de Fernando VII a ser sucedido por su hija estuvo condicionada por la voluntad de evitar un enfrentamiento civil entre españoles. Estanislao de Kostka Bayo afirma, en este sentido, que Calomarde, Alcudia y el obispo de León mostraron intencionadamente «los peligros que corrían sus inocentes hijas si no se derogaba la pragmática sanción de 29 de marzo de 1830, y los horrores de una guerra civil en que a torrentes inundaría el suelo la sangre española»[39]. La coacción se apoyaba en una expectativa de apoyo social hacia los carlistas que hubiera desequilibrado fácilmente la balanza a su favor. No obs- tante, la recuperación del rey proporcionó a María Cristina un año clave para depurar la administración y el ejército de partidarios del infante y para buscar alianzas en el lado del liberalismo

moderado que le permitieran afrontar con éxito un horizonte, no muy lejano, de guerra civil[40].

La muerte de Fernando VII trajo consigo, tal como habían pronosticado los

valedores del carlismo, la guerra civil. Una vez más la contrarrevolución, ahora bajo el nuevo sello del carlismo, tomaba las armas, y lo hacia, como en el Trienio liberal, propiciando una insurrección contra el poder central de la monarquía. El argumento de la legitimidad se convertía en la máxima justificación de la

[37] J. Torras, *La guerra de los Agraviados*; F. Suárez Verdeguer, *Los agraviados de Cataluña*; P. Anguera, *Els malcontents del Corregiment de Tarragona*; J. Fontana, *De en medio del tiempo*, capítulo 11.

[38] J. CANAL, *El carlismo*, pp. 52-59; P. RÚJULA, «Du royalisme au légitimisme».

[39] Véase por ejemplo, E. de K. Bayo, *Historia de la vida y reinado de Fernando VII*, *t.* III, p. 362. En el mismo sentido, I. Burdiel, *Isabel II*, p. 30.

[40] P. Rújula, *Contrarrevolución*, pp. 165-171.

guerra: «Tengo unos derechos tan legítimos a la corona siempre que te sobreviva y no dejes varón, que no puedo prescindir de ellos; derechos que Dios me ha dado cuando fue su voluntad que yo naciese, y solo Dios me los puede quitar», había argumentado don Carlos en disputa con su hermano poco antes de ser expulsado del país[41]. Ahora, reiteraba los argumentos en el manifiesto de Abran- tes considerando la guerra civil como inevitable: «la religión, la observancia y cumplimiento de la ley fundamental de sucesión, y la singular obligación de defender los derechos imprescindibles de mis hijos y todos mis amados sanguí- neos, me esfuerzan a sostener y defender la corona de España»[42].

El legitimismo será un componente central dentro del carlismo, ya que, com- binado con oportunidad en cada momento, proporcionaría al movimiento de una línea de referencia y una firme continuidad temporal. Justificada por esta razón legitimista, la guerra civil se elevaba por encima del plano de la mera acción contrarrevolucionaria y se convertía en un instrumento de la provi- dencia cuya finalidad estaba en restaurar una injusticia histórica. Desde esta perspectiva las razones del carlismo se sitúan más allá de la política. El empleo de las armas al servicio de una causa justa respaldada por la voluntad divina parecía no necesitar de mayor justificación y auguraba un conflicto largo hasta la desaparición de uno de los contendientes.

Junto al legitimismo, la guerra civil de 1833-1840 fue para el carlismo un acontecimiento fundador. La experiencia de siete años de lucha constituye el crisol en el que se funde el movimiento político. El carlismo será eminentemente militar, porque el hecho que le da carta de naturaleza política es una guerra, una guerra civil, y a nadie se le escapa que una de sus principales potencias, si no la mayor, es su capacidad de provocar un conflicto armado que escinda y enfrente entre sí a dos mitades de la sociedad española. Por eso el liberalismo hará muchos esfuerzos por borrar el recuerdo de la guerra, mientras que el car- lismo nunca se desprenderá de su componente militar porque hubiera sido lo mismo que desprenderse de uno de sus principales activos y, al mismo tiempo, del elemento que le permitía cohesionar sus fuerzas, proyectar sus ideas y adqui- rir presencia en la vida de los ciudadanos.

La guerra civil condicionó profundamente todo el desarrollo político de los
años 30, y no solo porque el carlismo depositara todas sus esperanzas de llegar al poder en el triunfo por medio de las armas. También en el otro bando, en el lado de la reina, tuvo importantes consecuencias. El Estatuto Real era un tímido marco de colaboración con los liberales que no generó en los inicios de la insu- rrección carlista el apoyo suficiente para ahogar la guerra civil. Opinaba Fermín Caballero:

> Quizá por no haberse dado desde luego toda la importancia que mere- cía á la facción, y por haber temido demasiado a las exigencias de los liberales, se perdió la mejor coyuntura de anonadar en su cuna al car-

[41] Correspondencia entre don Carlos y Fernando VII. Reproducida en A. Pirala, *Historia de la guerra civil*, t. I, p. 637.

[42] Abrantes, 1 de octubre de 1833 (*ibid.*, p. 218).

lismo. Si tantos sacrificios de hombres, efectos y dinero como se han hecho después se pusieran en obra al principio ¿cuál sería hoy nuestra satisfacción?[43]

Fue la guerra la que aceleró los tiempos y descubrió tempranamente el escaso vigor político del Estatuto y la poca energía social que era capaz de movilizarse a través del reducido margen de libertades que había establecido. Refiriéndose a la cámara de procuradores del Estatuto Real de 1834, exclamaba Pedro Mén- dez Vigo:

> ¡Mísera condición en la que han puesto [a] la nación! Tiene que gemir de la guerra civil, y por otra parte tiene que temer que el fin de la guerra civil sea principio de mayor esclavitud, porque si el gobierno ha puesto alguna concesión, si ha dado aun ese pobre Estatuto, no ha sido sino efecto del miedo[44].

La guerra civil se presentaba a los ojos de los contemporáneos como desgra- cia, por su coste en hombres y dinero, pero también como estímulo político para ensanchar el marco de libertades en que se movía la sociedad.

Más tarde, la implicación política y económica en la guerra vendrá de la mano de la incorporación al gobierno de figuras con perfiles más avanzados capaces de dar un impulso liberalizador a la monarquía. Fue el caso del ministerio diri- gido por Juan Álvarez Mendizábal, quien en su manifiesto se comprometía a

«poner breve y glorioso fin, sin otros recursos que los nacionales a esa guerra fratricida, vergüenza y oprobio del siglo en que vivimos», pero, al mismo tiempo

«a consignar en leyes sabias todos los derechos que emanan y son, por decirlo así, el único y sólido sostén del régimen representativo»[45]. Es evidente que la guerra civil se veía a mediados de la década de los 30 como un estímulo para avanzar por el camino de la revolución. De hecho, la reina regente, tras el motín de La Granja, estuvo barajando la posibilidad de llegar a un acuerdo con el pre- tendiente carlista para poner freno a las presiones que recibía del liberalismo avanzado con motivo de la guerra[46].

La presencia del conflicto en un tiempo de cambio en que el poder sentía su debilidad, terminó por hacer que la condición de árbitro

político de la situación recayera sobre el ejército y, en particular, sobre alguno de los militares victoriosos que fuera capaz de devolver la estabilidad al país acabando con la guerra. Fueron muchos los que jugaron sus bazas políticas desde el generalato —Quesada, Rodil, Mina, Valdés…—, sin embargo ninguno alcanzó mas prestigio y poder que aquel

[43] F. Caballero, *El gobierno y las Cortes del Estatuto*, p. XXXIX.

[44] Pedro Méndez Vigo, «España y América en Progreso. La Constitución del año XII», reproducido en Miraflores, *Documentos*, t. II, p. 181. El término guerra civil, también es utilizado por el gabinete de San Petersburgo, p. 368.

[45] Madrid, 14 de septiembre de 1835. Reproducido en J. de Burgos, *Anales del reinado de D.ª Isa- bel II*, t. II, p. 405. Véase también *Examen crítico de las revoluciones de España*, t. II, p. 9.

[46] J.R. Urquijo Goitia, *Relaciones entre España y Nápoles*, pp. 232-239.

que fue capaz de poner fin a la guerra civil, primero en el Norte, en el verano de 1839 y, después, en la primavera del año siguiente en el Maestrazgo y Cataluña. Se trataba del general Espartero quien, al finalizar la guerra, había reunido tanto poder en sus manos que llegaría a disputar con éxito a la propia Maria Cristina la regencia durante la minoría de edad de Isabel II. No obstante, no iba a tardar en comprobar que si la guerra civil había sido la fuente principal de su poder, el final del conflicto reduciría muy pronto su condición a la de un simple político. Y en este terreno, Espartero, no supo moverse con la misma eficacia.

VI. — LA GUERRA CIVIL COMO CAPITAL POLÍTICO E IDENTIDAD DE PARTIDO

El final de la Primera Guerra Carlista marca un punto sin retorno en el asen- tamiento del régimen liberal en España. El resultado de la guerra civil supuso el cierre de una larga etapa de alternancia en el poder de regímenes constitucionales y absolutistas con el triunfo de los primeros que ya no serían desplazados de esta posición hegemónica a lo largo de todo el siglo. Esto, sin embargo, no significa la desaparición de la guerra civil del panorama español. Todo lo contrario. La guerra civil se había convertido para los carlistas en un hito fundacional. Su cen- tralidad, tanto para la forja del ideario como para la cohesión del grupo humano y la identificación con una concepción del mundo era tan evidente que hacía imposible concebir el carlismo despojando a este de su componente militar.

A sostener la idea de una guerra futura que devolviera el trono al rey de los carlistas y compensara a los combatientes por largos años de sacrificios al ser- vicio de la causa, contribuyeron dos circunstancias. La primera de ellas fue la actitud de don Carlos quien, al no asumir las condiciones del Convenio de Ver- gara, mantuvo intactas sus aspiraciones al trono de España, aplazando así la resolución del conflicto hacia el futuro en cuyo horizonte se situaba una nueva guerra

civil: «Habéis sido vendidos, y con vosotros han sido vendidos vuestro Dios, vuestro rey, vuestro país y vuestros fueros» rezaba una real orden de don Carlos dada en el momento de abandonar el país[47]. La segunda circunstancia la constituye el exilio, que comparte la actitud radical del príncipe y cifra las expectativas de regresar a España en la reparación del conflicto dinástico, bien de forma política o bien por medio de las armas[48].

Hacia mediados de los años 40, con María Cristina de nuevo en España, hubo

un intento de transacción que, apoyado por una campaña de propaganda diri- gida por Jaime Balmes, pretendía poner fin a la disputa dinástica mediante el matrimonio de los hijos de Fernando VII y del infante don Carlos, es decir, Isa- bel II y Carlos Luis de Borbón[49]. Sobre la mesa, los carlistas volvieron a poner, de

[47] 31 de agosto de 1839 (A. Pirala, *Historia de la guerra civil*, t. V, p. 506).

[48] P. Rújula, «Carlistas».

[49] Véanse J.M. Fradera, *Jaume Balmes*, pp. 264-277; P. Rújula, «Una puerta que se cierra.», pp. 84-87.

nuevo, el argumento de la guerra civil. El reparto del poder era el precio a pagar por evitar una nueva guerra, puesto que, para el carlismo, la guerra civil se había convertido en el vehículo natural para la lucha por la legitimidad. Su presencia sobre el tablero político era un poderoso elemento del que no estaba dispuesto a prescindir el nuevo heredero de la legitimidad carlista, el conde de Montemolín, cuando en 1845 se dirigió a los españoles tras la abdicación de Carlos V:

> Hay en la familia Real una cuestión que, nacida a fines del reinado de mi augusto tío el Sr. D. Fernando VII provocó la guerra civil. Yo no puedo olvidarme de la dignidad de mi persona y de los intereses de mi augusta familia; pero desde luego os aseguro, españoles, que no dependerá de mi, si esta división que lamento no se termina para siempre. No hay sacrificio compatible con mi decoro y mi constancia a que no me halle dispuesto para dar fin a las discordias civiles y acelerar la reconciliación de la Real familia[50].

De estas palabras, tomadas del manifiesto de Bourges, se concluía que sin transacción la guerra civil volvería a salir a la superficie. Dificultades diplomáti- cas, más que falta de voluntad política, impidieron que el acuerdo llegara a buen puerto y la guerra civil emergió de nuevo en el panorama español. Comentaba una biografía del conde de Montemolín aparecida a mediados de la década de los años 50:

> El solo anuncio de este hecho [el fracaso del plan matrimonial] fue la señal para que se encendiera la guerra civil en varias provincias, sobre todo en Cataluña, que fue víctima de ella por espacio de tres años. Los horrores de una guerra fratricida, en que se derramó en abundancia la sangre española, en que hubo asesinatos sinnúmero con el nombre de fusilamientos, represalias indignas, actos vergonzosos para la humanidad, fueron el primer regalo que hicieron a la España los hábiles políticos de 1846[51].

Carlismo y guerra civil representaban dos caras de la misma moneda, pues para los carlistas la forma de luchar políticamente por sus principios era con las armas en la mano. La Guerra de los Matiners catalanes se integra, generacionalmente, en el mismo ciclo que la Primera Guerra Carlista. En ella se verá «desmentida la convicción que los más pensadores y entendidos tenían de que no se ven en una misma generación dos guerras civiles»[52]. Muchos de sus combatientes son los

mismos y Cabrera, el héroe de la primera guerra, está durante buena parte del conflicto a la cabeza. Las cosas, es cierto, han comenzado a cambiar y se mira mucho más de lo que lo hacía don Carlos a la política del momento. El final de la guerra supondrá, para un movimiento cuyos principales momentos coinciden

[50] A. Pirala, *Historia Contemporánea*, t. I, pp. 673-674.

[51] *Biografía del señor don Carlos Luis María de Borbón y de Braganza*, p. 102. Sobre el conflicto, véase R. Vallverdú i Martí, *La guerra dels Matiners a Catalunya*.

[52] *Teatro de la guerra*, p. 29.

con las épocas de conflicto, la entrada en un período de crisis que se ahondará en los años siguientes con la intentona fallida de San Carlos de La Rápita, la muerte del pretendiente y los problemas para encontrar sucesor.

VII. — LA GUERRA CIVIL CONTRA LA MONARQUÍA DEMOCRÁTICA

El fantasma de la guerra civil volverá a aparecer con fuerza en el contexto revolucionario de 1868. Por entonces, las fuerzas que se habían combinado para poner fin al reinado de Isabel II trataban de dar viabilidad al proceso cons- tituyente ofreciendo una imagen de unidad, cuanto menos hasta el momento en que se decidiera la forma de gobierno, pues «provocar hoy esta cuestión es promover la guerra civil en el campo liberal»[53]. Los carlistas, ajenos a la revo- lución, y por lo tanto sin ningún compromiso con ella, se hallaban en proceso de reconstitución en torno al duque de Madrid y podían moverse tácticamente según les conviniera tanto hacia el juego político como hacia la insurrección. En estas condiciones el horizonte de una guerra civil se hizo muy presente en medio de la discusión política como un elemento de enorme importancia en el desarrollo de los primeros meses de régimen.

Pasados el momento de euforia inicial, los partidos comprometidos con la revolución comenzaron a percibir el riesgo de una guerra civil. Muy pronto se identificó la amenaza con sectores católicos y carlistas. Los primeros como oposición a la política secularizadora del régimen y los últimos como forma de forzar su acceso al trono. No es de extrañar que ambos grupos combinaran estrategias durante buena parte del sexenio revolucionario. Clamaba la prensa liberal:

> ¡Viva la religión! Con este grito lanzado en un pueblo de Navarra por los partidarios del absolutismo se pretende ahogar las libertades patrias y encender otra vez una guerra fratricida. Los sectarios de viejas y carcomi- das instituciones, que cayeron para no volver a resucitar jamás, pretenden hoy alucinar a los pueblos,

haciéndoles creer que la Revolución es contra- ria a sus fueros, cuya base está, según ellos, en la unidad religiosa[54].

Estos movimientos reflejos del insurreccionalismo carlista, aunque sin mucha entidad y poco organizados, sirvieron para dar la impresión de que la vuelta a las armas era una posibilidad real con la que había que contar. «La posibilidad de que estalle más o menos pronto entre nosotros la guerra civil sigue preocu- pando la atención de una parte de la prensa y las noticias de confederaciones […] por parte de los partidos hostiles al nuevo orden de cosas se suceden sin interrupción»[55]. Antes de finalizar el año 1868, en este mismo sentido, podía leerse en *La Época*:

[53] *La Época*, 3 de noviembre de 1868.
[54] «Viva la religión», *La Iberia*, 6 de diciembre de 1868.
[55] *La Época*, 20 de diciembre de 1868.

> La prensa de todos los matices políticos manifiesta abiertamente su temor de que surja la guerra civil. Mientras los diarios republicanos gritan que el peligro aumenta, y dan la voz de alerta, asegurando que el gobierno provisional trata de desarmar a los voluntarios de la liber- tad en las principales poblaciones de Andalucía […] la prensa adicta al gobierno denuncia conspiraciones carlistas en las provincias del Norte y en el Maestrazgo, y asegura que se está preparando el terreno para una gran sublevación absolutista en la próxima primavera[56].

Los carlistas hicieron un uso muy medido de la amenaza. Conscientes de sus debilidades, comenzaron por resolver las cuestiones organizativas, tanto en lo político como en lo militar, mientras negaban cualquier voluntad insurreccio- nal. Desde las páginas de *La Esperanza* se decía:

> Tenemos que hacer una advertencia a nuestros lectores. Los periódicos liberales atribuyen a los carlistas propósitos que no abrigan, e ideas que no tienen […] Parece que existe deliberado empeñó en confundir y en lanzar a los carlistas a la vida aventurera. Así se ve que ora se dice que D. Carlos quiere restablecer la Inquisición, convertir a todos los españoles en frailes, y despotizar a su antojo; ora se asegura que si viniera establecería la libertad de cultos, y excedería en liberalismo a los más avanzados; ora se sostiene que piensa encender en el acto la guerra civil; ora que está resuelto a no aceptar la Corona aunque se la ofreciesen los españoles al cabo de más o menos tiempo[57].

Mientras la organización política daba sus pasos para tener una impor- tante presencia parlamentaria en las nuevas Cortes constituyentes, la estructura militar tropezaba con un serio inconveniente: Ramón Cabrera, el hombre que podía atraer al nuevo pretendiente todo el prestigio de viejas luchas se resistía a ponerse al frente del partido. Se decía que había declarado
«que muerto Montemolín terminaron sus compromisos, y que no quiere aumentar con una nueva guerra civil, que sería la cuarta producida por una misma familia, las amarguras de su amada patria»[58]. Sus reticencias restarían coherencia a la acción militar carlista hasta su dimisión definitiva en abril de 1871[59].

Pasadas las elecciones el ministro de la gobernación argumentaba en el par- lamento en contra de la amnistía diciendo que «en el mismo momento en que iba a firmar el decreto tuvo que mandar hacer más

prisiones por haberse descu- bierto nuevas conspiraciones que, una veces republicanas y otras carlistas nos

[56] *La Época*, 19 de diciembre de 1868. El mismo periódico afirmaba el 29 de diciembre: «Se descubren cada día conspiraciones carlistas que nos amagan con una nueva guerra civil».

[57] *La Esperanza*, 7 de noviembre de 1868.

[58] *La Época*, 12 de diciembre de 1868. En el mismo sentido, E. de Arjona, *Carlos VII y D. Ramón Cabrera*, p. 136; J. Aróstegui, *El carlismo alavés y la guerra civil*, p. 73.

[59] A. Pirala, *Historia Contemporánea*, t. III, pp. 480-562.

amagan cada día con la guerra civil»[60]. Sin embargo, los carlistas, convencidos de su capacidad de movilización social, hacían exhibición de contención social:

> ¿Puede acusarse de querer encender la guerra civil a un partido que, como el carlista, cuenta un brillante estado mayor y con huestes nume- rosísimas? ¿No está dando, por el contrario, pruebas inequívocas de que el derramamiento de sangre le horroriza, toda vez que sufre en silencio las irritantes provocaciones y los ultrajes indignos de que es objeto? Nada le sería más fácil a esta incontrastable comunión política que encender la guerra civil; y sin embargo, tiene el suficiente patriotismo para escuchar los sarcasmos de sus imprudentes enemigos, y esperar[61].

Y es que, decidido el régimen como monárquico, todavía quedaba pendiente la elección del monarca que iba a ocupar el trono. En esta carrera los carlistas tenían depositadas muchas esperanzas e incluso habían hecho gala de apertura social —«La España antigua necesitaba grandes reformas», había proclamado el duque de Madrid— para atraer voluntades hacia su candidatura.

Incluso se devuelve el argumento identificando a la revolución como una suerte de guerra civil con la que los carlistas podían acabar[62]. Era una vuelta a los argumentos de Vélez:

> No hay por qué negarlo: la guerra civil arde ya en España […] Si. Hay gran responsabilidad por la guerra civil; pero no toca a los que defien- den el derecho como lo han defendido siempre, sino a los que lo han conculcado y lo conculcan; no a los que vienen protestando contra todo lo que ha cuarenta años se está haciendo contra la patria, sino contra los autores de esos males; no, en fin, a los que han derramado y derraman su sangre al cristo de *¡Dios, Patria y Rey! Sino a los que dejan se insulte a Dios, se maltrate a la patria, y se olvide a los Reyes nacionales y legítimos por tiranuelos extraños*[63].

Durante ese verano de 1869, sin embargo, se detectaba una gran agitación popular —«los republicanos y los carlistas han atraído a sus filas a todas las gentes de acción. Unos y otros se hallan tan dispuestos a rebelarse como a venir a las manos entre sí, inaugurando la guerra civil»[64]—, mientras que se exhibía una gran contención en los órganos de expresión y en los políticos.

[60] Sesión del 27 de febrero. Reproducida en *La Esperanza*, 1 de marzo de 1869.

[61] *La Esperanza,* 15 de marzo de 1869.

[62] Tras la guerra carlista, «Las ambiciones crecieron; las rivalidades se multiplicaron; hubo nuevos fraccionamientos entre los liberales; sacrificáronse nuevas víctimas; a la guerra civil sucedió otra guerra intestina entre ellos mismos; a unas constituciones se siguieron otras constituciones, y después de tantas pruebas, y después de tantas reformas, el país no alcanza otra cosa que sangre, intranquilidad y empobrecimiento» («La revolución de septiembre», *La Esperanza*, 4 de junio de 1869).

[63] «La responsabilidad de la guerra civil», en *Altar y trono*, reproducido en *La Esperanza*, 17 de agosto de 1869.

[64] Carta fechada en 29 de julio en Tortosa y publicada en *La Esperanza,* 3 de agosto de 1869.

El juego con la amenaza se hace frecuente en 1870. Así, puede afirmarse que

«el partido carlista es el único que en España *puede amenazar* con la guerra civil […] porque, en efecto, el partido carlista es el único en cuyos labios tiene importancia la amenaza de la guerra civil»[65], o que se nos trata como a «unos malvados, porque, pudiendo encender la guerra civil cuando queramos, tene- mos bastante patriotismo para no encenderla y sufrir pacientemente ultrajes y provocaciones sin cuento»[66].

Si bien la amenaza de la guerra civil era un síntoma de fuerza, es evidente que con la elección del monarca todavía abierta podía ser un factor perjudicial. Por eso la candidatura carlista presenta también un rostro amable y responsable preocupado por la integración social que destruiría la guerra civil:

> ¿Qué va a ser Carlos VII? ¿Va a ser un Rey déspota? No, porque tiene que ser un Rey justiciero, y donde entra la justicia no cabe la tiranía. ¿Luego va a ser un Rey constitucional? Tampoco, porque, como Rey tradicional y popular, es Rey de verdad y cumplidor de la ley, y el constitucionalismo no admite sino fantasmas de Reyes y ficciones de leyes. Nada de equilibrio de poderes que trae necesariamente la lucha y la guerra civil en perma- nencia; la soberanía en el Rey, pero al lado del Rey, representante de la nación, la representación de todas las provincias, de todos los pueblos, de todas las clases[67].

Así, el rey de los carlistas sería una auténtica vacuna contra la guerra civil:

«Carlos VII impidió que el primer estallido de la lucha en reivindicación de su derecho se convirtiera en incendio abrasador, y por responder a los senti- mientos de Carlos VII, sus partidarios, que espontáneamente levantaron la bandera del derecho, no derramaron en su defensa otra sangre que la suya»[68]. Es un momento muy delicado para cometer errores que puedan excluir a los carlistas de la carrera hacia el trono con la excusa se la guerra civil. La junta cen- tral católico-monárquica alerta a las juntas provinciales sobre lo perjudicial que sería en ese momento un estallido incontrolado que permitiera «alegar la nece- sidad apremiante de elegir un monarca, siquiera fuese un monarca extranjero, coronando de este modo la obra revolucionaria», y echando

así abajo todos los planes[69]. En el acta de Vevey se expresaban sin veladuras las esperanzas que, a la altura de abril de 1870, mantenía el carlismo: «los exponentes abrigan la cierta esperanza de que dentro de breve tiempo, y sin necesidad de promover guerra civil triunfará nuestra santa bandera»[70].

[65] *La Esperanza*, 17 de febrero de 1870.

[66] *La Esperanza*, 18 de febrero de 1870.

[67] «¿Qué trae Carlos VII?», *La Esperanza*, 19 de febrero de 1870.

[68] *La Esperanza*, 26 de febrero de 1870.

[69] «Suplemento extraordinario. *La Esperanza*, *La Regeneración*, *El Pensamiento Español*, *El Legitimista* y *La Fidelidad*. La Junta central católico-monárquica a las Juntas provinciales y de distrito», 6 de marzo de 1870 (M. Ferrer, *Historia del tradicionalismo español*, tomo XXIII, t. II, p. 106).

[70] *Ibid*., p. 119.

Pero, frustradas todas las esperazas de alcanzar el trono por la vía pacífica, 1870 verá avanzarse los preparativos militares. El duque de Madrid se sitúa en posiciones muy similares a las de Carlos V —«Protesto, pues, por mi y en nombre de mi familia […] contra la violación de la ley fundamental hecha en cortes por Felipe V […] la causa de España es mi causa, como la causa de los Reyes legítimos debe ser la causa de los pueblos…»[71]— y en la prensa partidaria del carlismo deja de hablar de guerra civil en la península, situando todas las referencias en Francia, en Cuba o en el pasado. A medida que la amenaza va haciéndose real las palabras desaparecen. Pero las condiciones todavía no son favorables. El 8 de septiembre de 1871 Carlos VII escribe a Elío diciéndole: «Que ni hay medios suficientes para hacer un alzamiento, ni la ocasión para intentarlo es propicia»[72]. Por esas mismas fechas aparecía un interesante artículo en *La Esperanza* donde se afirma que ningún partido puede provocar una guerra civil en España porque ninguno tiene fuerza necesaria para ello: «Sólo los carlistas pueden amenazar en España con la guerra civil, porque solo ellos forman una colectividad política a la cual no corresponde el nombre de partido, y en la cual militan, tal vez sin darse cuenta, millones de españoles que considerarían como un insulto el dictado de *hombre político*»[73]. Este artículo, inusual en esta fecha por referirse de manera directa al conflicto armado, pone de manifiesto que los carlistas contaban con «la guerra civil entre sus medios de acción».

Los seguidores de Carlos VII no tardarían en demostrar que así era. El 15 de

abril la minoría carlista recibía la orden de no tomar asiento en el Congreso. El día anterior había sido emitida ya la orden para iniciar el alzamiento el día 21.

«El momento solemne ha llegado», escribió don Carlos a Rada[74]. A partir de ahí, las armas tomaron la delantera a las ideas, y la realidad de la guerra civil se impuso sobre la amenaza; dejó pues de ser un instrumento de la política para ser ya un pulso de fuerza. La guerra civil reproducía su ciclo en la vida española del siglo xix. Entonces, como antaño, sobre el eje revolución/contrarrevolución situando a los modelos

de España como elemento central de la disputa armada. La Segunda Guerra Carlista será el último conflicto civil de esa centuria y, cabe decir también, que el último que se alimentó de las luchas sociales abiertas por la Revolución Francesa. «Harto doloroso es ya —decía *La Época*— ver a la España de 1872 retroceder a 1834, mirarla envuelta de nuevo en una guerra civil»[75].

[71] *Ibid*., p. 148.
[72] *Ibid*., p. 168.
[73] *La Esperanza*, 26 de septiembre de 1871. También E. Carpizo Bergareche, *La Esperanza carlista*, p. 670.
[74] M. Ferrer, *Historia del tradicionalismo español*, tomo XXIII, t. II, p. 188.
[75] *La Época*, 22 de abril de 1872.

¿HISTORIA DE UN CRIMEN?
el 2 de diciembre de Luis Bonaparte entre golpe de estado y guerra civil

Eugenio Di Rienzo
Facoltà di Scienze Politiche, Università di Roma-La Sapienza

I

El 20 de agosto de 1851, el denominado «Proyecto Rubicón» que llevaría a la conquista del poder por Luis Bonaparte, comenzó a cobrar forma, como lo revela, entre los numerosos relatos de testigos presenciales de diferentes tenden- cias[1], el dictado por el medio hermano del futuro Napoleón III, que fue sin duda el defensor más tenaz del complot, su más atento organizador y su más eficiente ejecutor. El duque de Morny, de hecho, confesó abiertamente que la idea del golpe de Estado se había convertido en su única *marotte* (fijación) a partir de las elecciones presidenciales del 10 de diciembre de 1848[2], cuando quedó persua- dido de que «la revolución febrero había sido una lección para todos, de la cual todo el mundo había sacado provecho, ya que todas las viejas fantasías sobre el liberalismo, la libertad de prensa o la supuesta bondad de un levantamiento popular habían sido sustituidas por las ideas de orden, jerarquía y autoridad a las que la reaparición del nombre de Napoleón había dado nuevo prestigio»[3]. La planificación del complot, en la que entraron por razones de estricta seguridad sólo unos pocos miembros del *inner circle*

del Elíseo (Morny, Persigny, Rouher, Émile Fleury y los oficiales del Cuarto Militar del Presidente) buscaba en primer lugar ganar el control completo del Ejército y las fuerzas policiales. Este objetivo se logró gracias al acuerdo con los generales Armand de Saint-Arnaud y Bernard Magnan (que habían sido nombrados en los meses previos, responsable de una de las divisiones acantonadas y comandante militar de la capital respectiva-

[1] Este ensayo se remite a mi libro *Napoleone III*, Roma, Salerno Editrice, 2010. Sobre la preparación y realización del golpe de Estado, véanse respectivame B.A. GRANIER DE CASSAGNAC, *Histoire de la chute du Roi Louis-Philippe et du rétablissement de l'Empire*, t. II, pp. 290 *sqq.*; T. DELORD, *Histoire du Second Empire, 1849-1869*, I, pp. 232 *sqq.*; MAUPAS, *Mémoires sur le Second Empire*, t. I, pp. 178 *sqq.* y 199 *sqq.*;
H. de VIEL CASTEL, *Mémoires sur le règne de Napoléon III, 1851-1864*, t. I, pp. 196 *sqq.* y 205 *sqq.*; É. OLLIVIER, *L'Empire libéral*, t. II, pp. 431 *sqq.*; *Le Secret du coup d'État*; M. DU CAMP, *Souvenirs d'un demi- siècle*, t. I, pp. 103 *sqq.* Sobre la cuestión, véase el reciente y detallado análisis de A. DECAUX, *Coup d'État à l'Elysée*, que sin embargo añade poco a los tesrtimonios citados anteriormente.

[2] Sobre la cuestión, véase A.J. TUDESQ, *L'élection présidentielle de Louis-Napoléon Bonaparte*.

[3] Ch. A. de Morny, «La genèse d'un coup d'État», p. 525.

J. Canal y E. González Calleja (eds.) *Guerras civiles. Una clave para entender la Europa de los siglos xix y xx*, Collection de la Casa de Velázquez (130), Madrid, 2012, pp. 59-73.

mente) y con el prefecto de Policía Pierre Carlier, que fue sustituido en octubre por el más resuelto, y sobre todo, con menos escrúpulos legalistas, Charlemagne Émile de Maupas[4]. Para evitar una posible intervención de la Guardia Nacional en apoyo una contrainsurgencia defensora de la legalidad republicana, Morny también propuso sustituir a sus comandantes con algunos oficiales leales al príncipe-presidente (La Woestine, Vieyra, Boucart, Savalette, Ledieu) en virtud de una disposición que entró en vigor a fines de noviembre.

Tras haber obtenido el control militar total de la futura zona de operaciones, a pesar de algunos escrúpulos lealistas de Saint Arnaud y Magnan, el *brain-trust* golpista fijó la fecha de la acción para el 17 o el 22 de septiembre, con el fin de aprovechar las vacaciones de verano de la Asamblea, que debiera haber reiniciado sus sesiones el 4 de noviembre. Sin embargo, tanto Morny como Saint-Arnaud se opusieron a este plazo. El primero estaba persuadido de que un golpe de mano ejecutado «en presencia de la Cámara» sería «más franco y más audaz» y mejor aceptado por los sectores populares, que entonces veían a los represen- tantes como los inspiradores de la carnicería ejecutada por Cavaignac, con lo que habría «más posibilidades de éxito». El segundo estaba convencido de que la presencia de los diputados en sus distritos les habría permitido organizar más fácilmente la resistencia en los departamentos. Incluso Luis Bonaparte parecía inclinarse por un aplazamiento, ya fuera, como se ha dicho, por la oportunidad de preparar mejor a la opinión pública ante el golpe de fuerza[5], ya fuera, como se ha sostenido de forma más razonable, para tratar de buscar la posibilidad de una estrategia de salida no violenta *in extremis* a la crisis planteada[6].

Todavía por consejo de Morny, que mostró en ese momento estar en posición

de asumir el mismo papel fundamental de «eminencia gris» que había desempe- ñado Luciano el 18 de brumario año VIII[7], el Presidente tomó en consideración la decisión de derogar la Ley de 31 de mayo 1850, que excluía de los principales derechos políticos a un tercio la ciudadanía masculina: los pobres, los condena- dos por la justicia penal y todos

aquéllos que no podían aportar pruebas de un período de tres años de residencia ininterrumpida en el mismo lugar. Si se lle- vaba a cabo correctamente, este movimiento podría permitirle la reconstitución total del cuerpo electoral del cual había obtenido el triunfo el 10 de diciembre, y obtener el quórum de los dos millones de votos necesarios para su reelec- ción. Esta maniobra hubiese obligado a la Asamblea a aceptar el veredicto de un sufragio que se habría concentrado en una candidatura formalmente inconsti- tucional, pero que extraería su legalidad de la fuerza del apoyo popular. Por otra

[4] Sobre los miembros del comité subversivo, véase J. TULARD (ed.), *Dictionnaire du Second Empire*, *ad vocem*. Sobre Maupas en particular, nos remitimos al reciente estudio de C. VIGOREUX, *Maupas et le coup d'État de Louis-Napoléon*.

[5] M. Agulhon, *1848 ou l'apprentissage de la République*, 1848-1852, pp. 159 *sqq*.

[6] A. DANSETTE, *Louis-Napoléon à la conquête du pouvoir*, pp. 369 *sqq*.; Ph. SÉGUIN, *Louis-Napoléon le Grand*, pp. 154 *sqq*.

[7] L. Scuccimarra, *La Sciabola di Sieyès. Le giornate di brumaio e la genesi del regime bonapartista*, pp. 13-15 y 39 *sqq*.; 43 *sqq*. Véase también E. Di Rienzo, *L'aquila e il berretto frigio*, pp. 50 *sqq*.

parte, añadió Morny, la reintegración del sufragio de masas habría perturbado el frente parlamentario. La mera propuesta de esa medida habría suscitado el miedo y la irritación entre los *burgraves*, y al mismo tiempo habría despertado las simpatías y la satisfacción de la izquierda hacia el Elíseo, conduciendo a la dimisión inmediata de los miembros del Gabinete vinculados a la rue de Poi- tiers, y dando el Jefe de Estado la posibilidad del sustituirlos por «un Ministerio cualquiera, sin darle mayor importancia».

Era un cálculo bien pensado, que una vez que se hubiera puesto en mar- cha habría producido sus efectos, como un perfecto mecanismo de relojería, disipando las dudas y vacilaciones de los otros miembros del estado mayor bonapartista (Adolphe Billault, Antoine Abbatucci, Baroche) recalcitrantes a situarse al margen de la senda constitucional. El 12 de noviembre, la mayoría de los ministros abandonaron sus carteras, y después de una breve crisis fue nom- brado lo que luego se llamó el «ministerio de combate»[8], compuesto por una mayoría de *homines novi*, a la que se sumaron sólo tres parlamentarios de bajo perfil, y que incluía a Saint Arnaud en la cartera de Guerra. El 4 de noviembre, el discurso presidencial a la Asamblea, leído por el nuevo titular del Interior Tiburce de Thorigny, que exigía la restauración del derecho de voto pleno para casi toda la ciudadanía masculina, rompía con cualquier ambigüedad y mos- traba abiertamente la estrategia del Elíseo.

Acogida con el silencio ensordecedor de la derecha y el aplauso de la *Montagne*,

la solicitud de Bonaparte fue rechazada por 355 votos claramente conservadores contra 348 que representaban con toda evidencia la fusión entre los republicanos y el partido del presidente. Fue una victoria raquítica y a la vez ruinosa, por la cual la Asamblea dilapidó los escasos márgenes de consenso aún disponibles y aceleró la dinámica del golpe de Estado, que se hizo inevitable. Conscientes de este peligro, algunos diputados, encabezados por Thiers y Falloux, trataron de buscar una salida. Los tres cuestores del Palais Bourbon depositaron una moción en la que, haciendo referencia a un decreto de 11 de mayo de 1848, que nunca se había ejecutado, se afirmaba que el presidente del

poder legislativo tenía el derecho de emplear la fuerza armada para garantizar la protección de la representación nacional sin requerir la autorización del ministro de la Guerra. La propuesta, que fue acogida favorablemente en un principio por Saint Arnaud, provocó una respuesta inmediata y enojada de Bonaparte, que manifestó su decisión de no tomar en consideración una iniciativa tan dudosa desde el punto de vista jurídico. La izquierda también se opuso a dicha medida con la intervención de Jules Favre el 17 de noviembre. Acusaron a la derecha de haber montado la acusación de una presunta conspiración del Poder Ejecutivo para encubrir los planes subversi- vos que los grupos promonárquicos estaban urdiendo en contra de la República. Sometido a votación, el proyecto fue rechazado por los diputados por 408 votos contra 300. La mayoría de los opositores reunía a bonapartistas, *montagnards* y una densa representación de diputados de la derecha que ahora se mostraban con- vencidos de que el pulso habría terminado con una victoria de Bonaparte.

[8] É. Ollivier, *L'Empire* libéral, t. II, p. 438.

II

Después de esta votación, el destino de Francia descansaba en un equilibrio precario, literalmente «en el filo de la espada», a pesar de algunos intentos de solu- ción que fueron rápidamente abordados entre el 21 y el 29 de noviembre por un comité de conciliación formado por algunos miembros de los dos bandos en disputa (Montalembert, Buffet, Baroche, Fould, Rouher), quienes propusieron que la Asamblea se pudiera pronunciar por mayoría simple para autorizar a Bona- parte a presentar de nuevo su candidatura. Tras frustrarse incluso este recurso, la locomotora golpista siguió su marcha imparable, y la demostración de fuerza, fijada para el 20 y luego pospuesta al 25 de noviembre, fue finalmente llevada a cabo entre el 1 y el 2 de diciembre. Esa noche, las fuerzas militares invadieron la capital, ocuparon los puntos estratégicos (los Campos Elíseos, la Plaza del Carrou- sel, el Quai d'Orsay, el entorno del Elíseo, del Palais Bourbon y el Hôtel de Ville), mientras que destacamentos de Policía reforzados con pelotones de soldados arrestaban mientras dormían a cerca de ochenta personas. Entre ellas figuraron 16 diputados: todos los líderes de la *Montagne*, Thiers, y los militares que hubiesen podido organizar una resistencia armada, como Cavaignac, Changarnier, Lamo- ricière o el republicano moderado Jean-Baptiste Charras. Al alba de ese fatídico día, las calles y plazas de París quedaron cubiertas con tres manifiestos firmados por el Jefe de Gobierno. El primero anunciaba el estado de sitio, la disolución de la Asamblea Legislativa y del Consejo de Estado, el restablecimiento del sufra- gio universal y la convocatoria de elecciones. El segundo era un mensaje dirigido al Ejército, definido como la «élite de la nación», al que recordó los «lazos indi- solubles» que le vinculaban con la estirpe de los Bonaparte. El tercero contenía una proclama dirigida a todos los franceses, en la que el Presidente explicaba las razones de su gesto y solicitaba apoyo, afirmando que «en el momento en que el acuerdo básico que nos une ya no es respetado por quienes lo invocan sin cesar, y cuando los mismos hombres que ya han llevado a la ruina a dos monarquías quie- ren atarme las manos para derrocar al régimen

republicano, mi deber es frustrar sus malvados planes, manteniendo viva la República, para salvar al país, invo- cando el juicio solemne del único soberano que reconozco: el pueblo».

La noticia del levantamiento fue acogida con la mayor indiferencia por la población de París, e incluso con alguna manifestación no esporádica de con- sentimiento, como señaló el embajador austriaco Joseph Alexander von Hübner en su diario, en el que habló del «gran número de tropas, soldados felices, con ese aire de satisfacción que otorga la conciencia de ser los amos de la situa- ción, el público y los transeúntes, en general tranquilos y apáticos»[9]. Incluso los hermanos Goncourt hicieron mención en su *Journal* de un incidente que había «decepcionado a los ociosos», privándoles del espectáculo previsible de las barricadas y los enfrentamientos armados en las calles; de un golpe de Estado que, en otras palabras, «se había llevado a cabo en silencio, sin exageración,

[9] J.A. von Hübner, *Nove anni di ricordi di un ambasciatore austriaco a Parigi sotto il Secondo Impero*, p. 78.

de forma rápida, con un simple levantamiento de cortina»[10]. La templanza del orden público era un hecho tranquilizador, gracias también a la actuación de los nuevos comandantes bonapartistas de la Guardia Nacional, que habían mantenido a sus hombres bajo el más estricto control, y que prudentemente habían previsto mantener en un lugar seguro y secreto los depósitos de armas y municiones, de forma que no pudiesen ser distribuidas a la población, como había ocurrido en 1830 y 1848. A media mañana, Bonaparte salió del Elíseo en compañía de su tío Jerónimo, el príncipe Murat, Saint-Arnaud y Magnan, y recorrió las calles de París entre los vítores de la multitud y algún esporádico grito de hostilidad que vitoreaba la República. Al igual que en 1799, el segundo Brumario de Bonaparte parecía terminar realmente en una toma pacífica del poder, que no había supuesto ningún derramamiento de sangre.

Las circunstancias cambiaron radicalmente durante el día, cuando un grupo
de sesenta diputados (legitimistas, orleanistas, republicanos e incluso algu- nos *élyséens* arrepentidos), después de haber sido expulsados *manu militari* de la Asamblea en la que habían logrado penetrar mediante un subterfugio, se reunieron en la sección municipal de la rue de Grenelle. Allí hicieron un lla- mamiento a sus colegas, que se les unieron hasta aumentar su número a cerca de 300. Los reunidos, bajo la dirección de Odilon Barrot y Daru elaboraron un orden del día en el que, en virtud del artículo 36 de la Constitución, se acusaba al Presidente del delito de «alta traición», lo deponían de su cargo, daban a luz un Gobierno Provisional y solicitaban la protección de la Guardia Nacional y del Ejército a cuya cabeza era nombrado el general Oudinot[11]. Todas estas resolu- ciones quedaron en letra muerta frente a la oportuna intervención de las tropas, que disolvieron la asamblea y detuvieron a más de 220 representantes, incluidos Berryer, Falloux o de Broglie, que fueron puestos en libertad a los pocos días.

Más peligrosa pareció, en cambio, la actividad del comité de resistencia republicano, creado por iniciativa de Carnot y Victor Hugo, y formado casi exclusivamente por los hombres de la *Montagne* (pero en cuyas

deliberaciones también participó Quinet y el príncipe Napoleón), que refiriéndose a los artí- culos 68 y 110 de la Constitución, llamó al pueblo a las armas para defender «la presente Constitución y los derechos que consagra»[12]. La apelación al «patrio- tismo de todos los franceses» que contenía la proclama no quedó desatendida y provocó la erección de algunas barricadas en los tradicionales barrios «rojos» de París, y el Faubourg Saint-Antoine-en particular, donde cayó abatido por el fuego de los soldados el diputado Jean Baptiste Baudin, destinado a ser el proto- mártir de los sucesos de diciembre de 1851. Por el momento, la escasa resistencia no suponía ningún problema de carácter militar, pero permitía impugnar la legalidad del golpe de Estado, que junto con la conquista militar de la capital suponía para el huésped del Elíseo el factor esencial del éxito[13].

[10] E. y J. de Goncourt, *Journal*, p. 9.

[11] E. Anceau, *Les représentants du peuple et le coup d'État du 2 décembre*, pp. 69 *sqq.* [12] Sobre esta cuestión en particular, V. Hugo, *Histoire d'un crime*, t. I, pp. 118 *sqq.* [13] F. Saint-Bonnet, «Technique juridique du coup d'État», pp. 123 *sqq.*

En la tarde del día 3, Bonaparte se dio cuenta de la imposibilidad de formar un nuevo ministerio y de componer una Comisión consultiva integrado por 80 notables, que habría debido asegurar la transición entre la Asamblea disuelta y el nuevo Cuerpo legislativo[14]. También se produjeron algunas grietas preocu- pantes en el estado mayor bonapartista. Rouher y Fould se negaron a asumir la plena responsabilidad de las medidas adoptadas durante un consejo de guerra que tuvo lugar durante la noche en el Elíseo, donde Morny logró hacer preva- lecer sus tácticas y enderezar una situación muy comprometida. En contra del consejo de Maupas, que pedía el uso de un extraordinario despliegue de tropas para contener la revuelta, Morny, que en ese momento había asumido a todos los efectos las funciones de ministro del Interior, propuso que se permitiera a la insurrección desarrollarse libremente para poderla aplastar luego con la máxima violencia. En esas mismas horas, le recordó a Luis Bonaparte que «durante una guerra civil se concede al líder de un partido el uso de guantes blancos, a cambio de ser conscientes de que estos se podrían manchar de sangre»[15]. Era la reanu- dación del plan estratégico implementado por Cavaignac cerca de dos años antes, al cual el hijo ilegítimo de Hortensia agregó una variante importante, que le habría hecho merecedor del título de precursor de los grandes golpistas del siglo XX (Trotsky, Piłsudski, Primo de Rivera, Mussolini, Hitler), coincidiendo en buena parte con lo que afirma el opúsculo de *Curzio Malaparte* dedicado a la moderna «técnica del golpe de Estado militar», que de manera totalmente injustificada omite toda referencia al 2 de diciembre[16].

Mientras que al amanecer del día 4 por lo menos una docena de nuevas barri- cadas se levantaban en ambas orillas del Sena, y cuando Bonaparte ya comenzaba a considerar la posibilidad de fortificarse en las Tullerías con sus seguidores en un intento desesperado por defenderse, Morny con toda probabilidad transmitió a Magnan la orden de abrir fuego indiscriminadamente contra la multitud que se congregaba en los grandes bulevares de la Bonne-Nouvelle, de los Italianos y de la Poissonnière, para golpear indiscriminadamente a los rebeldes y a los simples tran- seúntes. Los disparos —según comentó Eugène Tenot, uno

de los cronistas más completos del golpe— tuvieron el efecto psicológico deseado: «el horror indecible de los supervivientes se comunicó a las masas y las paralizó, la masacre afectó a la ciudad entera con una indescriptible sensación de pánico, y el movimiento revo- lucionario, que surgió con tanta fuerza, quedó derrumbado por completo»[17]. Este acto terrorista, concebido y ejecutado en frío, que luego se quiso hacer pasar por un incidente involuntario atribuible al nerviosismo de algunas unidades, obligó a los ciudadanos a abandonar la calle, impidió el flujo de refuerzos a los centros de la resistencia y permitió a las tropas desmantelarlos rápidamente sin tener que empantanarse en una peligrosa y sangrienta guerrilla urbana.

[14] Ch. É. de Maupas, *Mémoires sur le Second Empire*, t. I, pp. 394 *sqq.*

[15] *Ibid*., pp. 460 *sqq*. Sobre el papel de Morny, véanse también C. Dufresne, *Morny. L'homme du Second Empire*, pp. 151 *sqq*.; P. Clément, *Persigny. L'homme qui a inventé Napoléon III*, pp. 138 *sqq*.

[16] C. Malaparte, *Tecnica del colpo di Stato* (1932), en *Opere scelte*, pp. 113 *sqq*.

[17] E. Tenot, *Paris en décembre 1851*, pp. 275 *sqq*.

En la mañana del día 5, el orden volvió a reinar en París, al precio cruento pero seguramente contenido de mucho menos de un millar de muertos[18]. Un tributo de sangre significativamente más bajo que el provocado por la represión de Cavaignac, y sólo ligeramente superior al balance de caídos civiles registrado durante las «jornadas revolucionarias» de junio de 1832 y abril de 1834, sofo- cadas con una dureza ejemplar por la Monarquía de Julio. Esta cifra contrasta con la proporcionada por Victor Hugo, Victor Schoelcher e Hippolyte Magen, que más tarde recordarían con gran exageración el *Grand Guignol* de un París inundado en sangre, cubierto con una alfombra de, al menos, 3.000 cadáveres apilados frente a los campamentos de los soldados borrachos de vino y rega- lados con las dobles raciones y los generosos *pourboires* distribuidos por los emisariod del Elíseo. Pero también choca con la cifra minimalista indicada por Maupas, que en un primer momento limitó el macabro balance a 299 heridos y 209 muertos entre los militares y la población[19]. La descarga de fusilería de Morny, sin embargo, no habría logrado por sí misma la capacidad de haber dominado la revuelta a tan bajo precio si no hubiera fallado en gran medida la participación de la calle, que se había negado a salvar a un régimen responsable de la masacre de junio de 1848 y de las medidas excepcionales que la sucedieron, y que además había inferido una herida gravísima a los derechos de ciudadanía. Como más tarde escribió Proudhon, el pueblo de París había visto en el «elegido del pueblo» al vengador de la violencia de clase de la República burguesa, «man- datario de la revolución» y «defensor armado del sufragio universal»[20]. Todo ello explica, según el dirigente socialista, por qué «la masa ha sido cómplice, en unos lugares por inacción, en otros por sus aplausos, más allá por la cooperación efectiva, en el golpe de Estado del 2 de diciembre. No fue la fuerza armada, sino el pueblo, indiferente o más bien simpatizante, quien decidió el movimiento en favor de Bonaparte»[21]. A esta conclusión general, Proudhon añadió algunas pruebas importantes, que fueron confirmadas por la mayor parte de la memo- rialística republicana, de Taxile Delord a Hugo[22], que demostraron que los brotes de resistencia lealista tuvieron que afrontar

no pocas veces el asalto conjunto de las bayonetas golpistas y de grupos de gente del pueblo decididos a apoyar por la fuerza el «18 Brumario de Luis Bonaparte»:

[18] Es la cantidad de víctimas indicada por J. A. von Hübner, *Nove anni di ricordi di un ambasciatore austriaco a Parigi sotto il Secondo Impero*, p. 84, que consideraba absolutamente improbable la cifra de 2.700 caídos que reclamaba la opinión pública. En cambio, es mucho más baja la propuesta por E. Tenot, *Paris en décembre 1851*, pp. 279-280, que apenas contaba 500 víctimas entre insurgentes, ciudadanos y tropas.

[19] *Rapport du Préfet de Police sur les événements du 2 décembre 1851*, p. 9

[20] P.-J. Proudhon, De la révolution sociale démontrée par le coup d'état du 2 décembre, p. IV e p. 9.

[21] *Ibid*., p. 49.

[22] Véanse respectivamente T. Delord, *Histoire du Second Empire*, I, pp. 280 *sqq*.; V. Hugo, *Histoire d'un crime*, t. I, pp. 129 *sqq*. En su diario (*Choses vues*, II, pp. 273-274), Hugo registraba melancólicamente que «entre las clases que se adhirieron más fácilmente a la toma del poder por Luis Bonaparte, es preciso incluir una parte de las que se han visto beneficiadas, de sesenta años para acá, por las revoluciones, es decir, muchos obreros y campesinos».

> Los obreros de Saint-Antoine se negaron en redondo a marchar. En los bulevares, cerca del ayuntamiento del Distrito Quinto, una posición con- quistada por los insurgentes fue atacada por un grupo de trabajadores, y obligados a usar sus armas en contra de estos extraños aliados del poder. En el barrio de Saint-Marceau y la rue Mouffetard lo hubiera pasado muy mal quien hubiera arrancado sólo un adoquín. Por todos lados el pueblo confraternizaba con las tropas contra el motín y les distribuía alimentos[23].

Después del 5 de diciembre, fuera de la capital, la dinámica política, sin embargo, tuvo una tendencia muy diferente, de la que Eugène Tenot propor- cionó un análisis detallado en un trabajo publicado en 1865. A pesar de estar distorsionado por una fuerte e incontenible tendenciosidad antibonapartista, la documentación proporcionada por Tenot sigue siendo hasta ahora una de las contribuciones más detalladas para reconstruir la «revolución campesina» que se opuso al pronunciamiento parisino[24]. Sin lugar a dudas, de hecho, como lo demuestra el contenido del libro *La province en décembre 1851*, en las semanas siguientes al golpe de Estado, mientras que las ciudades permanecieron bajo el control del Ejército con la excepción de Orléans y Marsella, docenas de revueltas estallaron en las aldeas y los campos de casi todos los departamentos del Centro, Este, Suroeste y *Midi*. Los disturbios movilizaron a cerca de cien mil insurgentes, encuadrados por la pequeña y mediana burguesías republicana y demosocia- lista, y dieron lugar a un levantamiento violento y a una represión aún más violenta[25]. En ambos casos, sin embargo, el objeto del enfrentamiento no fue sólo la contestación a la conquista del poder por Luis Bonaparte, sino sobre todo un ajuste de cuentas definitivo entre los propietarios y las masas campesinas, que se resolvió en un conflicto final entre *jacquerie* y el «terror blanco» legal, como Proudhon registró pocos meses después de los sucesos:

> Son los aterrorizados del 48 los que se convirtieron de repente, en el 51, en terroristas; son los legitimistas y los orleanistas los que, mientras que Luis Napoleón les lanzaba de París por la ventana, daban apoyo a sus sol- dados en los departamentos. Son los hombres de las viejas monarquías, los que con anterioridad al 10 de diciembre copaban las administracio- nes, los tribunales y los estados mayores, los propietarios, los capitalistas, los grandes empresarios, quienes por miedo a las amenazas de unos cuantos locos, temiendo por sus fortunas y sus vidas,

dirigieron las deten- ciones, los allanamientos, las ejecuciones, y decidieron por el impulso de su egoísmo, la victoria del golpe de Estado contra sus jefes[26].

[23] P.-J. Proudhon, *De la révolution sociale démontrée par le coup d'état du 2 décembre*, pp. 55-56.

[24] E. Tenot, *La province en décembre 1851. Étude historique*. Sobre los límites ideológicos de la reconstrucción de Tenot, véase R. Price, *The French Second Empire. An anatomy of Political Power*, pp. 33 *sqq.*

[25] Sobre esta cuestión, véanse M. AGULHON, *La résistance au coup d'État en province: un esquisse historiographique*, pp. 18 *sqq.*; T.W. MARGADANT, *French Peasants in Revolt. The insurrection of 1851*.

[26] P.-J. PROUDHON, *De la révolution sociale démontrée par le coup d'état du 2 décembre*, p. 92.

Después de que la insurgencia fuera rápidamente reprimida por los militares, la caza y el castigo de los participantes, de los instigadores de la insurrección y de cualquier otro elemento considerado política y socialmente peligroso fueron asignados *de jure* a las infames «comisiones mixtas» establecidas por decreto de 3 de febrero de 1852[27]. Sin embargo, también la represión fue decididamente apoyada *de facto* por la acción autónoma de la judicatura, la administración provincial, el poder prefectoral y los simples notables[28], que la transformaron en el epílogo sangriento y trágico de una situación de inestabilidad y subversión latente en la vida social, que persistía en muchas zonas rurales y numerosos centros urbanos desde el «verano rojo» de 1841[29]. Iniciado por la izquierda, el pronunciamiento de diciembre terminó por la derecha, alienando definitiva- mente a su autor las simpatías del ala más radical del partido republicano, pero concitándole la adhesión duradera de los seguidores del «partido del orden» e incluso de gran parte de los diputados de la mayoría que habían sido encarcela- dos provisionalmente el día 2 de diciembre[30].

Es importante agregar que la tipología del golpe de Estado del 2 de diciembre
marcó una clara línea de discontinuidad con el tipo de golpe de Estado carbona- rio que se había producido en Francia desde la conspiración de Claude François de Malet en 1812 hasta los intentos malogrados de toma del poder por Luis Bonaparte en 1836 (Estrasburgo) y 1840 (Boulogne)[31]. En diciembre de 1851, el futuro Napoleón III no había fiado el éxito de su empresa a un simple levanta- miento militar, sino más bien a una obra capilar de movilización de la opinión pública en su favor, que se desarrolló a través de los canales de la prensa perió- dica y el asociacionismo neobonapartista. En efecto, el nuevo «18 Brumario» podía contar para su éxito, no con el apoyo de alguna guarnición aislada, sino con el consenso de la mayoría de la nación, como demostraron los plebiscitos del 21-22 de diciembre de 1851 y 21 de de noviembre de 1852. Estas consultas, con la que los franceses habían sido invitados a dar su consentimiento al levan- tamiento armado de diciembre y al regreso del régimen imperial, se resolvieron en una

aclamación triunfal muy diferente de los tardíos resultados y las controversias de la consulta del 7 de febrero de 1800 que había legalizado el golpe de Estado del primer Napoleón. El resultado de la apelación al pueblo a través de votación secreta habló con la evidencia de los números: en el primer caso,
7.440.000 «sí» contra de 647.000 «no» y 1.700.000 abstenciones; en el segundo,
7.824.000 «sí» contra 253.000 «no» y 2.055.000 abstenciones.

[27] V. Wright, *The Coup* d'État *of December 1851*, pp. 303 *sqq*. Véase también J.M. Merriman, *The Agony of Republic*, pp. 180 *sqq*.

[28] Véanse respectivamente F. FOURN, «1849-1851: l'anticommunisme en France»; A. PONCIER, «La magistrature contre la République»; P. LAGOUEYTE, «Les magistrats du parquet face au coup d'État».

[29] Véanse respectivamente J.-C. CARON, *L'été rouge*; P. MAC PHEE, *The Politics of the Rural life*. Sobre la recuperación de la vieja tradición de la revuelta campesina en 1851, véanse los testimonios recopilados por G. BOURGIN, *Les préfets de Napoléon III*, pp. 275 *sqq*.

[30] A. Falloux, *Mémoires d'un royaliste*, t. II, pp. 167 *sqq*.

[31] E. Di Rienzo, *Napoleone III*, pp. 37 *sqq*.

Un análisis detallado de los resultados del doble sufragio plebiscitario nos permite entender cómo fue un gran éxito no sólo entre los notables agrarios, industriales, financieros o burocráticos, sino también entre gran parte de la pequeña y mediana burguesías orleanista y republicana de las ciudades y entre la mayoría de la población rural, que desde ese momento se constituyó en el cimiento granítico del Imperio hasta su desaparición. La afirmación del poder bonapartista incidió indiscriminadamente sobre una amplia base electoral, que fue reclutada, aunque no de forma específicamente militante, entre los miembros de todo el espectro político francés, desde el legitimismo hasta la extrema izquierda, si bien terminó por prevalecer absolutamente en las regiones que no se pueden calificar como «rojas» o «blancas» en sen- tido estricto. El bonapartismo era, de hecho, un «compromiso centrista», cuya vocación era llegar a una fusión nacional que pudiese reunir gran- des mayorías en torno a principios simples y claramente definidos (orden y autoridad, esta última legitimada sobre la base del sufragio universal) que podían garantizar la continuidad de los logros sociales y cívicos de 1789. Pero también tuvo la habilidad de constituir un *rassemblement* genuina- mente popular, que no excluía, como se ha mencionado, la confluencia con las fuerzas de la izquierda, incluso en los tradicionales bastiones *mon- tagnards* y democrático-socialistas del Centro, el Centro-Este y el *Midi*, en donde se llegó a conseguir un elevado grado de consenso que se estima en aproximadamente en la cuarta parte y a veces un tercio de los votos atribui- dos anteriormente al frente republicano[32].

La prueba de fuerza terminó, por tanto, con una aplastante victoria política del hombre del Elíseo. Pero Bonaparte era consciente de que este evento pesa- ría como una condena a perpetuidad sobre la existencia de quien, como él, tras pretender convertirse en el Octavio de una Francia completamente regenerada[33], había acabado por encarnar a los ojos de muchos de sus compatriotas el papel de un nuevo Sila. Según el testimonio de su futura esposa, el recuerdo de la sangre derramada en los bulevares de París había aprisionado hasta el final de sus días la

conciencia del Emperador de los Franceses en la «túnica ardiente de Neso»[34]. Hasta ese momento, la definición de *coup d'État*, según la acepción corriente, tenía el significado de un uso fisiológico de la fuerza por parte de un sistema estatal obligado a garantizar su supervivencia frente a un asalto interno[35]. Desde diciembre de 1851, sin embargo, el *coup de force* por parte de un gobierno pasaba a designar, en Francia y luego en el resto de Europa, un atentado contra el orden establecido, y en particular contra la legalidad republicana, reducible a un simple episodio de «delincuencia política», como pretendía reflejar el título del libelo de

[32] *Ibid*., pp. 149 *sqq*.

[33] J.-G.V.F. de Persigny, *Visite au prince Napoléon-Louis*, p. 110.

[34] El testimonio de la emperatriz es recogido en M. Paléologue, *Les Entretiens de l'Impératrice*, p. 143.

[35] G. Naudé, *Considérations politiques sur les coups d'État*. Esta acepción del término ya era contestada en el libelo anónimo, de origen republicano, obra de L. Guibert, *Bâtons rompus*, pp. 5 *sqq*.

Hugo (*Histoire d'un crime*), dedicado a la acción usurpadora de *Napoléon le petit*[36]. Pero si hay que hablar de un crimen, habría que añadir que se trató de un «delito necesario», y que si la República murió en la niebla de ese diciembre negro, no murió «asesinada» como todavía se sigue insistiendo[37], sino más bien puso fin a su existencia como un cuerpo agotado por una enfermedad autoinmune, al que las bayonetas de Magnan infligieron el último, quizás misericordioso, golpe de gracia.

III

El 2 de diciembre, no fue sólo un nuevo Brumario o su inmunda «farsa», como habría concluido Marx[38], sino un nuevo Vendimiario, un nuevo Fructidor, un nuevo Floreal[39], en el que Luis Napoleón se encontró organizando un ataque preventivo contra un doble y contemporáneo intento subversivo preparado por los *ultras* de derecha y de izquierda. Una intentona que, de haberse llevado a cabo, hubiera sumido a la nación en los horrores de la guerra civil debido a la incapacidad de cualquiera de las partes para controlar la situación una vez que hubiese logrado el poder[40]. Esta tesis fue apoyada no sólo por la inconmovible vulgata pronapoleónica de Bernard Adolphe Granier de Cassagnac[41]. También insistió en ella el orleanista moderado Pierre de la Gorce, quien demostró con abundante documentación que el plan para llegar con el uso de la fuerza y la ayuda de una amplia y ramificada red sectaria a la instauración de una «Repú- blica social» no se acabó con el descubrimiento de la conspiración de Gante. Por el contrario, ese proyecto se había proseguido y potenciado, a fin de propor- cionar los cuadros y las milicias que luego encendieron la mecha de la «guerra campesina» de fines de 1851[42].

[36] M. Agulhon, *Coup d'État et République*, pp. 53 *sqq*. Sobre la cuestión, y en particular sobre la difusión internacional del nuevo significado de «coup d'État», véanse D. Hermant, «Coups d'États et coups d'Etat», pp. 15 ss.; E. González Calleja, *Los golpes de Estado*, pp. 31 *sqq*.

[37] R. Huard, «Le 2 décembre 1851, un modèle de coup d'État antirépublicain».

[38] K. Marx, *Il 18 brumaio di Luigi Bonaparte*, p. 43

[39] La insurrección del 13 Vendimiario del año IV (5 de octubre de 1795) representó la culminación de la recuperación del partido realista durante la Revolución Francesa y concluyó con la sangrienta represión de las milicias legitimistas rebeldes a la Convención thermidoriana, guiada por el general Bonaparte. El golpe de Estado de 18 Fructidor del año V (4 de septiembre de 1797) fue organizado bajo el Directorio por los tres directores (Barras, Reubell y La Reveillière-Lépeaux), apoyados por el Ejército, contra la mayoría moderada y realista del Consejo de los Quinientos y del Consejo de Ancianos. El 22 Floreal del año VI (11 de mayo de 1798), tras un giro electoral favorable al partido neojacobino, el Directorio decidió despojar de su mandato a 106 representantes de esta formación política. Sobre la cuestión, véase Denis RICHET, «Colpi di Stato», en F. FURET y M. OZOUF (eds.), *Dizionario critico della Rivoluzione francese*, pp. 16 *sqq.*

[40] Insistía particularmente en este riesgo H. de Viel Castel, *Mémoires sur le règne de Napoléon III, 1851-1864*, t. I, pp. 205 *sqq*.

[41] B.A. Granier de Cassagnac, *Histoire de la chute du Roi Louis-Philippe et du rétablissement de l'Empire*, t. II, pp. 370 *sqq*. y *Récit authentique des événements de décembre 1851 è Paris et dans les départements*. Sobre la cuestión, véase J.-C. Caron, «Face au coup d'État».

[42] P. de la Gorce, Histoire *de la Seconde République*, t. II, pp. 548 *sqq.*

Incluso un bonapartista liberal como Émile Ollivier, por ese entonces comi- sario de la República en Bouches-du-Rhône y el Var, víctima de la represión policial que siguió al golpe de Estado[43], estaba de acuerdo con esta interpreta- ción, y citaba el testimonio de Jules Michelet, que había argumentado que «el problema de 1852 no podrá ser resuelto sin lucha, y en tal caso, será la Guerra de los Treinta Años»[44]. Incluso Tocqueville, recordando los tres intentos de golpe de Estado que la mayoría quiso organizar con el apoyo del Elíseo entre 1849 y 1850, comentó en sus *Souvenirs* que «ahora, a sólo dos años de distancia desde el momento en que hablo, observando a la mayoría de estos hombres enojarse al ver a Luis Napoleón violar la Constitución y hacer exactamente lo que ento- nes ellos mismos le proponían realizar, creo que puedo decir que es realmente difícil encontrar un ejemplo más llamativo de la duplicidad de los hombres y de la vacuidad de las grandes palabras de patriotismo, de las que se nutren sus mezquinas pasiones»[45].

Este juicio se hace aún más cruel, si el ex ministro de Asuntos Exterio- res hubiese podido conocer la noticia ampliamente difundida en los círculos ministeriales londinenses, según la cual el comité de la rue Poitiers había orga- nizado para el mes de noviembre un golpe de fuerza orleanista con el objetivo de destituir y encarcelar a Bonaparte, gracias al apoyo armado de las divisiones acantonadas en Lille, a cuya cabeza debían ponerse el príncipe de Joinville y el duque de Aumale, tercer y quinto hijos de Luis Felipe[46]. Por su parte, George Sand, en la correspondencia que escribió en ese tumultuoso mes de diciembre[47], criticó la inoportunidad de la revuelta de los departamentos por la imposibi- lidad de que «los campesinos opongan cualquier resistencia contra las tropas regulares», pero también porque este levantamiento no había sido determi- nado por «una gran idea», sino por intereses puramente materiales y por el deseo de lograr un reparto de la tierra. En ese mismo escrito, Sand rogaba a Luis Bonaparte que regresara a su primitiva inspiración democrática y socia- lista y detuviera de inmediato la persecución de sus oponentes derrotados, para impedir «lanzar un grito de reproche contra el hombre que Dios ha levantado y el pueblo ha

aceptado». Pero llegaba finalmente a la conclusión de «preferir la oligarquía al Imperio, pero de hecho creo amar más al Imperio que a una oli- garquía». De manera aún más significativa, en una carta a Giuseppe Mazzini de 23 de mayo de 1852, George Sand se expresó con estas palabras sobre el alcance y la autenticidad de la adhesión que el nuevo régimen había logrado a resultas de la votación plebiscitaria:

[43] Sobre la biografía política de este republicano de 1848, que en 1860 comenzó su aproximación al régimen de Napoleón III, véanse P. SAINT MARC, *Émile Ollivier, 1825-1913*; Th. ZELDIN, *Émile Ollivier and the Liberal Empire*; A. TROISIER DE DIAZ (ed.), *Regards sur Emile Ollivier*.

[44] É. Ollivier, *L'Empire libéral*, t. II, pp. 385 *sqq*., en particular p. 397.

[45] A. de Tocqueville, *Ricordi*, p. 233.

[46] M. Du Camp, *Souvenirs d'un demi-siècle*, t. I, pp. 114 ss, que remite al contenido del escrito de H.J.T. Palmerston, *Memorandum de certaines circonstances se rapportant au coup d'État*.

[47] G. Sand, *Correspondance*. III, pp. 257 *sqq*.

> Lo que le voy a decir es muy diferente de lo que probablemente le dicen sus amigos en Londres y Bélgica, pero es la manifestación de lo que piensan la mayoría de mis amigos y conocidos políticos en Francia. Le han dicho que el pueblo había votado bajo la presión del miedo, bajo la influencia de la calumnia. Esto no es cierto. Ha habido terror y calumnia en exceso, pero sin ello el pueblo también habría votado como lo hizo. Esa es la verdad de la situación. No se corrompe ni se aterroriza a una nación en un santiamén. No es tan fácil como se cree; es incluso imposible. Todo el talento de un usurpador es sacar ventaja de una situación, pero nunca podrá tener suficiente para crear de un día para otro esta situación. Estos son los hechos, y la pasión lo negará en vano. Son claros como el sol. De cinco a seis millones de votantes, que representan la voluntad de Francia bajo el principio del sufragio universal (digo cinco a seis millones para dejar uno o dos millones de votos a las contingencias de la corrupción y la intimidación), de cinco a seis millones de votos han decidido el destino de Francia[48].

La interpretación de George Sand chocaba frontalmente con la elaborada por los radicales británicos y los círculos más avanzados del partido *Whig*. Este aná- lisis servía de contrapunto al de muchos miembros del establishment del otro lado del Canal, incluido el primer ministro Palmerston. La gran mayoría de los cuadros políticos ingleses, decididos a mantener, como la mayor parte de las cortes europeas, una actitud de prudente vigilancia respecto del nuevo régimen, reconocieron que la acción de Bonaparte había constituido un remedio dolo- roso pero inevitable para eliminar la endémica inestabilidad que sufría el país latino desde la mitad de la década de 1830[49]. En el mundo germánico, y especial- mente en Prusia, el golpe de fuerza de diciembre desató una ambigua reacción de rechazo y de fascinación. El segundo sentimiento acabó por prevalecer sobre el primero, incluso entre los miembros de la clase intelectual liberal (Theodor Mommsen, Max Duncker, Hermann Baugarten), y sobre todo entre los teóri- cos del «Estado-potencia» y de la *Realpolitik*, como Heinrich Treischke. Éstos concluyeron que «bajo el primer y la tercer Napoleón, Francia ha producido la impresión más armoniosa de un sano desarrollo, frente al cual las grandes pala- bras moralistas no conducen a nada»[50].

Fueron en cambio los exponentes del movimiento democrático italiano los

que, más allá de toda duda, vieron en el advenimiento del dominio bonapartista el testimonio de un reflujo conservador y reaccionario

destinado a extenderse por toda Europa y actuar con particular la violencia en la península transal-

[48] *Ibid*., pp. 330 *sqq*.

[49] F. Bensimon, «Regards d'outre Manche». Sobre las inmediatas reacciones internacionales, sustancialmente positivas, a la implantación del régimen del 2 de diciembre, véase É. Ollivier, *L'Empire libéral*, t. II, pp. 513 *sqq*. Un cuadro con mayores claroscuros ofrece J. A. von Hübner, *Nove anni di ricordi di un ambasciatore austriaco a Parigi sotto il Secondo Impero*, pp. 85 *sqq*., donde se traslucen las precupaciones de Viena por una posible y próxima restauración del Imperio y de su política intervencionista en el escenario europeo.

[50] Sobre la cuestión, véase F. Trocini, *L'invenzione della «Realpolitik» e la scoperta della «legge del potere»*, pp. 114 *sqq.*

pina[51]. Este sentimiento fue especialmente fuerte en Mazzini, por supuesto, en la mayoría de los exiliados mazzinianos refugiados en París, en Francesco Crispi y en los otros miembros del republicanismo radical. Todos estuvieron de acuerdo en que, después de la victoria de Luis Bonaparte, Francia había perdido su potencial revolucionario que a partir de ese momento se trasladaba a nacio- nes más jóvenes como Italia y Hungría. Sin embargo, en su correspondencia con Carlo Pisacane de finales de 1851, Carlo Cattaneo discrepaba de este juicio, y deducía del nuevo «18 Brumario» no el final de la República, sino más bien su violenta modificación, que resultaba inevitable para asegurar la eliminación de la amenaza más peligrosa para la libertad, representada por la mayoría con- servadora de la Asamblea Nacional. En la misma carta, Cattaneo agregaba que el «napoleonismo» no podía considerarse como el peor de los males, porque, forzado constitucionalmente a trastocar el equilibrio internacional de 1815, garantizaría la reanudación del movimiento democrático en Europa.

El juicio sobre el triunfo político bonapartista elaborado por los liberales italianos era también muy diferente. Después del golpe de Estado en París, el primer ministro piamontés Massimo D'Azeglio se declaró sorprendido por la noticia del incidente que llevaba al final del «gobierno parlamentario» en Francia, y que podría dar aliento a los tradicionales enemigos del Estatuto otor- gado por Carlo Alberto. Por el contrario, Vincenzo Gioberti escribió a George Pallavicino que «la "revolución de diciembre", a pesar de que era en sí un acto violento, infame, maldito, tuvo el efecto beneficioso de impedir trastornos más devastadores, jugando el papel de acción represiva contra las distintas facciones extremistas». Una acción que hubiera determinado en breve la «muerte del par- tido mazziniano» en la Península. Una opinión similar era compartida también por Cavour, quien incluso después de la aplastante victoria de Luis Bonaparte en las elecciones de 10 de diciembre de 1848, observó con alivio que «el orden social ha sido salvado en Francia y por tanto en Europa, porque las revoluciones que no tienen su punto de apoyo en París nacen muertas». Cavour también argumentó que, a la luz de este caso, incluso el estallido de focos

subversivos en Italia parecía menos preocupante, ya que «desde el momento en que las pasio- nes revolucionarias no se exciten con el ejemplo de Francia, no es de temer ninguna agitación social»[52].

La apreciación cambiaba de signo en la primera y reservada reacción del político piamontés a la noticia del 2 de diciembre. Ésta fue de tono decidida- mente ideológico, inspirada en una clara intransigencia liberal, concentrada en la preocupación por combatir las posibles repercusiones autoritarias del golpe de Estado en el contexto internacional, que con su clásica mezcla de dictadura y rebelión militar parecía destinado a hacer regresar a Francia a la

[51] Sobre esta cuestión y las que siguen, nos remitimos en general a M.T. Natali, *Il colpo di Stato di Napoleone III nelle testimonianze di alcuni esuli mazziniani*, pp. 606 *sqq.* y A. De Francesco,
«Les interprétations du coup d'État du 2 décembre en Italie». Véase también F. Della Peruta, *I democratici e la rivoluzione italiana*, pp. 253 *sqq.*

[52] R. Romeo, *Cavour e il suo tempo*, II, 1, p. 307.

«era de la guardia pretoriana en lugar de la de los Césares»[53]. Sin embargo, ya en septiembre-octubre de 1852, después de un viaje a París, estas impre- siones cambiaron, y Cavour confesó dramáticamente en su correspondencia que Napoleón III le parecía totalmente dueño de la situación. Se mantuvo con la condición de «no ser arrastrado por la corriente reaccionaria» y buscar
«condescender con los instintos democráticos de las masas a través de medi- das populares», sin por ello ceder a una deriva demagógica. En este caso, el Segundo Imperio se convertiría en «el nuevo reinado de Augusto», que nece- sariamente debía suceder a «la licencia de los Gracos y la gloria militar de los Césares». El nuevo sistema de poder aseguraría un futuro brillante para la nación francesa, a cuya realización todo ciudadano debía tratar de cooperar sin atrincherarse en una oposición estéril, como a su parecer hacían «los Gui- zot, Cousin, Thiers y todos los liberales, dignos de poca estima, que por odio a Bonaparte están dispuestos a imitar el mal comportamiento los emigrados borbónicos y negociar con los enemigos de su país». Cavour parecía firme- mente convencido de que en el régimen bonapartista, fundado en el sufragio universal y plebiscitario, provisto incluso de algunas muestras de «socialismo» y aliado con las aspiraciones nacionales de los pueblos oprimidos, podían reconocerse fuerzas mucho más amplias y diversas de las que habían formado la base política de la monarquía orleanista. Unas fuerzas que estarían en posi- ción de vigorizar una «revolución conservadora» que podría llevarse a cabo incluso en Italia bajo una bandera y un liderazgo moderados.

En 1932, Benedetto Croce retomó esta evaluación en un largo *excursus* de su
Storia d'Europa, donde se partía del reconocimiento de que «el golpe de Estado del 2 de diciembre, previsto, esperado, incluso temido, pero no frustrado, no fue la insidia de un tirano que se apodera por la violencia de un pueblo que resiste, sino más bien una operación quirúrgica que reveló lo que Francia había formado y nutrido en su seno en los cuatro años de democracia y de antidemocracia siguie- ron a 1848». En las siguientes páginas, Croce se extendió, con amplios préstamos del libelo

Napoléon le petit de Victor Hugo, sobre la naturaleza autoritaria y violenta y sobre los fenómenos de corrupción que habían caracterizado la primera etapa del régimen bonapartista, pero también reconoció que el Segundo Imperio, que nació a partir de aquel «crimen», no podía ser tratado ni como una simple versión actualizada de la «asociación absolutista de viejos monarcas» ni como una forma de gobierno que olvidaba completamente ciertos principios rectores básicos de carácter liberal, ni ciertamente como un fenómeno de compresión violenta y reaccionaria que se utilizaba para destruir lo que de nuevo y de necesario estaba germinando en la sociedad francesa de la época[54].

Traducción del italiano y el francés por Eduardo González Calleja

[53] Sobre esta cuestión y las siguientes, véase *ibid*., II, 2, pp. 553 *sqq*. y 619 *sqq*.

[54] B. CROCE, *Storia d'Europa del secolo decimonono*, pp. 178 *sqq*. Sobre las complejas y tortuosas relaciones entre el liberalismo italiano y la experiencia bonapartista, me remito a mi artículo «Bonapartismo», en F. GRASSI ORSINI, G. NICOLOSI (coords.), *Dizionario del Liberalismo italiano*, *ad vocem*.

LA GUERRA CIVIL, FIGURA DEL DESORDEN PÚBLICO

el concepto de guerra civil y la definición del orden político

François Godicheau.
Université de Bordeaux III, EA 3656 AMERIBER

La guerra que empieza en España durante el verano de 1936 recibió muchos nombres y provocó un diluvio de discursos e imágenes, no sólo en la península, sino también en numerosos países occidentales[1]. Desde los acontecimientos mismos, la multiplicación de narraciones sencillas y a veces muy simples hizo del acontecimiento algo muy complejo: hoy en día, aparece como una gue- rra civil modélica pero al mismo tiempo, su complejidad no deja de resultar problemática para los historiadores que quieren escribir sobre el tema. Varios aspectos de la contienda están dando lugar a reflexiones hoy en día que tien- den a complicar aún más la tarea de sintetizarla, desde la heterogeneidad del campo republicano hasta las interrogaciones sobre la fecha de terminación del conflicto —si no sistemáticamente debatida, reflejada en la periodización de muchos estudios sobre el tema de la «represión»—, pasando por la cuestión de los nombres de la guerra, la cual remite a la continua competición de relatos desde los acontecimientos mismos.

Este último punto refleja también el carácter inacabado —digámoslo así de

momento— del concepto de guerra civil y la necesidad de prolongar los debates ya habidos por un análisis renovado de esta noción, sobre todo en un momento historiográfico en que el comparativismo aparece cómo una buena vía de renovación de los estudios «guerracivilistas»[2]. Esta necesidad se hace sentir al intentar tomarse en serio las palabras de los actores de la época, actitud historio- gráfica que deriva de la conciencia de que nuestras elecciones lexicales, a la hora

[1] Este trabajo ha sido realizado gracias a las condiciones y ayudas proporcionadas por el proyecto
«La España del Frente Popular: políticas unitarias, conflictividad sociolaboral y orden público en la crisis de la primavera de 1936» (Ref. HAR2008-00066/HIST), financiado por Ministerio de Ciencia e Innovación y dirigido por el Prof. Eduardo González Calleja, del Departamento de Humanidades de la Universidad Carlos III de Madrid.

[2] Numerosos han sido los volúmenes en los que se ha debatido sobre el concepto de guerra civil. Para limitarnos al campo de la historia y a las referencias más recientes, véanse por ejemplo
N. Bobbio, «Guerra civile?»; G. Ranzato, (dir.), *Guerre fratricide*; J.-C. Martin (ed.), *La guerre civile entre histoire et mémoire*; C. Marrand-Fouquet (coord.), «Guerres civiles»; J.-C. Martin, «La guerre civile: une notion explicative en histoire?»; E. González Calleja, «Reflexiones sobre el Concepto de Guerra Civil».

de narrar el pasado, no pueden pensarse independientemente de las de nuestros antepasados. Descartada la ilusión según la cual ciertas expresiones son eviden- tes porque designan «la cosa misma», tenemos que llevar la reflexión hasta sus últimas consecuencias: si la realidad no nos impone su nombre sino que somos nosotros los que hacemos una elección, lo mismo que nuestros abuelos, nuestra preferencia por «guerra civil» tendrá que ver tanto con los sentidos que acarrea y acumula desde mucho tiempo como con sus funciones dentro del orden de categorías en el que nos situamos.

Situémonos entonces en uno de los momentos de mayor confrontación de concepciones y nombres de la guerra, el de los enfrentamientos que ensangren- taron Barcelona y otras ciudades catalanas a principios de mayo de 1937[3]. A raíz de una acción policial y política contra la ocupación por parte de un comité revolucionario del edificio de la Telefónica de Barcelona, el 3 de mayo, en un ambiente enrarecido por la oposición entre revolucionarios y partidarios de «la legalidad republicana», la ciudad se cubrió de barricadas y unos comba- tes callejeros enfrentaron a miles de combatientes, dejando por el suelo más de 500 cadáveres.

A través de la huelga general, de la movilización de «Grupos de defensa» de la Confederación Nacional del Trabajo (CNT), de las «Patrullas de control» en los pueblos, para defender «la revolución», y a través de las modalidades de la «represión», encontramos elementos de continuidad con episodios anteriores de protesta revolucionaria desde la primera guerra mundial[4]. Esta continuidad se ve reforzada por la lectura operada por los revolucionarios mismos que con- sideran a sus adversarios como enemigos, contrarrevolucionarios y comparan el 3 de mayo de 1937con el 19 de julio de 1936. Se puede asimismo discernir otra continuidad, esta vez espacial, entre el frente y la retaguardia, en la concep- ción que insiste sobre el hecho de que la guerra es una revolución y asimila el frente que pasa en el medio de cada pueblo (entre «milicias de la retaguardia» del «comité» y propietarios y comerciantes) con que parte Aragón en dos[5]. En el cruce de estas continuidades, una figura es

central, la de la revolución, una figura a la que estas continuidades confieren una realidad.

Enfrente, las interpretaciones de los «defensores del orden [republicano]» no son tan homogéneas, por el carácter heterogéneo de los integrantes de este bando (de los republicanos a los comunistas) pero rápidamente se impone un lenguaje que combina el tradicional del «orden público», con el de la guerra antifascista: lo de mayo viene a ser un *putsch*. En esta visión, se niega entidad y realidad a la revolución; ni siquiera se le otorga la calidad de un proyecto serio

[3] Estos hechos han sido objeto últimamente de dos estudios generales —los de F. Gallego, *Barcelona, Mayo de 1937* y Á. Viñas, *El escudo de la República*—, que, con profusión de detalles, prolongan la interpretación republicana clásica y se sitúan, así como sus críticas desde el anarquismo, en la continuidad del debate de 1937.

[4] Véase C. Ealham, *La lucha por Barcelona*.

[5] Sobre estos aspectos de los primeros meses de la guerra, véase J. A. Pozo González, *El poder revolucionari a Catalunya durant les mesos de juliol a octubre de 1936*.

al que se combatiría. La única realidad es la del orden antifascista: se condena el
«desorden anarquista» remitiendo a episodios pasados de los primeros años de la República o a características de la guerra de milicias y se utiliza la figura del
«traidor» antipatria remitiendo a una concepción de la guerra como internacio- nal, interestatal: la guerra de liberación del pueblo español contra los invasores nazi-fascistas. A partir de ahí, la interpretación de los hechos como un *putsch* o un levantamiento radical contra el gobierno autorizan toda clase de cuentos como el consistente en imaginar que son obra de la Gestapo. En el centro de esta visión, encontramos al Estado republicano, en guerra contra el fascismo internacional y su quinta columna, un Estado al que se trata de reconstruir gracias a una identificación adecuada de sus enemigos y a su persecución policial, judicial y política. Durante el período siguiente, la «unidad inquebrantable» representa un arma político de primer orden, capaz de convocar el fantasma de la desunión fomentada por los traidores, el fantasma de la guerra interna. La reconstrucción del Estado a través de sus aparatos de policía y de justicia se hizo contra los auto- res o inductores de los «hechos de mayo» y se puede decir que la guerra civil en la guerra civil fue una figura decisiva, antinómica de la del Estado[6].

Ahora bien: ¿cómo ha sido planteado el problema de mayo en la historiogra-
fía? Según dos concepciones: 1) La de la «guerra civil en la guerra civil», con una tonalidad dominante de comprobación triste de la división del campo republi- cano. Esta visión que insiste en el carácter fratricida del enfrentamiento nace en la guerra misma, se expresa desde Madrid y desde Valencia y es la que domina en la sentencia pronunciada en octubre de 1938 en el proceso a los dirigentes del POUM. Es una lectura de los acontecimientos como problema de orden[7]; 2) La visión de la guerra de clase «devorada» por la guerra a secas, del fracaso de las opciones revolucionarias, visión que puede dar lugar a una lectura pesimista y otra optimista, pero que otorga carta de realidad a la opción revolucionaria. Es decir que aunque se juzgue que

terminar con los propuestos revolucionarios fuera una necesidad para poder ganar la guerra, se recoge una parte del lenguaje de los revolucionarios.

Esto nos remite a un hecho fundamental: el conflicto sobre la naturaleza de

la guerra comenzada en julio de 1936 ha pasado directamente y sin hiato al terreno historiográfico. Pero muchas veces es un conflicto no declarado, por una razón bastante sencilla: este conflicto sobre la naturaleza de la guerra es uno de los motores de la guerra y posteriormente de las identidades fundamentadas en las interpretaciones de la guerra. En 1936 o 1937 como decenios más tarde, la definición de lo que esta(ba) en juego es básica para la auto-identificación del «nosotros» desde el cual se toma la palabra o la pluma. Siendo así las cosas, y a pesar de que las mejores historias de la guerra, desde una postura obje- tivista, han tratado de compaginar versiones y vocabularios para llegar a una síntesis coherente, nos vemos confrontados entonces a un doble problema: una

[6] Sobre ese movimiento represivo y la afirmación del Estado republicano, véase F. Godicheau, *La guerre d'Espagne*.

[7] Buen ejemplo de esta visión es el libro de H. Graham, *La República española en guerra*.

encuesta sobre la naturaleza de la guerra civil, sobre el concepto de guerra civil, debe tener en cuenta el uso que se ha hecho de tal o cual expresión para designar el conflicto[8].

Vamos a examinar primero la paradoja de un conflicto que se ha calificado de imposible de nombrar, de elusivo y que sin embargo no para de decir su nombre. Veremos a continuación cómo varias tentativas contemporáneas de definición nos llevan a considerar las figuras o las caretas sucesivas de la guerra civil en la historia y terminaremos proponiendo una definición que tome en cuenta el aspecto valorativo de la noción de guerra civil

I. — ¿IMPOSIBLE DE NOMBRAR, LA GUERRA CIVIL?

En un monográfico de la revista *Clio* dedicado al tema de las mujeres y la guerra civil, Catherine Marrand-Fouquet introduce la reflexión colectiva sobre el problema de la identificación de las guerras civiles: cuales conflictos lo son o no lo son, sobre el rechazo corriente de la expresión «guerra civil», sobre guerras civiles que no dicen su nombre[9]. La guerra que comenzó en España en 1936 no escapa de esta regla: la adopción de otros vocablos preferentemente al de guerra civil — aunque éste fuera atestado— fue mayoritaria y refleja la multiplicidad de los aspectos del conflicto[10]. En realidad, cuesta muchísimo definir una unidad de este conflicto de 1936 a 1938; pero también, cuesta cada vez más resistir a la tentación de prolongarlo más allá del primero de abril de 1939, lo que agrava la cuestión de su homogeneidad[11].

Sin embargo, la guerra española aparece como paradigmática fue conside- rada como tal por un historiador francés, Olivier Wieviorka, para contestar la pregunta de si Francia había vivido una guerra civil en 1944[12]. Dos bandos con dos ejércitos que integran a muchos milicianos es decir civiles y defienden sendas partes del territorio nacional, dos fuertes capacidades de movilización a

[8] Sobre el objetivismo y las dificultades que plantea, véase P. Sánchez León, «La objetividad como ortodoxia».

[9] C. Marrand-Fouquet (coord.), 1997 (http://clio.revues.org/index406.html. Consultado el 14-XI-2010).

[10] Véase F. Godicheau, «Guerra civil, guerra incivil: la pacificación por el nombre».

[11] A partir de mediados de los años noventa, la expansión de los estudios sobre el primer franquismo, la represión, y los « maquis », la idea de que la guerra no terminó el primero de abril de 1939 sino que se prolongó durante años se puede encontrar en múltiples obras, desde la historia local hasta trabajos de síntesis, aunque no haya habido ninguna reflexión colectiva o sistemática sobre los límites cronológicos del conflicto y esa idea sea implícita en la mayoría de los casos (o simplemente reflejada en las fechas escogidas por los autores, de 1936 a los años cuarenta o más adelante). Véase por ejemplo el muy famoso libro de S. Juliá (coord.), *Víctimas de la guerra civil*.

[12] O. Wieviorka, «¿Guerra civil a la francesa?». El análisis de Wieviorka, presentado en un coloquio organizado en 2002 en la Casa de Velázquez de Madrid, con la colaboración del Institut d'Histoire du Temps Présent (IHTP), dio lugar a un animado debate entre los participantes, del cual se podía por lo menos sacar la conclusión de que no había ni mucho menos acuerdo, incluso entre los especialistas de la guerra civil española, sobre lo que era una guerra civil.

partir de concepciones enfrentadas de la ciudadanía: es innegable que la gue- rra española presenta estos aspectos. Pero también presenta otros, no menos esenciales: una guerra en cada pueblo, sin territorio definido pero no por lo tanto deja de ser radical y sangrienta, un enfrentamiento religioso en el que los individuos pueden llegar a comprometerse de manera absoluta[13], una guerra de dos Estados e incluso de dos coaliciones internacionales. ¿Dónde está el rasgo más definitorio?

Para la guerra de 1936, la dificultad radica en la multiplicidad e incluso el carácter contradictorio de muchos aspectos del conflicto: ¿cómo dar cuenta de ello en todas sus dimensiones? es la pregunta que se plantea para cualquier historiador que aborda una síntesis. El mejor ejemplo de respuesta viene de Julián Casanova en su artículo titulado «guerra civil, ¿lucha de clases?» en el que resuelve el conflicto interpretativo gracias a la imagen de las muñecas rusas[14]. Este historiador considera que se oponen la tradición de la historia social y una historia política a secas y vincula los avances historiográficos con la aparición de nuevas fuentes, con el alejamiento de las pasiones y con la afirmación, gracias al aporte de los estudios regionales, de las claves «nacionales» (en el sentido de españolas, específicamente peninsulares) del conflicto.

Él propone una síntesis, es decir que intenta compaginar las historias de la guerra, mostrando que son todas compatibles y verosímiles hasta cierto punto, tratando de progresar en la inteligibilidad del conflicto gracias al encuentro de un esquema que permite engarzarlo todo. Utiliza la configuración que le brindan dos autores anglosajones como Gregory M. Luebbert[15], es decir que se apoya en un entramado teórico y distanciado gracias a la perspectiva com- paratista para analizar prestando atención a los intereses de clase y también a otras lealtades, religiosas, lingüísticas, familiares, regionales o nacionalistas[16]. Concluye diciendo que en la guerra civil, habría habido varias guerras civiles.

Pocos aspectos se resisten a entrar en este esquema. Señalo uno que a mi modo de ver cruje un poco, es el carácter de guerra de religión puesto de relieve por Manuel Delgado en su análisis de los rituales

iconoclastas que no pueden confundirse con el anticlericalismo[17]. Pero más allá de su perfectibilidad, un esquema, una construcción como ésta presenta una característica que puede dejar bastante perplejo: sitúa al analista en la postura de alguien que ensambla un mecano complejo, cuyas piezas dispares fueron forjadas en realidad para diferentes máquinas. Con todo el arte del ensamblador, no se puede llegar al final sin torcer o limar alguna que otra pieza, o olvidar una en el fondo del cajón. Elegir al final el rasgo más definitorio significa hacer intervenir una concepción

[13] En referencia a lo que A. Pizzorno, «Politics Unbound», llama momentos de política absoluta.

[14] J. Casanova, «Guerra Civil, ¿lucha de clases?».

[15] G.M. Luebbert, *Liberalismo, fascismo o socialdemocracia*.

[16] Véase también J. Casanova, «Liberalismo, fascismo y clase obrera».

[17] M. Delgado Ruiz, *Luces iconoclastas*. En particular si se practica un análisis en clave de política absoluta, véase A. Pizzorno, «Politics Unbound» e J. Izquierdo Martín y P. Sánchez León, *La guerra que nos han contado.*

implícita de lo que es la guerra civil; sin embargo, éste es un debate ausente del paisaje historiográfico.

La oposición de las interpretaciones de los actores de la época conduce muchas veces a tomar una decisión en términos de narración, en contradicción con lo vivido por muchos actores, lo cual puede considerarse quizás inevita- ble. Medimos con este problema la distancia insalvable entre por un lado la narración y el análisis del pasado y por otro la misma realidad pasada, primero porque la guerra fue vivida y comprendida según diferentes modalidades por millones de individuos —no hubo entonces una realidad en singular—, luego, porque más allá de la oposición entre interpretaciones de lo que era vivido, la guerra revolucionaria, la guerra patriótica e internacional y la guerra religiosa podían perfectamente convivir en la mente de muchos individuos. Esta dimen- sión de la conciencia y de lo vivido por individuos y colectivos, en un cruce de las interpretaciones del conflicto, es esencial para nuestro problema, es decir: qué es una guerra civil?

Es precisamente esta dimensión de composición de varias interpretaciones en los espíritus de los combatientes la que Claudio Pavone se tomó en serio en su gran libro sobre la guerra civil italiana de 1943-44[18]. A la inversa, fue a partir de una reflexión sobre los nombres dados a la guerra española que Rafael Cruz, tratando de distinguir lo vivido por los actores de las interpretaciones canónicas contemporáneas o posteriores, terminó tomando sus distancias con la expre- sión «guerra civil». Su libro demuestra como el nombrar la guerra ha sido una cuestión de primer plano en la medida en qué el nombre contenía una visión del conflicto esencial para la constitución de las identidades enfrentadas; nombrar la guerra ha sido una de las actividades principales de lo que él llama «la cons- trucción social de la guerra»[19].

En efecto, el proceso de identificaciones cruzadas no movilizaba sólo en los frentes. La guerra estaba por todas partes y la movilización debía tomar la forma de la unanimidad: la participación voluntaria en los rituales callejeros (desfiles, entierros, misas y mítines) y en las diversas

actividades vinculadas al esfuerzo guerrero fue verdaderamente masiva y proporcionó infinidad de ocasiones para ensayar un repertorio de símbolos, rituales y discursos de diversas procedencias. En el interior de ambos campos en construcción, una fuerte competición entre instituciones (partidos, sindicatos, instituciones del Estado, ejércitos, Iglesia) tuvo lugar para imponer símbolos e interpretaciones afines. La heterogeneidad de partida de ambos campos, el hecho de que cada organización tuviera que integrar la existencia de la guerra en sus políticas de identidad, viene de su carác- ter imprevisto: por una parte, no se había previsto ni deseado este conflicto y no fue reconocido enseguida como guerra, y por otra, pocas tropas y pocas armas no volvían evidente este nombre de guerra cuando por un lado se trataba de una operación de restablecimiento del orden, y del otro, de la resistencia a un golpe de Estado o de una revolución. Esto produjo una situación en la que el conflicto

[18] C. Pavone, *Una guerra civile*.
[19] R. Cruz, *En el nombre del pueblo*.

fue efectivamente y simultáneamente vivido según las diferentes dimensiones arriba mencionadas y por ende nombrado de distintas maneras, además de que hizo evolucionar los marcos lingüísticos comunes de los actores de la época, lo que va más allá de la simple recomposición de significados. Esta diversidad exis- tía antes de que la centralización del poder de cada lado del frente, la necesidad de una movilización total de los recursos al servicio de un discurso único intentara (y consiguiera hasta cierto punto) imponer una visión y un nombre únicos, que en ambos casos no podían ser la expresión «guerra civil» y que el enemigo no podía sencillamente ser un «hermano», un verdadero español.

La reducción a la unidad que supone el uso del término «guerra civil» tiene entonces precedentes: el historiador no es el primero en intentar abarcarlo todo bajo un único rótulo. El problema en el caso del conflicto del 36 viene de que se ha impuesto este uso convencional sin que haya habido convención, es decir, definición concertada de lo que es o no es «guerra civil»: en la época de la guerra como hoy, la elección de esta expresión representa más que un acto de conoci- miento, es una acción política. Personalmente, no estoy muy seguro —o ya no estoy tan seguro— del interés que habría en llegar a una definición de la guerra civil porque puede resultar una definición muy, pero muy complicada, como en el caso de otro concepto espinoso, violencia política o en cualquier caso, habría que resignarse a que la definición en cuestión consistiera más en deslindar un campo —que puede resultar inmenso— que en forjar una herramienta analítica realmente eficaz[20]. Pero en vez de quemar etapas, volvamos a problema de la reducción a la unidad que se ha impuesto desde unos decenios: se ha impuesto
«guerra civil» después de 1939 no porque haya habido una convención entre
historiadores, sino por razones extra-académicas de políticas de memoria.

El uso de la expresión «guerra civil» se ha generalizado en España después de largos decenios de una casi prohibición de su empleo por las autoridades franquistas. Hasta los años sesenta, la denominación

debía ser la de «cru- zada» o «guerra de España» en el sentido de guerra por España. El contraste es importante con el caso de Italia donde, como lo ha explicado Claudio Pavone a propósito de su libro *La guerra civile*, la izquierda rechazaba la expresión por- que tendía a dejar a los dos bandos en un mismo plano de dignidad. De esto precisamente se ha tratado en las políticas de memoria de la transición demo- crática e incluso desde antes, en los afanes reconciliadores que se expresaban desde parte de las fuerzas franquistas y en el exilio: la reconciliación era una estrategia política, en los dos casos y se trataba de poder tachar al contrario de prolongar la guerra, de mantener a los españoles en una situación de enfrenta- miento político. La generalización del empleo de guerra civil se ha impuesto al mismo tiempo que se fraguaba la ética de la España actual, basada en una escala

[20] Sobre la noción de violencia política, véanse J. Aróstegui, «Violencia, sociedad y política: la definición de la violencia», y «Violencia y política en España»; E. González Calleja, «La definición y la caracterización de la violencia desde el punto de vista de las Ciencias Sociales» y *La violencia política en Europa*. La inmensidad del campo así definido aparece claramente al observar la cantidad de conflictos bélicos que no oponen a una nación contra otra. Se podría incluso decir que las guerras civiles son mayoría en el campo de los enfrentamientos bélicos.

de valores donde el «consenso» y la «convivencia pacífica» ocupan el lugar del bien absoluto y la guerra civil funciona como una figura repulsiva. El pacto vir- tual concluido entre los principales políticos ha consistido en expulsar el tema de la guerra de 1936 del espacio político, en dejar de mentar la soga en casa del ahorcado, dejando a los historiadores el papel de contar los acontecimientos, de la manera más amplia posible, historiadores que jugaban un papel esencial en esa sociedad en transición[21]. Su profesionalismo, el carácter científico de sus trabajos debía proporcionar la base objetiva para poder pasar a otra etapa, para hacer de aquel tema algo sobre lo cual sería posible decir: se trata de una historia sabida, ya no quedan zonas de sombra, lo conocemos todo, no queda problema sin resolver. La musa Clío vestía claramente el traje de la enfermera[22].

El hecho de que el problema de la definición de la «guerra civil» se plantee ahora no es incongruente con el hecho de que esas políticas de memoria de la transición hayan dejado de funcionar y hayan dejado el paso a un período de incertidumbre en el que se enfrentan nuevas empresas —o nuevos empresa- rios— de memoria. La dificultad sentida por algunos historiadores en emplear esta expresión sin más viene de que —y ésta es mi hipótesis— se trata de una noción mucho más valorativa que conceptual. La cuestión de los hechos de mayo no ofrece otra cosa que una ilustración radical de esta idea: el debate sobre su interpretación, su valoración global invita a emitir juicios sobre la naturaleza del conflicto de tres años que partió el país, y en esa búsqueda de la naturaleza de la guerra civil, parece que no hay solución: o se toma partido, o se intenta hacer entrar todas las visiones de la guerra en un «gran contenedor», como lo ha expresado Gabriele Ranzato[23].

Esta calidad principal de la expresión «guerra civil», valorativa más que conceptual necesita ser contemplada en una amplia escala de tiempo ya que la figura de la guerra civil ha sido construida desde los griegos; y aunque sus usos hayan evolucionado, sostendré que ha destacado sobre todo por su fun- ción política. Esto no nos impedirá buscar una característica definitoria de las guerras internas, esfuerzo que nos llevará a exceder los límites cronológicos de la edad contemporánea. Veremos

incluso que varios aspectos del conflicto de 1936 nos obligan a romper el marco de la contemporaneidad.

II. — LA GUERRA CIVIL, NOCIÓN FUNCIONAL

Buena parte de las definiciones de la guerra civil en la edad contemporánea consideran que se trata de un conflicto interior a un Estado, por oposición a las guerras interestatales y algunas añaden la idea de un conflicto interno a la

[21] Sobre el famoso « pacto de silencio » y los malentendidos generados por la expresión, véase Aguilar, «Presencia y ausencia de la guerra civil y del franquismo en la democracia española».

[22] Véanse P. Sánchez León, «La objetividad como ortodoxia»; J. Izquierdo Martín y P. Sánchez León, *La guerra que nos han contado.*

[23] G. Ranzato, «Un evento antico e un nuovo oggetto di riflessione».

nación o combinan las dos cosas a partir de la realidad de los Estados naciona- les[24]. Sin embargo, no deja de plantear serios problemas porque la historia está repleta de ejemplos de guerras civiles contemporáneas al período de invención o consolidación de los Estados nacionales: las guerras de Vendée, las guerras del siglo XIX latinoamericano, o anteriores al fenómeno, como las guerras de reli- gión del siglo XVI. ¿Cómo el Estado puede ser el marco en el interior del cual se da la guerra civil cuando se está definiendo al mismo tiempo que se desarrolla la guerra? ¿Cómo además pasar sobre las profundas diferencias entre épocas segunda razón, más importante a mi modo de ver es que el Estado es mucho más que un simple marco de las guerras civiles. En el caso español de 1936, el Estado republicano es también objeto de la guerra o lo que está en juego; nos encontramos rápidamente con dos Estados que luchan en el mismo territorio y en el bando republicano, la reconstrucción del Estado es un objetivo y al mismo tiempo una parte de políticas más amplias, que tocan la cuestión general de las relaciones sociales: ¿qué Estado?, pero sobre todo ¿qué sociedad? Si las institu- ciones estatales son buena parte de la cuestión que se dirime, no son la única: la *civitas* contenida en el término «civil» es aún más decisiva ya que la guerra va mucho más allá del control del poder central, como lo demuestra el carácter encarnizado del conflicto en los pueblos, los aspectos religiosos del conflicto o el compromiso radical de muchos individuos. Reducir todos estos aspectos a la ruptura del monopolio de la violencia legítima del Estado conduce a reducir la operación de exclusión del enemigo a su formalización jurídica o peor, en hacer revivir el mito hobbesiano de Behemoth: la alternativa al Estado sería el estado de naturaleza[25].

Ello nos obliga a considerar este mito o más precisamente sus condiciones de nacimiento: historiadores alemanes como Reinhard Koselleck o Roman Schnur han mostrado que el término «guerra civil» fue uno de los conceptos fundamentales de los tiempos de las guerras de religión[26]. Se barajaban muchos términos, como revuelta, insurrección, rebelión, división, guerra intestina, pero también el de guerra civil, que otorgaban al enfrentamiento religioso una exis- tencia jurídica. Según

Schnur, la literatura sobre la guerra civil durante los siglos XVI y XVII, de Jean Bodin a Hobbes, pasando por Grocio y muchos autores meno- res construye la figura de la guerra civil como contrapunto de la afirmación del Estado moderno, en Francia, Inglaterra y los países alemanes.

Koselleck explica que durante el siglo XVI, la legitimidad de la guerra civil, aunque confesional, se basaba en las formas jurídicas del poder en el espacio germánico, es decir, en la capacidad de cada instancia de poder (*Stande*) para oponer una resistencia a agresiones exteriores o superiores, como lo reivindi- caban las provincias unidas. Se remitía al *bellum civile* de los romanos, a un

[24] Véase D. Nicolaïdis, «Guerre civile et État-nation».

[25] Puede ser incluso que el problema no esté en Hobbes sino en la sustitución de nuestra concepción contemporánea del Estado a la de su época, es decir en nuestra manera de entender su *Leviathan*.

[26] R. Koselleck, *Le futur passé*; R. Schnur, *Rivoluzione e guerra civile*.

conflicto entre iguales jurídicamente hablando, que a partir de títulos jurídicos exclusivos unos de otros, hacían de todo enemigo un insurreccional fuera de la ley. A partir del momento en que el Estado absorbió todos esos títulos jurí- dicos que legitimaban un combate en defensa de cierta autonomía (política o confesional), se erigió como antónimo de la guerra civil, suprimió el *bellum intestinum* monopolizando el derecho a la violencia hacia el exterior y hacia el interior de las fronteras.

Asistimos entonces en la edad moderna a un cambio de valorización de la guerra civil, que rompe con la idea de legitimidad vinculada con el *bellum civile* (por oposición al *bellum servile*) y construye la figura a la que Hobbes daría nombre propio. La descripción de la guerra civil como el mal absoluto, negación de toda sociedad política, disolución de las solidaridades tradicionales (entre las cuales la familia), desencadenamiento de las pasiones egoístas y perversión del cuerpo social —visión que encontramos en la transición a la democracia en España— resultó de una ofensiva propagandística por un tercer partido durante las guerras de religión en Francia, como lo mostró Olivier Christin en *La paix de religion*[27]. Se trata de unos teólogos, juristas y guerreros que se niegan a adherir a la propaganda de ambos bandos, católicos y protestantes que tratan de justifi- car por todos los medios la guerra confesional. Afirman que la guerra civil sólo lleva al resultado contrario del que persiguen unos y otros y que invocan como «causa justa» de su violencia. Dan la vuelta a los argumentos de los cruzados de ambos bandos diciendo que la religión sólo sirve como pretexto de apetitos egoístas y sediciosos, y que se trata de una guerra fratricida entre cristianos que sólo puede expandir la impiedad e incluso el ateismo. Christin subraya que en esas luchas propagandísticas, lo que está en juego es también la capacidad del rey para fijar el límite público/privado en los motivos del ejercicio de la violen- cia y quitar a los nobles una parte de sus justificaciones personales, problema de límite que se encuentra en muchos casos de guerra civil, tratándose de institu- cionar la vida colectiva.

A partir de finales del siglo XVIII, la revolución cambia el panorama y la valo- rización de la guerra civil. Schnur ha demostrado que se operó una sustitución de palabras: a partir del momento en que cambió el sentido de revolución (que antes remitía a la sucesión cíclica de formas constitucionales, el *politeion anakyklosis*) hacia la idea de un cambio definitivo y expansivo de las relacio- nes político sociales, unos mismos hechos pasaron de llamarse guerra civil a llamarse revolución, es decir que la mirada cambió, la valoración fue inversa y habilitó una legitimación del conflicto interno durante todo el siglo XIX y buena parte del XX: cuando se consideraba que la revolución no había terminado su obra, era posible perseguir una «guerra civil mundial» o una «revolución mun- dial permanente» contra todos los tiranos del Antiguo Régimen.

Esto dio lugar a dos tradiciones en Francia por ejemplo, la de la revolución que había que terminar y la de las denuncias del guerracivilismo por parte de la gente de orden, guerracivilismo cuyo origen se situaba, según las opciones en

[27] O. Christin, *La paix de religion*.

1789 o en 1793. Jean Claude Caron ha demostrado en su reciente *Frères de sang*, cómo la figura de la guerra civil o su mito, fue pintada después de cada episodio político violento, con discursos que remitían a la historia y convocaban varias tradiciones o sistemas de referencias, la de historia romana, la de las guerras de religión y la de la revolución francesa[28]. Lo que estaba en juego según este historiador, era la construcción del Estado-nación. Se trataba de decir lo que era lo político, de separar las formas legítimas (prensa, sufragio) de la política de la calle, promoviendo el ciudadano elector contra el ciudadano combatiente, transformado en bárbaro. Varios discursos de orden podían incluso competir, discursos de derecha o de izquierda republicana según se trataba de integrar de manera restringida o amplia. Las diferentes conceptualizaciones de la gue- rra civil definían en realidad diversos contenidos del orden público. La misma demostración se podría hacer para el siglo XIX español, donde la denuncia de los desórdenes como culpables de fomentar o prolongar la guerra civil y la defensa del orden público sirve al mismo objetivo de definición del orden político legí- timo. Una y otra noción, «guerra civil» y «orden público», son funcionales más que conceptuales: su contenido no está fijo, varios discursos pueden esgrimirlas, son dos figuras que sirven una en negativo, otra en positivo, para normalizar lo político[29].

Pero al mismo tiempo, se trataba de definir la nación, es decir, al decidir qué tipo de ciudadanía era la legítima, de oponer la comunidad nacional «real» a sus enemigos, a los que se excluía del nosotros nacional, de la misma manera que los propagandistas franceses del siglo XVI daban la vuelta al argumentos de los cruzados protestantes y católicos al contraponer la cristiandad (la comunidad de los creyentes) a las políticas que amenazaban con destruirla. Entre la época moderna, de las guerras civiles confesionales y la contemporánea de las gue- rras civiles interiores a naciones, hay dos elementos comunes: en ambos casos, lo que está en juego, primero, es la definición de una comunidad imaginaria, la de los creyentes o la de los nacionales y luego, es su institucionalización, es decir la forma de poder político o la forma de Estado que se pretende promover para la comunidad en cuestión. La

guerra civil sería entonces una crisis en el seno de una comunidad imaginaria que se expresa por una lucha a muerte entre instituciones políticas y formas de poder que pretenden encarnar la comuni- dad originaria, lucha que deja lugar luego a la utilización del recuerdo de la guerra, calificada de civil, para consolidar un tipo de poder estatal, un tipo de orden político. Comportaría también una vertiente de oposición entre narra-

[28] J.-C. Caron, *Frères de sang*.

[29] La idea del carácter funcional, que no conceptual (de contenido variable en función de un orden político y sobre todo de un uso político) de la noción de orden público, que extiendo a la de guerra civil, está sacada de Isabelle Pélieu, *Essai de réflexion sur la notion d'ordre public*, DEA de derecho público fundamental, Universidad de Toulouse III, 2000. El hecho de que esta reflexión se de en el campo jurídico no es ningún azar: la concepción del lenguaje en uso en este campo toma en consideración desde mucho más tiempo su performatividad, lo que no hace sistemáticamente la historia de los conceptos aunque se tome en consideración la intencionalidad de su uso, en la línea de Skinner.

ciones acerca del pasado, desde la identificación y la retroproyección de un ideal de comunidad originaria, hasta la resolución del conflicto gracias a la victoria regeneradora del Bien; debiendo considerarse esas narraciones como primeros pasos para la institución de las comunidades en proceso de formación.

Esta definición a partir de la idea de comunidad imaginaria, tomada de Bene- dict Anderson, si la aplicamos a la polifacética guerra de 1936, permite integrar tanto los aspectos religiosos del conflicto como los discursos de la guerra de liberación nacional de unos y otros[30]. Permite integrar tanto la construcción institucional ocurrida en ambos campos como el fanatismo de individuos para quienes la recomposición de la identidad colectiva gracias a la guerra es vital para su propia identidad personal —lo que Pablo Sanchez León y Jesús Izquierdo Martín han llamado, después de Pizzorno, «política absoluta»; el cual Pizzorno reflexionaba sobre las guerras de religión.

Una de las propiedades de la comunidad imaginaria es su naturalización por parte de los sujetos que la integran: la proyección retrospectiva de la ruptura en el interior de la comunidad imaginaria lleva a hacer uso de metáforas que significan la lucha contra natura, y en particular, la metáfora de guerra en la familia, de la guerra fratricida[31]. Según Anderson, la nación «es una fraternidad que, desde hace dos siglos, ha hecho que tantos millones de gentes han sido dispuestos, no tanto a matar, sino a morir por productos tan limitados de la imaginación». En su disertación sobre la guerra civil en la Grecia antigua, Nicole Loraux examina las distintas expresiones que remiten a la guerra civil[32]. La más antigua es *stasis emphylos*, que vincula la metáfora familial a la preocupación por remediar o evitar la guerra civil. La comunidad de partida es pensada como comunidad natural. Pero subraya al mismo tiempo en todo su artículo la ambi- valencia de las expresiones que han podido significar guerra civil: por un lado, contienen una condena de esos acontecimientos, por otro pueden remitir a la purificación necesaria de la comunidad, a una retórica de la expulsión de los ele- mentos extranjeros o de una enfermedad, dos valoraciones opuestas que están presentes luego en todas las guerras civiles, según nos

situamos en el momento de movilización contra el enemigo o en el de consolidación del orden y lamento sobre la guerra entre hermanos.

III. — CONCLUSIÓN: «GUERRAS INDOMABLES», ¿PARA QUIÉN?

Con la «guerra civil», estamos frente a un concepto que no funciona de manera aislada sino como elemento de una pareja fundamental de orden y des- orden. Los significados particulares que puede tener en distintos contextos y

[30] B. Anderson, *L'imaginaire national*.

[31] Sobre las vías de naturalización de los aspectos institucionales de la vida en sociedad y las metáforas que emplean la imagen del cuerpo humano (mano derecha contra mano izquierda) o de la familia, véase M. Douglas, *Comment pensent les institutions*.

[32] N. Loraux, «La guerre dans la famille».

épocas tienen que ver con las peculiaridades de la institucionalidad política de turno, si tiene que ver con el Estado-nación, la ciudadanía o regímenes ante- riores con relaciones diferentes entre la religión y el poder político. Su valor de condena de un desorden absoluto —antiguamente «anarquía», término al que se prefiere actualmente el de «anomia»— y de afirmación de un orden cuya necesidad y cuyas características principales son percibidas como vitales, se puede encontrar, en la historia reciente de España, expresado tanto en el campo franquista como en el republicano —bajo el disfraz de expresiones que niegan al contrario la calidad de enemigo digno y a veces de ser humano — como durante la transición democrática, cuando la «guerra civil» viste el traje de Behemoth. Es preciso recalcar una vez más, a este respeto, la gran plasticidad del término, al significado del cual se pueden agregar los elementos de tradiciones discursivas que las circunstancias exijan, como o hicieron unos y otros entre 1936 y 1939, usando muchas veces las mismas referencias[33].

De ahí la gran dificultad para encontrar un término analítico; de ahí tam-
bién la reiterada confusión entre el objeto y su presentación por los actores, y también su memoria (o las políticas de memoria a su respeto). Su examen es esencial para ver como nacen, se transforman y se consolidan identidades políticas en relación con ordenes políticos, pero también para penetrar en pro- fundidad el tejido de lo social, como lo recuerda el historiador de la Revolución francesa Jean-Clément Martin: «La guerra civil ya no sería entonces abordada como acontecimiento excepcional, sino como “prueba de la verdad”, accidente revelador. Laboratorio único para el estudio de las identidades nacionales, per- mite entrever los materiales del vínculo social en el momento en que éste se desata, se distiende momentáneamente»[34].

En definitiva, el uso de la expresión guerra civil, más allá de su potencial riqueza para el conocimiento—si se la usa para interrogar lo que está en juego en el conflicto— difícilmente se puede separar de todo su valor político y moral, al remitir a una escala del orden y del desorden, del Bien y del Mal. Podría- mos llamar sencillamente los

mismos acontecimientos «guerras políticas»—con la condición de no restringir lo político a las luchas para el poder estatal. En efecto, no se caracterizan tanto por su carácter «interior»: todas han conocido intervenciones extranjeras que intentaban apoyar una u otra opción política. Se podrían definir de manera negativa como guerras no forzosamente territoriales o guerras que no son entre comunidades políticas homogéneas. Esta solución permitiría quizás avanzar en los debates sobre lo que se ha dado en llamar últi- mamente «la guerra de treinta años» que une las dos guerras mundiales del siglo XX[35].

Hablar de guerras civiles depende mucho de qué comunidad originaria de

referencia se considere o se proyecte hacia el pasado. El ejemplo de la guerra civil europea, o guerra de treinta años, está ahí para instruirnos: esta denomi-

[33] Es lo que ha mostrado X.M. Núñez Seixas, *¡Fuera el invasor!*

[34] J.-C. Martin, La guerre civile entre histoire et mémoire, p. 113.

[35] Sobre este particular, véase E. Traverso, *A feu et à sang*.

nación que se puede ver como una moda, tiene que ver con la construcción de una comunidad imaginaria que ya no es la nación sino «Europa» y este enfoque sobre las guerras mundiales se desarrolla precisamente al mismo tiempo que la naturalización de «Europa» como objeto de historia, su proyección reiterada en un pasado lejano, al igual de lo que se hizo con la nación desde principios del siglo XIX —véase la cantidad de cursos sobre «historia de Europa» en las facul- tades de historia y la organización por la Unión Europea de las cátedras Jean Monnet de historia de Europa[36].

La guerra civil es una guerra política y su figura sirve para edificar un orden político: entre la primera guerra mundial y los años treinta, fue utilizada para edificar regímenes totalitarios y corporativistas —como lo demuestra Pier Paolo Portinaro a propósito de la relación entre la obra de Carl Schmitt y el régimen hitleriano[37]. En España, se fundó sobre la guerra civil un Estado dura- dero, el Estado franquista. Pero luego, sobre la figura de la guerra civil y en un contexto de violencia política relacionado con la forma que debían tener las instituciones, se edificó otro Estado, el de la democracia actual: un Estado democrático pluralista y social, parangonable con los que se edificaron después de la segunda guerra mundial otros países, para exorcizar los fantasmas de la guerra civil europea[38].

Los fundamentos morales de muchas de las actuales democracias europeas tienen que ver con el sentido atribuido a conflictos percibidos en uno y otro grado como guerras civiles, rupturas esenciales, absolutas, en las comunidades, lo que confiere un carácter de gran sensibilidad a todos los debates sobre la memoria. Este valor fundacional está muy presente, por ejemplo, en la expre- sión «deber de memoria», que naturaliza las operaciones de política de memoria al mismo tiempo que se erige un imperativo categórico válido para cualquier individuo y en cierta medida incuestionable, so pena de descalificación moral.

[36] Sobre la relación entre la institucionalización de la historia como disciplina y la afirmación nacional, véase B. Anderson, *L'imaginaire national* y A.M. Thiesse, *La formation des identités nationales*.

[37] En el prólogo de libro de R. Schnur, *Rivoluzione e guerra civile.*

[38] Es de notar a este respecto que el abuso de la retórica del orden y del desorden, y en particular de la expresión de «orden público» por la dictadura franquista fue una de las razones de la proscripción de esta última expresión en los textos constitucionales de la monarquía parlamentaria, en los cuales se habla de «seguridad ciudadana».

¿CUCHILLOS AFILADOS?

de violencias, guerra civil y culturas bélicas en la España del primer siglo XX

José Luis Ledesma Vera
Universidad de Zaragoza

Caracteriza a las guerras que han tenido por escenario las sociedades contem- poráneas su magnitud destructiva y enorme grado de implicación civil. Uno de los interrogantes que ello genera es si todo fue producto de las transformaciones tecnológicas ligadas a las guerras *totales*, o si se veía alimentado por factores externos arraigados en esas sociedades. El objetivo de estas páginas es tratar de aportar alguna pista de trabajo en torno a esa cuestión a partir del caso de la España del siglo pasado. En particular, el camino aquí propuesto para ello es el de la eventual relación entre guerra civil y violencia política en el primer Nove- cientos. Como esa centuria experimentó una sola y gran contienda fratricida, y ésta fue el mayor escenario de todo tipo de prácticas violentas en la historia española, esto será en buena medida un ejercicio sobre los orígenes, determi- nantes y rescoldos de la guerra iniciada en 1936 y de sus violencias. Pero aspira también a ofrecer algún elemento de reflexión sobre las relaciones entre guerra civil y política en tiempos de paz, o sobre aquellas entre las violencias dentro y fuera de los contextos bélicos.

I. — RAÍCES REMOTAS Y PRÓXIMAS

Es probable que sea ocioso ya recordar la intensidad y trascendencia de las violencias que acompañaron a la contienda de 1936-1939 y a su poco pacífica posguerra. Si ese conflicto pasa por ser *la* guerra civil por excelencia en España y un ejemplo clásico de conflicto fratricida en Europa, y si sigue siendo un
«pasado que no pasa» es en buena medida por lo mismo: por la magnitud y crudeza de las violencias que albergó. Ahora bien, dista de estar resuelto expli- car los orígenes y naturaleza de las mismas. «¿Cómo fue posible tanta crueldad, tanta muerte?» es lo que se planteaba un libro de referencia[1], y es una pregunta que sigue sin estar resuelta. Ese mismo libro añadía que las razones no había que buscarlas en la pretendida propensión al derramamiento de sangre y al cainismo

[1] S. Juliá (coord.) *et alii*, *Víctimas de la guerra civil*, p. 11; F. Espinosa (ed.), *Violencia roja y azul*.

J. Canal y E. González Calleja (eds.) *Guerras civiles. Una clave para entender la Europa de los siglos xix y xx*, Collection de la Casa de Velázquez (130), Madrid, 2012, pp. 89-104.

fratricida de los españoles, y que lo hiciera estaba lejos de ser algo anecdótico o una floritura erudita. Resultaba adecuado refutar esas explicaciones de raigam- bre psico-racial, porque son argumentos que han tenido larga vigencia en las narrativas sobre el pasado ibérico.

No es preciso para ello remontarse a viejas leyendas negras y mitos román- ticos. En pleno siglo xx, se encuentra ese argumentario entre aquellos que contemplaron este país con la mirada del otro, los venidos de fuera. Capítulo especial merece la legión de testigos extranjeros que acudieron a la península ibérica al fragor de la guerra de 1936. No se trataba únicamente, además, de meros espectadores alejados de lo que sucedía en España, sino que en algu- nos casos sus impresiones y pareceres tuvieron una influencia decisiva en los acontecimientos. Pocos testimonios son tan significativos como un memorando redactado en octubre de 1936 para el Foreign Office británico y las anotaciones que recibió en Londres. El español era, se puede leer ahí, un pueblo «turbulento, difícil de controlar y propenso a la guerra civil», con una historia «volcánica», y cuando se borra su «fino barniz de civilización», caso de 1936, mostraban lo que verdaderamente eran: «una raza sanguinaria» que muestra un aparente placer en «matarse unos a los otros»[2]. Casi tres años después, acabada ya la guerra, otro diplomático británico en España se permitía explicar las violencias de los vence- dores sobre los vencidos considerando que eran «inherentes al carácter español» y que en este país «los asesinatos siguen a los asesinatos, estén o no sancionados por la ley, como la noche sigue al día»[3].

Pero también se hallan sin necesidad de salir del país. El regeneracionismo, el *fin-de-siècle* y las generaciones del 98 y de 1914 desarrollaron versiones no mucho menos cáusticas de ese argumentario, y contemporáneos de la propia Guerra Civil de la talla de Unamuno, Ortega, Azaña, Machado, Serrano Súñer, Marañón, Américo Castro y Sánchez Albornoz se abandonaron a imágenes trágicas sobre la naturaleza guerracivilista de los españoles. No sería su gene- ración la única ni la última. Décadas después, todo un posterior premio Nobel de literatura como Camilo José Cela desplegaba sin rubor la misma

trabazón argumental. En su novela *San Camilo 1936*, de 1969, la violencia y la sangre resultan una presencia obsesiva que lo impregna y determina todo. Más aun, es esa «violencia endémica», insidiosa y turbia lo que parece definir a los españoles, la guerra se presenta como fatídicamente inevitable y todo ello teje la urdimbre de un insondable fatalismo acerca de la suerte trágica y radicalmente fratricida del país y sus habitantes: «aquí —hace decir Cela a uno de sus personajes— está el trozo del planeta por donde cruza errante la sombra de Caín»[4].

Lo primero que hay que decir es, por un lado, que las explicaciones de sesgo psico-sociológico resultan estériles para el análisis histórico y evacuan las responsabilidades en un magma de supuestos caracteres nacionales meta-

[2] The National Archives-Public Record Office [TNA-PRO] (Londres), Foreign Office [FO], leg. 371/20545: «Character of Spanish People» (registro de 29-X-1936).

[3] NA-PRO, FO, leg. 371/24160, fos 259-261 (8-VIII-1939).

[4] C. J. Cela, *San Camilo 1936*, p. 237.

históricos. Y por otro, se impone afirmar que toda interpretación en clave de *diferencialidad* debe ser contemplada con cautelas. No parece que el mejor camino para indagar en los determinantes de la Guerra Civil de 1936-1939 y sus violencias sea bucear en los arcanos de la historia. Sin embargo, eso tampoco implica que no se exploren las particularidades y los *tempos* específicos del caso español. Y, por lo mismo, no tendría que llevar a atender únicamente al corto plazo de una historia *événementielle*. Entre un extremo y otro, parece aconseja- ble prestar atención a una perspectiva amplia que contemple 1936 en el marco de las tradiciones y proyectos políticos de la España del primer tercio del siglo y que tome en consideración cuestiones como la influencia de las experiencias bélicas europeas de las décadas anteriores.

En primer lugar, es necesario subrayar el peculiar lugar que ocupa la Guerra Civil en el panorama de la Europa del primer siglo xx. Es sabido que la espa- ñola no fue la única contienda intra-estatal de ese periodo. Sin embargo, sí fue la única en cuyos orígenes dominan cuestiones de tipo interno. Las guerras civiles finesa y rusa se sitúan en la estela de la I Guerra Mundial, a lo que se añade que en la primera influyó la Revolución rusa y que la segunda nunca habría sido lo que fue sin el apoyo occidental a los ejércitos «blancos». En el caso de la guerra irlandesa, no puede menospreciarse que se alimentaba tam- bién de una lucha contra el ocupante británico. Por su parte, los conflictos que tuvieron lugar en Francia, Italia, Yugoslavia y Grecia germinaron en el marco de la II Guerra Mundial en general, y de la ocupación alemana en particular, y en el caso griego se extendió varios años más en el contexto de los primeros pasos de la Guerra Fría[5].

En segundo término, España arrastraba desde el siglo xix una tradición de

intervenciones armadas en la *res publica* e incluso de guerra civil. No en vano, se ha afirmado que «la guerra civil, abierta o en estado latente, constituyó la espina dorsal del siglo xix español»[6]. En tercer lugar, este país experimentó desde comienzos del XX una creciente conflictividad y una imparable crisis de legitimidad del Estado liberal, y no fue extraño que esa conflictividad alcan- zara manifestaciones violentas de una

amplia gama de formas y actores[7]. Se añaden a todo ello una serie fenómenos propios del primer tercio del Nove- cientos hispano: la reactivación de un violento pretorianismo en el Ejército español desde comienzos de siglo; la recurrente militarización del orden público; la persistencia y reactualización de subculturas políticas con com- ponentes excluyentes; o la existencia de una doble tradición sindical con dos grandes sindicatos que se disputaban radicalmente el mercado del trabajo[8]. Y por último, todo ello se traducía en la ausencia de una verdadera tradición de respeto a las normas y mecanismos del sistema político parlamentario, y

[5] M. Mazower, *La Europa negra*, pasim; E. González Calleja, «Brutalización de la política»; S. N. Kalyvas (ed.), *Dynamics of Violence*.

[6] J. Canal, «Guerra civil», p. 47.

[7] E. González Calleja, *La razón de la fuerza*; *El máuser y el sufragio*.

[8] *Ibid.*; S. Juliá (dir.), *Violencia política*; J. Casanova (ed.), *Tierra y libertad*.

en una aceptación generalizada del uso de la violencia como instrumento de competencia política, de acceso al control del Estado y de lucha por la confi- guración del orden social[9].

De hecho, esas hipótesis han dado lugar a sugerentes formulaciones. Para un autor como Ucelay-Da Cal, la España de las primeras décadas del Novecientos se caracterizaba por la ausencia de una «cultura cívica», a la manera como se definiera en la politología norteamericana de los años sesenta. Según este autor, no existía en el solar ibérico una tradición liberal-parlamentaria, un mínimo consenso institucional ni una «lealtad sistémica». Antes al contrario, lo que aparece aquí sería una diversidad de lealtades opuestas y a menudo excluyen- tes; una tendencia a concebir la contienda política en términos absolutos y con categorías maniqueas —del tipo «amigos» o «enemigos»—; y, en suma, una cultura política que era «resultado de una cadena sostenida de guerras civi- les que habían perfilado actitudes cívicas, posturas religiosas e intolerancias mutuas»[10].

Mientras tanto, otros autores plantean la existencia en España de una «cultura
de guerra», de guerra civil, que podría rastrearse desde la Guerra de Indepen- dencia y las guerras carlistas[11]. Pero es sobre todo en el primer tramo del siglo xx cuando sería identificable esa cultura bélica como «uno de los marcos defi- nitorios de la política española a lo largo de la época contemporánea»[12]. Son varios los elementos que la definirían. Por de pronto, estaría determinada por la experiencia europea de la I Guerra Mundial y de los conflictos armados que le siguieron, algunos de ellos de tipo intra-estatal; de hecho, podría conside- rarse como la traducción ibérica de las culturas de guerra presentes en la Europa salida de la Gran Guerra. Eso sí, no todo vendría de experiencias ajenas. España no había participado en esa conflagración mundial, pero no fue precisamente una Arcadia pacífica. Y se escucharon ruidos de sables, que hasta en tres ocasio- nes se plasmaron en golpes de estado militares (1923, 1932, 1936). Se oyeron disparos e intervinieron grupos armados y fuerzas militares en conspiraciones como la de 1930, en las insurrecciones libertarias del primer bienio republicano y en la

revolución de octubre de 1934 y su implacable represión. En realidad, España se habría visto inmersa en un casi ininterrumpido ciclo bélico desde la guerra de Cuba hasta la guerrilla antifranquista y la intervención armada en Rusia en los años cuarenta del siglo xx, pasando por las campañas armadas en Marruecos entre 1909 y 1927 y por la Guerra Civil[13]. Esta última sería un antes y un después en esas tradiciones bélicas. Pero la desconfianza hacia los meca- nismos parlamentarios, la extensión de ideologías y lenguajes de lo sublime, la para-militarización y «brutalización» de la política y el recurso a la violencia como estrategia colectiva vendrían de atrás.

[9] E. Ucelay-Da Cal, «Buscando el levantamiento».
[10] *Ibid.*, p. 54; *id*. «Tristes tópicos».
[11] P. Oliver Olmo, *La pena de muerte*, pp. 42 y 44. [12] E. González Calleja, «La cultura de guerra». [13] *Ibid.*

II. — COMPARACIONES E INTERROGANTES

Por tanto, sin sumergirse en las profundidades del código genético, otras raíces menos remotas ayudan a dar cuenta de lo que ocurrió en la España de 1936. Ahora bien, indagar en esas raíces no debe suponer buscar sólo las par- ticularidades del caso español. La comparación con la experiencia europea del periodo de entreguerras presenta no solo diferencias, sino también similitudes. Que la piel de toro fuera un buen caldo de cultivo para lealtades excluyentes,
«levantamientos plebiscitarios» y políticas violentas puede interpretarse como el resultado de una cultura más o menos guerracivilista. Pero cabría también leerlo, sin obligada contradicción con lo anterior, como el mero semblante español de ese fenómeno más amplio que fue la profunda crisis que azotó a la Europa de 1914-1945.

Esa crisis, que no fue solo económica y social, sino también política y de legiti- midad, implicó el auge de discursos, ideologías y prácticas de violencia, así como lo que Charles S. Maier llamó hace tiempo corporativización de las sociedades y economías europeas. Como resultado de esa crisis, recorrían Europa un pro- fundo cuestionamiento de las formas parlamentarias de la democracia liberal y, a cambio, la fe en proyectos de organización social y modos políticos alternati- vos. Bajo la sombra de la Gran Guerra, las décadas posteriores presenciaron el florecimiento de imaginarios de la violencia alimentados por la experiencia y *pathos* de la muerte masiva, y a su vez eso nutrió proyectos sociales y «teologías políticas» radicales que aceptaban la eliminación del otro como medio lícito. Todo ello supuso que las guerras «totales» se convirtieran en un auténtico «cata- lizador» de violencia y que «llev[aran] directamente a un aumento exponencial de la dimensión mortífera» de las prácticas represivas[14]. Pero significó también que en tiempos de paz hubiera transferencias de nociones militares a los lengua- jes políticos, que la política experimentara fenómenos de militarización y que se viviera como una batalla en la que se proponían legitimidades fundaciona- les apoyadas en las armas. De hecho, el conjunto de ese periodo ha podido ser denominado una «guerra civil europea»; una gran

guerra civil bajo cuyo palio lo bélico habría permeado de modo sustancial la política, y en la que todos los conflictos armados adquirieron naturaleza de guerras fratricidas en tanto que guerras totales que afectaban al conjunto de la sociedad. Sería esa guerra civil europea lo que creó un marco fuera del cual las prácticas represivas masivas de la época —incluido el Holocausto— nunca habrían sido posibles[15].

La reciente literatura histórica está desbrozando nuevos caminos en torno a

esas cuestiones, y lo está haciendo en buena a través del empleo de categorías que han generado nuevos debates y vías de investigación. Una de ellas es la de *brutalización*. George L. Mosse designaba con ella el proceso por el cual la expe- riencia de esa «guerra de otro tipo» que había sido el conflicto de 1914-1918 y su mitificación habrían extendido la trivialización y aceptación de la muerte a la

[14] M. Mazower, «Violencia y Estado», p. 159.
[15] E. Traverso, *À feu et à sang*, pp. 82, 150-151.

sociedad y las prácticas políticas de la Alemania de posguerra. De rápida fortuna historiográfica, el término ha servido para describir los cambios que la Gran Guerra operó en su larga posguerra, ha tendido a ligarse al de «barbarización» y ha trascendido el caso alemán para ser aplicado al conjunto de las sociedades de entreguerras[16].

Por su parte, *cultura de guerra* alude a una amalgama de elementos materiales y discursivos «mediante los cuales los individuos dieron sentido a la guerra»[17]y aceptaron una situación de violencia de masa y guerra total. Esa cultura se caracterizaría por «una espectacular imposición del odio hacia el adversario» y por ser no consecuencia de la guerra total, sino su «verdadera matriz»[18]. Pero lo que empezó siendo patentado en Francia, nombrado en singular y referido a la I Guerra Mundial, se ha exportado a otras historiografías, a la posguerra de 1918, a otros contextos bélicos y posbélicos de esas décadas e incluso al con- junto del periodo 1914-1945. De hecho, esa exportación incluye a la España de esos años. No resulta sencillo establecer la filiación inmediata entre los ecos de la Gran Guerra, las modalidades de violencia desplegadas en España y la
«brutalización intensiva de las relaciones políticas y sociales que se dio durante la Guerra Civil»[19]. Pero sería menos arduo encontrar vectores de esa brutaliza- ción, como la experiencia de combate y «deshumanización» del enemigo que portaban consigo los mandos y tropas africanas del bando sublevado en 1936. Y cabría igualmente concluir que, al banalizar el uso de la violencia y familiarizar a la población con la muerte, nuestra conflagración civil habría desempeñado el papel que cupo en otros países a la I Guerra Mundial en la formación de una cultura de guerra y en la barbarización de las relaciones en el seno de la *cité*[20].

Eso sí, ocurre aquí lo que es corriente cuando se transita temas tan vastos, los terrenos de lo cultural y el campo de la comparación: que cada paso adelante genera también nuevas preguntas. Una de ellas tiene que ver con el lugar que ocupa la contienda de 1914-1918 en la «guerra civil europea» de las tres décadas que le siguieron. Ha resultado un enorme avance que la mirada histórica haya sabido ver más allá de la II

Guerra Mundial, que durante la Guerra Fría parecía el comienzo de todo, y devolver así al primer conflicto mundial un papel decisivo en la configuración del siglo xx. Sin embargo, existe ahora el riesgo de sobredimensionar su naturaleza matricial respecto de todo lo que trajo esa centuria. Así, no está exento de debate si el origen de esa «guerra civil europea» y de sus anejos procesos de brutalización de la *res publica* está en la brutal conmoción que supuso esa Gran Guerra y su experiencia cotidiana de la muerte industrial, o si se encuentra también —o acaso sobre todo— en los agudos conflictos socia- les, retos políticos y crisis de legitimidad de los Estados liberales decimonónicos

[16] G. L. Mosse, *De la Grande Guerre, v.gr*. 181-206.

[17] A. Prost y J. Winter, *Penser la Grande Guerre,* p. 218.

[18] S. Audoin-Rouzeau y A. Becker, 14-18. *Retrouver la guerre*, p. 145; Id., «Vers une histoire culturelle», p. 6.

[19] E. González Calleja, «Presentación», p. 80.

[20] E. González Calleja, «La cultura de guerra»; S. Balfour, *Abrazo mortal.*

que trajo consigo el Novecientos. Si nos decantamos por esto último, restaría dar un mayor contenido a una hipótesis tan general, así como definir la posi- ción que ocuparía en ese proceso la vivencia y ecos de la guerra del 14. Si nos inclinamos por lo primero, por su parte, habría que precisar mejor, metáforas al margen, cómo, cuándo y en qué grado las culturas de guerra y la brutalización se extendieron tanto a periodos de paz como a países que no participaron en esa guerra, que es precisamente el caso de España.

Un segundo interrogante se refiere a la posición que ocupa este país respecto al resto de su entorno. Si la experiencia europea no careció desde 1914 de gue- rras, culturas bélicas y violencias de masas, cabría deducir que el caso español no fue tan divergente. La falta de una «cultura cívica» y la presencia de tradiciones enfrentamiento interno serían menos una excepción que un hecho habitual en buena parte del continente. No se trata con ello de blanquear o «normalizar» la historia española, algo imposible habiendo de por medio una guerra civil tan devastadora y una cruel dictadura que llegó hasta los albores del último cuarto del siglo xx. Pero tampoco conviene olvidar que los pasados inmacula- dos no abundan entre los países vecinos. Ni siquiera sería necesario aludir a las matanzas, guerras sangrientas y prácticas genocidas que asolaron la Europa de la primera mitad de esa centuria. Bastaría con evocar el imparable descrédito en que fue cayendo el parlamentarismo liberal a partir de la Gran Guerra. O sería suficiente con recordar el amplio recurso a la violencia que se puede ver en las políticas internas de la mayor parte de los Estados y en los discursos y prácticas de los proyectos políticos, tanto los reaccionarios y fascistas como aquellos que aspiraban a un nuevo orden social de naturaleza revolucionaria. La crisis de legitimidad de la democracia y el «abandono» de la misma, sus «carencias» y límites, la falta de canales reales de participación y mediación o los problemas planteados de cara a la resolución pacífica y normativa de los conflictos no eran una realidad privativa de España[21]. Este argumento no implica minusvalorar el peso que tuvieran esos factores en el caso ibérico. Sin embargo, se hace preciso describir con más instrumentos el grado, elementos y actores

colectivos e insti- tucionales con que todo ello pudo tomar cuerpo al sur de los Pirineos.

Con todo, los mayores interrogantes son los que rodean al uso de categorías

de tipo «cultural». Repensar la historia europea de ese periodo en términos de

«brutalización», «culturas de guerra» y culturas políticas y cívicas ha permi- tido descubrir y explorar todo un conjunto de imprescindibles nuevas vetas de investigación. Ahora bien, una mirada crítica puede descubrir algunos retos pendientes. En casi todas esas categorías, los resultados prácticos del estudio van a la zaga de las discusiones teóricas y no se les ha dado aún suficiente contenido ni aplicaciones empíricas. Las dos primeras citadas privilegian los elementos de

«consentimiento» pasivo de la población hacia lo violento y reifican la experien- cia y causalidad endógenas de la propia guerra al precio de minusvalorar toda lógica conjugada en términos de conflicto. Otras vienen acompañadas de modo implícito de un cierto matiz normativo, algo que ha sido con razón subrayado

[21] M. Mazower, *La Europa negra*, pp. 17-56.

en el caso de la noción de «cultura cívica», que procede de la politología nor- teamericana de mediados del siglo xx[22]. Y a buena parte de ellas les acechan problemas de cierta laxitud conceptual y de indefinición del objeto de estudio y de las categorías empleadas. Sea por la falta de una agenda común, o por care- cer de los útiles heurísticos necesarios, lo cierto es que ha sido más frecuente invocar estas categorías que avanzar en la identificación y evaluación de los mecanismos, interacciones y canales de transmisión específicos de las realidades a las que se refieren. A resultas de ello, por un lado, el sobreuso de tan sugerentes nociones hacen que puedan perder precisión analítica. Y por otro, faltas de un mayor contenido empírico, en ocasiones siguen revestidas de un sentido menos explicativo que descriptivo y metafórico, como el que arrojan términos que les acompañan, entre otros «impregnar» o «contagio».

Todo ello no hace sino reflejar las dificultades generales que parecen inheren-

tes a las perspectivas culturales. Resultaría absurdo minimizar el impacto que ha tenido ese tipo de enfoques en las recientes ciencias sociales y la historiografía. Pero, tras su indudable éxito, subsisten dudas y controversias sobre la multiplici- dad de ópticas sin mutua integración que han generado. De ahí que los estudios sobre lo cultural hayan podido ser valorados como «un tanto amorfos», en con- sonancia con «lo efímero y amorfo de la naturaleza del objeto de estudio», o que se afirme que esa variedad de propuestas amenaza con «ensombrecer más de lo que ilumina»[23]. Entre los retos pendientes está el hecho de que no siempre queda resuelto cómo lo cultural se integra y salva los amplios vacíos del territo- rio social entre estructura y acción. Otro es la posibilidad de que estas categorías se apoyen en última instancia en argumentaciones de tipo circular, por ejemplo sobre la relación cultura-violencia. En ese sentido, resulta necesario avanzar en cómo operan los «recursos» culturales para evitar la asunción «culturalista» de que existen nexos causales entre valores y acción, algo de particular relevancia cuando lo que está en juego es justamente explicar cómo se crean y funcionan esos mismos nexos. Por último, no falta quien vislumbra la amenaza de que los elementos «culturales» puedan acabar

convirtiéndose en una suerte de nuevas últimas determinaciones que se impondrían de modo casi automático y uni- forme y que dejarían escaso espacio a los sujetos y colectivos históricos.

Buena muestra de esas cautelas se pueden ejemplificar con la sugerente categoría de *cultura de guerra*. Surgida en la historiografía francesa sobre la I Guerra Mundial, sus promotores trataban con ella de abarcar todo un conjunto de factores culturales que habrían llevado a la población a aceptar la situación de guerra total y de violencia brutal de la Gran Guerra. Comprendía así cues- tiones como la formación de una opinión pública polarizada, los imaginarios sociales, la diabolización del enemigo, la gestión de la muerte y del duelo y la memoria de la guerra[24]. Sin embargo, el éxito y rápida propagación de esa cate-

[22] S. Verba, «Comparative political culture», p. 513; M. Á. Cabrera, «La investigación histórica».

[23] M. N. Zald, «Cultura, ideología», pp. 369-370; D. McAdam, J. McCarthy y M. N. Zald, «Introducción», p. 27; G. Gendzel, «Political Culture», p. 225.

[24] S. Audoin-Rouzeau y A. Becker, *14-18. Retrouver la guerre*.

goría amenazan con revestirla de cierta laxitud conceptual. Se ha exportado a otros contextos sin quedar antes claro si el concepto original se refiere sólo a la guerra de 1914-1918 o también a otros conflictos, si cubre a uno o a todos los países beligerantes, o si es una realidad unívoca o una amalgama de elementos inconexos. Por lo mismo, se ha generado alguna confusión respecto de la rela- ción de esa cultura de guerra con la propia Gran Guerra que podría dar pie a argumentos de tipo circular: si en ocasiones la primera aparece como «matriz» de la segunda y de sus violencias, en otras es una de las consecuencias que la conflagración mundial legó al periodo de entreguerras.

En segundo lugar, tampoco faltan indicios que matizan el alcance de esa cul- tura bélica incluso en Francia: por ejemplo, la escasa experiencia de violencia interpersonal directa durante la Gran Guerra, o la aparición durante y tras la misma de una amplia «cultura de la paz». En tercer término, la polisemia inhe- rente a estos conceptos se muestra en los distintos significados y alcance que los distintos autores parecen dar a la cultura de guerra. Por un lado, el concepto parecería englobar sobre todo el nivel de las estrategias discursivas y políticas implementadas por las maquinarias estatales y militares para extender a la población la aceptación de la experiencia bélica y de la violencia de masas; es decir, en esos casos es usado en una versión minorada que resulta más precisa pero a la que quizá viene grande el término «cultura» si no se integra todo ello en una perspectiva de más largo plazo y si no se avanza en cómo esas estrategias fueron recibidas, afrontadas y adaptadas por el cuerpo social. En otras oca- siones se emplea una variante del concepto más amplia y por ello mismo más imprecisa. Y en este caso el riesgo es el contrario: el de resultar en cierto modo empobrecedora, en la medida que engloba todas las representaciones y produc- ciones culturales de la guerra y la violencia bajo una única noción homogénea, y que oscurecería así las diferentes lecturas y prácticas del conflicto basadas en líneas de fractura políticas, sociales, de género, etc. Por último, el uso de la cate- goría de cultura de guerra no parece del todo inmune al peligro de generalizarla y aplicarla a toda una

sociedad, sin detenerse a identificar con precisión los actores que la implementan, los proyectos que la sustentan, los sectores sociales donde más enraizaría y los distintos grados en que lo hizo[25].

III. — CULTURAS DE GUERRA Y GUERRA CIVIL

Así las cosas, no se cuestiona aquí la utilidad de la categoría «cultura de guerra». Pero sí se argumenta que conviene determinar con mayor precisión y contenido empírico sus contornos y significado; y que eso es especialmente aconsejable si lo que se trata de interpretar con ella es las violencias desplegadas

[25] A. Prost *et alii*., «Controverses»; A. Prost y J. Winter, *Penser la Grande Guerre*; P. Causarano *et al*. (dirs.), *Le xx^e siècle des guerres*; A. Prost, «Les limites de la brutalisation»; N. Offenstadt, Ph. Olivera. E. Picard y F. Rousseau, «À propos d'une notion»; L. Smith, «The "C*ulture de guerre*"».

durante la Guerra Civil española. Para empezar, convendría antes de nada llegar a un mínimo acuerdo sobre el concepto de cultura bélica utilizado.

Dos son las principales propuestas que parecen poder aplicarse al caso espa- ñol. Por un lado, si se emplea una noción más fiel a la desarrollada por sus promotores franceses, la cultura o culturas de guerra estarían pegadas al propio conflicto armado y procederían de la experiencia de esa guerra y de las estrate- gias ideadas para hacerla tolerable. Ello apunta a un rico campo de estudio que ha dado excelentes primeros frutos y que sigue sendas como la construcción cultural del enfrentamiento en términos maniqueos, la elaboración discursiva y política del enemigo o la gestión de la muerte a través de ritos de duelo y exaltación de los «caídos»[26]. Resulta evidente la utilidad de esas cuestiones para el estudio de la Guerra Civil en general, y para el de las violencias en las reta- guardias. Eso es cierto en el caso de las violencias que tuvieron lugar a partir del otoño de 1936 y luego durante la larga posguerra, a medida que se fueron construyendo, nutriendo y asentando esos discursos, ritos y estereotipos. Ahora bien, lo es menos para las prácticas represivas que acompañaron a la contienda durante sus primeros tres meses. Y eso no resulta un detalle menor habida cuenta de que es esa primera etapa cuando la violencia fue más intensa y la que acapara alrededor de la mitad de las víctimas ejecutadas durante toda la guerra. Si fue la experiencia de ésta la que generó o nutrió la cultura bélica y su aneja brutalización, entonces la violencia que apareció desde el primer día no podría ser explicada a partir de ellas, a menos que incurriéramos en los citados argu- mentos circulares o que supusiéramos que esos elementos «de cultura» podían haber surgido e «impregnado» el país de un día para el otro.

La otra propuesta sería la que apunta a la falta de una cultura cívica y a la existencia de una tradición guerracivilista en la política española. En tal caso, estaríamos hablando de una cultura de guerra fratricida en un sentido amplio y anclada en el medio y largo plazo. Por lo tanto, esa cultura y la brutalización de las prácticas políticas resultarían anteriores al conflicto de 1936-1939 y serían incluso una causa de la propia

contienda y un determinante fundamental de sus violencias. Es indudable que, conjugada en singular, esa tradición cultural y política en su conjunto alimentó las condiciones de posibilidad de estrategias extra-parlamentarias y prácticas violentas. Y no lo es menos que, nombrada en plural, se basaba en específicas subculturas políticas de tipo excluyente, y que éstas fueron construyendo los conflictos, identidades, «enemigos» y justi- ficaciones que habrían de nutrir, guiar y hacer comprensibles las violencias de 1936. Aunque los ejemplos podrían ser varios, ninguno tan ilustrativo como el anticlericalismo. Desde un siglo atrás, ese movimiento fraguó una de las iden- tidades y subculturas más nítidas y arraigadas del panorama político hispano; más aun, resultaba con seguridad la más poderosa y compartida en las familias de la izquierda obrera y republicana a la altura de los años 1930. Cuando estalló la guerra en julio de 1936, eso tuvo terribles consecuencias para el clero.

[26] F. Sevillano, *Rojos*; X. M. Núñez Seixas, *¡Fuera el invasor!*; H. García, «Relatos para una guerra».

En la situación inédita y confusa de ese primer verano, la violencia de quienes se opusieron a la sublevación tuvo varios blancos. Pero de todos ellos, el más fácilmente identificable era la Iglesia, que llevaba décadas «construida» por el anticlericalismo como el enemigo por antonomasia. De ahí que, a pesar de su escasa implicación directa en la sublevación o de su nulo valor militar, el clero fuera el primer objetivo y el más ferozmente perseguido durante las primeras semanas de la guerra[27].

Sin embargo, también en el caso de tales culturas violentas hay que integrar otros vectores de análisis y detenerse en otras cuestiones. Algunas de éstas son generales, como la ya apuntada necesidad de definir mejor la extensión de la brutalización social y política a un país que no había pasado por la experien- cia de la Gran Guerra, o como la duda sobre si se puede equiparar de modo automático una cultura de guerra interestatal y otra de guerra *civil*. Se suman a ellas otras más concretas. Por un lado, está lo que falta por avanzar a la hora de perfilar los orígenes, construcción, instrumentos, actores y adaptaciones de esas tradiciones e identidades violentas, máxime si queremos evitar que devengan en una suerte de inasible última determinación causal. Por otro, esas culturas excluyentes definen las condiciones de posibilidad de las prácticas represivas, pero son insuficientes de cara a explicar su concreto desencadenamiento, activa- ción, tipología y ritmos. De este modo, no aportan pistas sobre la muy desigual y concreta distribución cronológica y geográfica —regional e incluso local— de las violencias que albergaron las retaguardias. Por otra parte, se hace preciso considerar una distinción analítica fundamental que apunta la actual ciencia política al estudiar este tipo de conflictos: que las causas de las guerras civiles no tienen por qué ser, y de hecho no suelen serlo, las mismas que las de la violencia que se desencadena en su seno[28].

Y por último, conviene estar siempre alerta ante el riesgo de que esas cate-

gorías puedan dar pie a miradas *ex post facto* que ven periodos pasados desde el prisma de lo ocurrido después. Concebida sin las adecuadas cautelas y más como una realidad dada que como un proceso que

demostrar, la hipótesis sobre la existencia de una cultura guerracivilista podría conducir a proyectar hacia atrás el resultado efectivo, pero en absoluto inevitable, que fue la Guerra Civil de 1936-1939. Cabría así la posibilidad de que ocurriera, en un más largo plazo, lo que en las imágenes más comunes sobre la Segunda República y su última primavera: que la larga sombra de esa guerra haga que, al mirar hacia atrás, tienda a encontrarse únicamente aquello que pudiera prefigurar el conflicto bélico y sus violencias. Lo hizo la historiografía clásica sobre los años treinta, cuando describía el octubre de 1934 en tanto que «prólogo» y «primeros disparos» de la posterior guerra, o al ver la primavera de 1936 como «preludio» y «pistole- tazo de salida» de una «guerra civil salvaje» o como marcha imparable «por la pendiente de la violencia». Pero lo hace también en cierto modo parte de la lite- ratura histórica más reciente al insistir en el carácter «inevitable» de la guerra o

[27] J. L. Ledesma, «Delenda est Ecclesia».
[28] S. N. Kalyvas, *The Logic of Violence*.

cuando se define los años 1933-1936 como una «marcha hacia el abismo» o con una expresión tan significativa como «afilando los cuchillos»[29].

Esas eventuales operaciones, conscientes o no, tienen importantes repercu- siones. Hacen que se atienda menos a aquello que pudiera matizar el lienzo de la polarización y que no se ajuste al esquema del descenso hacia los infiernos bélicos. Y, de modo particular, inducen a soslayar lo que indicara estrategias moderadas, señales de convivencia, frenos en la precipitación hacia la lucha o falta de homogeneidad dentro de los supuestos dos grandes «bloques». Y tales señales o frenos había. Existían en el corto plazo, como el hecho de que la acción colectiva y violenta había alcanzado ya su pleamar y estaba desde mayo en reflujo en algunos frentes como el anticlericalismo y las invasiones de fin- cas, y desde bastante antes en el insurreccionalismo ácrata y en regiones como Cataluña y Aragón. Y los había en el más largo plazo, como la consolidación en España desde tiempo atrás, al menos en la izquierda del arco político, de una cultura punitiva abolicionista contraria a la pena de muerte[30]. En ese sentido, y aunque sea adentrarse en el territorio de los futuribles, quizá no sea ocioso preguntarnos si veríamos tantos signos de guerracivilismo en los años y décadas anteriores a 1936 si la Guerra Civil no hubiera sido como fue o si finalmente no hubiera estallado.

Porque lo que establece la diferencia entre España y otros países en lo referido
a la violencia es la propia existencia y acritud de esa guerra. La vida política y social de este país no sólo estaba marcada desde principios del siglo xx por un creciente descrédito de la política parlamentaria y del Estado liberal y por la aceptación de vías políticas extra-parlamentarias y armadas. Estaba además cada vez más cargada de una compleja conflictividad multisectorial vinculada no sólo a la lucha político-ideológica sino también a distintos terrenos sociales, laborales y simbólicos, y que se manifestaba a menudo en forma de episodios violentos. Y si eso vale en general para ese primer tramo del siglo pasado, es aun más válido referido en concreto a la Segunda República. La

profusión de mitos y leyendas negras sobre ese periodo hace que sea todavía necesario subrayar que no fue un mero escenario de caos y terror ni había conspiración comunista o guerra revolucionaria en marcha alguna. Eso sí, tampoco se corresponde con la realidad describirlos como el oasis de una democracia amenazada sólo por el asedio de la derecha. Durante el quinquenio republicano, confluyeron una serie de circunstancias desestabilizadoras: una movilización social y política sin precedentes; el apresurado acceso de las masas a la política nacional y local; una penosa coyuntura económica que ponía palos en las ruedas de las políticas reformistas; unas enormes expectativas que con frecuencia se vieron frustra- das por las coyuntura política… Y ahí estaban también una serie de herencias no resueltas, como la gestión del orden público bajo premisas castrenses y su naturaleza más punitiva que preventiva, y nuevas realidades como la induda-

[29] Esa expresión, en P. Anderson, *The Francoist Military Trials*, pp. 28-34. Sobre todo ello, J. L. Ledesma, «De prólogo a espacio».

[30] R. Cruz, *En el nombre del pueblo*; P. Oliver Olmo, *La pena de muerte*.

ble paramilitarización de la política y la movilización antirrevolucionaria de carácter «cívico». Todo ello se unió para que la conflictividad se tradujera más a menudo que antes en prácticas violentas y para que éstas se convirtieran en un recurso frecuente en la contienda política. Podremos suscribir o no que la Repú- blica fue «una época de violencia» y que ésta tuvo un peso decisivo en el proceso que condujo a la Guerra Civil. Pero lo que en todo caso parece cierto es que esas violencias y las retóricas bélicas que les acompañaban minaron la estabilidad del régimen republicano y reflejaban un «déficit democrático» y un arraigo de culturas políticas agresivas a diestra y siniestra del arco parlamentario; que una eventual salida armada se fue perfilando como uno de los escenarios posibles que se dibujaban en el horizonte; y que algunas de las prácticas represivas que extendería la guerra contaban, aunque a mucho menor escala, con antecedentes, repertorios e incluso teorizaciones desarrollados durante los años anteriores[31].

Ahora bien, que fuera uno de los escenarios posibles no significa que fuera

el único, ni tampoco que resultara inevitable una tal salida armada y menos todavía una terrorífica guerra civil de casi mil días. Como se ha escrito en alguna ocasión, todo era posible hasta la tarde de un 17 de julio de 1936, incluida la paz. La orgía de sangre iniciada ese mes no se habría producido nunca sin la sublevación militar de ese día y sin su conversión en guerra civil. Por lo mismo, la violencia no fue la causa, sino más bien la consecuencia más inmediata del inicio de esa guerra. Y ésta fue mucho menos la continuación o la consecuencia de las prácticas violentas de los periodos anteriores que una ruptura radical con ellas. Una ruptura, por supuesto, de tipo cuantitativo. Las dimensiones de las violencias de los años anteriores a la guerra resultan minúsculas en relación con lo que trajo consigo el conflicto fratricida. Numerosos fueron los días durante las primeras semanas del conflicto que superaron de largo las 351 muertes vio- lentas que se estima produjeron las diferentes formas de violencia socio-política durante toda la etapa de gobiernos del Frente Popular[32].

Pero ruptura, también, de tipo cualitativo. Una cosa eran disturbios, huelgas, ocupaciones ilegales de fincas, actuaciones arbitrarias e incluso varias dece- nas de atentados, por muy grave que esa situación fuera, y otra muy distinta la carnicería que inauguraron la sublevación y la guerra.

Una prueba de ello es, entre otras, que no existe una correlación significativa entre las áreas que habían contado con más episodios violentos durante la Segunda República y aquéllas que ya en plena guerra registraron mayores intensidades represivas. El venda- val bélico se llevó por delante todo aquello que podría apuntar en direcciones menos radicales, con lo que se enterró por ejemplo la cultura abolicionista y la pena capital se hipertrofió hasta trascender el ámbito punitivo para entrar a for- mar parte central de los repertorios de acciones de guerra y represión política[33].

[31] E. González Calleja, «La dialéctica de las pistolas» y «Experiencia en combate»; P. Preston, «I teorici dello sterminio»; F. del Rey, «Reflexiones sobre la violencia» (citas en pp. 18, 29 y 85); G. Ranzato, «El peso de la violencia».

[32] E. González Calleja, «La necro-lógica de la violencia».

[33] P. Oliver Olmo, *La pena de muerte*, pp. 125-126.

El golpe de Estado y el inicio de la lucha cambiaron sustancialmente las estrate- gias, mecanismos, formas y funciones de la violencia, y el abanico de actores y víctimas de la misma se extendió a vastos sectores de la población hasta enton- ces no afectados de modo directo por ella. Lo que hasta el 17 de julio fuera arma de los sectores más comprometidos en las luchas partidarias y sociales mudó tras ese día en instrumento al alcance de cualquiera; de *ultima* pasó a omnipre- sente *prima ratio* de las relaciones políticas. Como demuestran los estudiosos de otras ciencias sociales, todo contexto bélico inaugura escenarios y lógicas que difieren radicalmente de las situaciones de paz. Lógicas que no siempre siguen las grandes causas de la contienda, por cuanto se nutren también de dinámicas de tipo «endógeno» como las represalias, el control militar de los territorios y los móviles privados. Y escenarios que multiplican exponencialmente la presen- cia de la muerte, porque tienen siempre como denominador común lo que ya viera Tucídides hace 24 siglos: ser el reino de la violencia[34].

Entonces sí. Lo que hasta entonces había sido uno de los escenarios posibles

se materializó en forma de dramática realidad. La lucha a muerte abierta por la sublevación activó y sirvió de catalizador de las más sangrientas tendencias anteriores. Y las dinámicas políticas, sociales y psicológicas que definen a toda contienda fratricida —polarización de las identidades, espirales de miedo-odio, privatización de la violencia, etc.— les ofrecieron el terreno mejor abonado para su crecimiento y proliferación. El déficit democrático de los actores políticos y sociales, la tradición insurreccional, la paramilitarización de las fuerzas políti- cas, la presencia de identidades maniqueas, los odios y miedos nacidos de los conflictos previos, el pretorianismo agresivo del Ejército, las retóricas bélicas y de exclusión, la seducción despertada por los modelos políticos totalitarios, la fe en la capacidad regeneradora de la violencia… Todas esas realidades previas, que convivieran hasta entonces con otras de distinto signo, experimentaron un sobredimensionamiento radical y nutrieron y guiaron las violencias que desple- garon ambos bandos contendientes.

Lo sugirió ya en pleno fragor de los combates André Malraux en su novela *L'espoir*: *«la guerre civile s'improvise plus vite que la haine de tous les instants»*[35]. Corrió tanto la sangre, desde el primer día, que la propia guerra no podía ser la única fuente de las violencias. Se manifestaron tantos odios, que no podían haberse improvisado de un día para otro y forzosamente tenían que venir de antes. De hecho, tampoco la propia lucha a muerte ni la revolución desencade- nadas en julio de 1936 eran fáciles de improvisar. Para hacer inteligible y otorgar significados a una situación tan inédita e imprevista, sobre todo al principio de la lucha, hubo que recurrir a los conceptos, identidades e imaginarios exis- tentes en los arsenales lingüísticos y políticos previos. De ahí, por ejemplo, que los militares sublevados reprodujeran en buena medida contra sus conciuda- danos «rojos» la barbarización que habían experimentado en la guerra colonial en Marruecos. O de ahí, asimismo, que el blanco perseguido antes y con más

[34] S. N. Kalyvas, *The Logic of Violence*, pp. 22-23 y *passim*.
[35] A. Malraux, *L'espoir*, p. 114.

fiereza al otro lado de las trincheras fuera el clero, un grupo irrelevante desde un punto de vista militar pero crudamente identificado desde décadas atrás como el enemigo del «pueblo» por antonomasia.

Quizá no sea irrelevante que esa reactualización de litigios y lenguajes fuera particularmente intensa durante las primeras semanas del conflicto, cuando las retaguardias aún no estaban conformadas y antes de que la guerra pudiera lla- marse tal. Lo que se iniciaba el 17 de julio de 1936 no era en puridad todavía una guerra en toda regla. Se trataba, en primera instancia, de un golpe de Estado concebido como una operación quirúrgica de urgencia que nadie creía fuera a durar más allá de unos días o semanas; de una rebelión militar que se servía de la violencia para paralizar de inmediato y ahogar en sangre toda resistencia, y que provocó entre quienes se le opusieron una respuesta también feroz. Acabado ese primer acto en tablas entre finales de julio y principios de agosto, ambos bandos comenzaron a improvisar a lo largo del verano una guerra de columnas que dejó a diestra y siniestra un terrible reguero de muerte en el avance de las mismas y extendió a todo el país un terror que ya no buscaba sólo la parálisis de toda oposición sino también la «limpieza política» de cada territorio. Sería únicamente a partir de octubre de 1936 cuando, estabilizados los frentes e iniciada en Madrid la primera gran batalla, se perfilara ya lo que habría de ser una guerra larga y pronto «total».

Para entonces, ese alargamiento y transformación del conflicto había ido
imponiendo nuevas urgencias endógenas a la propia lucha. Su conversión en guerra duradera dejó claro que la improvisada carrera inicial no era suficiente. Afrontar con garantías esa guerra hacía necesario afrontar retos diferentes, como levantar ejércitos estables, controlar los territorios ganados y movilizar para la guerra todos los recursos humanos y materiales. Y eso pasaba, entre otras cosas, por articular las retaguardias, centralizar el mando político y militar, cui- dar la imagen interna y externa e institucionalizar las prácticas represivas. Por lo mismo, la propia marcha del conflicto fue generando nuevos significados que se superpusieron a aquellos anteriores que se habían

recuperado al principio para darle sentido. Todo ello se combinó para que la inicial violencia represiva fuera ocupando un lugar menos protagonista en la experiencia, estrategias, proyectos y definiciones de las retaguardias. No es así casual que fuera precisamente a par- tir del otoño de 1936 cuando comenzara a enfriarse en los dos bandos el «terror caliente» estival y echaran a andar inequívocos procesos de economización de la violencia.

Ahora bien, eso no acabó con ella lejos de los frentes. La misma «totaliza-
ción» de la guerra y sus urgencias de movilización y control de las retaguardias impusieron erigir aparatos de propaganda y elaborar discursos y relatos este- reotipados. Discursos y relatos que se conjuraban para legitimar y mantener el esfuerzo bélico del bando propio, y que tenían como clave de bóveda la anatemización del contrario y su conversión discursiva en enemigo absoluto. Será siempre arduo evaluar el calado de esas narrativas entre la población y su influencia en las prácticas represivas. Pero los indicios parecen sugerir al menos dos cosas. En primer lugar, que fueron el nutriente principal de lo que podría-

mos denominar, siguiendo la versión más restrictiva del concepto, las culturas de guerra de los dos contendientes. La dureza de la guerra y su continuación durante un total de 30 meses permitió que esas culturas cuajaran, y eso fue espe- cialmente así en la zona franquista gracias a la marcha favorable del conflicto, la univocidad de esos relatos y la puesta al servicio de su difusión de todos los resortes de un Estado totalitario. Y en segundo término, que todo ello legitimó la continuación del castigo sobre el contrario durante el resto de la contienda, sobre todo a medida que se tomaban nuevos territorios, y después durante una larga posguerra.

El primero de abril de 1939, la guerra parecía haber terminado; pero, como se lee en el comunicado de un mando militar andaluz, «la campaña no»[36]. La «campaña» continuó durante muchos años de modo tanto informal como for- mal, con la perpetuación del estado de guerra hasta 1948 (y la lucha contra la guerrilla). Durante no sólo años sino lustros, el Ejército controló todos los resortes del poder político. El rostro más oprobioso de la guerra se mantuvo con la eliminación de, se estima, unos 50.000 «rojos» a manos de la justicia militar. La dictadura se asentó, sin poder prescindir nunca de él, en el recuerdo de la contienda de 1936-1939, o mejor dicho en una representación maniquea y abrasiva de la misma que perpetuaba una frontera insalvable entre vencedores y vencidos. Y en la represión, la memoria de la guerra, y en tantas otras esfe- ras, el régimen no sólo impuso desde arriba sus directrices. Promovió además y creó un sinfín de cauces y estímulos para la colaboración de la población en la «regeneración» del país, en lo que su propaganda denominó «desinfección política y religiosa». Tan es así, que se puede afirmar que hizo de todo ello un instrumento central de encuadramiento social e ideológico, y que lo usó para extender esa «cultura de la represión», de la exclusión y del miedo que definiría la posguerra[37].

En esas condiciones, resulta posible que una cierta cultura de guerra estuviera de alguna manera presente en la España del primer tercio del siglo xx, ya antes de 1936, y es muy probable que numerosas sub-culturas

violentas guiaran la carnicería que ese conflicto albergó. Pero lo que en todo caso ofrece menos dudas es que la experiencia del propio conflicto armado produjo y expandió una cultura bélica, y que el régimen de los vencedores fraguó y se sirvió extensa- mente de ella cuando menos hasta mediados de la pasada centuria.

[36] Cit. en F. Espinosa (ed.), *Violencia roja y azul*, p. 10.
[37] M. Richards, *Un tiempo de silencio*.

LA IMAGEN DEL ENEMIGO EN LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA

Francisco Sevillano Calero
Universidad de Alicante

Los sucesos del golpe de Estado del día 17 y el 18 de julio de 1936, que desen- cadenó un sector de la oficialidad del Ejército español, quebraron el Estado de derecho sin conseguir la ocupación del poder en la República. El fracaso de la rebelión militar provocó una situación de guerra, en la que la ocupación de la capital, Madrid, continuó siendo el objetivo primordial de los sublevados. Estos acontecimientos no fueron sólo el inicio de un largo enfrentamiento civil, pues el golpe de fuerza contra el orden jurídico establecido, y la guerra que precipitó, motivó que las ideas propagadas desde ambos bandos esgrimieran la legalidad y la legitimidad de sus respectivas causas, republicana y «nacional», de manera inextricablemente unidas a la construcción imaginaria del enemigo en forma de estereotipos[1].

I. — LA IMAGEN DEL ANTIFASCISMO EN LA REPÚBLICA EN GUERRA

En la defensa del orden legal, la guerra produjo una amalgama de culturas políticas precedentes, de su lenguaje, los símbolos, los gestos,

como había suce- dido en la competencia electoral previa del Frente Popular. La compleja realidad sociopolítica de los partidos y las organizaciones que permanecieron leales al gobierno republicano quedó entramada en una común y general identificación antifascista, contra el «enemigo» agresor del «pueblo» en armas en defensa de su independencia. La llamada a la unidad tamizó las diferencias políticas en la República en guerra, forjando una común representación[2].

[1] La diferenciación entre el «amigo» y el «enemigo» como criterio autónomo —podría decirse que a modo de «categoría» básica—, que no deriva de ningún otro, fue establecida por C. Schmitt,
«El concepto de lo político», p. 111. Para Schmitt, se debe entender que «el enemigo es, en sentido singularmente intenso, *existencialmente*, otro distinto, un extranjero, con el cual caben, en caso extremo, conflictos *existenciales*» (p. 112).

[2] El carácter del antifascismo en la política europea desde la década de 1920, y la importancia de la guerra civil española en la forja de esta idea, puede verse en la obra colectiva editada por A. De Bernardi y P. Ferrari, *Antifascismo e identità europea*, que recoge las ponencias presentadas en el Congreso internacional *L'antifascismo nella costruzione dell'identità europea*, organizado

Tras los sucesos que siguieron al golpe de Estado del verano de 1936, el «pue- blo» aparecía cual único protagonista colectivo de la resistencia de los españoles que luchaban por la patria, como en la Guerra de Independencia de 1808[3]. Tras ser incautado y convertirse en el órgano de Unión Republicana con el subtí- tulo de *Diario Republicano de Izquierdas*, el periódico madrileño *ABC* titulaba
«Segunda Guerra de Independencia» su primer editorial, el 25 de julio de 1936. En este artículo editorial se precisaba: «España está frente a su segunda guerra de Independencia. Más triste, más amarga que la de 1808, porque allí se iba con- tra extranjeros, y hoy, por una traición odiosa, el pueblo ha de enfrentarse con hombres nacidos en España, pero que renuncian a todo nexo con la noble ideolo- gía patria, ganosos de convertirnos en una colonia del más repugnante fascismo negro»[4]. En la resistencia contra la felonía que había provocado una guerra civil, se alzaba victorioso una vez más el pueblo, reserva de la regeneración nacional:

> Hoy se comprueba, una vez más, el aserto de Ganivet: la gran obra de España es la obra del pueblo. Y es el pueblo quien hoy, en forma quizá única en los anales de la Historia, reduce a la impotencia todo el poderío de un ejército enderezado a destruir la legalidad y a envilecer la civiliza- ción política española
>
> Grande es todo lo hecho por nuestro pueblo desde 14 de abril; pero la epopeya de hoy es tan grande, que ni siquiera puede borrar su epicismo la gesta de la otra lucha por la independencia.

La imagen del pueblo en la prensa republicana fue perfilada con los trazos que el regeneracionismo de fin de siglo bosquejó para revitalizar su idea. En el editorial «Horas críticas y magníficas», del mismo periódico del día siguiente 26 de julio, se comentaba:

> Al fracaso de la política militar de la República, por excesiva generosi- dad, sin duda, se une el fracaso del tradicional escepticismo político que arranca ya del organizador de la ominosa restauración de Cánovas, el más odioso y el más inteligente de los que levantaron el tinglado de las ficcio- nes, corrompiendo la conciencia nacional de España, en la que no creía, y fomentando todas las concupiscencias y bajos egoísmos, modelando una mezquina burguesía, farisea, estrechamente positivista y escéptica. Ávidamente escéptica, como sus cultivadores políticos. Ni la generación del 98, con mucho más espíritu crítico que creador, ni los aislados renaci- mientos españoles, más individualistas que generosos, ni la apresurada y

por el Istituto nacionales per la storia del movimiento di liberazione in Italia, de Milán, y que tuvo lugar en esta ciudad en 2002 (véase la contribución de G. Sánchez Recio, «L'antifascismo dei repubblicani durante la guerra civile spagnola»). Hay que citar, asimismo, la interpretación propuesta por R. De Felice, «Antifascismo e resistenze».

[3] Sobre el lugar de aquel acontecimiento en el imaginario colectivo, véase J. Álvarez Junco, «La invención de la guerra de la Independencia», pp. 10-19. Hay que citar también C. Demange, *El dos de mayo: mito y fiesta nacional*; I. Peiró Martín, *La Guerra de la Independencia y sus conmemoraciones*; VV.AA., *Sombras de mayo*.

[4] «Segunda Guerra de Independencia», *ABC* (Madrid), 25 de julio de 1936.

vertiginosa vorágine histórica de los tiempos presentes, han logrado alte- rar el patrio bloque, de esa amalgama social burguesa, que sólo ha sido progresiva en sus defectos: acentuación de su soberbia, de su intransigen- cia, de su egoísmo feroz, tan profundo como limitado y poco inteligente con un desolado mal gusto progresivo ya en plena barbarie, fomentada por su Prensa, por su teatro y por sus corifeos políticos. Era ya incompa- tible con el pueblo y con los tiempos modernos. Y esa incompatibilidad hondamente irreducible, no la hubiera borrado, aunque otra cosa crean ellos, un pasajero vencimiento que hubiera venido a engrosar nuestros desolados infortunios históricos[5].

Esta polarización social mudaba, en último término, al pueblo cual ente colec- tivo imbuido de altas virtudes en proletariado, resurrección de la raza española:

Dichosamente para nuestro país, para nuestra raza y para el holgado y glorioso destino del porvenir de España en el mundo, un pueblo pujante, heroico, esencialmente noble y con una gran sensibilidad forzosamente contenida, organizándose, acreciendo su conciencia e ilustrándose, con un grande y continuo esfuerzo, en lucha contra penurias económicas y con el consuetudinario escepticismo de muchos conductores políticos, recogedores de la funesta herencia escéptica.

Pero a nosotros y a muchos españoles, sin necesidad de ser más avispa- dos para ello, no nos ha sorprendido lo más mínimo la actitud de nuestro glorioso pueblo, que ya demostró en la rica y fértil Asturias, cuanta era su amplia capacidad de heroísmo, de nobleza ingénita y de abnegado valor. No tienen en contra suya ni un desmán, ni un acto en que no resplan- dezca la honestidad y el temple.

De los maleantes de oficio, que aprovechan el *río revuelto* no puede tener ninguna responsabilidad el pueblo, que castiga el desmán apenas lo advierte.

Y ese pueblo, ese viril y poderoso proletariado, en el que está la resu- rrección de nuestra raza, abre, con su actual ingente gesta heroica, un amplio cauce al porvenir de España.

La podredumbre moral de las derechas españolas, reducidas a una casta mili- tar y una oligarquía financiera, terrateniente y de negocios, ahogaba cualquier ideal en sus elementales impulsos reaccionarios pro defensa del privilegio, como denunciara el dramaturgo Jacinto Grau en el artículo de opinión «La caducidad en la lucha», que publicara el 29 de julio en el diario madrileño *ABC*:

Todo el contenido moral derechista y fascista, en cuyo contrahecho ideario se apoya el siniestro intento reaccionario que está ensangren- tando nuestro solar hispano; toda la podrida y gastada ideología práctica, paupérrima, decrépita y ferozmente cerril, que sirve de enseña a nuestra política derechista, no se diferencia

ni un ápice del programa político de un Calomarde o de un Narváez. No hablo de ideas, porque nuestras dere- chas activas de combate (militares fosilizados, financieros, terratenientes,

[5] «Horas críticas y magníficas», *ABC* (Madrid), 26 de julio de 1936.

> hombres de negocios turbios) desconocen toda función espiritual, por modesta que sea. Todas esas derechas se irán de la vida, y habrán transi- tado por ella, sin saber qué sea una idea, ni más emoción que la puramente animal, de impulsos elementales, arrebatos de venganza, codicia de goces puramente físicos y groseros, bajo instinto de conservación y un afán de privilegio a ultranza, sordo a todo sentimiento de justicia y a todo conato de comprensión[6].

La marcada afección y sumisión clerical de las derechas españolas, cegadas en la defensa de sus privilegios de clase, era la diferencia incluso con los otros fascismos europeos, según el mismo articulista:

> En los otros fascismos europeos hay, más o menos amañadas para alu- cinar la opinión, unas cuantas ideas de bárbaros geniales con prestigio intelectual, apoyadas en una exacerbación de sentimientos patrióticos y nacionalistas, nacidas del angustioso estado de un mundo amenazado de una guerra apocalíptica, que pone en riesgo lo mejor de una gran civili- zación histórica, con momentos pretéritos de una luminosidad cegadora, como el siglo de Pericles. Mas esas derechas gobernantes, en algunos pocos países exponentes de la profunda y trágica crisis capitalista, no obedecen a ninguna Iglesia, ni confesión determinada. Pero nuestras derechas españolas, las activas, las que van sin máscara y quieren el Poder, no son más que una defensa, vaticanista y jesuítica, sin otra apetencia que seguir usufructuando la riqueza que detentaban, limitándola hasta la esterilidad, cerradas a todo ideal que no sea el de sus cajas defendidas por la fuerza, indiferentes a todo sentir ajeno al de su propia conveniencia inmediata, aunque señoreen continuamente con el cínico impudor de la inconsciencia las palabras de Patria, España y Cristo Rey.

El fascismo español no se disfrazaba y, en el poder, sería «colonia servil de la Iglesia, instrumento ciego de todas las más bajas venganzas, por crueles y horribles que fuesen, explotación del trabajo humano rayana en lo que hicieron con los negros del Camerún unas cuantas Empresas exportadoras del caucho, olvidando completamente, no eso que se llama «sentimientos cristianos», sino el más elemental derecho de la dignidad humana, que ellos creen vinculada en una casta poseedora, opresora y feroz, o sea ellos mismos, en su clase».

Contra semejante enemigo de clase, en la lucha antifascista, la represen- tación del pueblo patriótico en armas fue central por recurrentemente en la propaganda republicana; imbricada con el imaginario de la Guerra de la Inde- pendencia, la continuidad de la lucha era ensalzada por el periodista Augusto Vivero, a la sazón director

del diario republicano *ABC*, en el artículo «Batalla tradicional y castiza», publicado el 30 de julio:

> En realidad de verdad, lo de ahora no es lance desengarzado de la tra- dición. Es que prosigue la lucha iniciada contra el liberalismo al votarse

[6] J. Grau, «La caducidad en la lucha», *ABC* (Madrid), 29 de julio de 1936.

> la ley constitutiva de 1812. Los «negros, serviles, apostólicos» de antaño, llámanse ahora fascistas. La corteza de sus pensamientos parece nueva, porque encubre con materiales de importación el viejo núcleo absolu- tista de la Iglesia española, extranjerizada desde que una extranjera, la mujer del conquistador de Toledo, impuso a España el misal romano. Pero el fondo no varía. Por eso ha podido apreciarse ahora que apenas existen discrepancias de conducta entre los ex generales facciosos de hoy y los clérigos trabucaires que decían a D. Carlos: «Los brutos pondremos a Vuestra Majestad en Madrid». La tradición no se ha roto. El absolu- tismo clerical, fanático, abestiado, sigue invariable. Desde Fernando VII al bienio negro. Y es el que, a la sazón, ha saltado como una fiera contra las libertades de España[7].

Un pueblo que se constituía, al derramar su sangre, como comunidad esencial y decisoria en república, régimen del pueblo. Tal identificación, explícitamente formulada en el artículo primero de la Constitución de 1931 —que proclamaba que España era una República democrática de trabajadores de toda clase, que se organizaba en régimen de Libertad y de Justicia—, era señalada por el perio- dista Benito Artigas Arpón, que fuera diputado del Frente Popular por Unión Republicana en Soria, en el artículo «El mal ejemplo consecuencia del bueno», aparecido en *ABC* el 4 de agosto de 1936. En su opinión, era aquél el momento
—patriótico, realmente constituyente— en que se estaba ganando la República, quedando el 14 de abril nada más que como una fecha:

> Estos días son de angustia, de emociones atropelladas, de sobresal- tos patrióticos, de sacrificios innumerables, realizados cara al destino por una juventud y una madurez españolas que se ofrendan sonrientes en holocausto de un ideal de libertad, denominador común de todos los combatientes leales: fuerzas del Estado y milicias ciudadanas. En el inmenso horno encendido por la criminal vesania de unos jefes y oficiales que querían hacer del brazo armado de la Patria un Ejército pre- toriano, se está fundiendo el régimen político español, que, por amasarse con sangre del pueblo, será inexorable y definitivamente el régimen del pueblo. Y logrado con esfuerzos heroicos, hecha su soldadura al fuego del alma nacional, la República que salga de esta epopéyica contienda será indestructible[8].

Se sellaba, con la sangre derramada en el fragor de la pugna entre absolu- tismo y libertad, la alianza del pueblo y la República. Según el editorial «Nuestra España, soldado de la libertad», publicado en el mismo periódico el día 8 de agosto, estaba sucediendo: «Un duelo a muerte entre cierta concepción abso- lutista, que sucumbe asfixiada por

la amistad de los pueblos libres, y el espíritu de progreso que tiene en la España republicana uno de sus mejores reductos

[7] A. Vivero, «Batalla tradicional y castiza», *ABC* (Madrid), 30 de julio de 1936.

[8] B. Artigas Arpón, «El mal ejemplo consecuencia del bueno», *ABC* (Madrid), 4 de agosto de 1936.

europeos»[9]. Porque la causa de la República española era común a los intereses de la civilización política, de los propios de otros países democráticos:

> La conciencia universal ha discriminado muy bien que esto no es sim- ple episodio interno de una nación. Ve a las claras que aquí se litigan intereses comunes al patrimonio universal de civilización política. Que el golpe faccioso asestado a la voluntad colectiva de nuestro pueblo es algo de mucha trascendencia para los otros países democráticos. En la lucha del fascismo contra el espíritu de los tiempos, España es un combatiente al que se busca destruir para que otras rutas queden abiertas al asalto contra la Libertad. Y esto lo advierte el mundo. Y por ello, España, sol- dado de la Libertad y del orden democrático, tiene tras sí el todopoderoso estímulo de la adhesión mundial.

No era cierto que se había proclamado revolucionariamente el comunismo en España y, de que en oposición a ello y por devolver a la República sus formas constitucionales, el Ejército se sublevara con la casi totalidad del pueblo español, disculpa que denunció el editorial de *ABC* del día siguiente con el título «La traición ha sido ya desenmascarada»:

> Hoy sabe el mundo que no ha habido en España revolución comunista, pero sí fascista. Sabe que los únicos enemigos del orden, de la propiedad y del respeto a la vida humana son los que en las zonas de su rebeldía viven sobre el país con exacciones a mano armada, tienen los pelotones de fusilamiento en acción continua y se sostienen a fuerza de horripi- lantes métodos de ferocidad. ¡Qué mucho, si hasta se ve a los sediciosos desvalijar el tesoro de las catedrales, fundirlo y reducir el oro y la plata para venderlos fuera de España[10].

En su última columna publicada el 11 de agosto como director de la edición repu- blicana del periódico *ABC*, titulada «La neutralidad solo existe de Estado a Estado», Augusto Vivero afirmó que no cabía la neutralidad diplomática internacional:

> Partamos de una realidad notoria. Lo que acontece en nuestra Patria reviste, a la luz del Derecho, una fisonomía propia e infalsificable. No es contienda, dentro de una legalidad común, de dos núcleos asistidos por razones jurídicas, morales y nacionales de idéntico valer. No. Es, de un lado, la obra lícitamente pacificadora del Gobierno, a quien asiste la nación en masa, contra partidas sueltas de bandidos, carne de Código penal. Y es, del otro lado, un conjunto de inconexas pandillas facinerosas
> —militares, clérigos, seminaristas y «luises»— que se nutren del pillaje y buscan reducir, con su sanguinaria sevicia, la hostilidad irreductible con que los acordona el pueblo, dondequiera que estén.

En suma: un Estado, una nación, una legalidad frente a malhechores vueltos contra el Estado, la nación y la legalidad.

[9] «Nuestra España, soldado de la libertad», *ABC* (Madrid), 8 de agosto de 1936.
[10] «La traición ha sido ya desenmascarada», *ABC* (Madrid), 9 de agosto de 1936.

> Así las cosas, ¿fuera justo, por parte de las Cancillerías, un criterio de neutralidad donde se midiese con análoga medida lo justo y lo infame, lo legal y lo punible, lo propio y lo exclusivo del Estado y el crimen de quienes militan contra el honor, contra el deber, contra la Patria y contra el régimen? El Derecho internacional opone rotunda negativa[11].

Porque, continuaba argumentándose en el artículo editorial, nunca se había mentado la neutralidad con respecto a los «enemigos interiores», criminales en contra de un gobierno legítimo.

La traición, el latrocinio, la hipocresía, la cobardía, el terror eran propios de semejantes enemigos, un grupo de generales reaccionarios que se había aliado

«a las fuerzas representativas del pasado vinculadas a un señoritismo dege- nerado y procaz, encarnado en la canalla fascista, que de la mano de un clero trabucaire, fanático y criminal, representante de la tradición sangrienta, de la Inquisición, van arrasando los pueblos por donde pasan, cometiendo críme- nes horrendos, sólo posible de concebir en imaginaciones perversas o faltas de todo sentido humano», según comenzaba denunciándose en el manifiesto del Comité Central del Partido Comunista, publicado en su órgano central de prensa *Mundo Obrero* el 18 de agosto de ese año 1936. Sobre los contrapuestos intereses y las diferencias políticas y sindicales en la República en guerra, la idea de unidad frente a la agresión de los enemigos informó el lema de este manifiesto: «¡Contra los promotores de la guerra, unión nacional de los que anhelan una España grande por su cultura, una España libre, una España de paz, de trabajo y de bienestar!» [12]. Enemigos traidores que resistían sólo porque querían el sufrimiento del pueblo, cuya heroicidad se expresaba en las milicias, y puesto que esperaban de los compromisos contraídos con potencias extranje- ras una intervención que transformara España en una colonia fascista, y acabar luchando contra los países democráticos, en primer lugar, la Rusia socialista. Por ello, la lucha había tomado carácter de «guerra nacional» en defensa del pueblo traicionado:

> De nada les ha de servir la resistencia: la lucha en los primeros momen- tos pudo tener solamente el carácter de una lucha de la democracia y el fascismo, entre la reacción y el progreso, entre el pasado y el porvenir, ha roto estos marcos para

> transformarse en una guerra santa, en una guerra nacional, en una guerra de defensa de un pueblo que se siente traicionado, herido en sus más caros sentimientos; que ve su patria, su hogar, el lugar donde reposan sus mayores en peligro de ser desgarrados, arrasados y vendidos al Extranjero. ¡La independencia de España está en peligro!

[11] A. Vivero, «La neutralidad solo existe de Estado a Estado», *ABC* (Madrid), 11 de agosto de 1936.

[12] «¡Contra los promotores de la guerra, unión nacional de los que anhelan una España grande por su cultura, una España libre, una España de paz, de trabajo y de bienestar!», *Mundo Obrero*, 18 de agosto de 1936.

La petición de que la unidad se hiciera más estrecha todavía, entre el Frente Popular y los trabajadores, debiéndose organizar la guerra con la perspectiva de una lucha larga, fue resaltada a propósito de las reacciones a este manifiesto en el editorial «La unión en la guerra nacional», del periódico *Mundo Obrero* del 20 de agosto:

> España entera, sin distinciones ideológicas ni diferencias partidistas, la verdadera España, la que se agrupa caudalosamente en los partidos del Frente Popular y las inmensas masas trabajadoras que colaboran con ellos, ha vibrado al unísono con las palabras del Partido Comunista. La magnífica expresión de unidad española, de unidad en el concepto gene- ral de la guerra y en las medidas necesarias para obtener pronto la victoria final, es precisamente lo que expresaba el documento de nuestro Comité Central y lo que constituye la fuerza invencible del pueblo español. Esta unidad, que ha arrastrado impetuosamente a centenares de miles de españoles, jóvenes, adultos y ancianos, a los frentes de combate, ha sido el factor determinante de los triunfos obtenidos hasta hoy y es ahora la garantía de la victoria final[13].

En la ofensiva militar contra Madrid, la capital se convirtió en encarnación del pueblo invencible, como se ensalzó en el manifiesto de los partidos del Frente Popular, firmado por la Comisión ejecutiva del Partido Socialista Obrero Español, el Comité central del Partido Comunista de España, el Comité nacio- nal de Izquierda Republicana y el Comité nacional de Unión Republicana, que se difundió el 23 de septiembre de 1936:

> La traición más monstruosa se ha consumado ya: los fascistas han ven- dido a España. Con las armas adquiridas por la traición quieren ahora apoderarse de nuestro país. Sus ojos están puestos hoy ávidamente en Madrid, en la gran ciudad que le ha dado los golpes más duros y más certeros. Todos sus elementos de combate, los cañones que les han dado el fascismo extranjero, los mercenarios reclutados en los bajos fondos del crimen y del robo, los marroquíes, las bandas de fascistas y reque- tés, todo el inmundo amasijo de la traición y la barbarie lo concentran hoy contra Madrid. Pero Madrid, el pueblo invencible que los aplastó en los cuarteles y los ha diezmado en el Guadarrama, es inexpugnable.
>
> ¡No pasarán!, gritamos el primer día. ¡No pasarán nunca!, gritamos hoy.
>
> ¡Nadie en Madrid tiembla ante los aviones extranjeros! ¡Más fuerte que los aviones es el corazón de un pueblo que defiende su libertad y el pan de sus hijos! ¡Nadie retrocederá ante los cañones adquiridos por la traición!
>
> ¡Jamás estos cañones pueden abatir el pecho de nuestros combatientes!
>
> ¡A nadie asustarán los gritos salvajes de esos mercenarios que gritan des- aforadamente para ocultar su propio pánico! ¡Los fusileros madrileños ahogarán esos

gritos en las mismas gargantas de los salvajes que las pro- fieren! ¡No pasarán nunca! ¡Jamás nuestras mujeres serán atropelladas por la morisma ni nuestros hombres pasados a cuchillo! ¡Madrid los ven-

[13] «La unión en la guerra nacional», *Mundo Obrero*, 20 de agosto de 1936.

cerá siempre! ¡Madrid debe ser y será la tumba del fascismo! ¡Cuantos más esfuerzos haga el enemigo; cuanta más fuerza acuda contra Madrid; cuanto mayor sea su empeño en atacarnos, más pronto lo sumiremos en la muerte![14].

Sólo cabía la unidad contra el enemigo común para ganar la guerra, como continuaba expresándose en este manifiesto:

> Todos juntos ahora, más unidos que nunca, más apretados en nuestra unión para ahogar a los facciosos. La lucha está culminando. El momento es grave. Anarquistas, socialistas, comunistas, republicanos, todos los antifascistas, debemos formar un frente de acero contra el enemigo. Mar- chemos todos juntos, sin vacilaciones ni dudas. En el campo antifascista no reconocemos enemigos. El enemigo común, el enemigo de todos, está al frente en las mesnadas facciosas; contra él debemos ir todos férrea- mente unidos. Hay que cerrarle el paso. Nuestra consigna del primer día tiene que realizarse una vez más.

La obligación de su realización era entonces, sin embargo, definitiva, pues había que ganar la guerra[15].

II. — LA IMAGEN DEL «ROJO»

Las consecuencias adversas del fracaso del golpe de Estado hicieron que el carácter legal del «nuevo Estado» español tuviera su legitimación en la propia guerra: como *bellum iustum*, subsistiendo una «causa justa» a la rebelión mili- tar, conducida por el don y la gracia carismáticos de su Caudillo, defendida con la sangre de los mártires y «caídos»; como «guerra total», una vez se prolongó, que había de acabar con la destrucción total del enemigo, tenido políticamente como «absoluto», desvalorizado moralmente hasta deshumanizarlo.

Precisamente, la inversión del sentido de la guerra —y el ocultamiento del mismo término «guerra civil»— convirtió al enemigo, sobre todo tras el fra- caso de las operaciones militares contra Madrid, en enemigo absoluto[16]. Un desplazamiento que implica la destrucción moral del enemigo, su absoluta desvalorización humana: hay que declarar a la parte contraria, en su totalidad, como criminal e inhumana, como un desvalor absoluto, hasta la destrucción de toda vida que no merece vivir[17]. A propósito de esta distinción, que cae en lo ideado más

allá en lo real, el enemigo fue concebido no sólo cual contrario, sino como externo aún español, según se operó en la propaganda del bando suble-

[14] *ABC* (Madrid), 23 de septiembre de 1936.

[15] Véase, más ampliamente sobre este discurso nacionalista del PCE en la guerra, X. M. Núñez Seixas y J. M. Faraldo, «The First Great Patriotic War», pp. 401-424.

[16] Acerca de esta noción, véase C. Schmitt, *Teoría del partisano*, p. 127.

[17] *Ibid.*, pp. 128-129.

vado a través de una pauta de extrañamiento del «rojo»[18]. El enemigo lo era, ante todo, por su carácter extranjero, como eran el bolchevismo y el judaísmo, según esgrimió un acusado y pertinaz discurso anticomunista[19]. Ello fue expuesto en el artículo «Una definición del bolchevismo», que se publicó el 10 de enero de 1937 en *La Gaceta Regional* de Salamanca, ciudad que era sede del Cuartel General del «Caudillo». El bolchevismo, definido como «una dictadura de los inferiores», se caracterizaba por la mentira, pues: «Se apodera del Poder por medio de mentiras, y lo mantiene por la fuerza»[20]. La propaganda y la agitación de los pueblos por medio de mentiras e hipocresías desfiguraban su naturaleza. Como el propio Lenin dijera, la mentira era el arma más valiosa de la lucha bol- chevique; lo mismo que los judíos eran maestros en la mentira. Por eso, no era extraño que el judaísmo y el bolchevismo hubieran confraternizado: «El bolche- vismo judío maneja la mentira con precisión y maestría. Se aprovecha de que al hombre de buena fe no le cabe en la cabeza que se pueda mentir tan desca- rada y cínicamente, cogiéndole desprevenido e incapaz de oponer resistencia». Mediante la propagación de mentiras y la corrupción, corrompía a los pueblos y se injería en la situación política de los Estados: «La amenaza más grave para un Estado es la de tolerar un partido político que reciba orden del Extranjero. La experiencia ha enseñado que los países en donde el partido comunista existe, están a las órdenes de Stalín».

La acción de extrañamiento de lo propiamente patrio por su connivencia y
servilismo a tal injerencia extranjera opera en el artículo «La fusta del Komi- tern», publicado en el mismo periódico salmantino el 14 de enero de ese año, en los siguientes términos:

> Cada vez que nombran a España o se denominan españoles, los simo- níacos, los traidores de la colonia rusa enquistada en el dolor de nuestra Península entrañable, se estremece indignado nuestro ser entero ante la profanación de esas palabras. La palabra español, hiriente, reluciente, aguda, noble como un puñal vindicativo, debería pincharles, destrozar- les su lengua de maldicientes y perjuros. Y la voz sacrosanta de nuestra madre España no puede cobijar bajo su nombre antiguo y claro a la factoría bolchevique del Kremlin ni a los cipayos de la Internacional comunista.

Hay vocablos augustos que se contaminan y deshacen, aplicándolos a las cosas y personas impuras, a los miasmas de la putre- facción universal.

No hay más españoles que nosotros y las víctimas de los rusos; ni existe más España dentro de la horda encadenada por el látigo del Komitern. Cuando rescatemos las tierras irredentas, otra vez palpitarán de gozo al

[18] Véase, más ampliamente, F. Sevillano, *Rojos*, y del mismo autor, del mismo autor, «La representación del enemigo en la propaganda escrita de la "España nacional"», pp. 79-101 Hay que citar asimismo a J. Domínguez Arribas, *El enemigo judeo-masónico*.

[19] Sobre la importancia del discurso contra el comunismo, como tuvo en la propaganda nazi, véase L. Waddington, «The Anti-Komintern and Nazi Anti-Bolshevik Propaganda in the 1930s», pp. 573-594 y *Hitler's Crusade*.

[20] «Una definición del bolchevismo», *La Gaceta Regional*, 10 de enero de 1937.

> sentirse reconquistadas, libres y señoras de su destino, de su historia, que es la Historia de España[21].

La traición conlleva la propia alienación, un estado de pérdida de la libertad y de separación de la tradición y el devenir de España, con el que concluye la operación de extrañamiento. Un estado que convierte, en esclavos de la Interna- cional comunista, a sus subordinados de la «ex España»:

> Entre tanto, han de sufrir la afrenta de la esclavitud, del yugo extran- jero, de la servidumbre total. No ajustaría las cuentas con mayor rigor, ni impondría sus mandatos con más intransigencia el negrero vituperado delante de su plantación de esclavos, como fiscaliza y ordena el Presidium del C. E. de la Internacional Comunista, controlando menudamente la conducta de sus subordinados de la ex España.

La injerencia de la Internacional comunista prolongaba la lucha del Frente Popular contra la verdadera España, e incluso había extendido las rivalidades internas «para que los españoles extraviados no sólo luchen contra los españo- les auténticos, sino para que también se maten entre sí». El símil anterior de la explotación esclavista daba paso, al final del artículo, a la denuncia de la ultra- jante dominación colonial:

> El Presidium de la I.C. alarga y endurece la guerra, arrastrando a nue- vos rebaños de senegaleses y cipayos de otros países hacia el degolladero soviético. Sin embargo, todavía hay retrasados mentales o malvados que confían y creen en la plena soberanía o independencia de las Comunas rusas de Bilbao, Santander, Málaga, Barcelona o Valencia. Por nuestra parte, no perdemos ningún tiempo en convencer su estulticia, porque su maldad está vencida. Tan sólo afirmaremos que si cualquier nación de Europa tratase a los hotentotes cual Moscú maneja y obliga a sus súbditos de la ex España rusa, seguramente los hotentotes se ruborizarían.

Aquél era un momento del devenir histórico en que las modernas convul- siones revolucionarias habían producido un cambio radical en el concepto de invasión, tal como se comentaba en un artículo periodístico «Nuestro concepto de invasión», publicado en *La Gaceta Regional* el 29 de agosto de 1937[22]. La noción de invasión era presentada y explicada «horizontalmente», es decir,

«cuando hablábamos de invasión, entendíamos que una fuerza externa y extraña a un país determinado, era lanzada sobre sus fronteras, y penetrando en las car- nes de la nación, la oprimía en su ser material y espiritual. La característica de la externidad, y mejor aún, del actuar de fuera para adentro —la horizontalidad—, era la nota cumbre que daba matiz y tono al viejo concepto de la invasión». Al producirse su cambio de significación, la invasión había de ser concebida como
«vertical», o lo que es lo mismo, «la invasión que nace dentro de las fronteras de

[21] «La fusta del Komitern», *La Gaceta Regional*, 14 de enero de 1937.
[22] «Nuestro concepto de invasión», *La Gaceta Regional*, 29 de agosto de 1937.

un pueblo, que germina en sus entrañas y actúa de arriba abajo»; idea que había expandido el bolchevismo mediante la propaganda:

> El bolchevismo ruso, en efecto, ha invadido al mundo sin necesidad de poner ejércitos en pie de guerra, ni de lanzar al viento declaraciones hostiles. Al contrario, lo ha invadido disfrazado con la careta del paci- fismo, haciendo hipócritas declaraciones de hermandad entre los pueblos y atribuyendo a sus enemigos los ardores bélicos que a él le quemaban en lo más hondo de las entrañas. Para acometer esta obra de destrucción de los valores tradicionales, sólo ha tenido necesidad de un arma, la pro- paganda. Con la propaganda reclutaron sus huestes los bolcheviques en todos los países, llevaron a cabo la división artificial de la sociedad en cla- ses, las enfrentaron después, y para el logro de sus fines de imperialismo universal, las lanzaron a una batalla encarnizada, de la que eran trágicos actores los pueblos invadidos, pero que tenía en Moscú el estado mayor, que dirigía todos los movimientos.

El concepto vertical de invasión era: «invadir un pueblo sirviéndose de sus propios hijos, lanzándolos a una batalla pavorosa, para que después, los espec- tadores siniestros que provocaron la catástrofe, sean los encargados de recoger el fruto». Y lo sucedido en España ejemplificaba tal forma de invasión, lo que hacía inapropiado calificar como civil a la guerra, pues era una auténtica «guerra de independencia», una «guerra de España»:

> España es, en estas horas, un trágico ejemplo de lo que decimos. Esta guerra nuestra, a la que la inconsciencia sigue llamándole aún «guerra civil», es una auténtica guerra de independencia. Hemos sido invadi- dos por el bolchevismo asiático. Es decir, hemos sido víctimas del hecho nuevo de la invasión vertical, de la invasión que reclutó sus hombres den- tro del propio pueblo español y que los lanzó a una lucha criminal contra las esencias tradicionales de la Patria.
>
> Serían las hordas rusas las vencedoras, y el Kremlin y los jerifaltes de la siniestra utopía comunista, los encargados de recoger el fruto de la victoria.

La inversión de sentido del término «enemigo» se produjo en consonancia con la operada en las palabras «invasión» y «guerra» con objeto de apropiarse simbólicamente de la idea de España, del mito identitario como comunidad nacional.

III. — CONCLUSIÓN: IMÁGENES INVERTIDAS DE UNA GUERRA

La evidencia de una guerra civil tras los sucesos del golpe de Estado del 17 y el 18 de julio de 1936, y sobre todo su prolongación tras fracasar la ocupación militar de Madrid por las tropas rebeldes en los meses siguientes, hizo que en defensa de una y otra causa se exaltase el propio «espíritu» como antítesis del enemigo. No obstante los rasgos comunes de las contrapuestas construcciones

estereotipadas del enemigo entre la República en guerra y la «España nacional»
—«el otro» cual traidor y sometido a las ansias coloniales de potencias extran- jeras, en una «guerra nacional», de independencia, que también era en defensa de la civilización europea contra la barbarie—, fue diferente su carácter en la propaganda y la contrapropaganda de ambos bandos a tenor de la misma excep- cionalidad del golpe de Estado contra el orden jurídico de la República.

La prensa republicana propagó una común identidad antifascista, del pueblo patriótico en armas contra el «enemigo interior», criminal por su traición al orden legal, su agresión a las reglas del derecho. Si la representación del pue- blo permaneció arraigada en el imaginario de la Guerra de la Independencia, fue reelaborada a partir de la retórica regeneracionista del pueblo como macizo de la raza, depositario de las esencias patrias frente a oligarcas y burgueses: el pueblo cual ente colectivo fue encarnado en sujeto social, proletario, frente al enemigo de clase, que había subvertido el Estado de derecho, democrático, y la libertad. Ahora, la guerra en España, la defensa del orden legal con la sangre ver- tida heroicamente por las milicias, hace de la República el régimen del pueblo. Y la prolongación de la lucha obligaba a la organización del frente y la retaguardia, a la debida unidad y disciplina, aún más estrecha, del Frente Popular y las masas trabajadoras con el gobierno legítimo.

La acción golpista de los generales rebeldes contra el gobierno de la República,
y el estallido de la guerra, hizo que en la incipiente propaganda del bando insur- gente se invirtiera el significado del término «enemigo», no sólo cual contrario, sino como externo aún español. Esta imagen del enemigo se imbricó, en el dis- curso exacerbado del nacionalismo, con las formas de legitimidad carismática y tradicional en una «cultura de guerra»[23]; valores, ideas y ritos legitimadores del
«nuevo Estado», que a modo de teología política caracterizaron la representa- ción de la identidad colectiva de la «España nacional» como comunidad política decisoria frente a la anti-España[24].

[23] La atención al concepto de cultura de guerra para la guerra civil española, incidiendo en la fuerza aglutinadora y movilizadora del nacionalismo, puede verse en X.M. Núñez Seixas, *¡Fuera el invasor!* A propósito del concepto de cultura de guerra, y su viabilidad para el caso español, hay que citar el estado de la cuestión expuesto en E. González Calleja, «La cultura de guerra como propuesta historiográfica».

[24] La teología política puede definirse como la utilización de conceptos político-teológicos en el espacio político para legitimar el principio soberano de decisión de restablecer la «unidad política» de España, tarea del héroe providencial. Sobre la noción de «teología política», véase el escrito homónimo de C. Schmitt, publicado originalmente en alemán en 1922, y cuya segunda edición fue impresa en 1934, siendo traducido al español por Francisco Javier Conde en la obra miscelánea *Estudios políticos*, pp. 33-108.

HOMBRE, ANIMAL, COSA, POLVO

la violencia contra el enemigo político en perspectiva histórica

Angelo Ventrone
Università degli Studi di Macerata

Para entender por qué la figura del enemigo ha ocupado una posición central en la época contemporánea, debemos partir de lejos, de la distinción tajante entre «enemigo» y «criminal» que ha caracterizado a la historia europea moderna[1]. Una distinción que se ha ido definiendo a través de algunos pasos básicos: la difícil separación de la esfera política de la religiosa, codificada por la Paz de Westfalia (1648), y la afirmación de la concepción de la guerra como un choque de intereses entre estados. Un enfrentamiento, pues, que debe ser abordado en la vida política sin hacer referencia a verdades eternas y que es combatido a través de ejércitos regulares que pelean sin odio, profesionalmente. A lo largo de este camino, el enemigo se ha convertido en el sujeto de un Estado hacia el que muestra una enemistad temporal, mientras que el ámbito de la delincuencia, —es decir, de los enemigos de la humanidad — se restringe al de aquellos conciudadanos que no observan las leyes del propio Estado y que, por lo tanto, al poner en peligro la cohesión social, merecen ser reducidos a la impotencia[2].

De hecho, a lo largo de la historia moderna ha habido momentos en que, como en el caso de la Guerra de Sucesión que abrió el siglo xviii

español y la de Independencia que lo clausuró, el choque volvió a adoptar nuevos tonos de cruzada, y el conflicto tomó la forma de una especie de «guerra santa», que transformaba al oponente —el austriaco o el francés— en un *enemigo abso- luto*[3]. Pero fue con la Revolución Francesa cuando la distinción entre criminal y enemigo se puso radicalmente en tela de juicio, hasta volver en cierta medida a

[1] Este artículo ha sido elaborado en el marco del Proyecto de Investigación «La España del Frente Popular: políticas unitarias, conflictividad sociolaboral y orden público en la crisis de la primavera de 1936» (Ref. HAR2008-00066/HIST), financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación. Sobre la criminalización y la demonización de quien profesa una religión diferente o es acusado de herejía desde el Bajo Imperio Romano hasta la Edad Moderna, véase N. COHN, *Europe's inner Demons*.

[2] C. Galli, «Sulla guerra e sul nemico». Véase también M.R. Weisser, *Crime and Punishment*; G. Todeschini, *Visibilmente crudeli*.

[3] M.V. López-Cordón Cortezo, «Enemigos, rivales y contrarios».

J. Canal y E. González Calleja (eds.) *Guerras civiles. Una clave para entender la Europa de los siglos xix y xx*, Collection de la Casa de Velázquez (130), Madrid, 2012, pp. 119-133.

los tiempos de la lucha contra la herejía o contra el enemigo religioso por exce- lencia, el musulmán, con el cual los cristianos se habían acostumbrado durante siglos a intercambiar epítetos de este tenor: «traidores», «maldita y impurísima secta», «perros del infierno», «malhechores», «afeminados», «cerdos», «carne de horca», «desequilibrados» o «carácter de escorpión»[4]. Al final del siglo xviii, la lucha política convirtió de nuevo, a los ojos de los revolucionarios y de los contrarrevolucionarios, al *enemigo* en un *criminal*, en tanto que enemigo de la Verdad y por tanto del género humano. Y, por la misma razón, el criminal se convirtió en un enemigo porque debilitaba la cohesión social de su comunidad y la hacía más vulnerable ante las agresiones exteriores.

Enemigo y *criminal* tendieron, por lo tanto, a coincidir, ya que, en paralelo, se fue difuminando la distinción entre la represión en el ámbito civil (por la acción de la policía contra el enemigo interno, que era considerado a tal pro- pósito como un criminal) y la intervención militar (por la acción del ejército contra un enemigo externo, ciudadano de otro Estado).

Dado que el oponente es considerado un criminal, los contendientes se nie- gan a situarse en el mismo plano de igualdad, de modo que las *guerras civiles* ya casi nunca son definidas como tales por los que luchan. Entre los muchos ejemplos que se pueden aportar, en relación con el caso español, cabe recordar que para Francisco Franco —que se remontaba a una larga tradición, reavivada durante las violentas polémicas verbales de la Segunda República— la campaña librada entre 1936 y 1939 fue un enfrentamiento entre España y la anti-España, no una guerra civil, sino más sencillamente la «guerra española», o una «guerra nacional de independencia contra un invasor extranjero». Del mismo modo, en el otro bando, los republicanos también la vieron como una «guerra de libera- ción nacional»[5].

La equivalencia entre enemigo y criminal manifiesta una *patología política* que se fue agudizando a lo largo de todo el siglo xx: la absolutización del fin, que justifica el empleo de cualquier medio. Cuanto mayor sea el fin perseguido, tanto más grande será el precio que

se está dispuesto a pagar —o hacer pagar— para obtenerlo[6]. La Humanidad, la Raza, la Nación se contraponen de este modo al hombre concreto, al individuo de carne y hueso. La salvación de la Humanidad, de la Raza o de la Nación puede —debe, si resulta necesario— ignorar al Hombre. Éste, en el fondo, es sólo un elemento secundario, transitorio, un mero comparsa de una historia que comenzó antes que él y que proseguirá después de él. Los principios enunciados son verdades eternas; eternas pero *abstractas*, frente a las cuales es dramáticamente sacrificada la realidad *concreta* del cuerpo humano.

[4] G. Ricci, «Il nemico ufficiale», pp. 44-45; J.-C.M.Viguer, «Forme del conflitto». Sobre la figura del musulmán en la edad Moderna, véase J. Delumeau, *La paura in Occidente*, pp. 404-417.

[5] S. JULIÁ, «Imágenes del enemigo»; E. UCELAY DA CAL, «Prefigurazione e storia», p. 215. Sobre el paso de la Segunda República a la guerra civil, véanse E. GONZÁLEZ CALLEJA y F. SEVILLANO CALERO, «Crociati moderni»; E. GONZÁLEZ CALLEJA, «La dialéctica de las pistolas».

[6] M. Revelli, «Processi politici e paranoia», pp. 205-206.

Donde dominan las razones absolutas —por ejemplo, durante la Comuna de París y más tarde en la Guerra Civil española— los enfrentamientos militares clásicos tienden a convertirse en «operaciones de policía», dirigida contra los *criminales*. Se actúa, por lo tanto, contra los adversarios «ilegítimos», que preci- samente a causa de la descalificación moral que incide sobre ellos no son dignos de ser combatidos con las armas tradicionales de la guerra, sino que primero deben quedar en condiciones de no hacer daño y luego ser eliminados, hacién- dolos desaparecer en las fosas comunes, en los *Lager* o en el *Gulag*. Frente a ellos, sin embargo, el poder adopta una actitud ambivalente, en constante oscilación entre la decisión de destruir el más mínimo rastro de su memoria y la necesi- dad de mantener vivo el recuerdo, para subrayar la amenaza que representaban para la comunidad y que podrían seguir representando si no fuera por la con- tinua vigilancia del Estado o del partido gobernante. Por un lado, la memoria de aquéllos que lucharon contra el régimen existente pone en tela de juicio el monopolio de la verdad por los que gobiernan, y por otro el mismo poder nece- sita de su presencia para usarla como una poderosa herramienta que legitima su propia existencia y sus acciones, con el fin de justificar las restricciones a la libertad y los sacrificios que todo poder que aspira a convertirse en absoluto debe pedir diariamente a sus propios ciudadanos.

La alternativa más común a estas exigencias aparentemente irreconciliables

es pasar, por así decirlo, del singular al plural, convirtiendo a *los enemigos* en *el enemigo*, con el fin de privarles de concreción histórica, cancelar su condición de personas individuales, de hombres y mujeres de carne y hueso, hasta conver- tirlos en expresiones abstractas de un conflicto moral, un enfrentamiento entre el Bien (el poder establecido) y el Mal (cualquiera que lo ha amenazado en el pasado y continúa amenazándolo en el presente)[7].

Por supuesto, esto no quiere decir que la figura del enemigo sea la misma en todos los regímenes cuya política ha adquirido una dimensión totalizante. Si, como sabemos, el nazismo contemplaba la

erradicación definitiva del enemigo de la comunidad, los regímenes comunistas se plantearon en cambio como objetivo prioritario ejercer un control total sobre las orientaciones políticas de la misma[8]. También en el caso español, la historiografía tiende a distinguir la voluntad de eliminación total del enemigo planteada claramente por los man- dos militares golpistas y la menos categórica, y sobre todo menos planificada, de los dirigentes republicanos. El general Mola, uno de los líderes de la sublevación, que había dicho sin rodeos que «una guerra de esta naturaleza debe terminar con el dominio de los vencedores y el exterminio absoluto y total de los venci- dos», fue contrapuesto de hecho al presidente Azaña, según el cual «Ninguna política se ha de basar en la decisión de exterminar al adversario [...] la sangre injustamente vertida por el odio, con propósito de exterminio, renace y retoña

[7] Una rica reseña de este proceso, en *Carteles del Archivo General de la guerra civil*. Véanse también los trabajos de F. Sevillano Calero, «Il “Rosso”»; B. Saletti, «Immagini contro nella guerra civile spagnola».

[8] J. Sémelin, *Purificare e distruggere*, 44-45.

y fructifica en frutos de maldición; maldición no sobre los que la derramaron, desgraciadamente, sino sobre el propio país que la ha absorbido para colmo de desventura»[9]. Pero si se pasa del plano de los principios al de la realidad histórica, no debemos olvidar que, aunque el mayor número de víctimas entre 1936 y 1939 fue causado por la represión abordada por los golpistas, la violencia desplegada contra el enemigo y contra la población civil, las represalias y las ejecuciones sumarias fueron esencialmente idénticas en uno y otro bando[10].

Sin embargo, en tanto que se trata de demonizar al enemigo y alejarlo de uno mismo, nunca se le puede convertir en algo completamente externo; de hecho, debemos reconocer que muchas veces, paradójicamente, el enemigo sirve como instrumento para elaborar la propia identidad. Creo que un sinónimo de guerra civil, utilizado en varios idiomas europeos —«guerra intestina»— nos puede ayudar a entender mejor esta cuestión.

Como Eduardo González Calleja recuerda en este libro, la guerra civil ha sido considerada como un hecho negativo por la fuerte implicación emocional que conlleva el término. Y, de hecho, la «guerra intestina» significa la guerra interna a uno mismo, en contra de una parte de sí mismo. Pero el hecho de que las vísceras, el interior, formen la parte de nuestro organismo más directamente relacionada con la emotividad, muestra cuánto hay de personal en una guerra civil, cuántos disturbios emocionales provoca, cómo nos implica a fondo porque, después de todo, es en realidad una lucha contra una parte de nosotros mismos.

El intento de *animalizar* el enemigo es otro elemento probatorio de que, en el fondo, el enemigo no se percibe como completamente diferente a nosotros, sino como un semejante pervertido, desviado o degenerado. Los incontables ejemplos de la violencia desplegada a lo largo del siglo xx contra el cuerpo del enemigo para convertirlo en algo parecido a un animal (basta pensar en la cos- tumbre de colgar los cadáveres en un gancho de carnicero) muestran la fuerte necesidad de exorcizar esta similitud. Pero no hay nada que hacer: en tanto que nos ataca, el enemigo sólo puede compararse a un animal; como mucho puede ser transformado en un ente zoomorfo, a mitad de camino entre el

hombre y la bestia. En otras palabras, diferente a nosotros, pero no opuesto por completo.

Tal vez exista también la conciencia de que este esfuerzo está condenado al fracaso, ya que, en muchos casos, el ensañamiento contra al enemigo lo con- vierte en una cosa, un objeto, del que se trata de eliminar todos los caracteres que denotan el ser humano: la cabeza que es decapitada, los ojos que se extir- pan, los órganos sexuales que son castrados, el cuerpo que es sacrificado como el de un animal, o bien roto, quizás inflándolo como un neumático que se hace estallar, según unos usos descritos por varios testigos —aunque no de absoluta fiabilidad— durante la Guerra Civil española.

Es esta misma conciencia la que probablemente llevó a los nazis a tratar de convertir a los reclusos de los campos de concentración primero en simples

[9] Cit. por G. Ranzato, «La guerra civile spagnola», p. 280.

[10] G. Ranzato, *L'eclissi* della *democrazia*, pp. 384-423. Véase también S. Juliá (ed.), *Víctimas de la Guerra civil* y la síntesis reciente de J. Rodrigo, *Vencidos*.

cosas, en objetos pasivos, luego a convertir su carne en jabón, su piel en pantallas de lámparas, su pelo en relleno para las botas de las dotaciones de submarinos, su cabeza en pisapapeles (después de haber extraído los huesos, según la costum- bre de algunas tribus amazónicas, como mostró la fiscalía durante el proceso de Nuremberg, tras la presentación de dos que se encontraron sobre el escritorio de un jerarca nazi), sólo para terminar convirtiéndolos en cenizas, sustancia sin valor e insignificante por definición. Este recorrido quedó expuesto con todo detalle en las memorias del comandante de Auschwitz, Rudolf Höss, que reconstruyó la búsqueda del modo más sencillo, barato y eficaz para ejecutar el proyecto de remodelación de la composición étnica de la humanidad mediante el exterminio de personas consideradas inferiores[11]. Una búsqueda que comenzó con los fusilamientos en masa, continuó con los camiones sellados en los que las víctimas eran ahogadas por los gases del motor de combustión, y finalmente terminó con el Zyklon B de las cámaras de gas[12].

Por supuesto, esto también dependió de una aplicación rigurosa y cínica de

los principios fundadores de la tecnología moderna, cuya lógica se puede resu- mir en el objetivo de maximizar los resultados, reducir los costes y economizar tiempo para alcanzar los resultados previstos. Una lógica capaz de desplegarse libremente incluso por las crecientes oportunidades que ofrece la misma técnica para matar, evitando tanto el contacto directo con el cuerpo del enemigo como la aparición de posibles sentimientos de compasión provocados por la identifi- cación con el destino de la víctima[13].

Desde este punto de vista, los regímenes totalitarios parecen haber sido capa- ces de culminar un antiguo recorrido, pero que, gracias a ellos, adquirió una radicalidad completamente nueva, y, en última instancia, monstruosa. Tal como había hecho notar Hannah Arendt en la proximidad de estos sucesos, hasta el nazismo (pero se podrían decir cosas no demasiado diferentes para el estali- nismo) «el mundo occidental, incluso en sus períodos más oscuros, había [...] concedido al enemigo muerto el derecho al recuerdo como un claro reconoci- miento

de que todos somos hombres (y sólo hombres). [De hecho, sólo] porque el mismo Aquiles se preparó para el entierro de Héctor, los gobiernos más des- póticos honraban al enemigo muerto, los romanos permitían a los cristianos escribir sus martirologios [...], sólo por esto no todo estaba perdido y no podía estarlo. Convirtiendo en anónima incluso la muerte [...], los Lager la despojaron de su significado de final de una vida acabada. En cierto sentido, sustrajeron la muerte del individuo [...]. Su muerte no hizo más que sellar el hecho de que nunca había existido realmente» .

Ciertamente, es muy difícil localizar en la historia la primera vez en que apareció este tipo de comportamiento. Por ejemplo, después de la derrota de

[11] R. Höss, *Comandante ad Auschwitz.*

[12] Ch.R. Browning, *Nazi Policy, Jewish Workers.*

[13] Una impresionante descripción de esta capacidad técnica, en referencia a la destrucción de las ciudades alemanas por parte de la aviación anglo-americana, en W.G. Sebald, *Storia naturale della distruzione*.

Napoleón, salieron de Europa directamente a Yorkshire cientos de miles de cajas de huesos de hombres y caballos muertos en los campos de batalla, para ser molidos y vendidos como fertilizante[14]. Pero si el muestrario de las acciones humanas es, después de todo, limitado, las razones subyacentes a sus acciones son potencialmente infinitas. Por ello, una acción similar a la que acabo de mencionar, llevada a cabo por los nazis durante la Segunda Guerra Mundial, forma parte de un horizonte conceptual completamente diferente. A la lógica comercial de este asunto post-napoleónico (una lógica, por lo demás, interna a una sociedad todavía ligada a los ritmos naturales de la muerte/renacimiento y a la idea de la limitación de los recursos, y por lo tanto al reciclaje de los dis- ponibles) se opuso otra completamente diferente. De hecho, en Auschwitz en 1944 cualquier decisión de las autoridades nazis tenía un significado muy dife- rente. En primer lugar, la matanza de judíos y otros prisioneros de los campos de concentración no se debió a un evento en el fondo natural, como la guerra, un desastre que la humanidad se había acostumbrado a sufrir y al que había aprendido a sobrevivir. No se trataba, por tanto, de la idea de una reutilización de los cadáveres a fin de obtener algún beneficio concreto, sino la voluntad sencilla, predeterminada y sistemática de destruir. Y, de hecho, los cuerpos fueron quemados, luego sus restos fueron triturados y pasados por tamices cada vez más pequeños para convertirlos en un polvo tan fino que no conservara el más mínimo rastro de los seres humanos de los que procedía[15].

En estas decisiones sin duda pesaba el deseo de no dejar rastro de las fechorías realizadas, pero creo que también podemos ver la clara voluntad de ir más allá del trágico esfuerzo, muy frecuente en la historia humana, de deshumanizar a la víctima convirtiéndola en un ente pasivo sobre el que se ejerce una dominación total. Aquí, el objetivo era de hecho más radical: llegar, por así decirlo, a des- animalizar a la víctima, despojándola de la más mínima apariencia de un ser vivo. Por otra parte, ¿no era exactamente lo que Goebbels había prometido a los judíos en un discurso de 1942: «os vamos a matar sin restos y sin recuerdos»?

[16] La violencia activada en estos procesos se parece mucho a lo que los psiquia- tras llaman *proceso paranoico*. Esta expresión se refiere a la situación psicológica que surge cuando el Ego, frente a la sensación de no ser dueño del propio des- tino, se defiende buscando un chivo expiatorio que pueda explicar el origen de la situación angustiosa y proporcionar la seguridad de que se puede derrotar toda incertidumbre, indeterminación o efectos desestabilizadores, mediante la destrucción de la amenaza[17]. El paranoico intenta explicar toda la realidad, cada acontecimiento singular —irónicamente, a menudo de una manera muy racio- nal— a partir de su propio sufrimiento y de la búsqueda de quien lo provoca[18]. De ahí la aparición de ideas delirantes de persecución y la obsesión por las cons-

[14] C. Hedges, *Il fascino oscuro della guerra*, p. 38.
[15] G. De Luna, *Il* corpo *del nemico ucciso*, pp. 219-220.
[16] *Ibid*., p. 220.
[17] Véanse las reflexiones de J. Sémelin, *Purificare e distruggere*, pp. 18 *sqq*., 34 y 49 *sqq*.
[18] M. Recalcati, «Paranoia e ambivalenza».

piraciones, como reflejan las palabras pronunciadas en 1932 por el jefe bávaro de las SA sajonas, que había aclarado lo que debía ser la tarea del nacionalsocia- lismo: producir «odio y más odio»[19]. O, en un modo no contrario sino especular, la proyección exterior de su propio deseo de perfección, con la renuncia a si mismos para entregarse a una entidad externa por la que se sienten protegidos; el líder carismático el partido, etc. Estas dos actitudes, aparentemente opues- tas, comparten un deseo inconsciente de expulsar todo tipo de duda, temor o incertidumbre, para crear un mundo sin conflictos, pacificado, claro y transpa- rente. Un sistema perfectamente paranoico es, sin duda el descrito por George Orwell en *1984*. Aquí, por ejemplo, el programa de capacitación en la neolen- gua —el nuevo idioma que el pueblo de Oceanía tuvo que aprender— preveía el *stopcrime*, esto es, la capacidad de detenerse cuando se acercaba a la orilla de un pensamiento peligroso, y el *blackwhite* (o *double-think*), o sea la capacidad de decir al mismo tiempo que lo blanco era negro y que lo negro era blanco cuando el régimen lo solicitaba. Una habilidad que, sin embargo, debía impli- car la inmediata cancelación en la memoria del recuerdo de haber dicho, un momento antes, todo lo contrario de lo que se alegaba después[20].

Pero la relación entre la paranoia y la política no es sólo un hecho litera-

rio. El resultado de la creencia que Goebbels sintetizó en 1931 —«Quien puede considerar un asunto en sus diferentes aspectos pierde seguridad y rigor en el juicio»[21]— siempre viene acompañada, y más aún en los totalitarismos, con la tentativa de eliminar incluso las palabras que expresan la contradicción, que permiten pensarla. Desde este punto de vista, son importantes las directrices que imponen los regímenes totalitarios para el control de la prensa, que por un lado señalan la lista de los términos y sujetos prohibidos, y por otro indican cómo deben ser tratados los asuntos tolerados[22].

La paranoia es, por lo tanto, «un trastorno de la identidad», «una defensa frente a la inestabilidad del ser»[23]. Es evidente que el modelo paranoico es sólo un modelo. Pero la historiografía ha subrayado que la

obsesión sobre el ene- migo se extiende cuando una comunidad siente debilitarse su propia identidad, cuando sus puntos de referencia entran en crisis, cuando se siente desestabili- zada y cuando trata de expulsar todas las contradicciones que la confunden.

Como saben muy bien los historiadores y los sociólogos, la fuerte fragmen- tación social termina por reflejarse en la dimensión individual. Y si tenemos presentes las crisis y las transformaciones radicales que se produjeron en los siglos xix y xx, creo que es más fácil de entender algunos mecanismos que han caracterizado a la época contemporánea: la elaboración de identidades colecti- vas «blindadas», monolíticas, y la construcción de un «enemigo total» sobre el que descargar la agresividad destructiva; la exaltación de la ortodoxia y la demo-

[19] S. Cavazza, «Delegittimazione nelle transizioni di regime», p. 216.
[20] S. Forti, «Scene di paranoia in Oceania», p. 166.
[21] F. Ingravalle, «Il nichilismo politico», p. 148.
[22] Sobre el caso italiano, véase N. Tranfaglia, *La stampa del regime 1932-1943*.
[23] M. Recalcati, «Paranoia e ambivalenza», pp. 278-279.

nización de la herejía; la obsesión por la conspiración y la traición; la difusión de la cultura de la sospecha[24]. La violencia, además, no tiene sólo una función destructiva, no nace únicamente para golpear o defenderse. También tiene una función constructiva, porque es un modo de refundar la vida en común para construir o reconstruir una comunidad que siente en el umbral de la desin- tegración[25]. De hecho, algunos estudios de sociología y de criminología han demostrado que la violencia también puede surgir incluso de «grados excesivos de solidaridad» entre grupos que se activan para derrocar el orden existente o que reaccionan a la amenaza de aquéllos que les quieren alejar del poder[26].

De modo que la violencia es también una paradójica «forma extrema de sociabilidad» y de comunicación. Por lo tanto, tiene el propósito de aterrorizar o eliminar a los oponentes, y hacer más claros y eficaces sus propios mensajes. De alguna manera, se podría decir que la violencia no surge del «fracaso del diá- logo», sino de su exasperación. Las relaciones humanas, como se ha observado con agudeza, no sólo se rigen por el intercambio de bienes, sino también por el intercambio de daños[27].

Es en este afán de comunicar explícitamente los propios valores donde se encuentran muchas de las violencias simbólicas perpetradas durante la guerra civil española de 1936 a 1939. En el caso de los republicanos, las profanaciones, las mutilaciones o la ejecución de las imágenes religiosas, así como el destino deparado a los cadáveres de nobles y clérigos exhumados de sus tumbas, pueden ser considerados no sólo como explosiones de violencia salvaje o actos de intimi- dación hacia el adversario, sino también como actos programados para afirmar la propia fe, denunciando las falsas creencias sobre la incorruptibilidad de cuer- pos de los servidores de la Iglesia o mostrando la igualdad sustancial de todos los hombres, una vez despojados de sus símbolos terrenales de superioridad[28].

Creo que tener presentes estas cuestiones implica una propuesta metodológica importante: si el enemigo es, ante todo, una construcción social, su represen- tación, las herramientas usadas para localizarlo,

reprimirlo y eliminarlo, son fuentes útiles para leer al contraluz cuáles son los temores y las angustias que una sociedad identifica como insostenibles en su seno y que tiene por lo tanto necesidad de descargar hacia el exterior, sobre sus víctimas. Por otra parte, esto también nos permite analizar, a través de las formas consideradas legítimas para matar o reducir al silencio al enemigo, la imagen que una sociedad tiene de sí misma y la que quiere transmitir al exterior.

Alain Corbin ha estudiado, por ejemplo, cómo la transformación de las ejecu- ciones del enemigo entre la Revolución Francesa y las masacres de la Comuna de 1871 indica una transformación más general de la sensibilidad colectiva frente

[24] M. Revelli, «Processi politici e paranoia» p. 192.

[25] A. Appadurai, *Sicuri da morire*, pp. 11-12; J. Sémelin, *Purificare e distruggere*, pp. 107-108.

[26] V. Ruggiero, *La* violenza *politica*, p. 172. Para una amplia reconstrucción del debate sobre estos temas, véase E. González Calleja, *La violencia en la política*.

[27] M. Delgado Ruiz, «Confini labili», pp. 136, 148 y 154.

[28] G. Ranzato, «La guerra civile spagnola», pp. 295-301.

a la violencia. Desde el siglo xviii, una serie de factores modificaron las normas que regulaban el ejercicio de la violencia pública contra el cuerpo del enemigo: la consolidación de normas higiénicas más sofisticadas, el temor suscitado por la sangre después del descubrimiento por la medicina de su naturaleza como vehículo potencial de infección, la afirmación de la filantropía y la atención al sufrimiento del prójimo, la evolución del derecho penal y la reclamación de que el castigo fuera proporcional al delito. Todo ello promovió el fin de la tortura, de la exhibición pública del cuerpo vivo del delincuente y luego de la exposición de su cadáver, con el abandono de las prácticas de desmembramiento y la aparición de modos de matar, como la guillotina, que estaban diseñados para no causar sufrimientos innecesarios.

Este camino continuó a lo largo del siglo xix, e hizo desaparecer progresi- vamente de la escena pública tanto la guillotina como los condenados. Estos últimos comenzaron a ser trasladados del tribunal a la cárcel en coches cerrados, mientras que su ejecución se llevó a cabo en silencio, al amanecer, a menudo en lugares no accesibles a la población, como los cuarteles. Los ejecutores también comenzaron a molestarse en ocultar las huellas de sus actos homicidas[29].

Incluso durante la Gran Guerra no fueron publicados fácilmente las fotos de cadáveres, especialmente de los soldados propios, pero sin duda, que yo sepa, también están ausentes de las fotografías destinadas al público en general las imágenes de cuerpos desmembrados o en descomposición, así como los rostros desfigurados de los soldados[30]. Lo que se ofreció fue una representación aséptica de la guerra, alejada en lo posible del sufrimiento. Si pensamos en las guerras actuales, en las que cualquier rastro del cuerpo del enemigo muerto desapa- rece en beneficio de las batallas aparentemente virtuales, que se siguen como un videojuego en las pantallas de ordenador, podemos entender cuán lejos se ha ido por este camino.

Por supuesto, la antigua relación entre la muerte de enemigo —interno o externo— y la ceremonia pública no ha desaparecido por completo, pero en el siglo xx el esfuerzo por separar estos dos momentos se ha convertido en la norma dominante, al menos en los

casos en los que las masacres han sido ges- tionadas y planificadas por el Estado. En el siglo xx han desempeñado un papel importante tanto la «masacre administrativa» decidida desde arriba y ejecu- tada con frialdad burocrática[31] como la ejecución sumaria. Desde este punto de vista, los mecanismos de tipo paranoico, que conducen a la ruptura radical de cualquier relación con los demás, una vez que se activan (especialmente debido a que, en una situación de inestabilidad social, el odio y el miedo se extienden para mantener el poder o para conquistarlo) facilitan sin duda la capacidad de matar sin odio, con indiferencia.

Como Zygmunt Bauman ha explicado bien, el odio es una pasión que puede

debilitarse con el tiempo, y por lo tanto no puede explicar las masacres de dece-

[29] A. Corbin, «I massacri nelle guerre civili della Francia», pp. 245 y 262-263.

[30] S. Delaporte, *Les gueules cassés*; E. Friedrich, *Guerra alla guerra.*

[31] Z. Bauman, *Olocausto e modernità*; E. Traverso, *La violenza nazista*.

nas o centenares de miles de personas que se prolongan en el tiempo[32]. Uno de los casos más impresionantes de las masacres en la «indiferencia», por así decirlo, fue la masacre de Nanjing en 1937, cuando en seis semanas decenas de miles de civiles chinos (según algunas fuentes, las muertes ascendieron a casi 300.000) fueron asesinados por el ejército regular japonés mediante fusilamien- tos en masa, violaciones, mutilaciones, castraciones y empalamientos. Otro aspecto preocupante de este episodio es que los medios de comunicación japo- neses siguieron día a día, con gran interés, la auténtica competición deportiva que surgió entre algunos oficiales, y que otorgaba la victoria a quien hubiese matado al mayor número de chinos antes de que el ejército terminase por ocu- par completamente la ciudad[33].

También la ejecución sumaria como práctica generalizada de eliminación del adversario reclama la fusión entre la figura del criminal y el enemigo de la que hemos venido hablando. Este método de asesinato en masa se ha convertido en una de las formas contemporáneas de la masacre. Por ejemplo, durante la represión de la Comuna en 1871, la mayoría de los muertos fuera del campo de batalla se dio precisamente en ejecuciones sumarias. Lo mismo ocurrió en España entre 1936 y 1939.

Esta forma de represión del enemigo muestra cómo, desde el siglo xix, nos hemos alejado progresivamente de las modalidades típicas de la *jacquerie* y los disturbios urbanos del Antiguo Régimen[34]. Al mismo tiempo, también indica el inicio de ese proceso especular que ha contemplado la progresiva militarización del conflicto social y la adopción por parte del conflicto militar de los procedi- mientos judiciales tradicionales previstos en los procesos civiles a los criminales. Con la diferencia de que ahora la emisión de la condena y su ejecución se han hecho inmediatas, y que la verdadera culpa no ha sido individuada en un delito específico, sino en el mero hecho de pertenecer a un grupo que, por orientación ideológica o por composición social o racial, es considerado como enemigo. Como bien resumió uno de los dirigentes del Gran Terror soviético, el «comité»

que decidía la eliminación «era un órgano de combate que actúa sobre el frente interno de la guerra civil con los medios de la investigación, de los tribunales y de las fuerzas armadas»[35].

Sin embargo, la violencia-espectáculo no desapareció por completo. Los atentados —que se convirtieron en un modo de muerte relativamente común desde la segunda mitad del siglo xix— comportaban por ejemplo la efusión de sangre y la exposición de los cuerpos mutilados y descuartizados de las víc- timas. La violencia-espectáculo se manifestaba también en la exhibición de las cabezas cortadas de los rebeldes en las colonias, sostenidas en la mano como trofeo, o en las fotos de recuerdo junto a los cadáveres de los ahorcados. Un

[32] Una amplia reconstrucción histórica de las tipologías de la masacre en D. El Kenz (ed.), *Le massacre, objet d'histoire*.

[33] I. Chang, *Lo stupro di Nanchino*.

[34] Para un cuadro comparativo, J. Canal, «La guerra civil en el siglo xix».

[35] Cit. en G. Ranzato, «La guerra civile spagnola», p. 287.

abuso que en el siglo xx comenzó a practicarse en Europa, contra poblaciones europeas o que vivían y residían allí desde hacía largo tiempo, como en el caso de la guerra polaco-soviética de 1920, y en mayor escala durante la Segunda Guerra Mundial[36].

La violencia-espectáculo tiende de todos modos a resurgir cada vez que el aspecto comunicativo de la violencia prevalece, y el deseo de disipar al enemigo cualquier duda sobre las propias intenciones vence a los escrúpulos morales. Por ejemplo, en una fecha tan tardía como 1959, durante la guerra de Argelia, des- pués de una serie de atentados de la resistencia argelina, los militares franceses mostraron los cuerpos de los terroristas —o sospechosos de tales— capturados; en otras ocasiones llevaron los cuerpos en giras que eran verdaderos cortejos fúnebres. En una ocasión se llegó incluso a embalsamar los cuerpos para pro- longar su exposición pública[37].

Hoy en día, en la época del asesinato de los rehenes transmitido por Inter- net por Al Qaeda, esta realidad ha vuelto inesperadamente a la palestra. Su significado resulta diferente en muchos sentidos, incluso y en cierto modo parece opuesto al original. De hecho el poder, que antes se autoexaltaba a través de la sangre de los culpables vertida en la plaza pública, prefiere ahora afirmarse y legitimarse a través de la sangre de las víctimas del atentado, de los inocentes[38].

Sin embargo, el predominio a lo largo del siglo xx de formas de violencia «fría» —esto es, la realizada con un estilo, por así decirlo, burocrático— como la principal causa de muerte, nos muestra otra importante transformación de las modalidades de lucha contra el enemigo. Un requisito previo para este tipo de violencia es la tradicional vinculación del enemigo con la impureza, que implica su comparación con los animales considerados peligrosos o repulsivos, como pulgas, piojos, cucarachas, ratas, chacales, y más tarde, microbios infecciosos[39].

Pero la diferencia radica en que, entre los siglos xix y xx, este elemento tra- dicional comenzó a combinarse eficazmente con el lenguaje científico y médico de la higiene y de la salud. Consideremos, por ejemplo, otro acontecimiento histórico, como la destrucción

sistemática de las iglesias en las zonas bajo el control de los republicanos españoles. También este hecho fue leído desde esta perspectiva: a través de la dinamita, y con el desmoronamiento y la sepultura de los restos de las iglesias en las plazas de los pueblos tras el ritual purificador de fuego, se expresó de hecho la voluntad simbólica de destruir el más pequeño rastro de los brotes por los que la infección clerical podría extenderse. Esta misma preocupación llevó a la emisión de bandos que requerían a la población la entrega de todo objeto religioso imágenes, libros sagrados, rosarios y cual- quier otro objeto de culto— para que también fueran destruidos por el fuego. El recuerdo de las antiguas prácticas de la Inquisición se sumaba a las moder-

[36] Paczkowski, «Polonia, la “nazione nemica”».
[37] Véase G. De Luna, *Il corpo del nemico ucciso*, p. 96.
[38] Véase A. Corbin, «I massacri nelle guerre civili della Francia», pp. 260 *sqq*.
[39] A. Ventrone, «El enemigo interno».

nas teorías higiénicas de la desinfección para legitimar el esfuerzo de destruir el virus capaz de contaminar a la propia comunidad[40].

El uso frecuente de lenguaje médico estaba, por otra parte, ligado a su capaci- dad para mostrarse en disposición de determinar la causa de la enfermedad y la terapia para curarla; para presentarse como objetivo, irrefutable y por lo tanto sin alternativa, moral y políticamente neutro; para proporcionar, en suma, las herramientas conceptuales —la intervención quirúrgica o el tratamiento pro- filáctico, como veremos más adelante— a través de los cuales establecer una estrategia política clara. Por ello, el lenguaje médico se mezcló rápidamente con el eugenésico, y luego con el racial elaborado en la época del imperialismo y durante las prácticas racistas de la guerra colonial.

Ya en la experiencia de la Comuna de París, el temor despertado por las *clases peligrosas* dio lugar al resurgimiento del odio racial y el odio de clases, que se combinaron con la denuncia de su inferioridad biológica. Pero la experiencia colonial resultó fundamental en la España de los años treinta, especialmente a través de la represión en Marruecos[41].

Por otra parte, para la ciencia de la época las conductas desviadas —incluidas las políticas— se derivaban de taras biológicas preexistentes en el organismo. No es sorprendente que, según Richard Tombs, en 1871 los comuneros que iban a ser fusilados fueran identificados incluso teniendo en cuenta sus caracterísi- cas físicas y morales, que para la cultura de la época eran las dos caras de una misma realidad: muchas de las víctimas fueron los militantes más activos, los borrachos, las concubinas y, por supuesto, aquéllos que parecían físicamente repugnantes[42].

Sin embargo, la Primera Guerra Mundial supuso un decisivo punto de inflexión. Fue entonces cuando se convirtió en sistemático el recurso a la supe- rioridad racial y cultural de algunas naciones europeas sobre otras, a través de la utilización del mismo lenguaje que se había usado hasta entonces para legitimar el sometimiento, si no el exterminio, de los pueblos extraeuropeos. Lo que los expertos de hoy en día llaman «guerra

asimétrica», la que no se libra entre igua- les, sino entre *inferiores* y *superiores*, encontró así un nuevo aliento.

Estos argumentos resultan bien conocidos, y recordamos algunos casos límite, como el estudio del médico francés Edgar Bérillon, que tuvo una amplia difusión en Italia, y que sostenía que el origen de la propensión violenta de los alemanes debía ser buscado en su específica morfología anatómica, caracterizada por el desarrollo desproporcionado del sistema digestivo. Este hecho provocaba «tras- tornos digestivos» que, a su vez, como sucedía a los toros o a los rinocerontes, generaban explosiones de ira incontrolable y comportamientos salvajes[43].

Pero también pienso en los intensos debates que se produjeron en todos los países sobre la legalidad del llamado «aborto terapéutico» para las mujeres

[40] G. Ranzato, «La guerra civile spagnola», pp. 301-303.
[41] S. Balfour, *Abrazo mortal*.
[42] R. Tombs, *The War against Paris.*
[43] *Bromidrose fétide de la race allemande*, París, 1915.

violadas por el enemigo. Los debates, como en el caso francés estudiado por Audoin-Rouzeau, se elevaron incluso hasta la legitimación del infanticidio, que fue comparado con la muerte del enemigo en el campo de batalla. O, como en caso italiano que he estudiado, con el argumento de que de seres degenerados como los alemanes no podían nacer sino otros seres degenerados[44].

Otros dos momentos importantes en este proceso fueron, como hemos visto, primero la Guerra Civil española y luego la Segunda Guerra Mundial. En ambos casos se aplicaron de hecho las mismas técnicas bélicas de las guerras coloniales y el mismo lenguaje de «cruzada». En lo que respecta al nazismo, basta pensar en las palabras de Hitler en una conversación con Martin Bormann sobre la nece- sidad de transformar a los países eslavos en una especie de «India germánica», a través de la adopción de las mismas medidas de exterminio adoptadas por los ingleses en el subcontinente y por los estadounidenses contra los pieles rojas[45].

El encuentro entre el lenguaje el médico y el político no terminó sin embargo con el final de la Segunda Guerra Mundial. Un ejemplo significativo fue el caso francés: durante de la Guerra Fría, los militares galos elaboraron una doctrina, llamada la «guerra contrarrevolucionaria», con el fin de identificar y legitimar las formas y herramientas dirigidas a la aniquilación del enemigo interno.

En los manuales elaborados por las fuerzas armadas francesas en los años cin- cuenta, las metáforas de carácter médico llegaron a ser muy frecuentes, pero con algunas innovaciones importantes que merecen ser destacadas. Si una estrategia quirúrgica parece haber sido útil para ejecutar una «guerra caliente», ahora se encontraban con la Guerra Fría, en la que era imposible eliminar el verdadero centro de donde emanaba la subversión —la Unión Soviética—, de modo que era necesario encontrar una nueva estrategia. No hay que olvidar que en un país como Francia (en parte por el recuerdo reciente de lo que los regímenes fascis- tas habían hecho) era muy difícil resolver el problema con un golpe de Estado, como había sido posible hacer en España en los años treinta. La medicina gene- ral, cuyo propósito es prevenir las

infecciones que, inevitablemente, tarde o temprano, llegan a afectar a todo el cuerpo, se convirtió en el modelo a seguir.

En otras palabras, frente a la capacidad de las ideologías subversivas para

echar raíces entre las masas populares, como les parecía evidente a los mandos militares sobre todo en Indochina y Argelia, no eran suficientes las prácticas de intervención quirúrgica dirigidas contra grupos individuales de opositores. Los modos represivos tradicionales, que en el fondo habían sido aceptados por el nazismo y el fascismo, ya no eran las herramientas más adecuadas; no por casualidad utilizaron las metáforas de la intervención quirúrgica, del bisturí, para describir sus acciones dirigidas a eliminar la parte enferma y prevenir que la infección se propagara por todo el cuerpo social.

Se sabe que Hitler imaginaba cubrir en la política un papel similar al de Pas- teur y Koch en la historia de la medicina y la lucha contra las infecciones. Pero,

[44] S. Audoin-Rouzeau, *L'enfant de l'ennemi (1914-1918)*, pp. 99-102 y 165-166; A. Ventrone, *La seduzione totalitaria*.

[45] E. Traverso, *La violenza* nazista, pp. 83-86.

de nuevo en el período de entreguerras, la metáfora favorita fue siempre la de la eliminación de la parte enferma como requisito previo para la recuperación, la eliminación de la causa del contagio. Mussolini también detectó en el parla- mento el «bubón desagradable» que había que extirpar, y las mismas metáforas fueron utilizadas por los regímenes comunistas[46].

Pero en la era de la Guerra Fría, el problema de la cura se situó en otro plano. La estrategia elegida debería ser capaz de aprender las lecciones del pasado y encontrar nuevas soluciones adaptadas a los cambios provocados por la aparición de un sistema bipolar de relaciones internacionales, basado en la con- frontación/enfrentamiento entre los Estados Unidos y la Unión Soviética. Si con un ojo se debía mirar hacia el pasado, el otro debía ser dirigido al presente y al futuro.

Por un lado, algunos pensaron que los esfuerzos debían orientarse a forta- lecer las *naturales* defensas inmunitarias de la comunidad nacional, a través de una acción represiva lo más amplia posible. Sin necesidad de renunciar a la primera hipótesis, otros estaban convencidos de que la promoción de acciones terroristas —como atentados, asesinatos y sabotajes— podría desempeñar una importante función preventiva, sin la cual la batalla estaría perdida desde el principio: estas acciones preventivas tendrían, por lo tanto, el mismo papel que las vacunas sobre los organismos vivos. De hecho, provocando el caos social, es decir, un estado de trastorno temporal, la comunidad nacional estaría obligada a despertar y a activar todas las energías disponibles para luchar contra el mal, liberando sus anticuerpos (en este caso, fuerzas de policía y eventualmente el ejército) para luchar contra los gérmenes infecciosos, en otras palabras, contra los subversivos.

El terror ya no era pensado sólo como una herramienta para asustar al ene-

migo y mostrar la fuerza y la decisión de la propia causa, sino también como la vacuna necesaria para obligar al organismo social a generar —y hacer trabajar prontamente— aquellos anticuerpos que por sí mismo no era capaz de acti- var. Cabe señalar que esta doctrina primero se difundió en los Estados Unidos, donde ejerció una amplia influencia en el trabajo

de las fuerzas armadas y de la inteligencia americanas, y llegó a Italia durante los años sesenta, donde ali- mentó la llamada «estrategia tensión» de la extrema derecha y de los sectores más decididamente anticomunistas y antidemocráticos del aparato estatal, hasta principios de los años ochenta[47].

Por último, quiero llamar la atención sobre un último aspecto. Hoy en día, la desorientación causada por los procesos de globalización está actualizando una respuesta similar a la que he tratado de analizar: una respuesta de tipo escato- lógico. De hecho, el fundamentalismo islámico me parece capaz de propiciar incluso el regreso a la teoría de una «concepción ética de la guerra», esto es, de la guerra y de la exaltación de la muerte del enemigo como un medio de

[46] A. Ventrone, *La seduzione totalitaria*, p. 73.

[47] G. Périés, «Du corps au cancer». Sobre la llegada de esta lógica a Italia, véase *La guerra rivoluzionaria*.

regeneración individual y colectiva. Pero en otros lugares, como por ejemplo en el fundamentalismo cristiano de los llamados «neoconservadores» reunidos en torno de la administración de George W. Bush incluso antes del ataque a Irak, se teorizó la necesidad de un *gran acontecimiento* capaz de obligar al país a reagruparse, a redescubrir la solidaridad interna, a dejar de lado la tentación del individualismo y volver a sentirse «comunidad».

Por lo tanto, ha aparecido de nuevo el riesgo de volver utilizar categorías que creíamos que pertenecían al pasado; categorías que han recobrado actualidad a causa del resurgimiento de la nostalgia en relación a una inexistente armonía perdida y a la esperanza, que la historia se ha ocupado de desmentir, de que sea posible recuperar esta armonía a través de la violencia ejercida sobre el cuerpo del enemigo.

Traducción del italiano de Eduardo González Calleja

PARÍS, MAYO-JUNIO DE 1968
¿una guerra civil mimética?

Stéphane Audoin-Rouzeau
EHESS, Centre de Recherches Historiques

En este texto quisiera intentar una experiencia. Esta consiste en observar los acontecimientos que tuvieron lugar en París, entre los meses de mayo y junio de 1968 —más concretamente, la serie de disturbios que se sucedieron entre el 3 de mayo y el 11 de junio—, desde la perspectiva de los temas que normal- mente me ocupan: la violencia de guerra, los gestos y las prácticas utilizados en el marco de la actividad guerrera. Se trata, así pues, de analizar las nueve secuencias[1] de enfrentamientos violentos que tuvieron lugar en París a partir de principios de mayo de 1968 bajo el prisma de una «interrogación guerrera». Y todo ello, a través de dos fuentes principales: por un lado, los textos, ya que estas violencias estuvieron acompañadas, por ambas partes, de una rica pro- ducción discursiva; del otro, la imagen, que constituye un poderoso modo de acercamiento a lo ocurrido en las calles de la capital francesa en la primavera de 1968.

Esta perspectiva se nos aparece como más legítima aún si se tiene en cuenta
que, en Francia, históricamente, el hecho de ocupar una parte del espacio urbano mediante barricadas constituía efectivamente un acto de rebelión polí- tica que provocaba una batalla abierta en la que el ejército regular participaba con todos sus medios, esto es, armas de fuego y

artillería, provocando pérdi- das extremamente graves entre los sublevados, como muestra el balance de los combates callejeros que tuvieron lugar a lo largo del siglo xix[2]. Asimismo, la barricada pudo convertirse en un instrumento de guerra urbana contra las tropas de una potencia ocupante, como ocurrió en París en la insurrección de agosto de 1944. En mayo de 1968, en cambio, nos encontramos ante una serie de batallas ordenadas y miméticas en el marco de una guerra civil, también mimética, que duró dos meses. Las páginas siguientes están dedicadas, precisa- mente, a esta *mimesis*.

[1] Estas nueve secuencias son las siguientes: el 3, 6 y 7 de mayo (primera noche llamada «de las barricadas», que no termina hasta la mañana del 11, hacia las 5'30 h), el 22 y 23 de mayo, el 24 de mayo (segunda «noche de las barricadas»), el 10 y 11 de junio.

[2] A. Corbin y J.-M. Mayeur, *La barricade*.

J. Canal y E. González Calleja (eds.) *Guerras civiles. Una clave para entender la Europa de los siglos xix y xx*, Collection de la Casa de Velázquez (130), Madrid, 2012, pp. 135-147.

I. — ¿LA MUERTE EN EL HORIZONTE DE EXPECTATIVAS?

En la primavera de 1968, el recuerdo histórico de la violencia callejera pari- sina —en estos casos, violencias de guerra civil abierta— influyó claramente en las representaciones, los actos y los discursos de los actores sociales. A lo largo de todo el periodo de mayo-junio de 1968, la dimensión potencialmente letal de la revuelta obsesiona tanto a los responsables del mantenimiento del orden como a los periodistas y a los estudiantes manifestantes. En este sentido, no resulta necesario aquí hacer referencia a las grandes masacres urbanas que tuvieron lugar en junio de 1848 o en mayo de 1871, sino que basta con destacar que en la IIIª República, entre 1872 y 1914, se produjeron 51 muertes en las manifesta- ciones de las calles francesas, y que, de 1919 a 1989, en setenta años, hubo 118 muertes más. Y ello sin contar las numerosas víctimas del 17 de octubre de 1961 en París[3]. Aunque la tendencia lleve a la reducción de los picos de violencia, Alain Dewerpe nos recuerda, con razón, que si bien «la mort en manifestation est un fait rare, relativement au nombre de manifestations et de manifestants, elle demeure à son horizon»[4].

Este era, precisamente, el horizonte de uno de los actores principales de las
jornadas de mayo-junio de 1968 en París: el prefecto de policía Maurice Gri- maud. La lectura de sus memorias[5] nos muestra que, durante los disturbios, varios recuerdos le vinieron a la cabeza: entre ellos, el de la revuelta del 6 de febrero de 1934, que vivió siendo un joven estudiante parisino; también el de la manifestación del 8 de febrero de 1962 y la masacre ocurrida en la estación de metro Charonne; y, finalmente, los de las manifestaciones urbanas más recientes en Berlín, Tokio, Río de Janeiro y Varsovia. En la respuesta escrita a la interven- ción de un concejal de París, sorprendido por la pasividad de la policía parisina ante los primeros disturbios, Maurice Grimaud aludía, asimismo, con la fina- lidad de desmarcarse mejor de ellos, el «tableau de chasse» de los policías de esas ciudades[6]. En sus memorias, escritas casi una década después, aborda varias veces la

cuestión de la posibilidad de abrir fuego contra una manifestación en la calle: «Bien entendu, il y a toujours la possibilité d'affronter une foule avec des armes à feu et de la réduire»[7]. Sin embargo, añade más adelante, «je savais que si un soir nous avions à relever […] les dizaines de morts d'une fusillade, cela risquait fort d'être le signal d'une aventure dont nul ne pouvait prévoir l'issue»[8]. En las conclusiones, el prefecto de Policía insistía de nuevo en este tema: «Les mauvais moments? La peur d'abord. La peur du drame. La peur des coups de feu […] Les tirs de grenades et leurs énormes et déchirantes explosions n'al-

[3] D. Tartakowsky, *Les manifestations de rue en France.*

[4] A. Dewerpe, *Charonne 8 février 1962*, p.17.

[5] M. Grimaud, *En mai, fais ce qu'il te plaît.*

[6] *Bulletin municipal officiel de la Ville de Paris*, 30 de abril de 1968, cit. por M. Grimaud, *En mai, fais ce qu'il te plaît*, p. 77.

[7] M. Grimaud, *En mai, fais ce qu'il te plaît.*

[8] *Ibid.*, p. 135.

laient-ils pas être couverts par la froide rafale des armes à feu? Que cela ne soit jamais arrivé, c'est bien sûr le grand soulagement de ces six semaines»[9].

Como eco de lo anterior, en buena medida, resulta posible darse cuenta de que los responsables políticos del momento compartían los mismos miedos que el prefecto de policía. De esta manera, refiriéndose al proyecto de evacuación de los institutos ocupados, el ministro de Educación, Alain Peyrefitte, le comentó, el 20 de mayo: «Si jamais le sang coulait, ce serait affreux»[10]. De forma parecida, afirma que el ministro del Interior, Christian Fouchet, le pareció inquieto, el 31 de mayo, por «éviter le massacre dont nous ne voulions ni l'un ni l'autre»[11]. Esta frase es plenamente coherente con la firme oposición del ministro a utilizar el ejército para reforzar los efectivos de las fuerzas del orden. Ello le llevó también a rechazar la intervención de la reserva gubernamental de la gendarmería inte- grada por las unidades blindadas del cuartel de Satory[12].

Debe tenerse en cuenta que este horizonte de expectativas de la muerte en la calle era *también* el de los manifestantes. Grimaud, que era consciente de ello, escribió, en referencia a la segunda noche de violencia, el 6 de mayo: «On accuse couramment la police de tuer les étudiants et de faire disparaître les corps»[13]. En los diarios que escribía sobre el terreno, el 13 de mayo anotó el grito de «Grimaud asesino» que corearon los manifestantes, añadiendo, a continuación: «Le bruit a couru que les policiers avaient jeté des cadavres d'étudiants dans la Seine,… rien de moins!»[14] Podemos ver, en este caso, cómo el recuerdo de las expediciones punitivas *(ratonnades)* del 17 de octubre de 1961 influía de manera implícita en las representaciones de los actores sociales. Y, en efecto, las fotografías del desfile del 13 de mayo muestran una pancarta con las siguientes palabras: «Des blessés et des morts», mientras que otra lleva impresa la siguiente pregunta: «Où sont nos morts?[15]». Tras la primera «noche de barricadas», Daniel Cohn-Bendit, en el *Nouvel Observateur* del 15-21 de mayo, vuelve a retomar el tema de las muertes

[9] *Ibid.*, p. 321.

[10] *Ibid.*, p. 220.
[11] *Ibid*, p. 297.

[12] Evidentemente, podemos pensar en la posibilidad de que Maurice Grimaud acentuara a posteriori su preocupación por evitar que corriera «le sang des jeunes Français» (*ibid*., p. 298). Tenemos un buen ejemplo de la valoración de su propio papel en esta frase de sus memorias:
«Longtemps je ne pus sortir dans Paris sans être abordé par les uns ou les autres qui voulaient me dire […] qu'ils m'étaient reconnaissants d'avoir évité le massacre de leurs enfants» (*ibid*., p. 336). La verdad nos obliga a decir que en las notas escritas en el mismo momento de los hechos, la cuestión de abrir o no fuego contra los estudiantes solamente aparece de manera implícita. Cierto es, también, que en su agenda hay muchas lagunas en los días de máxima alerta, entre el 7 y el 12 de mayo y, más adelante, entre el 23 y el 25 del mismo mes. Según el testimonio de tres periodistas del *Nouvel Observateur,* en la noche del 10 al 11 de mayo, el prefecto de policía, que fue interpelado a las 2 de la mañana para que advirtiera a los estudiantes de una carga inminente, respondió:
«Si je les préviens, ils auront le temps de s'organiser et nous aurons un massacre». (J. Alia, Y. Le Vaillant y L. Roux, «Les sentiers de la déroute», *Le Nouvel Observateur*, p. 28).

[13] M. Grimaud, *En mai, fais ce qu'il te plaît*, p. 119. [14] M. Grimaud, *Je ne suis pas né en mai 1968*, p. 322. [15] *Noir et blanc*, p. 14.

de manera más prudente, aunque explícita: «Des gens nous disent maintenant : vous avez obtenu des résultats, c'est vrai, mais cela vous a coûté des centaines de blessés et peut-être —on finira bien par le savoir — plusieurs morts. N'était-ce pas payer trop cher vos succès?»[16].

Al rumor de los muertos provocados por la policía se opone, de manera simé- trica, otro rumor, en este caso de origen policial, sobre el armamento de los manifestantes, sospechosos de querer disparar contra las fuerzas del orden. La primera alusión a este tema aparece en las notas de Maurice Grimaud el 27 de mayo, evocando una declaración de Christian Fouchet «sur des bruits d'attaques avec armes à feu (?) alors que nous n'avons rien recueilli de tel»[17]. Un poco más tarde, el día 1 de junio, después de que Casso, el jefe de los bomberos, hubiera contado al prefecto de la policía que en la Sorbona tenían «cinq mitrailleuses, 10 mitraillettes, etc…», Grimaud, preocupado, escribe: «C'est peu vraisemblable mais il donne force détails. Ces bruits circulent de tous côtés sans qu'on sache très bien qu'en penser»[18].

Resulta interesante observar que en donde no hay muertos —o, en todo caso, cadáveres humanos visibles— el discurso periodístico favorece la creación de avatares. En un número especial dedicado por *France-Soir* a estos acontecimien- tos, los comentarios de los pies de fotografía aluden a los coches «blessées *à mort* dans la bataille de la nuit [del 10 al 11 de mayo]»[19]. También se refieren a la «muerte» de los árboles: «Au gré de cette guerre de mouvement [en la noche del 24 al 25 de mayo], les *cadavres* d'arbre sont placés et déplacés par les deux camps»[20].

A este rumor de los muertos provocados por la Policía, acompañado del de la desaparición organizada de los cadáveres, debe añadirse el del empleo de gases de combate, supuestamente del mismo tipo usado en Vietnam por las tropas americanas. El profesor Kahn protestaba el 12 de mayo, en consecuencia, en un comunicado AFP, precisando que las autoridades médicas, que no habían sido prevenidas, se encontraban impotentes ante los manifestantes intoxicados. Los hechos se citan en una octavilla titulada *Gaz de guerre!*, firmada por los Comi- tés de acción 3 de mayo, que difundía el rumor en términos particularmente

dramáticos[21]. En el mismo texto al que ya hemos hecho alusión, Cohn-Bendit retoma este tema: «Les gaz utilisés contre nous […] étaient des gaz de combat

[16] Daniel Cohn-Bendit, «Notre commune du 10 mai», en «La France face aux jeunes», *Le Nou- vel Observateur*, p. 34. El 5 de junio la Policía acabó encontrando a los «desaparecidos» de la lista que había elaborado la «Commission d'enquête Sorbonne». En la mayoría de los casos se trataba de fugas familiares o amorosas. En ese momento cesaron los rumores, que se habían propagado durante varias semanas.

[17] M. Grimaud, *Je ne suis pas né en mai 1968*, p. 333.

[18] *Ibid.*, p. 339. Otros rumores del mismo tipo habían circulado el 28 de mayo en relación con la futura manifestación de la CGT, sugiriendo que había armas entre la multitud (M. Grimaud, *En mai, fais ce qu'il te plaît*, p. 281).

[19] «Les journées de mai», *France-Soir Magazine*, p. 55. El subrayado es mío.

[20] *Ibid.*, p. 99. El subrayado es mío.

[21] «Gaz de guerre!», octavilla de los Comités de acción del 3 de mayo, Colección particular.

du même type que ceux utilisés au Vietnam et aux Etats-Unis contre les Noirs. Ces gaz brûlent gravement les yeux et les poumons»[22]. Resulta difícil no pensar en el gran artículo de Marc Bloch, de 1921, sobre la fabricación y la difusión de falsas noticias en tiempo de guerra en el interior de las comunidades que se encuentran bajo presión, privadas de las informaciones necesarias[23].

II. — BATALLAS

Se ha dicho a menudo que uno de los aspectos más llamativos de los acon- tecimientos de mayo-junio de 1968 tiene que ver con su dimensión de feria o carnaval. Fue verdad, sin duda, para los espectadores de los hechos, pero si nos centramos en los enfrentamientos callejeros, lo que más llama la atención, por el contrario, es la dramaturgia heroica de las nueve batallas miméticas libra- das entre el 3 de mayo y el 11 de junio en las calles de la capital. Esta asunción del modelo de la batalla es perfectamente visible en la totalidad de los actores sociales del momento, ya sean los representantes del orden, los manifestantes- estudiantes o bien los periodistas presentes en el lugar. Constituye un auténtico referente común. Es necesario, sin embargo, definir el marco con mayor preci- sión, tanto por lo que al tipo de batalla se refiere, como al tipo de guerra civil de la que ésta forma parte.

La batalla está presente, ante todo, en las palabras. Es por ello que encon-
tramos constantemente un vocabulario bélico en la pluma de este prefecto de policía, Maurice Grimaud, que, no obstante, era tan poco guerrero. Véanse, por ejemplo, los siguientes pasajes de sus memorias, que presento en el orden cro- nológico de los acontecimientos:

> [3 de mayo] «…les manifestants ramassés dans l'ardeur des combats, à la fois pour les retirer du champ de bataille et pour relever leur identité»[24].
>
> [6 de mayo] «Les facultés se sont rendues»[25].
>
> [7 de mayo] «Le contact eut lieu dans ce *no man's land* entre nos troupes»[26].
>
> [19 y 20 de mayo, en relación con el proyecto de De Gaulle de desa- lojo del teatro del *Odéon*] «Nous serions contraints d'aller à la bataille en plein quartier

Latin…»[27] «… pas la peine de ranimer la guerre des rues dans la quartier Latin»[28]. «…j'étais si peu chaud pour réengager des batailles dans le quartier latin…»[29]

[22] Daniel Cohn-Bendit, «Notre commune du 10 mai», en «La France face aux jeunes», *Le Nouvel Observateur*, p. 33.
[23] M. Bloch, «Réflexions d'un historien sur les fausses nouvelles de la guerre».
[24] M. Grimaud, *En mai, fais ce qu'il te plaît*, p. 83.
[25] *Ibid*., p. 118.
[26] *Ibid*., p. 127.
[27] *Ibid.*, p. 213.
[28] *Ibid*., p. 215.
[29] *Ibid.*, p. 215.

[21 de mayo] «[Geismar] décide finalement d'entraîner sa troupe…»[30] [23 de mayo] «…personne n'avait plus de prise sur les troupes déchaînées qui poursuivaient leurs guérillas…»[31] «…contre-attaques généralisées…»[32]

[24 de mayo] «…troupes galopantes de jeunes diables scandant leurs cris de guerre…»[33]

[16 de junio, después del desalojo de la Sorbona] «C'est la sortie clas- sique, dans l'honneur, de la garnison qui se rend»[34].

En la prensa de la época encontramos también con mucha frecuencia, y, por lo que parece, acompañado de un componente de dramatismo creciente, este campo semántico de la guerra y de la batalla. Es el tipo de lenguaje que uti- liza *Paris-Match* en los pies de fotos de las imágenes de la primera noche de barricadas (10-11 de mayo), en la que los enfrentamientos duraron tres horas y media, entre las 2 y las 5:30 de la mañana: «Dans le quartier cerné, les ambu- lances ne suffisent plus […] Pourtant, de Montparnasse à Saint-Germain, les insurgés continuent la bataille tout en réconfortant leurs blessés»[35]. «C'est le vieux geste du discobole [lanzamiento de un adoquín] mais il est devenu un geste de guerre»[36]. «Ceux qui sont venus en veston et cravate pour une simple manifestation se joignent aux combattants»[37]. «Au crépuscule, la bataille de Saint-Germain-des-Prés».[38]

El paroxismo en el empleo de una semántica guerrera se alcanzó en un número especial de *France-Soir Magazine*, en donde se daba rienda suelta al culto del reportero de guerra, que había alcanzado su clímax en los años ante- riores como consecuencia de la guerra de Vietnam: «Les documents que vous venez de voir —asegura la redacción—, représentent le témoignage, jour après jour, nuit après nuit, des photographes de *France-Soir*. Ils ont, dans les circons- tances dramatiques des journées de mai 1968, fait leur métier de journalistes avec une ténacité, une objectivité et un courage sans égal. Ils étaient présents partout où l'événement se déroulait, prenant au service de l'information des risques évidents. Trois d'entre eux furent d'ailleurs blessés»[39].

De la misma forma, el vocabulario de la batalla y de la guerra estaba perma- nentemente presente en los pies de las fotos ofrecidos a los lectores. El paroxismo se alcanza en los comentarios de las fotografías de la noche del 24 al 25 de mayo:

[30] *Ibid*., p. 231.
[31] *Ibid.*, p. 236.
[32] *Ibid.*, p. 236.
[33] *Ibid*., p. 242.
[34] *Ibid*., p. 317.
[35] «La révolte des étudiants», *Paris-Match*, p. 59.
[36] *Ibid.*, p. 66.
[37] *Ibid*., p. 67.
[38] *Ibid.*, pp. 72-73.
[39] «Les journées de Mai», *France-Soir magazine*, p. 128.

> La longue nuit commence. On y verra reprendre les combats de rue […] On y verra couler le sang, des deux côtés[40].
>
> Le sang coule. Armés, équipés [de] casques de fortune […] les étu- diants et leurs alliés se sont jetés dans la guérilla comme ils ne l'avaient pas fait jusqu'ici […] Mais ce n'est pas seulement dans leurs rangs que l'on va voir ruisseler le sang[41].
>
> La colère a gagné le cœur des hommes en uniforme. C'est la contre- attaque totale, c'est l'assaut où l'on cogne, où les matraques s'abattent à la volée, où les corps des blessés sont piétinés […] C'est la longue nuit du sang. Demain, puisant dans les souvenirs d'Alger pourtant bien lointains, le voix du peuple dira: «c'était la ratonnade»[42].
>
> Images de sanglants combats, de prisonniers parqués les mains sur la tête[43]. Images de flammes dévorantes, de véhicules déchiquetés. Paris ou Saigon?[44]
>
> Le champ de bataille à l'aube[45].
>
> Paris, ce matin, c'est une région dévastée comme les connurent la guerre de 14 et, plus brièvement, celle de 39-45[46].

Si bien la prensa «popular» se inscribió claramente en un manejo sensa- cionalista de la retórica guerrera, debemos tener en cuenta, asimismo, que incluso un semanario como el *Nouvel Observateur* no pudo evitar mante- nerse al margen de ello. En relación con los hechos ocurridos el 3 de mayo, en un artículo colectivo se evocaba «le boulevard Saint-Germain transformé en champ de bataille»[47]. Sobre el 10 de mayo, en el mismo artículo se hablaba de «un vrai conseil de guerre»[48] en el Ministerio del Interior y de «un quartier Latin en état de siège»[49], antes que «dans la longue nuit gaulliste, l'attaque des retranchements commence»[50]. Anteriormente, en referencia al 13 de mayo, en el mismo texto habían aludido al «surprenant silence à l'entrée du quartier Latin, [l']allure grave lorsque le défilé approche des hauts-lieux des batailles étudiantes»[51].

[40] M. Grimaud, *En mai, fais ce qu'il te plaît*, p. 87.
[41] *Ibid.*, p. 93.
[42] *Ibid.*, p. 95.
[43] *Ibid.*, p. 104.
[44] *Ibid.*, p. 105.
[45] «Les journées de Mai», *France-Soir magazine*, p. 106.

[46] *Ibid.*, p. 108.
[47] J. Alia, Y. Le Vaillant y L. Roux, «Les sentiers de la déroute», en «La France face aux jeunes»,
Le Nouvel Observateur, p. 25.
[48] *Ibid*., p. 26.
[49] *Ibid*., p. 27.
[50] *Ibid.*, p. 28.
[51] *Ibid.*, p. 24.

Lo más sorprendente e interesante desde mi punto de vista es, sin duda alguna, que esta retórica de la batalla y de la guerra también está muy presente, al mismo tiempo, entre los estudiantes. Y, muy especialmente, en Cohn-Bendit, visible- mente influenciado por el recuerdo histórico de la guerra civil de 1871 y el mito parisino de la barricada, como muestra el título que da a su ya citado artículo del *Nouvel Observateur*: «Notre Commune du 10 mai». En este texto, el líder estudiantil se erige en jefe militar, afirmando: «Il n'y a pas eu de plan. Il n'y avait pas de commandement unifié, aucun plan préétabli du "camp retranché"»[52]. Sin embargo, el autor insiste sobre la verificación previa del conjunto de barricadas que llevó a cabo y afirma haberse inquietado por una salida al *cul de sac* de la calle Gay-Lussac y por la ausencia de barricadas, lo que la convertía en dema- siado fácilmente sorteable por parte de las fuerzas del orden[53]. Insiste, asimismo, en su presencia personal en la «première barricade de la rue Gay-Lussac, atta- quée depuis une demi-heure par les gaz», para sugerir «aux défenseurs qu'ils devraient peut-être se replier»[54]. El líder estudiantil, que maneja a la perfección el vocabulario táctico, se erige en jefe militar situándose él mismo en primera línea, pero también preocupándose por la suerte que van a correr sus hombres, a los que no desea sacrificar inútilmente. Cohn-Bendit había mostrado antes ya este sentido de la responsabilidad del jefe militar, expresándose en los siguientes términos: «On ne pouvait pas non plus chercher délibérément l'affrontement avec la police, parce qu'on n'envoie pas les gens au massacre»[55].

No obstante, en esta primera barricada de la calle Gay-Lussac, la respuesta heroica de los defensores superó las expectativas del jefe: «Ils m'ont répondu: "On tient aussi longtemps qu'on peut"»[56]. Cohn-Bendit hace suyo de nuevo este *topos* del heroísmo guerrero al evocar la lucha de la calle Royer-Collard:

> L'attaque a commencé à peu près une demi-heure plus tard contre la barricade du boulevard Saint-Michel […] puis contre la première bar- ricade de la rue Gay-Lussac. Les défenseurs de la rue Royer-Collard ont résisté de manière extraordinaire. La position était capitale parce que si les flics passaient, tous les manifestants du bas de la rue Gay-Lussac étaient encerclés. Ce sont eux qui ont tenu le plus longtemps,

> avec un courage stupéfiant. Les flics avaient reçu l'ordre d'éviter le corps à corps surtout pour leur propre protection, parce qu'ils avaient peur. Mais ils n'ont pas toujours pu éviter le combat direct parce que la résistance des étudiants les a surpris. Leur consigne, c'était d'évacuer par le gaz et d'avancer ensuite […] Les autres, sans masque, se sont battus avec une énergie incroyable[57].

[52] Daniel Cohn-Bendit, «Notre commune du 10 mai», en «La France face aux jeunes», *Le Nou- vel Observateur*, p. 33.

[53] *Ibid.*, p. 33.

[54] *Ibid.*, p. 33.

[55] *Ibid.*, p. 32.

[56] *Ibid.*, p. 33.

[57] *Ibid.*, p. 33.

No faltan, en este cuadro heroico, las fanfarronadas sobre el miedo y la cobar- día del adversario —una figura necesaria en las formas más tradicionales del relato bélico—, que se contraponen al valor físico y moral, sin duda superior, de las propias tropas.

III. — LA NATURALEZA DE LA BATALLA

Todo apunta, así pues, a que los disturbios parisinos de mayo y junio de 1968 tienen que ver directamente, según sus mismos protagonistas, con la guerra y la batalla. Pero, deberíamos preguntarnos ahora, ¿de qué tipo de batalla se trata exactamente? Resulta curioso constatar que existen pocas referencias a las auténticas batallas callejeras parisinas que tanto marcaron el siglo xix. En esta ocasión, el modelo de referencia parece ser más bien el de la batalla campal, que tuvo su máximo apogeo entre el siglo xvii y el final de las guerras napoleónicas, antes de que los efectos cada vez más destructores de las armas modernas pro- vocaran su desaparición. Sin embargo, en mayo y junio de 1968, este modelo de batalla del tiempo de los fusiles de pólvora está seguramente impregnado por referencias frecuentemente posteriores, creando, en consecuencia, una compleja estratificación.

Varios indicios nos muestran esta querencia evidente, entre los actores socia-

les, por el modelo de la batalla campal. Ante todo, el objetivo simbólico que conforma el propio campo de batalla, que debe ser apropiado «teniendo la calle» y evitando en ella la presencia del adversario[58]. Este campo de batalla está conformado por el barrio Latino, convertido en santuario a través de las barri- cadas, que tenían como objetivo, precisamente, el control del espacio simbólico. En este punto, el modelo de batalla campal deriva hacia el de la guerra de sitios tradicional, con el uso, por ambas partes, de las técnicas de la poliorcética, que permitían tanto la defensa como el asalto de las murallas de una ciudad[59]. En cualquier caso, lo que de verdad cuenta en este campo de batalla/campamento atrincherado es *pasar en él la noche* y, por tanto,

resistir allí hasta la mañana siguiente. Se trata de la señal material que evidencia la victoria militar y que, en la época modera e, incluso, en el siglo xix, podía ser explotada hasta límites absurdos[60]. Maurice Grimaud compartía plenamente este imaginario militar de lo más tradicional. Escribe, por ejemplo, a propósito de la primera noche de barricadas del 10 de mayo, juzgando como imposible el desalojo del barrio Latino antes de la mañana del día 11: «S'ils peuvent avoir le sentiment qu'ils ont

[58] Estoy de acuerdo, en este punto, con las observaciones de L. Mathieu, «Les manifestations de mai-juin 1968», en D. Damamme, B. Gobille, F. Matonti y B. Pudal, *Mai-juin 1968*, pp. 195-206.

[59] Es importante resaltar que se produjeron diferentes sitios dentro del propio sitio, con la ocupación y la preparación de la defensa del teatro del Odeón y de la Sorbona, así como el ataque a la comisaría del distrito 5º.

[60] De esta manera, tras algunos de los raros éxitos franceses en la guerra de 1870, los mandos forzaron a las tropas a dormir, en pleno invierno, en el campo de batalla abandonado por el adversario.

triomphé de la police et du gouvernement et qu'ils sont maîtres d'une partie de Paris, alors tous les espoirs les plus fous leur sont permis»[61].

Veamos otro indicio de la querencia por el referente conformado por la batalla campal tradicional: las disposiciones de combate adoptadas por los protagonistas. Delante de sus camiones, que evitan cualquier tentación de dar marcha atrás, las fuerzas del orden se presentan en línea, hombro con- tra hombro, siendo precisamente la compactibilidad de esta línea la que supuestamente debería impresionar a los manifestantes. Al mismo tiempo, su presencia *ofrece* literalmente la batalla al campo contrario. No puede pro- ducirse lucha alguna sin este acuerdo tácito entre los adversarios: esto fue lo que ocurrió en mayo-junio de 1968, adoptando los estudiantes, a su vez, un dispositivo en orden cerrado. En las primeras filas se mantienen los brazos enlazados, los hombres del servicio de orden llevan la cabeza cubierta, mien- tras que los mensajeros en bicicleta o en ciclomotores solex, que iban y venían entre las primeras filas de los manifestantes y los cordones policiales, actúan como una caballería encargada de facilitar la marcha de la infantería. Con sus exploradores, sus emblemas (pancartas), sus eslóganes proferidos al unísono,
¿acaso no estaban los manifestantes reproduciendo la columna de ataque de
la batalla tradicional, en un dispositivo que, a su vez, la impone al adversario, por poco numeroso que éste sea (lo que ocurrió, en efecto, en varias ocasiones en mayo-junio de 1968)?

Otros elementos muestran esta presencia del modelo tradicional de batalla entre los protagonistas. Incluso, el respeto de los códigos de autolimitación de la violencia, tanto en la captura de «prisioneros» —a los que se aplica la práctica militar de poner las manos sobre la cabeza —, como en la acción de los soco- rristas que se encontraban en el centro de los enfrentamientos y que, aunque frecuentemente de manera improvisada, lucen una cruz roja alrededor del brazo en su intento de asistir a los heridos de *ambos* lados. El mito de la Cruz Roja, ini- cialmente creada para ayudar a los heridos después del trauma que

representó su abandono en Solferino (1859), tuvo un papel decisivo en las calles de Paris en la primavera de 1968.

Como quiera que sea, el armamento y las tácticas resultan claramente asi- métricos. Aunque en ambos lados se implementara un armamento defensivo compuesto de cascos y de escudos redondos —en este sentido, la referencia a la antigua falange es realmente sorprendente y, como tal, sorprendió a los contem- poráneos—, los estudiantes se encontraban en clara desventaja. La asimetría es aún más clara si nos referimos al armamento ofensivo: los adoquines, las pie- dras, los pernos y los cócteles Molotov constituyen lo esencial del armamento de los manifestantes, que oponen a las granadas lacrimógenas y a las porras, así como a los camiones cisterna y bulldozers, que constituyen una fuerza algo comparable a la de los blindados en un campo de batalla. Los manifestantes acabaron extrayendo lecciones de esta desigualdad en los medios de combate, en especial tras el 24 de mayo (la segunda noche de las barricadas), y multipli-

[61] M. Grimaud, *En mai, fais ce qu'il te plaît*, p. 154.

caron, en consecuencia, los pequeños grupos móviles que atacan en comando y utilizan con cada vez más frecuencia los cócteles Molotov: el modelo de batalla campal tiende, de esta forma, a degradarse hacia el de guerrilla urbana enfren- tada a una fuerza regular.

IV.— *MIMESIS*

En cualquier caso, el modelo de la batalla campal es el que efectivamente pre- domina en París en la primavera de 1968 y, por tanto, también el que determina las representaciones, el imaginario y las poderosas emociones vinculadas a este tipo de enfrentamientos de sus protagonistas, aunque sea manera involuntaria. Se trata, no obstante, de una batalla *mimética*, puesto que las nueve noches de revuelta no provocaron *ninguna* muerte «en combate», ni entre los manifes- tantes, ni entre las fuerzas del orden. Cierto es que las jornadas de mayo-junio provocaron varias muertes, pero todas se produjeron *fuera* del campo de batalla parisino. De esta manera, el 24 de mayo el comisario Lacroix murió en Lyon, en el puente Lafayette, cuando intentaba parar un camión lanzado por los mani- festantes. El mismo día, Philippe Matherion fue asesinado en París, seguramente por arma blanca y en circunstancias nunca aclaradas, pero no se le puede con- siderar una víctima del movimiento al que era hostil. El 10 de junio se produjo la muerte de Gilles Tautin, ahogado, después de los incidentes de Flins, y, al día siguiente, dos obreros de la fábrica Peugeot de Sochaux fueron asesinados. En París, sin embargo, centro indiscutible del enfrentamiento político, no tuvo que lamentarse ninguna muerte.

Esta dimensión no letal de la batalla mimética en París tiene una importancia capital para comprender lo que estaba en juego en mayo-junio de 1968. Fabien Jobard, que vio en estos acontecimientos «un moment crucial de l'histoire de la violence d'État»[62], pone de relieve que la acción policial se basó entonces en el número y en la disuasión con el objetivo de

asegurar su demostración de fuerza, en un intento «d'évitement de l'affrontement de face à face»[63], gracias al éxito del armamento ideado en los años precedentes. El gas lacrimógeno y el camión cisterna permiten, en este sentido, el alejamiento del cuerpo del adversario a favor de otra agresión a los sentidos (irritación de las membranas mucosas, frío, humedad y fuerza del chorro de agua, etc.). En definitiva, fue una doctrina de minimización de la brutalidad («minoration de la brutalité»)[64] la que se impuso en mayo de 1968, que entra en contradicción con toda la ico- nografía y al discurso dominante sobre este periodo —tanto en el trascurso de los acontecimientos como después— que insisten, en cambio, en los porrazos (*matraquage*s). Si estos realmente se produjeron, no fueron más que una mues-

[62] F. Jobard, «Matraques, gaz et boucliers», en Ph. Artières y M. Zancarini-Fournel (dirs.), *68. Une histoire collective*, p. 282.

[63] *Ibid.*, p. 283.

[64] *Ibid.*, p. 283.

tra de la «survivance d'une brutalité déjà ancienne»[65]. En resumen, lo que se impuso en realidad en mayo y junio de 1968 fue una conminación flamante a la «retenue collective, de maîtrise des troupes policières et de minoration de la douleur infligée»[66]. La ruptura resulta neta con Charonne (8 febrero 1962) y su ética de la brutalidad («éthique de la brutalité»)[67]; solamente seis años habían transcurrido desde entonces, pero no debe olvidarse el contexto de verdadera guerra en Argelia y de guerra civil larvada en Francia. Este contexto contribuyó, sin duda alguna, a modificar los niveles de tolerancia a la brutalidad.

No obstante, nada era evidente desde el principio. Para que esta situación de *mimesis* de la batalla en el seno de una guerra civil también mimética haya podido producirse y mantenerse a lo largo de cinco semanas, sin caer en la vio- lencia letal, debe existir una real autocontención de la violencia por ambas partes en el marco de una lógica de interacción entre los actores sociales, coproductores del acontecimiento a través de su cooperación. La (tardía) preocupación por la autocontención policial, como mínimo en la cúpula, fue explicitada en la famosa carta que Maurice Grimaud dirigió a los policías el 29 de mayo de 1968: «Passé le choc inévitable du contact avec des manifestants agressifs qu'il s'agit de repousser, les hommes d'ordre que vous êtes doivent aussitôt reprendre toute leur maîtrise. Frapper un manifestant tombé à terre, c'est se frapper soi-même, en apparaissant sous un jour qui atteint la fonction policière»[68]. Más interesante resulta si cabe la manera en que, después de los hechos, Grimaud reconocía que la autocontención fue, en efecto, un fenómeno recíproco y, una vez más, mimético. A propósito de los elogios recibidos en el momento de su retirada, tres años después de mayo de 1968, escribió: «Ces éloges pouvaient surprendre. On loue d'ordinaire un chef de guerre de son habileté, voire de ses ruses, de son coup d'œil et de son indiffé- rence aux contingences, pas de son humanité. C'est donc que dans cette guerre là, nul n'avait jamais pensé sérieusement que l'on devait réduire l'adversaire par les seuls moyens de la force. C'est aussi qu'une certaine retenue avait finalement été plus forte que la double tentation de la violence révolutionnaire et de la

répres- sion aveugle. Certes, d'un côté comme de l'autre, nous avions souvent côtoyé la ligne rouge, mais nous ne l'avions jamais délibérément franchie»[69].

En las palabras del prefecto de policía podemos encontrar, incluso, una lectura muy «eliasiana»[70] del sentido profundo de la violencia —del tipo de violencia, más exactamente— desplegada en mayo de 1968. Refiriéndose a la situación de los policías que recibían, sin moverse, insultos y proyectiles, Mau- rice Grimaud afirma:

> La réaction «normale» — j'emploie le mot, bien sûr, entre guillemets — dans une société où ne joueraient pas les contraintes et les interdits

[65] *Ibid.*, p. 283.
[66] *Ibid.*, p. 285.
[67] *Ibid.*, p. 284.
[68] M. Grimaud, *En mai, fais ce qu'il te plaît*, p. 342.
[69] *Ibid*., p. 335.
[70] « Norbert Elias et le 20e siècle », *Vingtième Siècle*.

> qui jugulent nos instincts et conditionnent nos comportements, serait de *tuer* ces adversaires. C'est ainsi que cela s'est toujours passé dans tous les combats de l'histoire. Or, à Paris, en mai 1968, c'est la chose qu'il ne faut pas faire, celle qu'il faut à tout prix éviter […]
>
> Ici, les insultes et les coups pleuvent, et il faut accumuler et maîtriser sa colère. On comprend mieux que lorsque l'occasion de frapper arrive, ces hommes pénètrent dans l'univers mystérieux de la violence. Les coups qu'ils vont porter seront le substitut de la mort qu'ils n'ont pas le droit de donner […] Le rituel de l'affrontement de rue, dans le climat passionnel de mai, passe par une violence d'autant plus forte qu'elle jugule et qu'elle remplace le désir de tuer[71].

El texto es extraordinario, de una rara inteligencia sobre lo que estaba en juego, en una y otra parte, en la *mimesis* de batalla y guerra civil de mayo-junio de 1968. Una *mimesis* que no es una simple metáfora: estamos ante un trabajo simbólico *construido* por los actores presentes. Y lo que se construyó fue una situación de contigüidad muy peligrosa entre la manifestación, de una parte, y, de otra, la batalla. Una contigüidad que nunca se transformó en porosidad, que hubiera impulsado a la muerte en el combate —el marcador decisivo en el paso de una a otra configuración—, con el riesgo evidente de que estallara una guerra civil, en este caso, real.

Traducción del francés de Jordi Canal

[71] M. Grimaud, *En mai, fais ce qu'il te plaît*, pp. 168-169.

BIBLIOGRAFÍA

Aguilar, Paloma, «Presencia y ausencia de la guerra civil y del franquismo en la democracia española. Reflexiones en torno a la articulación y ruptura del pacto de silencio», en Julio Aróstegui, François Godicheau (eds.), *Guerra civil, mito y memoria*, Madrid, Marcial Pons, 2006, pp. 245-293.

Agulhon, Maurice, *1848 ou l'apprentissage de la République, 1848-1852*, París, Seuil, 1973.

— «La résistance au coup d'État en province: un esquisse historiographique», *Revue d'histoire moderne et contemporaine*, 21, enero-marzo 1974, pp. 18-26.

— «Pour une conclusion», en Jean-Clément Martin (ed.), *La guerre civile entre histoire et mémoire*, Nantes, Ouest Editions, 1995, pp. 245-248.

— *Coup d'État et République*, París, Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques, 1997.

Albònico, Aldo, *La mobilitazione legittimista contro il regno d'Italia: la Spagna e il brigantaggio meridionale postunitario*, Milán, Giuffrè, 1979.

Alvarado, Francisco, *Cartas críticas que escribió el Rmo. Padre maestro Fr. Francisco Alvarado del orden de predicadores o sea, el filósofo rancio*, Madrid, Imprenta de E. Aguado, 1825 (5 vols.).

Álvarez Junco, José, «La invención de la Guerra de la Independencia», *Claves de Razón Práctica*, 67, 1996, pp. 10-19.

— «¿Hacer ciencia o hacer patria?», *Revista de Libros*, 145, enero de 2009, pp. 3-8.

Anceau, Eric, «Les représentants du peuple et le coup d'État du 2 décembre», *Parliaments, Estates and Representation*, 23, noviembre 2003, pp. 69-87.

Anderson, Benedict, *L'imaginaire national. Réflexions sur l'origine et l'essor du nationalisme*, París, La Découverte, 2002.

Anderson, Peter, *The Francoist Military Trials. Terror and Complicity, 1939- 1945*, Londres, Routledge, 2010.

Anguera, Pere, *Els malcontents del Corregiment de Tarragona*, Barcelona, Dal- mau, 1993.

Annino, Antonio, Guerra, François-Xavier (coords.), *Inventando la nación. Iberoamérica, Siglo XIX*, México DF, Fondo de Cultura Económica, 2003.

Appadurai, Arjun, *Sicuri da morire. La violenza nell'epoca della globalizzazione*, Roma, Meltemi, 2005.

Aprile, Sylvie, *La II^e République et le Second Empire, 1848-1870. Du Prince-Pré- sident à Napoléon III*, París, Pygmalion, 2000.

— *Le siècle des exilés. Bannis et proscrits de 1789 à la Commune*, París, Éds. du CNRS, 2010.

Aprile, Sylvie, Bayon, Nathalie, Clavier, Laurent, Hincker, Louis, Mayaud, Louis (eds.), *Comment meurt une République. Autour du 2 décembre 1851*, París, Créaphis, 2004.

Arendt, Hannah, *Le origini del totalitarismo* [1948], Turín, Edizioni di Comu- nità, 1999.

Arjona, Emilio de, *Carlos VII y D. Ramón Cabrera*, París, Imprenta de Victor Goupy, 1875.

Arnabat, Ramón, *Visca el rei i la religió! La primera guerra civil de la Catalunya contemporània (1820-1823)*, Lérida, Pagès editors, 2006.

Aróstegui, Julio, *El carlismo alavés y la guerra civil de 1870-1876*, Vitoria, Diputación Foral de Álava, 1970.

— «El carlismo en la dinámica de los movimientos liberales españoles. Formu- lación de un modelo», en *Actas de las I Jornadas de Metodología Aplicada a las Ciencias Históricas. IV. Historia Contemporánea*, Santiago de Compostela, Uni- versidad de Santiago - Fundación Juan March, 1975, pp. 225-239.

— «Violencia, sociedad y política: la definición de la violencia», *Ayer*, 13, 1994, pp. 17-56.

Artières, Philippe, Zancarini-Fournel, Michelle (dirs.), *68. Une histoire collective (1962-1981)*, París, La Découverte, 2008.

Artola, Miguel, *Los orígenes de la España contemporánea*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1975 (2 vols.)

Audoin-Rouzeau, Stéphane, *L'enfant de l'ennemi (1914-1918). Viol, avorte- ment, infanticide pendant la Grande Guerre*, París, Aubier, 1995.

Audoin-Rouzeau, Stéphane, Becker, Annette, «Vers une histoire culturelle de la première guerre mondiale», *Vingtième Siècle*, 41, 1994, pp. 5-9.

Audoin-Rouzeau, Stéphane, Becker, Annette, *14-18. Retrouver la guerre*, París, Gallimard, 2000.

Audoin-Rouzeau, Stéphane, Becker, Annette, Ingrao, Christian, Rousso, Henri (dirs.), *La violence de guerre 1914-1945. Approches comparées des deux conflits mondiaux*, París, Complexe, 2002.

Aymes, Jean-René (ed.), *España y la Revolución Francesa*, Barcelona, Crítica, 1989.

— *La guerra de España contra la Revolución Francesa*, Alicante, Instituto Juan Gil-Albert, 1991.

Azaola, José Miguel de, *Unamuno y sus guerras civiles*, Bilbao, Laga, 1996.

Azéma, Jean-Pierre, Rioux, Jean-Pierre, Rousso, Henry, «Les guerres franco-françaises», *Vingtième Siècle*, 5, 1985, pp. 3-6.

Balcells, Laia, Kalyvas, Stathis, «Warfare in Civil Wars», trabajo inédito, Department of Political Science, Yale University, 2007.

Balfour, Sebastián, *Abrazo mortal. De la Guerra colonial a la Guerra Civil en España y Marruecos (1909-1939)*, Barcelona, Península, 2002.

Balzac, Honoré de, *Les chouans* [1829], París, Flammarion, 1988.

Banti, Alberto M., *Il Risorgimento italiano*, Roma, Laterza, 2004,

Barbey D'aurevilly, Jules, *L'ensorcelée* [1852], París, Flammarion, 1966. Bauman,

Zygmunt, *Modernità e Holocausto* [1992], Bolonia, Il Mulino, 2010. Bayo, Estanislao de

Kostka, *Historia de la vida y reinado de Fernando VII de España*, Madrid, Imprenta de Repullés, 1842 (3 vols.).

Beevor, Anthony, *La Guerra Civil española*, Barcelona, Crítica, 2005.

Belardelli, Giovanni, Cafagna, Luciano, Galli Della Loggia, Ernesto, Sabbatucci, Giovanni, *Miti e storia dell'Italia unita*, Bolonia, Il Mulino, 1999.

Beltrametti Eggardo (ed.), *La guerra rivoluzionaria. Atti del Primo Convegno di studio promosso ed organizzato dall'Istituto Alberto Pollio di studi storici e militari*, Roma, Volpe, 1965.

Benoit, Pierre, *Pour Don Carlos*, París, Albin Michel, 1920.

Bensimon, Fabrice, «Regards d'outre Manche», en Sylvie Aprile, Nathalie Bayon, Laurent Clavier, Louis Hincker, Jean-Luc Mayaud (eds.), *Com- ment meurt une République, Autour du 2 décembre 1851*, París, Créaphis, 2004, pp. 211-222

Bernard, Claudie, *Le chouan romanesque: Balzac, Barbey d'Aurevilly, Hugo*, París, Presses Universitaires de France, 1989.

Biografía del señor don Carlos Luis María de Borbón y de Braganza, conde de Montemolín. Abraza la historia de la guerra civil en los años 1847, 1848 y 1849, Madrid, Establecimiento tipográfico a cargo de don Manuel Morales y Rodríguez, 1855.

Blanchard Rubio, Lætitia, «Le carlisme au filtre de la mémoire : les Mémoires des militaires au service de la construction d'une mémoire collective», en Julien Lanes Marsall, Maitane Ostolaza (eds.), *Las culturas políticas en la España del siglo xix*, París, Éditions Hispaniques, 2010, pp. 79-99.

Bloch, Marc, «Réflexions d'un historien sur les fausses nouvelles de la guerre», *Revue de synthèse*, agosto-diciembre 1921, en Marc Bloch, *Ecrits de guerre, (1914-1918)*, París, Armand Colin, 1997, pp. 169-184.

Bluche, Frédéric (ed.), *Le Prince, le Peuple et le Droit. Autour des plébiscites de 1851 et 1852*, París, PUF, 2000.

Bobbio, Norberto, «Guerra civile?», *Teoria politica*, 7, 1-2, 1992, pp. 297-307.

Bonifacio, Maria de Fátima, *História da Guerra Civil da Patuleia 1846-47*, Lis- boa, Estampa, 1993.

Bonifacio, Maria de Fátima, *Apología da história política. Estudos sobre o século xix português*, Lisboa, Quetzal Editores, 1999.

Bourgin, Georges, «Les préfets de Napoléon III, historiens du coup d'État», *Revue historique*, 166, 1931, pp. 274-289.

Brissos, José, *A insurreiçâo miguelista nas resistências a Costa Cabral (1842- 1847)*, Lisboa, Ediçôes Colibri, 1997.

Browning, Christopher Robert, *Nazi Policy, Jewish Workers, German Killers*, Cambridge, Cambridge U.P., 2000.

Bruneteaux, Patrick, *Maintenir l'ordre. Les transformations de la violence d'État en régime démocratique*, París, PFNSP, 1996.

Burdiel, Isabel, *Isabel II. Una biografía (1830-1904)*, Madrid, Taurus, 2010.

Burgos, Javier de, *Anales del reinado de D.ª Isabel II*, Madrid, Establecimiento Tipográfico de Mellado, 1850 (6 vols.).

Butrón Prida, Gonzalo, *La ocupación francesa de España (1823-1828)*, Cádiz, Universidad de Cádiz, 1996.

Caballero, Fermín, *El gobierno y las Cortes del Estatuto. Materiales para su historia*, Madrid, Imprenta de Yenes, 1837.

Cabrera, Miguel Ángel «La investigación histórica y el concepto de cultura política», en Manuel Pérez Ledesma, María Sierra (eds.), *Culturas polí- ticas: teoría e historia*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2010, pp. 19-85.

Cahner, Max, *Literatura de la revolució i la contrarevolució (1789-1849) t. II**, Barcelona, Curial, 2002.

Canal, Jordi, *El carlismo. Dos siglos de contrarrevolución en España*, Madrid, Alianza, 2000.

— «La longue survivance du Carlisme en Espagne : proposition pour une inter- prétation», en Jean-Clément Martin (ed.), *La guerre civile entre histoire et mémoire*, Nantes, Ouest Editions, 1995, pp. 291-301.

— «Guerra civil y contrarrevolución en la Europa del sur en el siglo xix: reflexiones a partir del caso español», *Ayer*, 55, 2004 (número monográfico sobre «Las guerras civiles en la España Contemporánea»), pp. 37-60.

— *Banderas blancas, boinas rojas. Una historia política del carlismo, 1876-1939*, Madrid, Marcial Pons, 2006.

— «Los exilios en la historia de España», en Jordi Canal (ed.), *Exilios. Los éxodos políticos en España, siglos xv-xx*, Madrid, Sílex, 2007, pp. 11-35.

— «Matar negros, hacer blancos: los colores y los nombres del enemigo en las guerras civiles de la España contemporánea», *Espacio, tiempo y forma. Serie V. Historia Contemporánea*, 20, 2008, pp. 19-36.

— «Repensar la historia de la contrarrevolución en la Europa del siglo xix», en *El carlismo en su tiempo: geografías de la contrarrevolución (I Jornadas de estudio del Carlismo)*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 2008, pp. 19-23.

— «La guerra civil en el siglo xix (España, Portugal, Francia e Italia)», en *Vio- lencias fraticidas: carlistas y liberales en el siglo xix. Actas de las II Jornadas de estudio del carlismo (24-26 septiembre 2008)*, Estella, Gobierno de Navarra, 2009, pp. 187-212.

— «Introducción. Doscientos años de historia de España», en Manuel Chust (coord.), *Crisis imperial e independencia, 1808-1830* (t. I de *España*, dirigida por Jordi Canal), Madrid, Fundación Mapfre-Taurus, 2010, pp. 11-18.
— «El Rey de los carlistas. Reflexiones sobre las palabras, las personas y las cosas», en *Por Dios, por la Patria y el Rey: las ideas del carlismo (IV Jornadas de estudio del Carlismo)*, Pamplona, Gobierno de Navarra (en prensa).

Canal, Jordi, (ed.), *El carlisme. Sis estudis fonamentals*, Barcelona, L'Avenç-SCEH, 1993.
— «Letteratura e politica. Sulla controrivoluzione nell'Europa del xix secolo», *Memoria e Ricerca*, 24, 2007, pp. 5-6.

Cancio Fernández, Raúl C., *Carlistas y confederados. La intervención española en la guerra de Secesión americana*, Barcelona, Inédita Ediciones (en prensa).

Capela, José Viriato, *A Revoluçâo do Minho de 1846. Os difíceis anos de implanta- çâo do liberalismo*, Braga, Governo Civil de Braga, 1997.

Cardoso, António Manuel Monteiro, *A Revoluçâo Liberal em Trás-os-Montes (1820-1834). O Povo e as Elites*, Oporto, Edições Afrontamento, 2007.

Caron, Jean-Claude, *L'été rouge. Chronique de la révolte populaire en France, 1841*, París, Aubier, 2002.
— «Face au coup d'État: construction et historicisation du 2 décembre par la pro- pagande bonapartiste», en Sylvie Aprile, Nathalie Bayon, Laurent Clavier, Louis Hincker, Jean-Luc Mayaud (eds.), *Comment meurt une République. Autour du 2 décembre 1851*, París, Créaphis, 2004, pp. 11-26
— *Frères de sang. La guerre civile en France au xix^e siècle*, París, Champ Vallon, 2009.

Carpizo Bergareche, Esperanza, *La Esperanza carlista (1844-1874)*, Madrid, Actas, 2009.

Carteles del Archivo General de la guerra civil española, Madrid, Ministerio de Cultura, 2002 (2 t.) [disponible en CD].

Casanova, Julián, «Liberalismo, fascismo y clase obrera: algunas contribucio- nes recientes a la historia comparada de la Europa de entreguerras», *Studia Historica. Historia Contemporánea*, 10-11, 1992-1993, pp. 101-124.
— «Guerra Civil, ¿lucha de clases?: el difícil ejercicio de reconstruir el pasado», *Historia Social*, 20, 1994, pp. 135-150.

Caspistegui, Francisco Javier, «"Spain's Vendée": Carlist identity in Navarre as a mobilizing model», en Chris Ealham, Michael Richards (eds.), *The Splintering of Spain. Cultural History and the Spanish Civil War, 1936-1939*, Cambridge, Cambridge U.P., 2005, pp. 177-195.
— «¿Carlismo en Navarra o Navarra carlista?: paradojas de una identidad con- flictiva entre los siglos xix y xx», en *El carlismo en su tiempo: geografías de la contrarrevolución (I Jornadas de Estudio del Carlismo)*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 2008, pp. 205-243.

Castelo Branco, Camilo, *A Brasileira de Prazins* [1882], en *Obras Completas*, VIII, Oporto, Lello & Irmâo Editores, 1988.

Causarano, Pietro *et alii* (dirs.), *Le xx^e siècle des guerres*, París, L'Atelier, 2004.

Cavazza, Stefano, «Delegittimazione nelle transizioni di regime: la Repubblica di Weimar e l'Italia del secondo dopoguerra», en Fulvio Cammaranno, Ste- fano Cavazza (eds.), *Il nemico in politica. La delegittimazione dell'avversario nell'Europa contemporanea*, Bolonia, Il Mulino, 2010, pp. 201-229.

Cela, Camilo José, *San Camilo 1936*, Madrid, Alianza, 1969.

Cerretta, Manuela (ed.), *Bonapartismo, Cesarismo e crisi della società. Luigi Napoleone e il colpo di Stato del 1851*, Florencia, Olschki, 2003.

Chang, Iris, *Lo stupro di Nanchino. L'Olocausto dimenticato della II guerra mon- diale* [1997], Milán, Corbaccio, 2000.

Chateaubriand (François-René, vizconde de), *Congrès de Vérone. Guerre d'Es- pagne. Negociations. Colonies Espagnoles*, Bruselas, Société Typographique Belge, 1838 (2 vols.).

Chrsitin, Olivier, *La paix de religion. L'autonomisation de la raison politique au xvi^e siècle*, París, Éditions du Seuil, 1997.

Clément, Pascal, *Persigny. L'homme qui a inventé Napoléon III*, París, Perrin, 2006.

Cohn, Norman, *Europe's Inner Demons. The Demonization of Christians in Medieval Christendom*, Chicago, The University Chicago Press, 1993.

Collier, Paul, Hoeffler, Anke, «Greed and Grievance in Civil Wars», *World Bank Policy Research Working Paper* nº 2355, octubre 2000, Washington, D.C. (disponible en econ.worldbank.org/files/12205_greedgrievance_23oct.pdf. y en Oxford Economic Papers, 56, 4, 2004, pp. 563-595).

— «On Economic Causes of Civil War», *Oxford Economic Papers*, 50, 4, 1998, pp. 563-573.

Collier, Paul, Sambanis, Nicholas, «Understading Civil War: A New Agenda», *The Journal of Conflict Resolution*, 46, 1, febrero 2002, pp. 3-12

Colón, José Joaquín, *España vindicada en sus clases y autoridades de las falsas opiniones que se la atribuyen*, Madrid, Imprenta de Repullés, 1814.

Congresso da Maria da Fonte, 150 anos, Póvoa de Lanhoso, Câmara Municipal, 1996.

Corbin, Alain, «I massacri nelle guerre civili della Francia (1789-1871)», en Gabriele Ranzato (ed.), *Guerre fratricide. Le guerre civili in età contempora- nea*, Turín, Bollati Boringhieri, 1994, pp. 243-268.

Corbin, Alain, Mayeur, Jean-Marie, *La barricade*, París, Publications de la Sor- bonne, 1997.

Croce, Benedetto, *Storia d'Europa del secolo decimonono*, Bari, Laterza, 1972.

Cruz, Rafael, *En el nombre del pueblo. República, rebelión y guerra en la España de 1936*, Madrid, Alianza, 2006.

Damamme, Dominique, Gobille, Boris, Matonti, Frédérique, Pudal, Ber- nard, *Mai-juin 1968*, París, Les éditions de l'Atelier/Editions ouvrières, 2008.

Dansette, Adrien, *Louis-Napoléon à la conquête du pouvoir*, París, Hachette, 1961.

David, Steven R., «Internal War: Causes and Cures», *World Politics*, 49, 4, julio 1997, pp. 552-576.

De Bernardi, Alberto, Ferrari, Paolo (eds.), *Antifascismo e identità europea*, Roma, Carocci editore, 2004.

De Felice, Franco, «Antifascismo e resistenze», *Studi storici*, 36, 1995, pp. 597-638.

De Francesco, Antonino, «Insorgenze e identità italiana», en Eugenio Di Rienzo (ed.), *Nazione e Controrivoluzione nell'Europa contemporánea 1799- 1848*, Milán, Angelo Guerini e Associati, 2004, pp. 85-116.

— «Les interprétations du coup d'État du 2 décembre en Italie», en Syl- vie Aprile, Nathalie Bayon, Laurent Clavier, Louis Hincker, Jean-Luc Mayaud (eds.), *Comment meurt une République. Autour du 2 décembre 1851*, París, Créaphis , 2004, pp. 223-232.

— «Nazione e controrivoluzione nel Mezzogiorno d'Italia, 1799-1867», en *El carlismo en su tiempo: geografías de la contrarrevolución (I Jornadas de Estudio del Carlismo)*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 2008, pp. 153-165.

De Luna, Giovanni, *Il corpo del nemico ucciso. Violenza e morte nella guerra contemporanea*, Turín, Einaudi, 2006.

Decaux, Alain, *Coup d'état à l'Elysée. Le 2 décembre 1851*, París, Perrin, 2008.

Delaporte, Sophie, *Les gueules cassés. Les blessés de la face de la Grande Guerre*, París, Noesis, 1996.

Delgado Ruiz, Manuel, «Confini labili: la guerra civile tra individuo e società», en Gabriele Ranzato (ed.), *Guerre fratricide. Le guerre civili in età contempo- ranea*, Turín, Bollati Boringhieri, 1994, pp. 129-156.

— *Luces iconoclastas: anticlericalismo, espacio y ritual en la España contemporá- nea*, Barcelona, Ariel, 2001.

Della Peruta, Franco, *I democratici e la rivoluzione italiana. Dibattiti ideali e contrasti politici all'indomani del 1848*, Milán, Feltrinelli, 1958.

Delord, Taxile, *Histoire du Second Empire, 1849-1869*, París, Baillière, 1869- 1875 (6 vols.).

Delumeau, Jean, *La paura in Occidente (secoli xiv-xviii). La città assediat*a, Turín, SEI, 1979.

Demange, Christian, *El dos de mayo: mito y fiesta nacional (1808-1958)*, Madrid, Marcial Pons, 2004.

Demélas, Marie-Danielle, *L'invention politique. Bolivie, Équateur, Pérou au 19ème siècle*, París, Recherches et Civilisations, 1992.

— «La notion de guerre civile en question», *Clio. Histoire, Femmes et Sociétés*, 5, 1997, pp. 133-138.

Derriennic, Jean-Pierre, *Les guerres civiles*, París, Presses de Sciences Po, 2001.

Dewerpe, Alain, *Charonne, 8 février 1962: anthropologie historique d'un mas- sacre d'État*, París, Gallimard, 2006.

Di Rienzo, Eugenio, *L'aquila e il berretto frigio. Per una storia del movimento democratico in Francia da Brumaio ai Cento Giorni*, Nápoles, ESI, 2001.

— «Le due rivoluzioni», en Eugenio Di Rienzo (ed.), *Nazione e Controrivo- luzione nell'Europa contemporánea 1799-1848*, Milán, Angelo Guerini e Associati, 2004, pp. 9-83.
— *Napoleone III*, Roma, Salerno Editrice, 2010.

Di Rienzo, Eugenio, (ed.), *Nazione e Controrivoluzione nell'Europa contem- poránea 1799-1848*, Milán, Angelo Guerini e Associati, 2004.

Diego, Emilio de, *España, el infierno de Napoleón. 1808-1814. Una historia de la guerra de la Independencia*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2008.

Domínguez Arribas, Javier, *El enemigo judeo-masónico en la propaganda fran- quista (1936-1945)*, Madrid, Marcial Pons, 2009.

Douglas, Mary, *Comment pensent les institutions*, París, La Découverte, 1999.

Dreyfus-Armand, Geneviève, Frank, Robert, Lévy, Marie-Françoise, Zanca- rini-Fournel, Michelle, *Les années 68. Le temps de la contestation*, Bruselas, Editions Complexe, 2000.

Du Camp, Maxime, *Souvenirs d'un demi-siècle, 1830-1872*, París, Hachette, 1949 (2 vols.).

Dufresne, Claude, Morny. *L'homme du Second Empire*, París, Perrin, 1983.

Dumas, Alexandre, *Les Blancs et les Bleus [1867-1868]*, Verviers, Gérard & Cª (Collection Gerfaut), s.f.

Dunér, Bertil, *Military Intervention in Civil Wars: the 1970s*, Aldershot, Gower, 1985.

Dupont, Alexandre, «Louis Veuillot y el carlismo», en *Por Dios, por la Patria y el Rey: las ideas del carlismo (IV Jornadas de estudio del Carlismo)*, Pamplona, Gobierno de Navarra (en prensa).

Ealham Chris, *La lucha por Barcelona. Clase, cultura y conflicto (1898-1937)*, Madrid, Alianza, 2005.

Eckstein, Harry, (ed.), *Internal War: Problems and Approaches*, Londres, Col- lier-MacMillan y Nueva York, The Free Press, 1964

Eckstein, Harry, «On the Etiology of Internal Wars», *History and Theory*, 4, 2, 1965, pp. 133-163.

El Kenz, David (ed.), *Le massacre, objet d'histoire*, París, Gallimard, 2005.

Enzensberger, Hans Magnus, *Perspectivas de guerra civil*, Barcelona, Ana- grama, 1994.

Espinosa, Francisco (ed.), *Violencia roja y azul. España, 1936-1950*, Barcelona, Crítica, 2010.

Examen crítico de las revoluciones de España de 1820 a 1823 y de 1836, París, Librería de Delaunay, 1837 (2 vols.).

Falloux, Alfred, *Mémoires d'un royaliste*, París, Perrin, 1882 (2 vols.).

Fearon, James D., Laitin, David D., «Ethnicity, Insurgency, and Civil War», *American Political Science Review*, 97, 1, febrero 2003, pp. 75-90.

Ferreira, Maria de Fátima Sá e Melo, *Rebeldes e Insubmissos. Resistencias Popu- lares ao Liberalismo (1834-1844)*, Oporto, Afrontamento, 2002.

— «“Vencidos, pero no convencidos”: movilización, acción colectiva e identi- dad en el miguelismo», *Historia Social*, 49, 2004, pp. 73-95.
— «La Controrivoluzione in Portogallo: il miguelismo», en Eugenio Di Rienzo (ed.), *Nazione e Controrivoluzione nell’Europa contemporánea 1799-1848*, Milán, Angelo Guerini e Associati, 2004, pp. 239-259.

Ferrer, Melchor, *Historia del Tradicionalismo Español*, Sevilla-Madrid, Ed. Tra- jano - Ed.Tradicionalista - Ed.Católica Española. XXX tomos en 11 vols.

Florez Estrada, Álvaro, *Introducción para la historia de la revolución de España*, Londres, Imprenta de R. Juigné, 1810.

Fontana, Josep, *De en medio del tiempo. La segunda restauración española, 1823-1834*, Barcelona, Crítica, 2006.

Forman, Eric Michael, «Civil War as a Source of International Violence», *The Journal of Politics*, 34, 4, noviembre 1972, pp. 1111-1134.

Forti, Simona, «Scene di paranoia in Oceania», en Simona Forti, Marco Reve- lli (eds.), *Paranoia e politica*, Turín, Bollati Boringhieri, 2007, pp. 156-180.

Fourn, François, «1849-1851: l’anticommunisme en France. Le “Spectre rouge” de 1852», en Sylvie Aprile, Nathalie Bayon, Laurent Clavier, Louis Hinc- ker, Jean-Luc Mayaud (eds.), *Comment meurt une République. Autour du 2 décembre 1851*, París, Créaphis, 2004, pp. 135-152.

Fradera, Josep Maria, *Jaume Balmes. Els fonaments racionals d’una política catòlica*, Vic, Eumo, 1996.

«[La] France face aux jeunes», *Le Nouvel Observateur*, nº 183, 15-21 mayo 1968.

Friedrich, Ernst, *Guerra alla guerra. 1914-1918: scene di orrore cuotidiano* [1924], Milán, Mondadori 2004.

Fugier, André, *Napoleón y España. 1799/1808*, Madrid, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales-Centro de Estudios Políticos y Constitucio- nales, 2008.

Furet, François, *La Révolution 1770-1880*, París, Hachette, 1988.

Furet, François, Ozouf, Mona (eds.), *Dizionario critico della Rivoluzione francese*, Milán, Bompiani, 1988.

Gallego, Ferrán, *Barcelona, Mayo de 1937*, Barcelona, Debate, 2007.

Galli, Carlo, «Sulla guerra e sul nemico», en Simona Forti, Marco Revelli (eds.), *Paranoia e politica*, Turín, Bollati Boringhieri, 2007, pp. 21-42.

García, Hugo, «Relatos para una guerra. Terror, testimonio y literatura en la España nacional», *Ayer*, 76, 2009, pp. 143-176.

Garmendia, Vicente, *La Segunda Guerra Carlista (1872-1876)*, Madrid, Siglo XXI, 1976.

Garnier, Charles, *Le Général Borges*, París, Dentu, 1861.

Gendzel, Glen, «Political Culture: Genealogy of a Concept », *Journal of Inter-disclipinary History*, 28, 2, otoño 1997, pp. 225-250.

Gil Novales, Alberto, «La guerrilla de los afrancesados: la primera guerra civil», *Spagna Contemporanea*, 36, 2009, pp. 67-80.

Girard, Louis, *Napoléon III*, París, Fayard, 1986.

Godechot, Jacques, *La contre-révolution. Doctrine et action 1789-1804*, París, Presses Universitaires de France, 1984 (2ª ed. revisada).

Godicheau François, *La guerre d'Espagne. République et révolution en Cata- logne*, París, Odile Jacob, 2004.

— «Guerra civil, guerra incivil: la pacificación por el nombre», en Julio Arós- tegui, François Godicheau (dirs.), *Guerra civil, mito y memoria*, Madrid, Marcial Pons, 2006, pp. 137-166.

Godoy, Manuel, *Memorias*, Emilio La Parra López, Elisabel Larriba (eds.), Alicante, Universidad de Alicante, 2008.

Gómez Hermosilla, José, *El jacobinismo, obra útil en todos tiempos y necesaria en las circunstancias presentes*, Madrid, Imprenta de D. León Amarita, 1823 (3 vols.).

Goncourt, Edmond y Jules de, *Journal. Memorie di una vita letteraria (1851- 1859)*, Turín, Aragno, 2007.

González Calleja, Eduardo, *La violencia política en Europa*, Madrid, Informa- ción e Historia, 1995.

— *La razón de la fuerza. Orden público, subversión y violencia política en la España de la Restauración (1875-1917)*, Madrid, CSIC, 1998.

— *El máuser y el sufragio. Orden público, subversión y violencia política en la España de la Restauración (1917-1931)*, Madrid, CSIC, 1999.

— «La definición y la caracterización de la violencia desde el punto de vista de las Ciencias Sociales», *Arbor: Ciencia, pensamiento y cultura*, 657, 2000, pp. 153-186.

— «Reflexiones sobre el Concepto de Guerra Civil», *Gladius: estudios sobre armas antiguas, armamento, arte militar y vida cultural en Oriente y Occi- dente*, 20, 2000, pp. 301-310.

— *La violencia en la política. Perspectivas teóricas sobre el empleo deliberado de la fuerza en los conflictos de poder*, Madrid, CSIC, 2002.

— *Los golpes de Estado*, Madrid, Arco Libros, 2003.

— «La dialéctica de las pistolas. La violencia y la fragmentación del poder político durante la segunda República», en Javier Muñoz Soro, José Luis Ledesma, Javier Rodrigo (ed.), *Culturas y políticas de la violencia. España siglo xx*, Madrid, Siete Mares, 2005, pp. 101-146 y 343-349.

— «Brutalización de la política y banalización de la violencia en la España de entreguerras», en Carlos Navajas, Diego Iturriaga Barco (eds.), *Crisis, dictaduras, democracia*, Logroño, Universidad de La Rioja, 2008, pp. 23-38.

— «La cultura de guerra como propuesta historiográfica: una reflexión general desde el contemporaneísmo español», *Historia Social*, 61, 2008, pp. 69-87.

— «Presentación», Historia Social, 61, 2008, pp. 65-67.

— «Experiencia en combate. Continuidad y cambios en la violencia represiva (1931-1939)», *Ayer*, 76, 2009, pp. 37-64.

— «La necro-lógica de la violencia sociopolítica en la primavera de 1936», *Mélanges de la Casa de Velázquez, Nouvelle Série*, 41-1, primavera 2011, pp. 37-60.

González Calleja, Eduardo, Sevillano Calero, Francisco, «Crociati moderni: dal lessico politico repubblicano alla propaganda franchista nella guerra spagnola», *Memoria e Ricerca*, 13, mayo-agosto 2003, pp. 89-113.

Gorce, Pierre de la, *Histoire de la Seconde République*, París, Plon, 1909 (2 vols.).

Graham, Helen, *La República española en guerra (1936-1939)*, Madrid, Debate, 2006.

Granier de Cassagnac, Bernard Adoplhe, *Histoire de la chute du Roi Louis- Philippe et du rétablissement de l'Empire (1847-1855)*, París, Plon, 1857 (2 vols.).
— *Récit authentique des événements de décembre 1851 è Paris et dans les dépar- tements*, París, Dentu, 1869.

Grassi Orsini, Fabio, Nicolosi, Gerardo (coords.), *Dizionario del Liberalismo italiano*, Soveria Mannelli, Rubbettino Editore, 2010 (2 vols.).

Grimaud, Maurice, *En mai, fais ce qu'il te plaît*, París, Stock, 1977.
— *Je ne suis pas né en mai 1968. Souvenirs et carnets, 1934-1992*, París, Tallan- dier, 2007.

Guénel, Jean, *La dernière guerre du Pape. Les zouaves pontificaux au secours du Saint-Siège, 1860-1870*, Rennes, Presses Universitaires de Rennes, 1998.

Guerra, François-Xavier, «Editorial», *Bulletin Institut Pierre Renouvin*, 7, 1999 (disponible en http ://ipr.univ-paris1.fr/spip)

Guerrin, Yann, «Mémoires, mentalités et guerre civile, en Haute-Bretagne de 1800 à 1848», en Jean-Clément Martin (ed.), *La guerre civile entre histoire et mémoire*, Nantes, Ouest Editions, 1995, pp. 129-142.

Guibert, Léon, *Bâtons rompus: La Saint-Barthélemy n'a été qu'un coup d'État nécessaire. Aux ergoteurs du libéralisme. Théorèmes politiques. Des machines*, París, Veuve Poussin, 1833.

Haller, Karl Ludwig von, *De la Constitución de las Cortes de España*, Gerona, Imprenta de Agustín Figaró, 1823.

Hébrard, Véronique, *Le Venezuela indépendant. Une nation par le discours 1808-1830*, París, L'Harmattan, 1996.

Hedges, Chris, *Il fascino oscuro della guerra* [2002], Roma-Bari, Laterza, 2004.

Hegre, Håvard, Ellingsen, Tanja, Gates, Scott, Gleditsch, Nils Petter, «Toward a Democratic Civil Peace? Democracy, Political Change, and Civil War, 1816-1992», *The American Political Science Review*, 95, 1, marzo 2001, pp. 33-48.

Hermant, Daniel, «Coups d'États et coups d'État», *Études Polémologiques*, 42, 1987, pp. 15-30.

Höss, Rudolf, *Comandante ad Auschwitz. Memoriale autobiografico* [1956], Turín, Einaudi, 1961.

Huard, Raymond, «Le 2 décembre 1851, un modèle de coup d'État anti- républicain», en Sylvie Aprile, Nathalie Bayon, Laurent Clavier, Louis Hincker, Jean-Luc Mayaud (eds.), *Comment meurt une République. Autour du 2 décembre 1851*, París, Créaphis, 2004, pp. 441-447.

Hugo, Victor, *Choses vues. Souvenirs, journaux, cahiers, 1839-1895*. H. Juin (ed.), París, Gallimard, 1972 (2 vols.).
— *Histoire d'un crime*, París, Charpentier et Fasquelle, 1927 (2 vols.).

Huntington, Samuel Phillips, «Patterns of Violence in World Politics», en Samuel Phillips Huntington (ed.), *Changing Patterns of Military Politics*, Nueva York, Free Press, 1962, pp. 17-50.

Ignatieff, Michael, *El honor del guerrero: guerra étnica y conciencia moderna*, Madrid, Taurus, 1999.

Ilari, Virgilio, *Guerra civile*, Roma, Ideazione, 2001.

Ingravalle, Francesco, «Il nichilismo politico», en Simona Forti, Marco Reve- lli (eds.), *Paranoia e politica*, Turín, Bollati Boringhieri, 2007, pp. 131-155.

Izquierdo Martín, Jesús, Sánchez León, Pablo, *La guerra que nos han con- tado. 1936 y nosotros*, Madrid, Alianza, 2006.

J.M.J., *Representación y manifiesto que algunos diputados a las Cortes ordina- rias firmaron en los mayores apuros de su opresión en Madrid, para que la magestad del señor don Fernando el VII a la entrada en España de vuelta de su cautividad, se penetrase del estado de la nación, del deseo de sus provincias, del remedio que creían oportuno…*, Madrid, Imprenta de Ibarra, 1814.

Jervis, Robert, «Cooperation under the Security Dilemma», *World Politics*, 30, 4, enero 1978, pp. 167-214.

« [Les] journées de Mai », *France-Soir Magazine*, 56 bis, s.f.

« [Les] journées de mai », *Noir et blanc*, n° spécial, s.f.

Juliá, Santos, «Imágenes del enemigo en la guerra civil española», en Fran- cesca Cantù, Giuliana Di Febo, Renato Moro (eds.), *L'immagine del nemico. Storia, ideologia e rappresentazione tra età moderna e contemporanea*, Roma, Viella, 2009, pp. 145-167.

Juliá, Santos (dir.), *Violencia política en la España del siglo xx*, Madrid, Taurus, 2000.

Juliá, Santos (coord.) *et alii*, *Víctimas de la guerra civil* [1999], Madrid, Temas de Hoy, 2006.

Kaldor, Mary, *Las nuevas guerras: la violencia organizada en la era global*, Bar- celona, Tusquets, 2001.

Kalyvas, Stahtis N., «The Ontology of Political Violence: Action and Identity in Civil Wars», *Perspectives on Politics*, 1, 3, 2003, pp. 475-494.
— «The Paradox of Terrorism in Civil Wars», *The Journal of Ethics*, 8, 2004, pp. 97-138.
— «The Urban Bias in Research on Civil Wars», *Security Studies*, 13, 3, prima- vera 2004, pp. 1-31.

— «“Nuevas”» y “viejas” guerras civiles. ¿Una distinción válida?», *Zona Abierta*, 112-113, 2005, pp. 21-47.
— *The Logic of Violence in Civil War*, Cambridge, Cambridge U.P., 2006 (ed. castellana: *La lógica de la violencia en la guerra civil*, Madrid, Akal, 2010).
— «Civil Wars», en Carles Boix, Susan Stokes (eds.), *Handbook of Political Sci- ence*, Nueva York, Oxford U.P., 2007, pp. 416-434.
— «Ethnic Defection in Civil War», *Comparative Political Studies*, 41, 8, agosto 2008, pp. 1043-1068.

Kalyvas, Stathis N. (ed.), *Dynamics of Violence in Six Classic Civil Wars*, Oxford U.P., Londres, en prensa.

Kalyvas, Stathis N., Kocher, Matthew Adam, «How “Free” Is Free Riding in Civil Wars? Violence, Insurgency, and the Collective Action Problem», *World Politics*, 59, 2, enero 2007, pp. 177-216.

Keen, David, «When war itself is privatized. The twisted logic that makes vio- lence worth while in Sierra Leone», *Times Literary Supplement*, 29 diciembre 1995, pp. 13-14.

Koselleck, Reinhart, *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos histórі- cos* [1979], Barcelona, Paidós, 1993 (ed. francesa: *Le futur passé. Contribution à la sémantique des temps historiques*, París, EHESS, 1990; ed. italiana: *Futuro passato. Per una semantica dei tempi storici*, Génova, Marietti, 1986).

Krumwiede, Heinrich-W., «Posibilidades de pacificación de las guerras civiles: preguntas e hipótesis», en Peter Waldmann, Fernando Reinares (comps.), *Sociedades en guerra civil. Conflictos violentos de Europa y América Latina*, Barcelona, Paidós, 1999, pp. 109-129.

La Parra López, Emilio, *Manuel Godoy. La aventura del poder*, Barcelona, Tus- quets, 2002.
— «De la disputa cortesana a la crisis de la monarquía. Godoyistas y fernan- dinos en 1806-1807», *Cuadernos de Historia Moderna. Anejos*, 2007, t. VI, pp. 255-267.
— *Los Cien Mil Hijos de San Luis*, Madrid, Síntesis, 2008.

Lafoz, Herminio, «La Junta Superior de Aragón y Parte de Castilla, 1809: for- mación y primeras dificultades», *Jerónimo Zurita*, 83, 2008, pp. 45-84.

Lagoueyte, Patrick, «Les magistrats du parquet face au coup d’État» en Syl- vie Aprile, Nathalie Bayon, Laurent Clavier, Louis Hincker, Jean-Luc Mayaud (eds.), *Comment meurt une République. Autour du 2 décembre 1851*, París, Créaphis, 2004, pp. 183-200.

Lampedusa, Giuseppe Tomasi di, *Il Gattopardo* [1958], Milán, Feltrinelli, 1974.

Ledesma, José Luis, «*Delenda est Ecclesia*. De la violencia anticlerical y la guerra civil de 1936», *paper* presentado al Seminario de Historia del Instituto Ortega y Gasset, Madrid, 25 junio 2009.
— «De prólogo a espacio de debate: la etapa del Frente Popular y la historio- grafía» en Manuel Ballarín, José Luis Ledesma (eds.), *La República del Frente Popular. Reformas, conflictos y conspiraciones*, Zaragoza, Fundación Rey Corral, 2010, pp. 165-203.

Lempérière, Annick, «Revolución, guerra civil, guerra de independencia en el mundo hispánico 1808-1825», *Ayer*, 55, 2004, pp. 15-36.

Leoni, Francesco, *Storia della controrivoluzione in Italia (1799-1859)*, Nápoles, Guida, 1975.

Licklider, Roy, «The Consequences of Negotiated Settlements in Civil Wars 1945-1993», *American Political Science Review*, 89, 3, septiembre 1995, pp. 681-690.

Llorente, Juan Antonio, *Noticia biográfica de D. Juan Antonio Llorente o Memorias para la historia de su vida*, París, Imprenta de A. Bobée, 1818.

López-Cordón Cortezo, María Victoria, «Enemigos, rivales y contrarios: formas de antagonismo en los tiempos modernos», en Francesca Cantù, Giuliana Di Febo, Renato Moro (eds.), *L'immagine del nemico. Storia, ideo- logia e rappresentazione tra età moderna e contemporanea*, Roma, Viella, 2009, pp. 57-76.

Loraux, Nicole, «La guerre dans la famille», *Clio. Histoire, femmes et sociétés*, 5, 1997, pp. 21-62.

Lorenzo Villanueva, Joaquín, *Catecismo del estado según los principios de la religión*, Madrid, Imprenta Real, 1793.

Lousada, Maria Alexandre, *O Miguelismo (1828-1834). O discurso político e o apoio da nobreza titulada*, tesis de doctorado, Lisboa, Universidade de Lisboa, 1987.

Lousada, Maria Alexandre, Ferreira, Maria de Fátima Sá e Melo, *D. Miguel*, Lisboa, Círculo de Leitores - Centro de Estudos dos Povos e Culturas da Expressâo Portuguesa, 2006.

Luebbert, Gregory M., *Liberalismo, fascismo o socialdemocracia: clases sociales y orígenes políticos de los regímenes de la Europa de entreguerras*, Zaragoza, PUZ, 1997.

Luzzatto, Sergio, *Ombre rosse. Il romanzo della Rivoluzione francese nell'Otto- cento*, Bolonia, Il Mulino, 2004.

Lynn, John A., «Naciones en armas 1763-1815», en Geoffrey Parker (ed.), *His- toria de la guerra*, Madrid, Akal, 2010, pp. 195-221.

Mac Phee, Peter, *The Politics of the Rural life. Political Mobilization in the French Countryside, 1846-1852*, Oxford, Clarendon Press, 1992.

Macry, Paolo (ed.), *Quando crolla lo Stato. Studi sull'Italia preunitaria*, Nápoles, Liguori Editore, 2003.

Magen, Hippolyte, *Mystères du deux décembre 1851 ou la Terreur bonapartiste: débauches prétoriennes, bastilles, casemates et pontons*, s. l. [Londres], Jeffs, 1852.

Malaparte, Curzio, *Tecnica del colpo di Stato* [1932], en *Opere scelte*, Milán, Mondadori, 1997, pp. 113-298.

Malraux, André, *L'espoir*, París, Gallimard, 1937.

Margadant, Ted W., *French Peasants in Revolt. The insurrection of 1851*, Prince- ton, Princeton U.P., 1979.

Marrand-Fouquet, Catherine (coord.), Dossier «Guerres civiles», *Clio. His- toire, femmes et sociétés*, n° 5, 1997.

Martin, Jean-Clément, *La Vendée et la France*, París, Éditions du Seuil, 1987.

— «Rivoluzione francese e guerra civile», en Gabriele Ranzato (ed.), *Guerre fratricide. Le guerre civili in età contemporanea*, Turín, Bollati Boringhieri, 1994, pp. 27-55.

— *Contre-Révolution, Révolution et Nation en France 1789-1799*, París, Éditions du Seuil, 1998.

— «La guerre civile: une notion explicative en histoire?», *Espaces-Temps* (mono- gráfico «De la guerre. Un objet pour les sciences sociales»), 71-73, 1999, pp. 84-99.

— «La Révolution française: généalogie de l'ennemi», *Raisons pratiques*, 5, 2002, pp. 69-79.

— «Le forme di politicizzazione delle campagne francesi attraverso la Contro- rivoluzione. L'esempio delle Vandée "tardive"», en Eugenio Di Rienzo (ed.), *Nazione e Controrivoluzione nell'Europa contemporánea 1799-1848*, Milán, Angelo Guerini e Associati, 2004, pp. 189-210.

— *La Vendée et la Révolution*, París, Perrin, 2007.

Martin, Jean-Clément (ed.), *La guerre civile entre histoire et mémoire*, Nantes, Ouest Editions, 1995.

Martin, Jean-Clément (dir.), *La Contre-Révolution en Europe, xviii^e-xix^e siècles. Réalités politiques et sociales, résonances culturelles et idéologiques*, Rennes, Presses Universitaires de Rennes, 2001.

— *La Révolution à l'œuvre. Perspectives actuelles dans l'histoire de la Révolution française*, Rennes, Presses Universitaires de Rennes, 2005.

Marx, Karl, *Il 18 brumaio di Luigi Bonaparte*, Roma, Editori Riuniti, 1977.

— *La Guerra Civil en Francia* [1871], Madrid, Juan Iglesia Sánchez, Imp., 1895 y Madrid, Ricardo Aguilera, 1970.

Mason, David, Fett, Patrick, «How Civil Wars End: A Rational Choice Approach», *Journal of Conflict Resolution*, 40, 4, diciembre 1996, pp. 546-568.

Maupas, Charlemagne Émile de, *Rapport du Préfet de Police sur les événements du 2 décembre 1851*, París, Lahuries, 1851.

Maupas, Charlemagne Émile de, *Mémoires sur le Second Empire*, París, Dentu, 1884-1885 (2 vols.).

Mayer, Arno J., *The Furies. Violence and Terror in the French and Russian Revo- lution*s, Princeton, Princeton U.P., 2000.

Mazower, Mark, *La Europa negra. Desde la Gran Guerra hasta la caída del comunismo*, Barcelona, Ediciones B, 2001.

— «Violencia y Estado en el siglo xx», *Historia Social*, 51, 2005, pp. 139-160.

McAdam, Dough, McCarthy, John, Zald, Mayer N., «Introducción», en Dough McAdam, John McCarthy, Mayer N. Zald (eds.), *Movimientos sociales: perspectivas comparadas*, Madrid, Istmo, 1999, pp. 19-46.

Ménager, Bernard, *Les Napoléon du Peuple*, París, Aubier, 1998.

Merriman, John M., *The Agony of Republic. The Repression of the Left in Revo- lutionary France, 1848-1851*, New Haven, Yale U.P., 1979.

Millán, Jesús, «Una reconsideración del carlismo», *Ayer*, 29, 1998, pp. 91-107.

Miraflores, marqués de (Manuel Pando Fernández de Pinedo), *Docu- mentos a los que se hace referencia en los Apuntes histórico-Críticos sobre la revolución de España*, Londres, Oficina de Ricardo Taylor, 1834 (2 vols.).

Molina, Fernando, *La tierra del martirio español. El País Vasco y España en el siglo del nacionalismo*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2005.

Moliner Prada, Antonio, «Partidas, guerrillas y bandolerismo», en *Violen- cias fratricidas. Carlistas y liberales en el siglo xix. Actas de las II Jornadas de estudio del carlismo, 24-26 septiembre 2008*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 2009, pp. 15-54.

Mónica, Maria Teresa, *Errâncias miguelistas (1834-43)*, Lisboa, Cosmos, 1997.

Montero, Julio, *El Estado Carlista. Principios teóricos y práctica política (1872- 1876)*, Madrid, Aportes xix, 1992.

Morange, Claude, «Sur la "révolution" de 1808-1814: pour une vision dyna- mique et dialectique du processus», en Emilio La Parra López (coord.), *Actores de la Guerra de la Independencia*, dossier de *Mélanges de la Casa de Velázquez, Nouvelle série*, 38, 1, 2008, pp. 155-174.

Morny, Charles Auguste de, «La genèse d'un coup d'État. Mémoires du duc de Morny publiés par son petit-fils», *Revue des Deux Mondes*, 30, 1 diciembre 1925, pp. 512-534.

Mosse, George Lachmann, *De la Grande Guerre au totalitarisme. La brutalisa- tion des sociétés européennes* [1990], París, Hachette, 1999.

Muller, Edward N., Weede, Erich, «Cross-National Variation in Political Vio- lence. A Rational Action Approach», *The Journal of Conflict Resolutio*n, 34, 4, diciembre 1990, pp. 624-651.

Multon, Hilaire, «Géographies et mémoires de la culture politique blanche dans la France du xix^{e} siècle», en *El carlismo en su tiempo: geografías de la contrarrevolución (I Jornadas de Estudio del Carlismo)*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 2008, pp. 129-144.

Natali, Maria Teresa, «Il colpo di Stato di Napoleone III nelle testimonianze di alcuni esuli mazziniani», *Rassegna storica del Risorgimento*, 22, 2, 1935, pp. 606-623.

Naudé, Gabriel, *Considérations politiques sur les coups d'État*, Roma, 1658.

Neves, Hermano, *Guerra Civil*, Lisboa, Typographia José Bastos, 1911.

Nicolaïdis, Dimitri, «Guerre civile et État-nation», en Jean-Clément Martin, (ed.), *La guerre civile entre histoire et mémoire*, 1995, pp. 27-32.

Nolte, Ernst, *La guerra civil europea 1917-1945. Nacionalsocialismo y bolchevi- smo* [1987], México D.F., Fondo de Cultura Económica, 1994.

«Norbert Elias et le 20^{e} siècle. Le processus de civilisation à l'épreuve», *Ving- tième Siècle. Revue d'histoire*, 106, abril-junio 2010.

Núñez Seixas, Xosé Manoel, *¡Fuera el invasor! Nacionalismo y movilización bélica durante la guerra civil española (1936-1939)*, Madrid, Marcial Pons, 2006.

— «La memoria de la guerra de la Independencia», en *España 1808-1814. La Nación en armas*, Madrid, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Cultura- les-Secretaría General Técnica del Ministerio de Defensa, 2008, pp. 385-397.

Núñez Seixas, Xosé Manoel y Faraldo, José M., «The First Great Patriotic War: Spanish Communists and Nationalism, 1936-1939», *Nationalities Papers*, 34, 4, julio 2009, pp. 401-424.

Offenstadt, Nicolas, Olivera, Philippe, Picard, Emmanuelle, Rousseau, Frédéric, «À propos d'une notion récente: la "culture de guerre"», en Fré- déric Rousseau (dir.), *Guerres, paix et sociétés, 1911-1946*, Neuilly, Atlande, 2004, pp. 667-674.

Oliver Olmo, Pedro, *La pena de muerte en España*, Madrid, Síntesis, 2008.

Ollivier, Émile, *L'Empire libéral, études, récits, souvenirs*, París, Garnier frères, 1895-1918 (18 vols.).

Paczkowski, Andrzej, «Polonia, la "nazione nemica"», en Stéphane Courtois, Nicolas Werth, Jean-Louis Panné, Andrzej Paczkowski, Karel Bartosek, Jean-Louis Margolin (eds.), *Il libro nero del comunismo. Crimini, terrore, repressione* [1997], Milán, Mondadori, 1998.

Palacios, Marco, *De populistas, mandarines y violencias. Luchas por el poder*, Bogotá, Editorial Planeta Colombiana, 2001.

Paléologue, Maurice, *Les Entretiens de l'Impératrice Eugénie*, París, Plon, 1928.

Palmerston, Henry John Temple, *Memorandum de certaines circonstances se rapportant au coup d'État*, París, Craven, 1879.

Pavone, Claudio, *Una guerra civile. Saggio storico sulla moralità nella Resistenza*, Turín, Bollati-Boringhieri, 1991.

— «La seconda guerra mondiale: una guerra civile europea?», en Gabriele Ran- zato (ed.), *Guerre fratricide. Le guerre civili in età contemporanea*, Turín, Bollati Boringhieri, 1994, pp. 86-128.

Payne, Stanley G., *La Europa revolucionaria. Las guerras civiles que marcaron el siglo xx*, Madrid, Temas de Hoy, 2011.

Paczkowski, Andrzej «Polonia, la "nazione nemica"», en Stéphane Courtois, Nicolas Werth, Jean-Louis Panné, Andrzej Paczkowski, Karel Bartosek, Jean-Louis Margolin, *Il libro nero del comunismo. Crimini, terrore, repres- sione*, Milán, Mondadori, 1998, pp. 339-367.

Pécout, Gilles, «La mobilisation patriotique et ses résistances dans les cam- pagnes toscanes à la fin du Risorgimento (1859-1870)», en Jean-Clément Martin (dir.), *Guerre et répression. La Vendée et le monde*, Nantes, Ouest Éditions, 1994, pp. 119-127.

Peiró Martín, Ignacio, *La Guerra de la Independencia y sus conmemoraciones (1908, 1958, 2008)*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2009.

Pereira, Miriam Halpern, *Das Revoluçôes Liberais ao Estado Novo*, Lisboa, Pre- sença, 1993.

Pérez Galdós, Benito, *El equipaje del rey José* [1875] (Episodios Nacionales, t. 11) Madrid, Alianza, 2003.

Pérez Vejo, Tomás, *Elegía criolla. Una reinterpretación de las guerras de independencia hispanoamericanas*, México D.F., Tusquets, 2010.

— *España en el debate público mexicano, 1836-1867. Aportaciones para una his- toria de la nación*, México D.F., El Colegio de México-Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2008.

Périés, Gabriel, «Du corps au cancer: la construction métaphorique de l'en- nemi intérieur dans le discours militaire pendant la Guerre Froide», *Cultures & Conflicts*, 43, 2001, (http://conflits.revues.org/index866.html)

Persigny, Jean-Gilbert Victor Fialin de, *Visite au prince Napoléon-Louis. Lettres de Londres*, París, A. Levavasseur, 1840.

Pezzino, Paolo, «Risorgimento e guerra civile. Alcune considerazioni preli- minari», en Gabriele Ranzato (ed.), *Guerre fratricide. Le guerre civili in età contemporanea*, Turín, Bollati Boringhieri, 1994, pp. 56-85.

Pirala, Antonio, *Historia Contemporánea. Anales desde 1843 hasta la conclusión de la actual guerra civi*l, Madrid, Imprenta y fundición de Manuel Tello, 1875 (6 vols.).

— *Historia de la guerra civil y de los partidos liberal y carlista*, Madrid, Turner/ Historia 16, 1984 (6 vols.).

Pizzorno, Alessandro, «Politics Unbound», en Charles S. Maier (ed.), *Chang- ing Boundaries of the Political*, Cambridge, Cambridge U.P., 1987, pp. 27-62.

Poncier, Anthony, «La magistrature contre la République», en Sylvie Aprile, Nathalie Bayon, Laurent Clavier, Louis Hincker, Jean-Luc Mayaud (eds.), *Comment meurt une République. Autour du 2 décembre 1851*, París, Créaphis, 2004, pp. 171-182.

Posen, Barry, «The Security Dilemma and Ethnic Conflict», *Survival*, 35, 1, 1993, pp. 27-47.

Pozo González, Josep Antoni, *El poder revolucionari a Catalunya durant les mesos de juliol a octubre de 1936. Crisi i recomposició de l'Estat*, tesis doctoral, UAB, 2001.

Preston, Paul, «La guerra civil europea, 1914-1945», en María Cruz Romeo, Ismael Saz (eds.), *El siglo xx. Historiografía e historia*, Valencia, Publicacions Universitat de València, 2002, pp. 137-165.

— «I teorici dello sterminio: le origini della violenza nella Guerra civile spa- gnola», *Spagna Contemporanea*, 37, 2010, pp. 73-98.

Price, Roger, *The French Second Empire. An anatomy of Political Power*, Cam- bridge, Cambridge U.P., 2001.

Prost, Antoine «Les limites de la brutalisation. Tuer sur le front occidental 1914-1918», *Vingtième Siècle*, 81, 2004, pp. 5-20.

Prost, Antoine, Winter, Jay, *Penser la Grande Guerre*, París, Seuil, 2004. Prost,

Antoine, *et alii*, «Controverses», *Le Mouvement Social*, 199, 2002, pp. 95-119.

Proudhon, Pierre-Joseph, *De la révolution sociale démontrée par le coup d'état du 2 décembre*, París, Librairie Internationale, 1868[2].

Ranzato, Gabriele, «Un evento antico e un nuovo oggetto di riflessione», en Gabriele Ranzato (ed), *Guerre fratricide. Le guerre civili in età contempora- nea*, Turín, Bollati Boringhieri, 1994, pp. X-LVI.

— «La guerra civile spagnola nella storia contemporanea della violenza», en Gabriele Ranzato (ed.), *Guerre fratricide, Le guerre civili in età contempora- nea*, Turín, Bollati Boringhieri, 1994, pp. 269-303.

— «Évidence et invisibilité des guerres civiles», en Jean-Clément Martin (ed.), *La guerre civile entre histoire et mémoire*, Nantes, Ouest Editions, 1995, pp. 17-25.

— *L'eclissi della democrazia. La guerra civile spagnola e le sue origini 1931-1939*, Turín, Bollati Boringhieri, 2004.

— «Guerra civil y guerra total en el siglo xx», *Ayer*, 55, 2004, pp. 127-148.

— «El peso de la violencia en los orígenes de la guerra civil de 1936-1939», *Espa- cio, tiempo y forma, Serie V, Historia Contemporánea*, 20, 2008, pp. 159-182.

Ranzato, Gabriele (ed.), *Guerre fratricide. Le guerre civili in età contemporanea*, Turín, Bollati Boringhieri, 1994.

Rao, Ana Maria, *Folle controrivoluzionarie. Le insorgenze popolari nell'Italia gia- cobina e napoleonica*, Roma, Carocci, 1999.

Recalcati, Massimo,«Paranoia e ambivalenza», en Simona Forti, Marco Reve- lli (eds.), *Paranoia e politica*, Turín, Bollati Boringhieri, 2007, pp. 258-287.

Reinoso, Félix José, *Examen de los delitos de infidelidad a la patria imputados a los españoles sometidos baxo la dominación francesa*, Burdeos, Juan Pinard, impresor, grabador y fundidor de caracteres, 1818 (2 vols).

Revelli, Marco, «Processi politici e paranoia», en Simona Forti, Marco Reve- lli (eds.), *Paranoia e politica*, Turín, Bollati Boringhieri, 2007, pp. 181-232.

«[La] révolte des étudiants », *Paris-Match*, 997, 18 mayo 1968.

Rey, Fernando del, «Reflexiones sobre la violencia política en la II República», en Mercedes Gutiérrez, Diego Palacios (eds.), *Conflicto político, democra- cia y dictadura. Portugal y España en la década de 1930*, Madrid, CEPC, 2007, pp. 17-97.

Reyero, Carlos, *Alegoría, nación y libertad. El Olimpo constitucional de 1812*, Madrid, Siglo XXI, 2010.

Ricci, Giovanni, «Il nemico ufficiale. Discorsi di crociata nell'Italia moderna», en Francesca Cantù, Giuliana Di Febo y Renato Moro (eds.), *L'immagine del nemico. Storia, ideologia e rappresentazione tra età moderna e contempora- nea*, Roma, Viella, 2009, pp. 41-55.

Richards, Michael, *Un tiempo de silencio. La guerra civil y la cultura de la repre- sión en la España de Franco, 1936-1945*, Barcelona, Crítica, 1999.

Rodrigo, Javier, *Vencidos. Violenza e repressione politica nella Spagna di franco (1936-1948)*, Verona, Ombre Corte, 2006.

— *Hasta la raíz. Violencia durante la guerra civil y la dictadura franquista*, Madrid, Alianza, 2008.

Roe, Paul, «The Intrastate Security Dilemma: Ethnic Conflict as a "Tragedy"?», *Journal of Peace Research*, 36, 2, marzo 1999, pp. 183-202.

Romeo, María Cruz, «Las guerras civiles en el siglo xix: ¿una ruta excepcional hacia la modernización?», en Nigel Townson (dir.), *¿Es España diferente? Una mirada comparativa (siglos xix y xx)*, Madrid, Taurus, 2010, pp. 65-110.

Romeo, Rosario, *Cavour e il suo tempo, 1810-1861*, Bari, Laterza, 1977-1984 (3 vols. en 4 t.).

Roura i Aulinas, Lluís, *Guerra Gran a la ratlla de França*, Barcelona, Curial, 1993.

Rousso, Henry, *Le syndrome de Vichy, de 1944 à nos jours*, 2ª ed. revisada, París, Éditions du Seuil, 1990.

Ruggiero, Vincenzo, *La violenza politica. Un'analisi criminologica*, Roma-Bari, Laterza, 2006.

Rújula, Pedro, *Contrarrevolución. Realismo y carlismo en Aragón y el Maes- trazgo, 1820-1840*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 1998.

— *Constitución o Muerte. El Trienio Liberal y los levantamientos realistas en Ara- gón (1820-1823)*, Zaragoza, REA, 2000.

— «Una puerta que se cierra. El carlismo frente a Isabel II», en Juan Sisinio Pérez Garzón (ed.), *Isabel II. Los espejos de la reina*, Madrid, Marcial Pons, 2004, pp. 75-90.

— «Carlistas», en Jordi Canal (ed.) *Exilios. Los éxodos políticos en la historia de España. Siglos xv-xx*, Madrid, Sílex, 2007, pp. 167-190.

— «La guerra como aprendizaje político. De la guerra de la Independencia a las guerras carlistas», en *El carlismo en su tiempo: geografías de la contrarrevolu- ción (I Jornadas de Estudio del Carlismo)*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 2008, pp. 41-63.

— «Du royalisme au legitimisme. La contre révolution en Espagne (1793- 1833)», en prensa.

Rújula, Pedro (ed.), *1823. Los Cien Mil Hijos de San Luis. El mapa perdido de la expedición*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2010.

Rusconi, Gian Enrico, *Se cessiamo di essere una nazione*, Bolonia, Il Mulino, 1993.

Saint Marc, Pierre, *Émile Ollivier, 1825-1913*, París, Plon, 1950.

Saint-Bonnet, François, «Technique juridique du coup d'État», en Frédéric Bluche (dir.), *Le peuple, le prince et le droit. Autour des plébiscites de 1851 et 1852*, París, PUF, 2000, pp. 123-160.

Saletti, Bianca, «Immagini contro nella guerra civile spagnola», en Francesca Cantù, Giuliana Di Febo, Renato Moro (eds.), *L'immagine del nemico. Sto- ria, ideologia e rappresentazione tra età moderna e contemporanea*, Roma, Viella, 2009, pp. 169-183.

Sambanis, Nicholas, «Using Case Studies to Expand Economic Models of Civil War», *Perspectives on Politics*, 2, 2, junio 2004, pp. 259-280.

— «What Is a Civil War? Conceptual and Empirical Complexities of an Opera- tional Definition», *Journal of Conflict Resolution*, 48, 6, diciembre 2004, pp. 814-858.

San Miguel, Evaristo, *De la guerra civil de España*, Madrid, Imprenta de Don Miguel de Burgos, 1836.

Sánchez León, Pablo, «La objetividad como ortodoxia: los historiadores y el conocimiento de la guerra civil española», en Julio Aróstegui, François Godicheau, (eds.), *Guerra civil, mito y memoria*, Madrid, Marcial Pons, 2006, pp. 95-135.

Sánchez Mantero, Rafael, *Los Cien Mil Hijos de San Luis y las relaciones franco-españolas*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 1981.

Sánchez Recio, Glicerio, «L'antifascismo dei repubblicani durante la guerra civile spagnola», en Alberto De Bernardi, Paolo Ferrari (eds.), *Antifasci- smo e identità europea*, Roma, Carocci editore, 2004, pp. 123-134.

Sand, George, *Correspondance. III. 1812-1876*, París, Calmann Lévy, 1883.

Sardica, José Miguel, *A Regeneraçâo sob o signo do Consenso: a política e os par- tidos entre 1851 e 1861*, Lisboa, Imprensa da Ciências Sociais, 2001.

Sarkees, Meredith Reid, Singer, J. David, «The Correlates of War Datasets: The Totally of War», *paper* presentado a la 42nd Annual Convention of the International Studies Association, Chicago, 20-24 febrero 2001.

Sarlin, Simon, *La mobilisation européenne contre le Risorgimento: la défense des Bourbons de Naples au moment de la transition unitaire*, París, memoria de DEA de la EPHE, 2005.

— «Los carlistas en Italia en el siglo xix», en *Violencias fratricidas: carlistas y liberales en el siglo xix (II Jornadas de Estudio del Carlismo)*, *Pamplona*, Gobierno de Navarra, 2009, pp. 223-238.

— *Le gouvernement des Bourbons de Naples en exil et la mobilisation européenne contre le Risorgimento entre 1861 et 1866*, París, tesis doctoral de la EPHE, 2010.

Schaub, Jean-Frédéric, «L'histoire politique sans l'état: mutations et reformu- lations», en Carlos Barros (ed.), *Historia a Debate*, La Coruña, Historia a Debate, 1995, t. III, pp. 217-235.

Schmitt, Carl, «El concepto de la política», en *Estudios políticos*, Francisco Javier Conde (trad.), Madrid, Cultura Española, 1941, pp. 109-191.

— *Teoría del partisano. Acotación al concepto de lo político* [1963], Madrid, Ins- tituto de Estudios Políticos, 1966.

Schnur, Roman, *Rivoluzione e guerra civile* [1980], Milán, Giuffrè, 1986.

Schoelcher, Victor, *Histoire des crimes du 2 décembre*, s.l. [Bruselas], chez tous les libraires, 1852 (2 vols.).

Scuccimarra, Luca, *La Sciabola di Sieyès. Le giornate di brumaio e la genesi del regime bonapartista*, Bolonia, Il Mulino, 2002.

Sebald, Winfried G., *Storia naturale della distruzione*, Milán, Adelphi, 2004. [*Le*] *Secret du coup d'État, correspondance inédite du prince Louis-Napoléon, de MM. de Morny, de Flahault et autres (1848-1852). Publié avec une introduc- tion de Lord Kerry. Traduit de l'anglais par le baron J. de Maricourt*, París, Émile-Paul frères, 1928.

Séguin, Philippe, *Louis-Napoléon le Grand*, París, Grasset, 1990.

Sémelin, Jacques, *Purificare e distruggere. Usi politici dei massacri e dei genocidi*, Turín, Einaudi, 2007.

Sevillano Calero, Francisco, *Rojos. La representación del enemigo en la Guerra Civil*, Madrid, Alianza, 2007.

— «La representación del enemigo en la propaganda escrita de la "España nacional"», *Cultura Escrita & Sociedad*, 6, 2008, pp. 79-101.

— «Il "Rosso". L'immagine del nemico nella "Spagna nazionale"», *Memoria e Ricerca*, 31, mayo-agosto 2009, pp. 141-154.

Shaw, Martin, «War and Globality; the Role and Character of War in the Global Transition», en Ho-Won Jeong (ed.), *Peace and Conflict: A New Agenda, Hampshire*, Ashgate Publishing, 1999, pp. 61-80.

Silva Gaio, António de Oliveira, *Mário. Episódios das Lutas Civis Portuguesas de 1820-1834* [1868], Oporto, Lello & Irmâo Editores, 1981.

Silva, Armando Barreiros Malheiro da, *Miguelismo. Ideologia e mito*, Coimbra, Livraria Minerva, 1993.

Singer, J. David y Small, Melvin, *The Wages of War, 1816*-1965. A Statistical Handbook, Nueva York, John Wiley and Sons, 1972.

Small, Melvin, Singer, J. David, *Resort to Arms: International Civil War, 1816- 1980*, Beverly Hills, Sage, 1982.

Smith, Leonard, «The "Culture de guerre" and French Historiography of the Great War of 1914–1918», *History Compass*, 5/6, 2007, pp. 1967–1979.

Suárez Verdeguer, Federico, *Los agraviados de Cataluña*, Pamplona, Edicio- nes Universidad de Navarra-CSIC, 1972 (4 vols.).

Tartakowsky, Danielle, *Les manifestations de rue en France, 1918-1968*, París, Publications de la Sorbonne, 1997.

Teatro de la guerra: Cabrera, los montemolinistas y republicanos en Cataluña. Crónica de nuestros días redactada por un testigo ocular de los acontecimientos, Madrid, Imprenta de D. B. González, 1849.

Tenot, Eugène, *La province en décembre 1851. Étude historique*, París, Chez les principaux libraires, 1865.

Tenot, Eugène, *Paris en décembre 1851. Étude historique sur le coup d'État*, París, Le Chevalier, 1868.

Thibaut, Clément, *Repúblicas en armas. Los ejércitos bolivarianos en la guerra de Independencia en Colombia y Venezuela*, Bogotá, Planeta-IFEA, 2003 (ed. francesa: *Républiques en armes. Les armées de Bolivar dans les guerres d'indé- pendance du Venezuela et de la Colombie*, Rennes, Presses Universitaires de Rennes, 2006).

Thiesse, Anne-Marie, *La formation des identités nationales*, París, Seuil, 1997.

Tilly, Charles, *From Mobilization to Revolution*, Nueva York, Random House- McGraw-Hill Publishing Co./Reading, Addison Wesley Publishing Co., 1978.

— *Grandes estructuras, procesos amplios, comparaciones enormes* [1984], Madrid, Alianza, 1991.

Tocqueville, Alexis de, *Ricordi, Roma*, Editori Riuniti, 1991.

Todeschini, Giacomo, *Visibilmente crudeli. Malviventi, persone sospette e gente qualunque dal Medioevo all'età moderna*, Bolonia, Il Mulino, 2007.

Tombs, Richard, *The War against Paris. 1871*, Cambridge, Cambridge U.P., 1981.

Toreno, conde de (José María Queipo de Llano Ruiz de Saravia), *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*, Madrid, Imprenta del Dia- rio, 1839 (3 vols.).

Torras, Jaume, *La guerra de los Agraviados*, Barcelona, Publicaciones Cátedra Historia General de España, 1967.

Torre Gómez, Hipólito de la, «Portugal y España: ¿historias paralelas?», en Hipólito de la Torre Gómez, António Pedro Vicente (dirs.), *España-Por- tugal. Estudios de Historia Contemporánea*, Madrid, Editorial Complutense, 1998, pp. 135-141.

— «Unidad y dualismo peninsular: el papel del factor externo», *Ayer*, 37, 2000, pp. 11-35.

Torres Amat, Félix, *Vida del Excmo. señor don Félix Amat, arzobispo de Pal- myra, abad de san Ildefonso, confesor del señor don Carlos IV, del consejo de S.M. etc.*, Madrid, Imprenta que fue de Fuentenebro, 1835.

Tranfaglia, Nicola, *La stampa del regime 1932-1943. Le veline del Minculpop per orientare l'informazione*, Milán, Bompiani, 2005.

Traverso, Enzo, *La violenza nazista. Una genealogia*, Bolonia, Il Mulino, 2002.

— *À feu et à sang. De la guerre civile européenne 1914-1945*, París, Stock, 2007.

Trocini, Federico, *L'invenzione della «Realpolitik» e la scoperta della «legge del potere». August Ludwig von Rochau tra radicalismo e nazional-liberalismo*, Bolonia, Il Mulino, 2009.

Troisier de Diaz, Anne (ed.), *Regards sur Emile Ollivier,* París, Publications de la Sorbonne, 1985.

Tronco, Emmanuel, *Les Carlistes espagnols dans l'Ouest de la France (1833- 1883)*, Rennes, Presses Universitaires de Rennes, 2010.

Tudesq, André Jean, *L'élection présidentielle de Louis-Napoléon Bonaparte*, París, Armand Colin, 1965.

Tulard, Jean (ed.), *Dictionnaire du Second Empire*, París, Fayard, 1995.

Turi, Gabriele, *Viva Maria. Riforme, rivoluzione e insorgenze in Toscana (1790- 1799)*, Bolonia, Il Mulino, 1999.

Ucelay Da Cal, Enric, «Prefigurazione e storia: la guerra civile spagnola de 1936-39 come riassunto del passato», en Gabriele Ranzato (ed.), *Guerre fra- tricide. Le guerre civili in età contemporanea*, Turín, Bollati Boringhieri, 1994, pp. 192-220.

— «Buscando el levantamiento plebiscitario: insurreccionalismo y elecciones», *Ayer*, 20, 1995, pp. 49-80.
— «Tristes tópicos: supervivencia discursiva en la continuidad de una "cultura de guerra civil" en España», *Ayer*, 55, 2004, pp. 83-105.

Ugarte, Javier, *La nueva Covadonga insurgente. Orígenes sociales y culturales de la sublevación de 1936 en Navarra y el País Vasco*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1998.

Urquijo Goitia, José Ramón, *Relaciones entre España y Nápoles durante la pri- mera guerra carlista*, Madrid, Actas, 1998.

Vallverdú i Martí, Robert, *La guerra dels Matiners a Catalunya (1846-1849). Una crisi econòmica i una revolta popular, Barcelona*, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 2002.

Van Creveld, Martin, *The Transformations of War*, Nueva York, The Free Press, 1991.

Vélez, Rafael, *Preservativo contra la irreligión o los planes de la filosofía contra la religión y el estado, realizados por la Francia para subyugar la Europa, seguidos por Napoleón en la conquista de España, y dados a luz por algunos de nuestros sabios en perjuicio de nuestra patria*, Palma, Imprenta de Brusi, 1813.
— *Apología del altar y del trono o historia de las reformas hechas en España en tiempo de las llamadas Cortes, e impugnación de algunas doctrinas publicadas en la constitución, diarios, y otros escritos contra la religión y el estado*, Madrid, Imprenta de Cano, 1818.
— *Apéndices a las apologías del altar y del trono*, Madrid, Imprenta de don Miguel de Burgos, 1825.

Vendée, Chouannerie, *Littérature*, Angers, Presses de l'Université d'Angers, 1986.

Ventrone, Angelo, *La seduzione totalitaria. Guerra, modernità, violenza politica (1914-1918)*, Roma, Donzelli, 2003.
— «El enemigo interno. Perspectivas historiográficas y metodológicas», en Jordi Canal, Javier Moreno Luzón (eds.), *Historia cultural de la política contemporánea*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2009, pp. 243-267.

Verba, Sidney, «Comparative political culture», en Lucien W. Pye, Sidney Verba (eds.), *Political Culture and Political Development*, Princeton, Prin- ceton U.P., 1965.

Viel Castel, Horace de, *Mémoires sur le règne de Napoléon III, 1851-1864*, París, Chez tous les Libraires, 1883-1884 (6 vols.).

Viglione, Massimo, *Le insorgenze. Rivoluzione e controrivoluzione in Italia 1792-1815*, Milán, Ares, 1999.

Vigoreux, Claude, *Maupas et le coup d'État de Louis-Napoléon. Le policier du 2 décembre*, París, SPM, 2002.

Viguer, Jean-Claude Marie, «Forme del conflitto e figure del nemico nel Medioevo: alcune riflessioni», en Francesca Cantù, Giuliana Di Febo, Renato Moro (eds.), *L'immagine del nemico. Storia, ideologia e rappresenta- zione tra età moderna e contemporanea*, Roma, Viella, 2009, pp. 23-30.

Viñas, Ángel, *El escudo de la República*, Barcelona, Crítica, 2007.

Viola, Paolo, «Rivoluzione e guerra civile», en Gabriele Ranzato (ed.), *Guerre fratricide. Le guerre civili in età contemporanea*, Turín, Bollati Boringhieri, 1994, pp. 5-26.

Von Hübner, Joseph Alexander, *Nove anni di ricordi di un ambasciatore austriaco a Parigi sotto il Secondo Impero*, Milán, ISPI, 1944.

VV.AA., *Sombras de mayo. Mitos y memoria de la Guerra de la Independencia en España (1808-1908)*, Madrid, Collection de la Casa de Velázquez (99), 2007.

Waddington, Lorna, «The Anti-Komintern and Nazi Anti-Bolshevik Propa- ganda in the 1930s», *Journal of Contemporary History*, 42, 4, 2007, pp. 573-594.

— *Hitler's Crusade. Bolshevism and the Myth of the International Jews Conspir- acy*, Londres, Tauris Academic Studies, 2008.

Waldmann, Peter, Reinares, Fernando (comps.), *Sociedades en guerra civil. Conflictos violentos de Europa y América Latina*, Barcelona, Paidós, 1999.

Waldmann, Peter, «Guerra civil: aproximación a un concepto difícil de for- mular», en Peter Waldmann, Fernando Reinares (comps.), *Sociedades en guerra civil. Conflictos violentos de Europa y América Latina*, Barcelona, Pai- dós, 1999, pp. 27-44.

Walter, Barbara F., «The Critical Barrier to Civil War Settlement», *Interna- tional Organization*, 51, 3, verano 1997, pp. 335-364.

— «Civil Wars», en Jack Goldstone (ed.), *The Encyclopedia of Political Revolu- tions*, Chicago-Londres, Fitzroy Dearborn Publishers, 1998, pp. 101-103.

Weisser, Michael R., *Crime and Punishment in Early Modern Europe* [1979], Hassocks, Sussex, The Harvester Press, 1982.

Wieviorka, Olivier, «¿Guerra civil a la francesa? El caso de los años sombríos (1940-1945)», en Julio Aróstegui, François Godicheau (eds.), *Guerra Civil. Mito y memoria*, Madrid, Marcial Pons - Casa de Velázquez, 2006, pp. 337- 360 (ed. francesa: «Guerre civile à la française? Le cas des années sombres [1940-1945]», *Vingtième Siècle*, 85, 2005, pp. 5-19).

Wright, Vincent, *The Coup d'État of December 1851. Repression and the Limits of Repression, in Revolution and Reaction: 1848 and the Second French Repub- lic*. Essays edited by R. Price, Londres, Croom Helm, 1975.

Zald, Mayer N., «Cultura, ideología y creación de marcos estratégicos», en Doug McAdam, John McCarthy, Mayer N. Zald (eds.), *Movimientos sociales: perspectivas comparadas*, Madrid, Istmo, 1999, pp. 369-388.

Zeldin, Theodore, *The political system of Napoleon III*, Londres-Nueva York, Macmillan-St. Martin's Press, 1958.

— *Émile Ollivier and the Liberal Empire*, Oxford, Clarendon Press, 1963.

Ce cent trentième volume de la Collection
de la Casa de Velázquez a été imprimé
en février 2012
par Closas Orcoyen à Paracuellos de Jarama et broché par
Ramos à Madrid.
Dépôt légal : M-6354-2012.
Imprimé en Espagne - Printed in Spain - Impreso en España